

Almudena de Arteaga



CENIZAS de PLATA y SANGRE

Una mujer enfrentada a dos amores y un destino
trágico en el Cádiz de los años cuarenta

NOVELA HISTÓRICA

D.J.57

Índice

Dedicatoria

Nota de la autora

Preámbulo

1. Lluvia mortal
2. El sepulcro de una juventud
3. Gare du Nord
4. A la sombra de un presidio
5. La ciudad abierta
6. La joya del protectorado
7. Entre dos continentes
8. Tediosa soledad
9. La porcelana rota de mis recuerdos
10. Mayúscula decepción
11. Amamantando artificios
12. Interesados reencuentros
13. Secretos escondrijos
14. Los últimos flecos
15. El resucitado
16. El ardor de un recuerdo
17. La pensión del Marqués
18. La eterna espera
19. Velada de los Ángeles
20. Abrasada por la inconsciencia
21. Trémulas congojas
22. La hecatombe de un eclipse
23. Peregrinos del dolor
24. Desgarrado clamor
25. La agonía de un arrepentimiento
26. Anhelos de redención
27. Coronados lutos

Epílogo. La certeza de una eterna incógnita

Agradecimientos

Dramatis personae

Víctimas de la explosión de Cádiz

Fuentes

Notas

Créditos

*A la ciudad de Cádiz y a sus gentes,
por los gratos recuerdos que perfilaron en mi
memoria durante los tres años que me dieron cobijo.*

Nota de la autora

Descubrí esta historia en un artículo que publicó el coronel de la Guardia Civil Jesús Núñez en el *Diario de Cádiz* haciendo referencia a varios documentos.

Los más interesantes para mí estaban entremetidos entre las mil cien páginas del original archivo del general Varela, ahora depositado en el Archivo Histórico Municipal de Cádiz.

El primero era una carta procedente de Tetuán. El remitente era un antiguo jefe del servicio de contrainteligencia. El destinatario, el muy alto comisionado de España en Marruecos (el anteriormente citado general Varela). Está fechada en octubre de 1947, tan solo dos meses después de la catástrofe.

Si usted cree que la catástrofe ocurrida en Cádiz fue un acto de sabotaje, creo que podría contarle una historia interesante relacionada con una que fue agente mía, del E.M., de los ingleses y de los alemanes y al final averigüé que era una agente rusa, que sabe seis clases de letra a la perfección y seis o más idiomas. Conoce todas las armas de guerra, tiene estudios de laboratorio y está liada maritalmente con un oficial de la Marina de guerra.

No me cabe la menor duda de que si ha habido sabotaje, esta señora tendrá parte en el mismo. Siendo agente mía, tuve que hacer que trasladaran al marino, para apartarle de la zona portuaria con Gibraltar.

Si usted me dice a qué hora le puedo ver, yo iré a verle, lo que puede decir llamando a mi casa por teléfono (teléfono 508).

El segundo documento que me inspiró fue una nota informativa policial emitida el 3 de enero de 1948 por la Brigada Político-Social de la Dirección de Seguridad de la Zona del Protectorado Español. Resaltaba en él el sello de muy reservado.

El pasado mes de mayo pasó clandestinamente de Francia y destinado a la región andaluza, un destacado miembro de la CNT (fracción de Federica Montseny) llamado «FRÍAS», natural de Granada, y que, enviado por el comité nacional de dicha organización en la nación vecina, tenía por objeto organizar en la región andaluza los grupos específicos que habían de llevar a efecto toda clase de sabotajes y actos vandálicos. Por conducto de Tánger (estafeta Copérnico) se recibió de Toulouse (Francia) una carta a finales de julio en la cual el «FRÍAS» comunicaba al comité nacional, entre

otras cosas de menor importancia, la siguiente noticia: «Llego hoy de Cádiz, trabajo con nuestros hermanos de la pirotécnica, pronto leeréis en la prensa mundial noticias sensacionales». A los pocos días ocurría la catástrofe de Cádiz.

Consciente de que sería difícil encontrar cualquier rastro, premeditadamente borrado, de mi protagonista, busqué el de Frías. Cuál no sería mi sorpresa cuando, en la hemeroteca del *ABC*, di con una noticia del 17 de enero de 1933, catorce años antes de la explosión, anterior a la Guerra Civil española y acontecida en plena Segunda República. En ella se narraba cómo fueron detenidos varios insurrectos armados, entre los que se encontraba un joven llamado Manuel Sánchez Frías.

Con motivo de las precauciones adoptadas por las autoridades estos días, la noche del domingo fueron enviados a la cárcel Modelo más de cuarenta individuos detenidos durante la madrugada. Todos ellos por pertenecer a partidos sindicalistas y comunistas, en los que tenían especial significación.

Continúa la noticia con la lista de los detenidos, en donde aparece mencionado un muchacho que bien podría ser el anarquista que yo buscaba.

Con estos certeros mimbres y mucha investigación, me dispuse a navegar por entre el ostracismo y los secretos de estos dos oscuros personajes para trazar una estela de tinta que pudo haber sucedido.

Preámbulo

Cádiz, 18 de agosto de 2012

Hacía menos de un mes y medio que vivía en una casa dentro del recinto del Instituto Hidrográfico de la Marina en Cádiz. Mi marido era, por aquel entonces, su director. Fue él el que me avisó de que arriba, justo a las puertas de aquel importante organismo donde España elabora los mapas costeros, se celebraba un emotivo acto al que podría asistir si me apetecía.

Llegué justo en el momento en que, acompañado por la entonces alcaldesa de la ciudad, Teófila Martínez, depositaban una inmensa corona de flores a los pies de un pequeño monumento. Era un monolito blanco que simbolizaba el mar con varias tachuelas cuadradas que dibujaban el mapa de la ínsula de Cádiz. En una placa a sus pies se leía «Cádiz a las víctimas de la explosión». Era el sesenta y cinco aniversario.

Alrededor de ellos, media docena de ancianos, acompañados por sus familiares y en respetuoso silencio, recordaban a todos aquellos que perdieron la vida aquel fatídico 18 de agosto de 1947.

Me llamó la atención una mujer que esperaba detrás de una silla de ruedas donde otra, por su aspecto casi centenaria, permanecía con la mirada perdida.

Al terminar el acto, el grupo se fue disgregando y no pude evitar acercarme a ellas. La que estaba sentada me miró con unos ojos de azul intenso ya velados por las cataratas. Una lágrima rodó por su mejilla y no pude evitar cogerle la mano para acariciarla. Limpiándosela con la manga de su camisa, me sonrió.

—¿Vive usted aquí?

Asentí.

—En el mismo instituto. Soy la mujer del director. Acabamos de llegar y casi no conozco a nadie.

—Sola, a excepción de un oficial de la Armada en su vida —me susurró—. Igual que yo cuando llegué.

Sonreí.

—No me quejo. Supongo que es el sino de las mujeres de los marinos. Seguirles siempre que las circunstancias nos lo permitan. Ha estado tanto tiempo embarcado que ahora agradezco este destino en el que puedo vivir a su lado sin tener que soportar sus largas ausencias.

No parecía estar escuchándome.

—No sé si yo sería capaz de vivir en el epicentro de tanto dolor —susurró de nuevo.

El sonido del agua de una fuente cercana me impidió oírla demasiado bien. Agachada al lado de la silla, intenté aguzar el oído.

—No la entiendo.

—¿No me ha dicho que vive usted allí abajo? —dijo, señalando a la verja del instituto.

—Justo a los pies de aquella cuesta —asentí—. Desde aquí no se ve, porque el recinto es tan grande que casi te puedes perder, pero le aseguro que allí estamos. Por imposible que parezca, en esta ciudad en la que apenas queda una parcela por construir, mi casa está rodeada de un bosque de eucaliptos. Es como un paraíso escondido.

—Un paraíso... —repitió, pensativa—, curiosa transformación de lo que un día fue el mismo infierno. No sé si yo sería capaz de estar parada un solo segundo sobre la boca de donde salió aquella lengua de fuego que a tantos mató.

A pesar del calor que hacía aquel agosto, un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Estaba desvariando?

—Perdone, pero no la entiendo.

Otra lágrima rodó por la mejilla opuesta.

—¿Tiene usted tiempo?

—Todo el del mundo. Mi marido aún estará ocupado un buen rato con los representantes institucionales que han venido al acto.

Esta vez fue ella la que me cogió de la mano para apretármela solícita.

—Me llamo Ingrid y esta es mi hija Lolita. ¿Quiere tomarse un café con nosotras? No me pregunte por qué, pero me inspira confianza. Quiero contarle un secreto que me carcome las entrañas desde hace hoy sesenta y cinco años.

El sacerdote que había rezado por las almas de los fallecidos en la explosión, después de despedirse de las autoridades, pasó frente a nosotras en dirección a su parroquia. Ella, agarrándose fuertemente de una cruz que tenía pendida al cuello, le siguió con la mirada antes de mascullar:

—Tengo un pecado difícil de redimir.

¿Por qué no? Pensé. La cafetería Bolonia hacía esquina a muy pocos metros de donde se había celebrado el acto en la plaza de San Severiano. Sin preguntar a Lola, me puse tras su silla para empujarla hacia allí.

Nos sentamos afuera, justo en la parte trasera del local donde había un pasadizo entre el edificio de pisos en cuyos bajos estaba ubicada y el muro del mayor chalé de los que quedaban en la zona.

—Esa es la casa de los Varela —suspiró, señalándola—. Allí pasé gratos momentos poco tiempo antes de la hecatombe. Quedó muy perjudicada, pero sus dueños pudieron restaurarla y, gracias a ello, no tuvo que demolerse como tantas otras.

La miré expectante. Después de aquel comentario estaba claro que ella vivió muy de cerca la catástrofe.

—Me han dicho que es usted escritora.

Me sorprendió de cómo corrían allí las noticias.

—Ya ve qué matrimonio tan atípico el mío —bromeé—. El de un marino y una escritora que, después de una eternidad separados, juntos hemos terminado atracando en este puerto. La dirección del instituto, después de una vida entregado a la Armada, en cierto modo podría considerarse como una recompensa al trabajo bien hecho. Poder dirigir a una dotación de trescientas personas y a tres barcos hidrográficos acarrea una responsabilidad que él lleva con orgullo. —Suspiré—. Yo, en cambio, tan solo espero que la imprenta que tenemos a espaldas de mi casa, esa donde se hacen los mapas, me inspire para mi siguiente novela. Esta última mudanza me ha desconcentrado mucho y necesito recuperar la calma para empezar a pergeñar una nueva historia. Pero... no estamos aquí para hablar de mí.

Ingrid sonrió.

—¿Sabe que el padre de Lolita también era un oficial de la Armada? Quizá por eso he decidido elegirla a usted de entre tantas otras gentes para vomitar, de una vez por todas, la enquistada podredumbre que alberga este viejo cuerpo desde hace más de seis décadas.

Aquello sonaba repulsivo. Sin poder evitarlo, miré a su hija Lola. ¿Estaba desvariando? Al no negarlo, supuse que aquella anciana aún estaba en sus cabales.

Ingrid, dando vueltas con la cucharilla a su café, comenzó a hablar pausada.

—Escúcheme. Confío en usted para confesarme. Cuando termine, no espero

su perdón. Lo único que necesito es liberarme de esta punzante carga y creo que esto me aliviará. No tengo miedo a la parca, pero sé que está cerca y quiero afrontarla con la cabeza bien alta. No quiero dejar al libre albedrío de los que quedan ningún secreto pendiente o palabras en el tintero.

Intuí que la inspiración no me iba a llegar a través de la imprenta. Las arrugas de ese apergaminado rostro reflejaban el pasado de una vida intensa.

—Adelante. Espero que mis hombros sean lo suficientemente anchos para soportar esa gabela.

El graznido de una gaviota le hizo mirar al cielo y, como viajando a otros tiempos, comenzó a recordar.

Lluvia mortal
Colonia, noche del 30 de mayo de 1942

*Ist sie nicht süß,
Ist sie nicht lieb,
Ist sie nicht nett!*

*Das Fräulein Gerda,
Das Fräulein Gerda?*

PETER IGELHOFF, «DAS FRÄULEIN GERDA»

Como cada atardecer, los carrillones de los veinte relojes que teníamos en exposición en la tienda marcaron las siete al unísono. Me levanté intentando desentumecer el cuerpo después de otra eterna y solitaria jornada sentada tras el mostrador a la espera de que un cliente inexistente entrase sacudiendo la campanilla que pendía frente a la puerta.

Empaqueté con sumo cuidado en una caduca página de periódico la estatuilla de *biscuit* de Sèvres que acababa de restaurar. Era una niña desnuda de unos diez centímetros de alto. Recostada sobre una pila de libros, apoyaba la espalda sobre las páginas del único vademécum que, de pie y abierto por la mitad, le hacía las veces de respaldo. Aquella diminuta figura parecía haberse quedado dormida al amparo de la cultura.

Sabía que a mi madre le entusiasmaba y pensé que, al no comprarla nadie, le gustaría tenerla en casa. Al fin y al cabo, desde que empezó la guerra apenas sonaba la campanilla de la entrada de nuestro anticuario y sería mucha casualidad que justo ahora viniese alguien a interesarse por aquella romántica pieza.

Como nosotros, los clientes aún pudientes del barrio, embriagados por la austeridad que la contienda demandaba, hacía tiempo que preferían hacer acopio de lo más indispensable en previsión de una larga supervivencia que dejarse

seducir por cualquier capricho, y la adquisición de esa pequeña antigüedad bien podría catalogarse de tal.

La Segunda Guerra Mundial, después de casi tres años sometiéndonos a sus inmisericordes carestías, había conseguido robarnos hasta la más nimia ilusión.

Antes de ponerme la gabardina, cogí lo poco que teníamos en la caja registradora. Las dos monedas que una mujer me pagó por un tirador de porcelana exacto al que le faltaba en el cajón de un aparador. Apagué la luz, metí el regalo de mi madre en el cestillo de mi bicicleta y salí a la calle.

Desde el último bombardeo nocturno la iluminación era escasísima y ya estaba anocheciendo. Tenía rota la dinamo de la luz que frotaba con mi rueda delantera, así que aceleré el pedaleo.

En la esquina de mi calle oí la melodía de una gramola. Sonaba «*Das Fräulein Gerda*». Era mi canción preferida de las tres que alternaba aquel joven ciego de guerra, apostado siempre en la misma esquina.

Apenas me retrasaría un par de minutos, así que me dirigí hacia él para dejarle en la gorra que había en el suelo una de las dos monedas recaudadas aquella tarde. El tintineo de esta al caer le arrancó una sonrisa. Sin dejar de dar vueltas a la manivela con la mano izquierda, me tendió la derecha.

—Dios se lo agradezca.

Al estrechársela, sentí su áspera palma. La tenía desollada de tanto tocar aquel instrumento. Sin pensarlo dos veces, me quité los guantes de algodón para regalárselos.

—Tome, esto le servirá para protegerse de la fricción. No tienen dedos y me vienen grandes, así que le sentarán bien.

Con una leve inclinación de cabeza me besó la mano.

Proseguí camino hacia casa pensando en aquel mendigo. Como todos los del barrio, conocía su historia. Paul tendría unos veinticinco años cuando, al empezar la guerra, quiso alistarse junto a la primera hornada de las Juventudes Hitlerianas. Era de los mayores y huérfano, así que su solo consentimiento bastó para que le entregasen un uniforme y le mandasen a primera línea de fuego. Tan solo duró un mes en el frente antes de ser herido y declarado inútil. Ahora esa gramola era su único sustento y los vecinos intentábamos ayudarle según nuestras posibilidades.

Tardé poco más de cinco minutos en bordear la catedral y llegar a casa. Apenas chirriaron las bisagras de la cancela del jardín, mis dos abuelas abrieron

la puerta para salir a recibirme. Lo hacían a diario y como si llevase un siglo fuera.

Hacía poco más de quince días que habíamos ido al cementerio a visitar las tumbas de sus respectivos maridos en el segundo aniversario de su muerte, cuando aquel 12 de mayo de 1940 nuestros enemigos plancharon por primera vez la ciudad. Desde entonces y más unidas que nunca por el dolor de su viudedad, vivían con nosotros.

Correspondí a su abrazo como se merecían, porque, como ellas mismas decían, yo era a lo único que se podían asir para seguir adelante. A menudo discutían entre ellas sobre a quién de mis dos abuelos me parecía más. Nunca me metí en semejante trifulca. Tampoco las contradije, porque ser nieta de cuatro nacionalidades, alemana, francesa, española y rusa nunca fue fácil.

Tenía claro que de mi abuela Margot saqué sus ojos azules. De mi abuela Lola, sus latinas curvas; de mi abuelo Klaus, su estatura, y del abuelo Vladimir, su capacidad para afrontar los problemas con sumo estoicismo; algo que yo, por aquel entonces, ignoraba, pero que, desgraciadamente, no tardaría en descubrir. Fuese como fuese, yo, según ellos, había heredado lo mejor de cada uno. Supongo que eso es lo que tiene ser hija y nieta única por los cuatro costados.

Mis padres, gracias a Dios, nacieron ambos en Colonia. A mi padre le bautizaron Ignaz y a mí como a mi madre. Ingrid era el nombre que, a pesar de sus diferencias culturales, a todos les gustó y, según mi abuela Margot, las iniciales de las dos ies entrelazadas quedaban preciosas bordadas en la ropa blanca.

Aún recuerdo las palabras de mi padre cuando me quejaba de niña de que cada uno de mis progenitores se empeñase en hablarme en su propio idioma, en hacer mi paladar a sus platos típicos o en enseñarme sus tradiciones.

—¿Y por qué no ha de ser así? Míralos juntos a los cuatro. Tan diferentes y tan amigos a la vez. A mi modo de entender, no existe en el mundo una entente más cordial que la comunión de civilizaciones. No te quejes, hija, que lo mejor es el mestizaje. Ser nieta de cuatro nacionalidades te hará grande.

No sé si grande, pero lo cierto fue que crecer y educarme al amparo de todos ellos me había convertido en multilingüe. ¡Si incluso me había atrevido a apuntarme a clases de inglés e italiano! Idiomas que casi ya dominaba por completo. No haberlo hecho hubiese sido un desperdicio con el buen oído y facilidad que tenía, según todos en casa.

Me hubiese gustado seguir ampliando conocimientos, pero el inicio de la

guerra había truncado mi posibilidad para matricularme en la Facultad de Bellas Artes. A la espera de tiempos mejores, me conformé con ayudar a mis padres en el anticuario, al tiempo que aprendía en su trastienda a pintar y restaurar porcelanas, algo que en un principio pensé inútil pero que, con el tiempo, se convertiría en mi tabla de salvación.

Cuando entré en casa escoltada por mis abuelas, la mesa ya estaba puesta. No sabía qué habrían encontrado en el mercado para comer aquel día según la cartilla de racionamiento que teníamos, probablemente salchichas, chucrut y patatas, pero tampoco importaba. Para mamá, conservar la mantelería almidonada y seguir poniendo la cristalería de Wittwer, la cubertería de plata y la vajilla de Rosenthal a diario servía para dar mejor gusto a las viandas por muy humildes que fuesen.

A mí todo me sabía igual, pero ella era así. A pesar de haber despedido hacía tiempo al servicio, mi madre no se resignaba a perder las buenas costumbres.

Apenas nos sentamos, dejé el paquete sobre el plato de mi madre. Ella lo abrió nerviosa.

—¡Has restaurado el pie! ¡Casi ni se aprecia!

Se le saltaron las lágrimas y, dejando la servilleta sobre la mesa, se levantó para besarme en la frente. Aquellos eran los pequeños detalles que llenaban nuestros días de paz en esos tiempos convulsos y cuajados de sufrimientos.

Al terminar de cenar, mi padre, fiel a sus cotidianas costumbres, cogió su pipa, la relleno de tabaco y después de encenderla se escabulló en la intimidad de su despacho.

Él ya había vivido la Primera Guerra Mundial y procuraba, en la medida de lo posible, olvidarla, a pesar de que la pérdida de su mano derecha se le recordase a diario. Las cuatro mujeres de casa sabíamos que, por mucho empeño que le pusiese, aún no lo había logrado y que, en circunstancias tan paralelas, sería muy difícil, por no decir imposible, conseguirlo. Por eso procurábamos eludir aquel tema de conversación, aunque las noticias diarias en prensa y radio recordasen la pesadilla una y otra vez.

Mientras mi madre recogía, yo acompañé a mis abuelas escaleras arriba para ayudarlas a cambiarse y ponerse el camisón.

Mi abuela Lola, alegre como nadie, comenzó a tararear «El día que nació yo», de Imperio Argentina.

—«El día que nació yo / qué planeta reinaría / Por donde quiera que voy /

qué mala estrella me guía».

Mi abuela Margot, mucho más adusta, la miró enfurruñada. La senectud empezaba a hacer mella en sus recuerdos y pareció ofuscada por no poder recordar ninguna de sus canciones preferidas para rebatirla. Intenté ayudarla mientras le deshacía el moño.

—¿Algo de Lucienne Boyer?

Sonrió y comenzó a tararear «Parle moi d'amour».

Las dejé acostadas en la penumbra e inmersas en aquella curiosa guerra de dispares canciones. Al besarlas antes de arroparlas, ambas me hicieron la señal de la cruz en la frente. Aquella quizá fuese una de las pocas tradiciones que, como católicas practicantes, tenían en común. Ellas creían cuidarme a mí, pero ya hacía tiempo que habíamos cambiado los papeles.

En varias ocasiones Margot se había caído de la cama desorientada, así que para no desatenderla dejé su puerta entornada antes de recorrer el pasillo hacia mi habitación, en el lado opuesto.

Frente al tocador miré mi imagen. Tenía veinte años, supuestamente estaba en lo mejor de la vida, debería estar ya comprometida con alguno de los chicos de mi entorno, pero casi todos habían sido reclutados y pocos eran los que quedaban en los alrededores que mereciesen la pena. Aparte de un par de flirteos de juventud, hacía tiempo que soñaba con encontrar a alguien más serio, pero estaba claro que para ello tendría que esperar a que esa maldita guerra se terminase.

Hasta entonces, seguiría dedicándome por entero a los míos. Ya vería después qué me deparaba el destino.

Rodeada de amigas que constantemente lamentaban la pérdida de un novio, al menos me quedaba el consuelo de no tener que echar de menos a ningún hombre en particular.

Sumida en mis pensamientos, oí entrar a mi madre en la habitación. Como cada noche, empezó a cepillarme el pelo una y otra vez antes de darme las buenas noches. No salió hasta verme metida en la cama. Aún tenía que terminar de recoger la cocina y la oí bajar cansinamente las escaleras. Ya sola, me dispuse a leer, siguiendo mi costumbre habitual. La casa quedó en silencio a excepción de los pasos de mis padres en el piso inferior.

Me desperté sobresaltada. El sonido de las sirenas me trepanaba los tímpanos y

entre uno u otro pitido oía acercándose aquel terrorífico zumbido. No era la primera vez que lo escuchábamos. Sabíamos que no era un tropel de abejas, sino los amenazadores aviones de la RAF los que nos enfilaban de nuevo.

Tardé en reaccionar, me había quedado dormida semisentada y con un libro en las manos. Me dolía el cuello por la tortícolis y la lámpara de noche todavía estaba encendida, lo que me indicó que mis padres aún deberían de seguir levantados porque, a pesar de ser ya una mujer, mi madre, cada noche, antes de acostarse, conservaba la costumbre de entrar en mi habitación una vez más para comprobar que todo estaba en orden.

Miré el despertador. Era la una menos cuarto. Sabía de memoria el protocolo a seguir. Apagué de inmediato la luz, salté de la cama y me asomé a la ventana para mirar al cielo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¡Eran cientos! Quizá miles la bandada de aeroplanos que se veían dibujados en aquella inmensa luna llena.

Después de que el último bombardeo nos cogiese desprevenidos y separados a cada miembro de la familia en un punto de la ciudad, decidimos, reunidos en cónclave, que aquello no se repitiera nunca más.

Con frecuencia repasábamos el plan trazado. Si sufríamos otro asedio, en vez de ir al refugio más cercano, intentaríamos hacer lo posible para llegar a la catedral.

Como si de un milagro se tratase, desde que comenzó la guerra, aquel templo había sido uno de los pocos edificios que habían salido indemnes del ataque aéreo, y por alguna inexplicable razón consideramos que aquel sería nuestro mejor albergue.

Como dijo mi abuela Lola, firme creyente, si nos equivocábamos tampoco importaría demasiado, porque Dios nos recogería con más ganas al haber muerto en su misma casa y de la mano de san Pedro.

El último domingo entre susurros y en plena misa decidimos incluso el punto exacto donde nos encontraríamos para no perdernos en aquel maremágnum de personas sin rumbo que se formaba en esos críticos momentos. Nuestro próximo refugio sería esa pequeña capilla provista de cripta que estaba a la derecha del crucero.

Tras las luminarias lanzadas oí un silbido y la posterior detonación. Demasiado cerca. En nuestro barrio, aparte de un colegio, comercios y la catedral, no sabía que hubiese ningún punto estratégico militar que interesase al enemigo derribar aparte del ánimo de la población civil, pero así parecía estar

siendo. Aquella fue la primera bomba de las miles que aquella noche llovieron sobre nuestras casas.

Por fin reaccioné. Sobre el camisón, me puse la gabardina para protegerme de la mortal quemazón que aquella tormenta de fuego nos causaría al salir. Me calcé unas botas de agua y abrí la puerta de mi dormitorio.

Encendí la linterna para iluminar el pasillo a sabiendas de que allí ya no habría ventanas que delatasen nuestra posición.

A oscuras, mi abuela materna, Lola, abrazaba a su compañera de viudedad, mi abuela Margot, que abría los ojos como si hubiese visto un fantasma. Parecía más desorientada que nunca. Las canosas melenas de las dos se entrelazaban sobre sus hombros.

Otra explosión las hizo pegar un respingo. Esta vez la estructura de la casa crujió y una lluvia de polvo se desprendió del techo. La abuela Margot empezó a sollozar tapándose los oídos. No era para menos.

El bramido incesante de las sirenas marcaba el descompás de un ininterrumpido crepitar de ametralladoras antiaéreas y el continuo estallido de los bombazos.

Mi madre me llamó desde debajo de la escalera.

—¡Bajad corriendo con lo puesto! No hay tiempo que...

Me asomé para iluminarla un segundo con el haz de luz de la linterna. Llevaba el cofre de las joyas y la estatuilla en sus manos. Una inmensa polvareda cegó todo y un calor insoportable me quemó la cara antes de perder el sentido. No me dio tiempo a más.

El sepulcro de una juventud
Colonia, 31 de mayo de 1942

Nunca me dijeron
 qué es lo que hay que hacer
 sálvese quien pueda
 locos al poder
 y una explosión me habló de ti,
 Lili está mal, Lili está bien.
 LALE ANDERSEN, «POR TI LILI MARLEEN»

Desperté al sentir a un perro olfateándome la cara a través del único hueco libre que dejaba aquella pesada alfombra de escombros que me cubría el cuerpo.

Un hombre gritó, alertado al descubrirme. Al abrir los ojos sentí cómo el polvo se me metía dentro y solo cuando quise limpiármelos fui consciente de que tanto mis brazos como el resto de mi cuerpo estaban aprisionados. Poco a poco, mi descubridor fue liberándome de aquella losa.

Había perdido la noción del tiempo. Aquel perro salvador pertenecía a uno de nuestros vecinos, que ahora me tendía la mano. Miré a mi alrededor. Nadie más le acompañaba excepto un caos circundante difícil de describir. Friedrich era el único que había venido a ver si alguien había sobrevivido porque probablemente el resto, o estaban ocupados en otras casas haciendo lo mismo que él, o... simplemente habían desaparecido.

El haber estado bajo un dintel supongo que, como dirían mis creyentes abuelas, ayudó a mi ángel de la guarda a salvarme de morir aplastada. Me dolía todo el cuerpo y aún tardé en recuperar la consciencia por completo.

—¿Estás bien, Ingrid?

Por fin pude limpiarme los ojos. Más me hubiese valido no hacerlo. Allí sentada sobre un montón de cascotes no pude más que contestarle con otra pregunta.

—¿Has visto a mis padres? ¿Y a mis abuelas?

Cabizbajo, negó. Se limitó a señalar a un punto fijo. Allí, frente a mí, yacía el bulto de dos cuerpos inertes cubiertos por mantas. No me hizo falta preguntar porque sus largas melenas aún entrelazadas quedaban al descubierto. Un nudo de amargura se me agarró al estómago. Tan solo pude gritar:

—¡Fritz, mis padres estaban abajo!

Al intentar ponerme de pie un cúmulo de escombros resbalaron por la ladera de la montaña de cascotes sobre la que me encontraba. Las piernas me fallaron un instante antes de perder el conocimiento de nuevo.

Al despertar me encontré tumbada en una camilla junto a otros tantos heridos. El personal sanitario no daba más de sí. Me hubiese gustado rezar para pedirle a Dios que obrase un milagro ante mis funestas sospechas, pero al alzar la vista al cielo, la lona de la techumbre de una tienda de campaña me impidió ver más allá.

Despacio, me fui sentando en la endeble angarilla donde me habían dejado. Me dolía todo, pero aun así podía moverme. Mis padres acudieron de inmediato a mi mente. ¿Dónde estarían? Y, sobre todo, ¿cómo estarían?

Estaba claro, por el desbarajuste que había en aquel improvisado puesto de socorro, que allí nadie podría ayudarme, así que decidí, por muy mal que me encontrase, que solo yo podría averiguar algo sobre su paradero con la celeridad precisa.

Aproveché que una enfermera terminaba de entablillar la pierna derecha de la mujer que tenía al lado para preguntarle:

—¿Puedo marcharme?

No me hizo falta rogar. Limpiándose el sudor de la frente con el cubre puños blancos, se acercó a mí. Levantó el apósito que, aún inconsciente, debió de ponerme en una pequeña brecha sobre mi ceja, y asintió.

—Esto está bien. Así que, si de verdad se encuentra bien, deje su sitio a otro más necesitado. Libre es de hacer lo que quiera, pero antes de irse hágame un favor y deje sus datos al soldado que hay en la puerta para el recuento. —Me levanté de inmediato. A punto estaba de salir cuando, alzando la voz, me dio su última indicación sin mirarme siquiera—: ¡Dentro de una semana no olvide quitarse los puntos!

Agradecí su indiferencia hacia mi persona. Aquella herida, viendo lo que me rodeaba, era lo de menos. ¡Tenía que irme a casa o... a lo que quedase de ella, para encontrar a mi familia!

Ya a cielo abierto y mientras daba mis datos al soldado, miré a mi alrededor. No reconocía el lugar.

—¿Dónde estamos?

Sin levantar la vista del papel donde anotaba mi nombre, domicilio y edad, me contestó impertérrito:

—El nombre de la calle lo ignoro. Lo único que le puedo decir es que, como mucho, a quinientos metros de donde la encontraron. Lo sé porque es la distancia que separa un puesto de socorro del siguiente.

¡No podía ser! Tenía que estar equivocado porque hasta donde alcanzaba mi vista tan solo encontré devastación. Al darme la vuelta, el vello de todo el cuerpo se me erizó ante la certeza de que aquel joven no me engañaba. Allí mismo, a escasos doscientos metros, se alzaba la catedral.

Majestuosa e indemne a excepción de alguna de sus vidrieras góticas rotas, marcaba el epicentro incólume de un abismo. Nuestro destrozado barrio. Preferí no elucubrar en cómo habría sido todo si la noche anterior hubiésemos conseguido llegar a ella a tiempo y tal y como habíamos previsto para buscar refugio. Pero... todo fue tan rápido.

No tenía hambre, ni frío, ni siquiera sed. Mis pasos se alimentaban nada más de una esperanza que ya sospechaba frustrada.

Por las casi irreconocibles pistas que me dieron las ruinosas fachadas, logré llegar a donde tenía que haber estado mi hogar. Paralizada ante aquella horrible visión, tardé en asimilarlo. No alcanzaba a entender cómo toda mi vida podía haberse desmoronado en una sola noche.

Desde el inicio de la guerra, habíamos sobrevivido a otros envites de la Royal Air Force e, ingenua de mí, estaba convencida de que jamás las atrocidades circundantes podrían salpicarnos. ¿Por qué una bomba lanzada desde encima de las nubes nos iba a tocar justo a nosotros que nada habíamos hecho para merecerla? A nosotros no.

La terrible evidencia me hizo madurar de golpe cuando en el lugar donde debía de estar mi casa no hallé más que un lúgubre féretro.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que pude dejar de temblar y comencé a escarbar asida al utópico anhelo de hallar un aliento de vida entre la desolación.

A pocos metros de mi posición, Fritz junto a su perro había dejado de cavar

la zanja donde momentos antes trabajaba para inclinarse sobre ella. Aquel hombre debía de llevar horas allí y apenas se tenía ya en pie. Al verme se quitó la gorra, tragó saliva y gritó con voz trémula:

—¡Están aquí, Ingrid! Por fin he dado con ellos. ¡No te acerques ahora! Si esperas un poco allí apartada te aviso en cuanto consiga liberarlos. Este momento es delicado y cuantos menos estemos sobre ellos menos peligro añadiremos al rescate. ¡Reza para que aún respiren!

Sus precavidas palabras me paralizaron. El recuerdo de los cadáveres de mis abuelas tapados por la manta me sobrecogió de nuevo.

Fritz, aunque resoplando por el esfuerzo, pareció leerme el pensamiento.

—A Lola y Margot se las han llevado ya al depósito. Cuando consigamos rescatar a tus padres, te acompañaré a reclamarlas si no quieres que las entierren en una fosa común.

Sus gélidas palabras me congelaron el corazón. Aquel día la sorpresa inesperada de tantos y tan dolorosos acontecimientos de golpe parecía haberle robado el alma, la sensibilidad y todos sus buenos sentimientos. Alzando la vista, aquellos ojos azules me treparon cuajados de lágrimas.

Se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza. No necesitaba palabras para comunicármelo. Lentamente me fui acercando al tenebroso agujero donde estaban. Al fondo, mis padres yacían muertos. Entre los dos estaba la estatuilla de la niña durmiente que aquella noche regalé a mi madre, sin un mísero rasguño en su porcelana. ¿Cómo algo tan delicado podría haberse salvado de semejante hecatombe?

Limpié el polvo del rostro de mi madre para besarla en la mejilla y susurrar dulces palabras en el oído. Tenía los ojos cerrados y, por extraño que parezca, una expresión de paz inesperada.

—Vuela alto, madre, y cuando llegues al cielo intercede por mí. Guíame tú, que te marchas con todos dejándome a mí tan desvalida.

Un agujero inmenso parecía estar horadándome la boca del estómago. Era como un invisible pozo de soledad.

El cadáver de mi madre aún sujetaba la caja con todo el dinero y joyas que nos quedaban. Al abrirla encontré mucho más de lo que imaginaba. Su buena administración, aun en épocas adversas, me permitiría sobrevivir más tiempo del que en aquellos tristes momentos hubiese deseado.

Aparte de aquello, no pude rescatar ni una mísera foto que me ayudase en el futuro a perfilar nítidamente sus rostros en mi imaginación.

La RAF, además de destrozarse por entero una ciudad, había conseguido sembrar mil brasas de desolación en las entrañas de los que conseguimos sobrevivir.

Fritz, después de darme un tiempo prudencial para despedirme, avisó al camión que estaba recogiendo a los fallecidos para que se los llevaran al mismo depósito donde estaban mis abuelas, y así fue cómo, al día siguiente, pude dar santo entierro en el panteón familiar a los despojos de las cuatro personas que más quería en el mundo.

Solo había una manera de seguir adelante. Olvidar. Una premisa que desde entonces he procurado alcanzar sin conseguirlo jamás. Aun así, junto a mis progenitores decidí enterrar todas mis raíces. Me hubiese gustado hacer lo mismo con mis recuerdos, pero todavía hoy me siguen asaltando inmisericordes.

Después de cinco días deambulando por las ruinosas calles y sin un techo en el que cobijarme, decidí dejarme guiar por los consejos de Fritz y ponerme a disposición del servicio de inteligencia alemán. Un primo suyo, que formaba parte del comité de selección, fue el que, por decirlo de algún modo, me apadrinó.

De su mano y después de haber sido debidamente investigada sobre todo lo que versase en mi corta vida, no me costó ser admitida. Por primera vez fui consciente de la importancia que podría tener el dominio de tantas lenguas.

Los meses siguientes me apliqué a conciencia en cualquier materia que incluyese aquellos cursos acelerados que nos impartía la Gestapo a jóvenes mujeres que, como yo, sin nada que perder, a excepción de una vida a la que guardábamos bastante poco apego, tan solo podíamos ganar.

En aquella residencia de señoritas con visos de cuartel militar, empecé en un aula de audición por corregir los dejes de acento en mi francés y español que pudiesen delatar mi verdadera filiación. No me costó.

Superada la primera asignatura, proseguí el entrenamiento sobre el tablado de un pequeño escenario aprendiendo a mentir, a mutar y a disfrazarme física y mentalmente de quien se precisase que fuese en cada prueba a la que me sometían.

En un agujero inmundo me enseñaron a soportar el dolor hasta límites insospechados. Apretando la quijada y conteniendo mi lengua para no pronunciar palabra, aprobé con nota la asignatura de cómo doblegar torturas.

Y, por último, en un laboratorio que hacía las veces de imprenta, me adoctriné sobre cómo fotografiar con la memoria hasta el detalle más nimio de mi entorno. Perfilé y seguí mapas pergeñando supuestas estrategias, cifré y falsifiqué documentos; eduqué a mi instinto a intuir certezas, y fabriqué diferentes explosivos con elementos fáciles de encontrar en tiendas de ultramarinos, farmacias y droguerías.

Hasta que, por fin, aquel viernes de finales de noviembre, después de abrir un sobre donde venían perfectamente trazados los pasos a seguir para el inicio de la que sería mi primera misión, un coche me llevó a la estación de tren más cercana.

Atrás quedaba Colonia, la cuna de mi infancia y juventud, la tumba de los míos y una tierra donde yo procuraría no enraizar jamás, ya que allí me arrancaron el corazón en vida.

Me enfrentaba con cierta inconsciencia a un mar de incertidumbres que me tentaban irremediablemente. Aquel duro adiestramiento me había petrificado en todos los sentidos. Tanto que ya soñaba con una cosa, tentar al riesgo hasta los difuminados límites que perfila la osadía. Quizá porque después de haber perdido a todos mis seres queridos ya no me importaba morir cumpliendo con mi misión. La de infiltrarme en la Resistencia parisina para informar a los míos de sus intenciones sería una buena manera de hacerlo.

Mis compañeros de viaje eran pocos. En una faltriquera, bajo la cinturilla de la falda, llevaba las joyas y el dinero de mi familia. En una vieja maleta, un libro, la estatuilla que restauré, un par de zapatos, otro de medias, una muda de ropa interior, combinación incluida, y un neceser.

Sobre lo puesto, un abrigo, una boina negra; en el bolsillo, los guantes, y en el bolso de mano, la falsa documentación que me habían facilitado.

Al mirarme en el reflejo de la ventanilla del vagón, ni yo misma me reconocí. La dulzura rubicunda que desplegaba hacía meses se había desvanecido por completo. Mis cejas y pelo teñidos de moreno y cortado a lo *garçon* ya de por sí me habían convertido en una mujer más adusta, aparentemente mayor y de facciones tan atractivas como duras.

Y me lo creí. Esa supongo que era la base para poder convencer a los demás de lo que una se empeñase en fraguar. Y así fue cómo aquella dulce joven alemana, de facciones arias y larga melena, alegre, ingenua y tremendamente femenina, se convirtió en su perfecta opuesta: una fría y calculadora francesa, de

tez blanca y con el pelo tan corto que bien podría parecerse a una andrógina de cabaré.

El viaje sería largo, así que saqué la novela que llevaba en la maleta. Me venía como anillo al dedo en ese momento. Era del clásico de Robert Stevenson *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*.

En mi caso, Ingrid se había convertido en Sophie sin necesidad de pócima alguna. Y esperaba no tener que matar a nadie en el camino para cumplir con mi perfecta mutación.

Hasta el momento no me había costado somatizarlo, ya que mi supuesto personaje se me parecía asombrosamente. Sophie, al igual que Ingrid, era una huérfana de guerra en busca de venganza. Una cosa variaba en sus pasados nada más, y era el nombre de sus aniquiladores.

Y así como Sophie había perdido a toda su familia a manos de los alemanes en un pueblecito del norte de Francia, yo, la verdadera Ingrid, había sufrido lo mismo que mi personaje a manos de los ingleses en Colonia. Pero... ¿de verdad que importaba el lugar o el ofensor cuando el daño había sido de semejante calibre?

Gare du Nord
París, 6 de diciembre de 1942

*Il était fort et puis si tendre
que dès notre première nuit,
je sentais que je ne pourrais plus me reprendre,
et pour toujours, j'étais à lui.
Je voyais toutes les femmes lui sourire.
Moi, je me cramponnais à son bras
et je les regardais comme pour leur dire:
«Il est à moi, et je le lâche pas!»*

EDITH PIAF, «MON AMANT DE LA COLONIALE»

Por un segundo pensé en a qué me enfrentaba realmente. Eran tiempos de descomunales soledades que cada uno mitigaba como mejor Dios le daba a entender. Yo había decidido hacerlo dejándome cuidar por el Tercer Reich a cambio de mis incondicionales servicios. Quizá porque no encontré mejor tabla de salvamento. Tenía tan poco que perder que cualquier cosa sería ganar.

Bajé del tren en la estación del Norte y, como me ordenaron, me dirigí a un banco que había adosado a la pared en la zona donde estaban los carros de los porteadores de maletas aguardando clientes.

Los pasos a seguir, en un principio perfectamente trazados, ahora que me encontraba en el trayecto final de mi viaje, se me hacían escuetos. Tan solo me quedaban tres puntos de la orden por interiorizar.

En primer lugar, debía esperar al desconocido insurrecto que supuestamente me guiaría a su guarida. Una vez allí, tenía que someterme a sus disposiciones para, a continuación, informar de todo lo descubierto a la Gestapo. Lo haría dejándolo escrito en una nota cifrada pegada tras el respaldo del banco donde ahora me encontraba esperando.

Hasta no terminar con esta mi primera misión, por nada del mundo debía visitar a la policía secreta del estado en París. Aquello podría delatarme en el caso de que alguien estuviese vigilándome ante la duda de mi verdadera posición en la Resistencia.

Después, todo lo que hiciese, dependería de mí y de mi capacidad de improvisación, según lo que me encontrase.

Me sentía como si estuviese en la orilla de un charco de arenas movedizas sin saber muy bien en dónde dar mi siguiente paso.

Impaciente, no pude evitar mirar a derecha e izquierda. No sabía nada de mi contacto, ni siquiera conocía su sexo. Él —o ella— sería a la primera persona que tendría que engañar.

Como si fuese un mantra, de nuevo repasé mentalmente mis cometidos principales: «Tengo que infiltrarme en ese grupo de insurgentes lo más rápido posible, ganarme su confianza y, nada más descubrir algo, por nimio que parezca, informar de sus intenciones».

Provista de documentación falsa y una historia pasada ficticia, lo que más me costaría sería acostumbrarme a mi nuevo nombre, Sophie. Inmersa en una bruma de mentiras y sombras, procuraría vestirme con una intrépida coraza de temeridad.

Al contrario de los que se mostraban incapaces de perfilar la difuminada frontera entre la valentía y la osadía, yo tenía muy claro que para triunfar en la misión debía jugarme la vida si fuese preciso sin pensármelo dos veces.

Y allí estaba ahora, sentada a la espera de que un completo desconocido al que habían dado mis datos para que, no sabía de qué manera, me llevase a la boca del lobo.

Según las últimas pautas a seguir, me incliné a abrocharme los cordones de los zapatos. A propósito, me los había puesto de un color rojo estridente.

Apenas pasaron cinco minutos cuando un hombre tomó asiento a mi lado.

—Me gustan, ¿dónde los ha conseguido?

—Yo misma los he hecho con los restos de una madeja.

Era la contraseña. El hombre esperó a que un carro cargado de baúles pasase frente a nosotros para ponerse de pie y, cogiendo mi maleta, me susurró al oído.

—Es el momento, ¡sígame!

Mi sorpresa fue mayúscula cuando, en vez de continuar caminando por el andén, se dio la vuelta para mirar a la pared que teníamos a la espalda. Un gran

estandarte con la esvástica la tapizaba desde el zócalo al techo.

Tomándome de la mano, se coló entre la pared y la fina tela. Justo detrás había una pequeña puerta escondida. Tan solo necesitó un pequeño empujón para abrirla y colarnos dentro del pasadizo que protegía.

Encendió la linterna que llevaba entremetida en la cinturilla del pantalón. Bajamos un tramo de unas veinte escaleras y al final de este iluminó a la pared para buscar un interruptor. Cuando lo encontró encendió la luz.

Todas las bombillas que en hilera pendían de la parte más alta de la bóveda estaban fundidas excepto dos. Las suficientes para dejarme entrever que estábamos en otro andén. Comparándolo con el que habíamos dejado atrás, era más pequeño y estaba completamente desierto.

Sonrió al ver mi cara de sorpresa.

—Pertenece al antiguo trazado del metro de París a su paso por la gare du Nord. Un camarada maquinista nos dio la idea hace unos meses cuando quedó en desuso. Las obras de prolongación de la línea cinco hacia Patin desviaron el trazado anulando esta estación y, mientras siga así, nosotros lo utilizaremos para movernos por debajo de la calle sin riesgo a ser descubiertos. —Empezó a caminar hacia el lado opuesto de la estación hasta llegar a otras escaleras—. Esta estación tiene tres salidas que creen tapiadas —prosiguió—, pero que nuestro particular grupo de zapadores se ha encargado de reabrir con el debido disimulo. La que hoy le enseñaré da justo a las carboneras de nuestra casa en el bulevar de Denain. Aunque no la use asiduamente, memorícela porque es la más idónea para huir sin pasar por el portal y perderse en este entramado de túneles en el caso de que los alemanes vengán a detenernos.

Su acento español hablando francés era evidente. Sonreí mientras le seguía por aquellos pasillos revestidos de azulejos blancos biselados. A excepción de una franja verde, poco más rompía su pulcritud.

—Parece conocerse estos pasadizos como la palma de su mano —le contesté en su lengua natal.

Se detuvo sorprendido para enfocarme con la linterna aún encendida directamente a la cara.

—¿Es usted española? ¿Me dijeron que era francesa?

Tuve que taparme los ojos.

—Y lo soy, pero un cuarto de mi sangre es española. La heredé de mi abuela Lola, que fue quien me enseñó su idioma.

Sin saber por qué mezclé parte de mi verdadera vida con la de la mujer que

me tocaba fingir que era. Un fallo garrafal que no dejaría que ocurriera de nuevo, a pesar de que no desentonó demasiado.

—Pues déjeme que le diga que podría engañar a cualquiera. Apenas tiene acento francés hablando español. Me alegro de tenerla con nosotros...

Aún no sabía mi nombre.

—Sophie —me presenté.

—Yo soy Manolo.

Según hablaba llegó a la segunda puerta. Antes de abrirla pegó la oreja a ella. Todo parecía en silencio, así que entramos sin dudarlo en la carbonera y subimos por la escalera de servicio del edificio hasta la buhardilla.

Apenas entré, me presentó a sus cuatro compañeros. Para mi interlocutor, el umbral de aquella puerta debía delimitar la frontera entre lo desconocido y lo amigo porque, según lo cruzó, comenzó a tutearme.

—Te presento a Jaime y a María. Y estos son Jean Mari y Juana.

Iba a tenderles la mano, pero los franceses me saludaron con tres besos y los españoles lo hicieron con dos. Eran dos parejas jóvenes de entre veinte y treinta años que salían a la calle en ese preciso momento.

—Tenemos prisa, camarada —se excusó María—. Si no te importa, cuando volvamos, nos presentamos como es debido. Bienvenida.

Bajaron de dos en dos los desgastados peldaños.

El piso tenía una sala principal con dos mesas y varias sillas dispuestas a su alrededor. En la del rincón había una radio, varias armas, una caja con papeles, tinta, sellos y otros instrumentos que reconocí como típicos para falsificación de documentos. En la central, varios platos con los restos de comida y una botella de vino. El desorden era evidente.

Manolo dejó mi maleta en la entrada para sentarse. Sin dudarlo, cogió la botella, la descorchó con los dientes y se sirvió vino en uno de los vasos que había ya usados. Fue directo al grano.

—Siéntate, Sophie. Me han dicho que sabes construir sencillos explosivos. —Asentí—. Esa será tu misión principal. Ya nos dirás qué es lo que necesitas y te lo facilitaremos. —Terminó el vaso de vino de un trago y se sirvió otro antes de seguir—: Supongo que tardaremos en conseguirlo todo, así que, hasta entonces y para que vayas conociendo la ciudad, se me ocurre que puedes ir cada mañana a un punto donde recogerás los encargos que otros miembros de la Resistencia nos envíen. Mañana María te mostrará el lugar exacto.

Asentí, absorta en sus perfectas facciones. De nuevo se bebió de golpe el

vino. Satisfecho por mi sumisa aquiescencia, se sirvió lo que quedaba en el culo de la botella.

—Bien, pues ahora que sabes tus cometidos principales, antes de enseñarte dónde dormirás, te pongo al día de las normas que rigen esta buhardilla. Si es que así se le puede llamar a este palomar. —Resopló—. Aquí casi todo vale. Pero tenemos dos pautas que debes cumplir por eso de cultivar la convivencia. —Levantó el dedo índice—. La primera es que, si vienen a detenernos, cada uno escapa por donde pueda y mejor sepa sin mirar atrás. Aquí estamos para terminar con el enemigo, e intentar salvaguardar el pellejo es el principio básico para conseguirlo.

¡Qué manía con huir! Apenas había llegado y ya era la segunda vez que me hablaba de ello. Le miré a la boca, sus dientes superiores perfectamente alineados contrastaban con los de abajo, que, apiñados, apenas se dejaban ver bajo sus carnosos labios. El aplomo que demostraba me hizo intuir que debía de ser el líder en aquella casa. No sabía nada de su vida y, sin embargo, su forma de comportarse me indicaba que, como yo, debía haberse pulido por la acritud de la guerra.

—¿La segunda? —pregunté.

—Aquí cada uno se come lo que trae y por lo tanto está prohibido meter mano en la alacena en un estante que no sea el propio. El tuyo será el de más abajo.

Me señaló a una pequeña estantería donde apenas había un mendrugo duro, un paquete de lentejas, dos patatas y media docena de huevos.

—La fresquera es el quicio de la ventana del cuarto de cada uno. Tú la compartirás conmigo, dado que el mío es el único que tiene una cama libre.

—¿Separadas? —Me salió del alma.

Sonrió malicioso, al tiempo que me daba un repaso de arriba abajo con la mirada.

—Por ahora sí, pero quién sabe... quizá algún día acabemos juntándonos como las de nuestros compañeros.

Estaba claro que le satisfacía. Me hubiese gustado cortar el descarado flirteo, pero me contuve. Aquella irónica indirecta me brindaba una oportunidad para acortar distancias atajando y no la iba a desaprovechar. Sonreí zalamera.

—Quizá no haya que esperar a un día. En este vertiginoso devenir en el que hoy estamos y mañana hemos desaparecido, no suelo desperdiciar la oportunidad de una buena compañía. Ya sabes. La soledad siempre demanda abrazos, y yo

resulta que me encuentro tremendamente desamparada. —Mirándole fijamente a los ojos me mojé los labios con la lengua. Aquel era uno de los prácticos trucos de seducción que me habían enseñado en la escuela de Colonia, por si alguna vez necesitábamos esgrimir ese tipo de arma. Aproveché el segundo de desconcierto creado para continuar—: ¿Y el cuarto de baño?

Me señaló al fondo del pasillo, aún sin dar crédito a mi imprevista insinuación. Sin duda no estaba acostumbrado a respuestas tan rápidas por parte de una mujer.

Dejé el abrigo en el respaldo de su silla, la boina sobre la mesa y caminé hacia el cuarto de baño remarcando el movimiento de mis caderas. Sabía dónde tendría centrada la mirada. Apenas conocía a ese hombre, pero no importaba porque serviría a mis planes.

Sentada en la intimidad de aquel cuartito, pensé rápido. Nada más pisar aquella claustrofóbica buhardilla, guarida de insurgentes, supe que solo cabrían dos sentimientos para afrontar mi cometido lo más efectivamente posible. La locura del arrojo y el desprecio hacia el miedo. O... al menos eso era lo que yo creía hasta que me di cuenta de que, en realidad, lo que antes hubiese catalogado de locura de arrojo ahora se me antojaba simple apetito sexual.

Pero... ¿por qué ahora y tan inoportunamente? ¿Sería hambre de compañía o tal vez unas ganas irresistibles de poner en práctica mis lecciones de seducción en el espionaje? Preferí no profundizar demasiado en ello. Aquel era el clavo ardiente al que irracionalmente necesitaba asirme y no dejaría que se enfriase sin haberlo hecho mío.

Por fin había llegado el momento de despojarme del abrigo invisible de hielo que fue adhiriéndose a mi piel según asimilé el desamparo de orfandad en el que me encontré al perder a mi familia la primavera anterior. Algo me decía que el hombre de allí afuera sería capaz de arrancarme de una vez por todas aquellas tiritonas a base de fricciones y caricias.

Y en aquel cuarto de baño empecé a sentir cómo el témpano de mi pecho se comenzó a derretir al candor de esa hoguera de deseos. Me desnudé lentamente. Me miré en el espejo. Tenía las mejillas sonrojadas y la mirada vidriosa. Por primera vez en mucho tiempo me gustó la imagen que este reflejaba de mí y así, completamente desnuda y sin pensármelo dos veces, salí de aquel cuartucho dispuesta a acabar de una vez por todas con aquel insoportable frío.

Manolo, al verme al fondo del pasillo de esa guisa, se levantó enardecido. No hizo falta más.

Amanecía cuando oímos a nuestros cuatro compañeros entrar de puntillas en casa después de toda la noche fuera. Como vaticinó Manolo en nuestra inicial conversación, nuestras dos camas no duraron separadas ni una sola noche.

La luz que entraba por la pequeña ventana ovalada de aquella buhardilla iluminaba su rostro. Aquel cuasi desconocido dormía a mi lado plácidamente con una sonrisa dibujada en los labios. Debía de tener unos diez años más que yo. Era un hombre atractivo y de facciones latinas. Moreno, tirando a bajo y más bien recio.

No pude evitar sonreír al recordar su expresión de sorpresa cuando descubrió que él había sido mi primer hombre en la vida. La verdad es que ni yo misma me reconocí porque, a pesar de mi inexperiencia sexual, no demostré mi inseguridad en ningún momento. Supongo que el simple hecho de ver colmadas mis ansias de caricias disipó cualquier duda que en otras condiciones me hubiese asaltado.

Aquella noche, aparte de catar los mil y un placeres de parte de Manolo, descubrí algo más sobre su vida.

Era granadino de nacimiento. Se describió a sí mismo como un eterno inconformista, vehemente hasta la médula cuando alguien le metía en el saco de los comunistas o los socialistas porque él, ante todo, se sentía un anarquista de pro que lucharía hasta la muerte por transformar el mundo en algo mejor. Para mí, un soñador de imposibles.

Un hombre que, ya desde muy joven y en tiempos de la Segunda República española, había pertenecido a un grupo de activos revolucionarios que más de una vez fueron detenidos. Desde entonces, no había salido de una para meterse en otra. Él formaba parte del éxodo de republicanos que, terminada la fratricida contienda, decidieron exiliarse a Francia.

Acostumbrado a los calabozos antes de la guerra, una vez terminada esta, tuvo que aprender a lidiar con las miserias del campo de concentración de Argelès, donde los franceses tuvieron encerrados a los refugiados españoles hasta el principio de la guerra mundial y bromeaba sobre la capacidad que tenía para soportar cualquier adversidad.

Cuando Alemania invadió Francia, decidió alistarse en la Resistencia para

entrenarse activamente a la espera de poder atentar algún día contra el régimen franquista.

Y así fue cómo pasé mi primera noche en París, entregada en cuerpo, que no en alma, a ese apasionado insurrecto que casi logró hacerme olvidar la verdadera razón de mi presencia en aquella buhardilla.

Y pasaron los meses y en el tiempo que dura un embarazo fuimos congeniando cada día más. Él contándome sus verdades y yo acrecentando mis mentiras, entregada al placentero embestir de sus entusiastas pasiones. Recíprocamente nos complementábamos.

Poco a poco, fui descubriendo más cosas de mis compañeros de Resistencia. No me resultó complicado en absoluto porque, al contrario que yo, ellos eran sumamente confiados y..., por qué no reconocerlo, bastante descuidados.

Sus labores básicamente se limitaban a falsificar documentos oficiales, cuyos encargos yo recogía cada dos días por las noches en un horno de pan, y a preparar atentados que pocas veces llegaban a perpetrar al haber yo truncado previamente los explosivos.

Mientras, y como se me había ordenado, informaba a la Gestapo puntualmente de su localización, actividad e intenciones, dejando las notas en aquel respaldo del banco de la estación.

Nunca supe quién las recogía ni me quedé a verlo. Hasta que un día, en el momento en que me levantaba, una mujer fingió un encontronazo conmigo.

—¿Quiere un cigarro?

Me mostró el paquete abierto donde uno en particular sobresalía.

—Se lo agradezco.

Iba a cogerlo cuando me entregó el paquete entero junto a un Zippo.

—Quédeselo. Es regalo de la casa.

Aquella era una de las consignas que estudiamos en la residencia de Colonia y ella debía de saberlo. Apenas lo cogí de entre sus manos, la mujer desapareció entre el gentío de la estación.

Saqué el cigarro en cuestión y, como esperaba, noté que un segundo cilindro de papel lo envolvía. Lo deslié y leí: «Salga de inmediato. A las doce de esta noche procederemos a la detención de todos los que encontremos».

Cuando lo leí rompí en mil pedazos aquel papel. Por primera vez desde que

empecé a colaborar como informante me puse nerviosa. Todo había sido tan fácil hasta entonces.

Llegué a casa, cené con mis cinco compañeros lo que cada uno habíamos traído y, como cada noche, me acosté junto a Manolo para terminar el día haciendo el amor.

Se encendió un cigarrillo con el Zippo que antes de la cena le había regalado. Le mentí diciéndole que lo había comprado en el mercado negro parisino pensando que le haría ilusión tener algo de un soldado americano.

Miré el reloj. Por la hora que era, sabía a ciencia cierta que probablemente sería el último cigarro de su vida, aproveché que se había quedado dormido y salí de puntillas.

Adelantándome a los inminentes acontecimientos, imaginé a Manolo. Al sentir cómo echaban la puerta abajo me buscaría tumbada a su lado para encontrar únicamente la huella de mi cuerpo todavía caliente dibujada sobre las sábanas, y no pude soportarlo.

Aquello me indicó que, a pesar de mi estricto adiestramiento, quizá me quedaba un atisbo de conciencia. Regresé sobre mis pasos y le desperté fingiendo una cojera.

—Manolo, siento despertarte, pero esta noche me toca recoger en el horno el siguiente envío y resulta que bajando la escalera me acabo de torcer el tobillo. ¿Podrías ayudarme?

—¿Quieres que vaya yo? —balbuceó, frotándose los ojos, aún somnoliento.

Torcí el gesto. Aquello no hubiese solucionado nada porque la redada me habría cogido a mí en casa. Pensé rápido.

—No te conocen, así que no te los darán. No. Solo necesito que me hagas de muleta.

Sonrió.

—Yo a ti te llevo en brazos al fin del mundo si hace falta.

Manolo a veces parecía tener dos personalidades. ¿Cómo podía decir esas cursiladas con lo calculador que solía mostrarse? Inmediatamente se vistió y me acompañó.

Regresábamos cuando él mismo me detuvo para obligarme a esconderme tras una esquina. Desde allí vimos cómo cargaban a empujones en un furgón a nuestros compañeros.

Arrancaba cuando pegó un respingo.

—Voy a seguirlos a ver adónde los llevan. Tú entra con cuidado y recoge lo que puedas de valor porque aquí no podemos regresar. Nos vemos dentro de tres horas en el horno de pan. ¿Podrás llegar con ese tobillo sola?

Apenas me dio tiempo a asentir. Estaba claro que él no sospechaba ni por asomo que hubiese sido yo la que los delató.

Esperé en el lugar acordado hasta que el panadero abrió la tienda, pero no apareció. Me temí lo peor.

La espera se prolongó hasta medio día. Sonaban las doce en el campanario de una iglesia cercana cuando lo vi llegar. Entró en el comercio, me cogió de la mano para guiarme a la trastienda y, aún jadeando, sujetó mi rostro con las dos manos para forzarme a mirarle a los ojos.

—Se los han llevado a un lugar llamado Eysses en un pueblo llamado Villeneuve-sur-Lot. Es un presidio que el Gobierno de Vichy ha rebautizado con el nombre de Maison Centrale de Force, y quiero ayudarlos a escapar. ¿Me acompañarías?

Asentí, como siempre hacía.

—Manolo, cuando llegué a París sola y desamparada tenía una sola orden, la de obedecer al enlace que me recogiese en aquel banco de la estación. Ese hombre fuiste tú y a tu voluntad me entregué. ¿O es que no te lo he demostrado ya? Como sabes, nadie me espera en ningún lugar, así que, si quieres que vaya contigo, contigo iré.

¿Escondía sentimientos más profundos que aquella fingida fidelidad a la Resistencia? Ni yo misma lo sabía. Lo único que tenía claro era que me estaba comprometiendo a algo prohibido sin el previo permiso de la Gestapo. Si quería acompañarle, tendría que engañarla a ella también.

Esa misma tarde dejé a Manolo organizando el viaje para presentarme en sus oficinas. Simulé muchísima angustia. Temía por mi integridad.

Cumplida mi primera misión, quedaba a la espera inmediata de un nuevo cometido a ser posible lejos de París, porque como Manolo se les había escapado, ahora yo me había quedado al descubierto. Él sospechaba que era yo la que los había delatado y me seguía para matarme.

No dudaron ni un segundo de que aquello fuese verdad e inmediatamente se ofrecieron para protegerme.

Aquellas oficinas, como las de Colonia, funcionaban con la precisión de un reloj. Al conocer mi verdadera identidad, corroboraron mi perfil para, según este, buscar algo que cuadrara con sus necesidades. En menos de hora y media lo tuvieron claro.

En la ciudad internacional de Tánger necesitaban una mujer culta y atractiva que dominase al menos cinco lenguas. En un mes y medio debía personarme en su sucursal de Marsella y allí me entregarían documentación, salvoconductos y una carta de presentación para acudir al palacio de Mendoubia en Tánger. Ya en el destino, me asignarían alguna función. Hasta embarcar podría disponer de mi tiempo como quisiese.

A la sombra de un presidio
París-Eysses, octubre de 1943

*Aux armes, citoyens,
Formez vos bataillons,
Marchons, marchons!
Qu'un sang impur
Abreuve nos sillons!*
LA MARSELLESA

Aquel mes y medio que me daban antes de embarcar hacia Tánger lo invertí en acompañar a Manolo a Eysses.

Un millón de sentimientos contradictorios me asaltaban. Sabía que aquel hombre no me convenía en absoluto, pero me sentía incapaz de despedirme de él. Era como si una zarpa de inconsciencia inmisericorde me mantuviese a su lado estrangulando por completo mi voluntad.

Legamos al pequeño pueblo de Villeneuve-sur-Lot clandestinamente en un vagón de mercancías. El encantador pueblo con su río, puente y casas de cuento se veía ensombrecido por el lúgubre presidio donde habían metido a nuestros compañeros detenidos en París.

Manolo en apenas dos días lo tuvo todo organizado. El panadero de París nos había dado la dirección de su primo el pastelero de aquel pueblo. Fue el que nos dejó una destartalada cabaña que tenía en una colina cercana a la Maison Centrale de Force.

Protegidos por el bosque que la rodeaba, podríamos vigilar sin riesgo a ser descubiertos todo lo que en aquella cárcel acontecía y así intentar dar con una brecha en la seguridad de aquella inexpugnable fortaleza.

No perdimos el tiempo. Dicho y hecho.

La misma noche que llegamos y a pesar de que llovía, prismáticos en mano ya los observábamos en silencio. De repente, Manolo me señaló a un punto

determinado. A lo lejos se adivinaba un foco y sobre él una chimenea.

Era un tren que se acercaba lentamente. A pesar del riesgo, decidimos bajar a la estación para acercarnos un poco más a ellos. Manolo quería identificar a los presos que de allí saldrían.

No tardó en localizar a algunos de los antiguos camaradas que al principio de la guerra participaron en diferentes operaciones a su lado y que debían de haber sido detenidos en otras redadas similares a la nuestra.

Los fui memorizando según los mentaba para utilizar la información de salvoconducto en el caso de que la Gestapo descubriese mi doble juego. Localizó a sesenta españoles en total, de entre los franceses, soviéticos, ingleses, polacos e italianos que conformaban aquel grupo de mil reclusos. Como era de esperar, Jean Mari y Jaime estaban entre ellos. De nuestras compañeras de buhardilla, en cambio, no supimos nada, por lo que imaginamos que en algún punto del camino hacia allí las debían de haber separado para mandarlas a otro lugar.

Durante las dos semanas siguientes, memorizamos cada pequeño detalle de aquel presidio. Apostada en aquella colina y armada de lápiz y cuaderno, apuntaba hasta el detalle más ínfimo. Pinté un mapa de lo más preciso y marqué los horarios de paseo, trabajo, formación y retirada de los presos. Los camiones que solían entrar y salir de las dependencias y qué era lo que parecían transportar según la intendencia. Horario de encendido de los focos. Cambios de guardia y otras tantas cosas que, sin parecer relevantes, quizá lo fuesen. ¡Sí, hasta conté los perros guardianes que acompañaban los soldados en sus constantes rondas!

Manolo intentaba identificar a Jaime y a Jean Mari entre los barracones para trazar el perfecto plan de huida, pero tal y como andaban todos vestidos con aquellos pijamas de rayas, rasurados por completo y arrastrando los pies por la helada ciénaga, desde la distancia resultaba prácticamente imposible. Parecían todos gemelos idénticos.

Una tarde vino el pastelero, a sabiendas de nuestras intenciones, a comunicar a Manolo que por fin había llegado el momento. Aquel hombre llevaba meses pasando mercancías a los presos en el doble fondo de las cajas de seis kilos de galletas que regularmente le encargaban los oficiales del presidio y esa misma tarde mandaría el siguiente envío. Tenían que darse prisa.

Los presos que trabajaban en las cocinas ya estaban avisados y enterados de

ello; como siempre hacían, se encargarían de esconder las clandestinas valijas antes de servir los dulces en las bandejas.

El pastelero estaba nervioso. No era para menos, hasta el momento había conseguido filtrar inadvertidos libros prohibidos, una radio capaz de sintonizar Radio Moscú y Radio Londres para que estuviesen informados de cómo iba la guerra, y alimentos. Pero ahora era muy diferente y mucho más peligroso.

Comprobada la efectividad de este escondrijo, Manolo se disponía a mandar dos ametralladoras Stein y algunas granadas de mano. Tendrían que actuar rápido porque, según le había dicho otro miembro de la Resistencia, en muy poco tiempo trasladarían a los presos más peligrosos en camiones hasta la cercana estación de Penne-d'Agenais para deportarlos a Alemania, concretamente al campo de concentración de Dachau. Para entonces, se propuso sacar a sus amigos junto a otros tantos si se terciaba.

En la trastienda los ayudé a preparar el envío. El pastelero le había puesto una única condición a Manolo para ayudarlo y era que él mismo llevase el pedido en vez de su hijo, de quince años. La caja, cargada de armas en su fondo, pesaba mucho más de lo que debería; el joven era mucho más débil que Manolo y temía que lo descubriesen.

Manolo asumió el riesgo con gusto. Antes de partir me hizo prometerle que, si no volvía, yo me marcharía de allí. ¿Qué otra cosa podría hacer?, le contesté ocultándole que, si así fuese, yo ya tenía otra salida. Marcharme a Tánger.

No me dio tiempo a despedirle; con la caja ya cerrada entre las manos, se encaminó a la puerta del penal por donde ya sabíamos que entraban los suministros.

Hablaba con los guardias de la entrada cuando un camión se interpuso en mi trayectoria de vigilancia. El corazón me dio un vuelco cuando lo vi con los prismáticos salir corriendo por detrás del vehículo y tirar una granada de mano. Lo debían de haber descubierto. Pensé que el guardia de la torreta de la derecha que lo apuntaba le mataría, pero se abstuvo de disparar cuando los perros le dieron caza. Apenas consiguió recorrer doscientos metros.

Con el corazón en un puño vi cómo lo metían en el presidio a golpes. No pude más que ser sarcástica hablándome a mí misma.

—¡Ya lo has logrado, Manolo! Estarás contento. En vez de sacarlos has conseguido entrar con ellos.

Fueron días de angustia en los que tuve que esconder mi enojo. Habituar me de nuevo a la soledad me costaba porque Manolo, mal que me pesase, me había

desacostumbrado a ella.

Si por un segundo hubiera pensado en abandonar el servicio en la Gestapo para unirme a él y sus ideales, aquello ya no tenía razón de ser. De nuevo el servicio secreto de inteligencia alemán era mi única salida.

Aún me quedaban unos quince días para presentarme en Marsella y decidí pasarlos con la misma actividad que había hecho junto a Manolo en las últimas dos semanas. Vigilarle desde la distancia sería mi homenaje y mi despedida.

Al igual que él había hecho intentando localizar a nuestros compañeros de buhardilla en París, me dejé los ojos tratando de dar con él en aquel hormiguero de famélicos hombres.

Mi obcecación era tal que, de vez en cuando, me parecía ver a alguno mirar hacia la colina donde me encontraba e imaginaba que era él despidiéndome.

Manolo sabía que muy pronto los trasladarían y, con toda seguridad, se lo habría dicho a sus compañeros de barracón animándolos a una revuelta suicida, pero... ¿por qué seguía allí sabiendo que no podría hacer nada? En circunstancias normales me habría ido sin mirar atrás, pero aquella vez era diferente.

Pasaron dos noches y al tercer día, desde allí arriba, los vi declararse en huelga. Permanecieron toda la jornada encerrados en los comedores clamando para que anulasen su traslado hasta que, al anochecer, les ordenaron encaminarse hacia sus respectivos barracones.

Un par de horas después se hizo la calma. Debían de estar todos dormidos, el sonido del viento y el ulular de alguna lechuza lejana eran los únicos que rompían el silencio. Demasiado tranquilo todo para ser normal.

Incapaz de conciliar el sueño, me levanté a atisbar desde la puerta de la cabaña y descubrí las luces de unas cincuenta linternas cercando el barracón más grande; era un batallón de guardias moviéndose en la penumbra.

Aprovecharon que los focos perimetrales les iluminaron para afianzar las puertas y tirar bombas lacrimógenas por las ventanas. Según fueron saliendo los presos en tropel, los guardianes iban disparando.

De repente entre las detonaciones se empezó a escuchar un cántico. Agucé el oído. Era «La Marsellesa», entonada por un grupo enorme de presos que, en formación, con la cabeza bien alta, armados con picos y sin miedo a la muerte se dirigían a la puerta principal dispuestos a derribarla.

Todas las luces de los reflectores se concentraron en ellos. Una ráfaga de tiros de ametralladora fue desintegrando el grueso de la formación. Caían como chinches y en apenas un minuto la muralla de cadáveres de las primeras filas impidió a los que iban detrás seguir avanzando. Una voz por megafonía prometió entonces no disparar a quien se rindiese.

La posibilidad de una huida digna estaba completamente trunca. A los supervivientes solo les quedaban dos opciones: morir o cejar en el intento porque delante de ellos tenían un muro de muerte y detrás cerca de cien hombres apuntándolos. Fue entonces cuando la mayoría desistieron, regresando a los barracones. El resto de la noche, y ya calmado el desbarajuste, lo pasó la guardia fusilando a los que consideraron cabecillas.

Segura de que Manolo estaría entre ellos, le rendí mi último adiós, hice mi maleta y, con ese vacío que se siente encima del estómago cuando la soledad aprieta de nuevo, compré un billete en la estación para marcharme a Marsella y embarcar hacia Tánger. Allí me presentaría en el consulado alemán para que, de nuevo, desplegasen esa alfombra por la que yo caminaba segura al poder despejar la incógnita que sujetaba mis pasos.

La ciudad abierta
Tánger, enero de 1944

Alma de Oriente, flor de Occidente.
Engarce áureo entre África y Europa.
Mediterráneo y Atlántico
se abrazan en sus orillas como hermanos,
derramando fragancia de sal en su medina.
MOHAMED CHAKOR, «TÁNGER»

Allí no existía el invierno. Llegué a la costa africana justo a tiempo para celebrar el día de los Reyes Magos. En África dejé mi nombre parisino de Sophie atrás para volver a ser Ingrid. Así quise que apareciera en mi nueva documentación y no pusieron reparo en ello.

Como me indicaron en la oficina de Marsella donde fui a recoger los billetes del barco y mi pasaporte, apenas pisé tierra, me dirigí al consulado general alemán en Tánger. Allí me recibió el vicescónsul Hermann Goeritz, quien, eludiendo nuestro idioma natal, prefirió hablarme directamente en español.

—Apenas tengo cinco minutos, así que seré breve. ¿Habla bien el español?
Asentí.

—Tuve una abuela española que me lo enseñó desde niña. Como habrá visto en mi ficha, tengo facilidad para los idiomas y buen oído. Tan bueno que incluso he conseguido corregir el acento andaluz que ella me transmitió.

Pareció incomodarle que hubiese descubierto mi ficha sobre su mesa de despacho y la guardó de inmediato en un cajón con el resto de los papeles que tenía desplegados sobre ella.

—La verdad es que es sorprendente que domine el idioma de semejante manera sin haberlo aprendido en su país de origen.

Intenté ser agradable para restar tensión al encuentro.

—Y usted, ¿lo aprendió en España?

Negó antes de contestarme en alemán.

—En Sudamérica, mi padre trabajó allí un tiempo y nos llevó a toda la familia con él, pero eso no es algo que ahora nos interese. Centrémonos. Una vez comprobado que es cierto que domina el idioma, creo que nos servirá para lo que tengo en mente.

De nuevo abrió el cajón para rebuscar entre los papeles y sacó lo que me pareció una tarjeta de visita.

—Aquí está. Diríjase a esta tienda de porcelanas, allí buscan dependienta, ofrézcase para el puesto, hacerse con él dependerá de usted, pero viéndola no creo que le cueste. Esa será su mejor tapadera.

Aquellos ojos azules me taladraron. No sabía si esperaba una respuesta o simplemente había hecho un silencio para calibrarme.

—¿Mi mejor tapadera para qué? —pregunté.

—Para esconder su verdadero quehacer —sonrió—. Sabemos que allí va todos los jueves un miembro del servicio secreto español procedente de Tetuán a llevar y recoger documentos. Esa tienda es... como diría yo... una de sus estafetas secretas. Trabajando allí podrá abrir los sobres, leer el contenido y volver a cerrarlos de tal manera que nadie lo note. Por ahora tan solo tiene que contarnos qué es lo que descubre y, si se tercia, podría intentar entablar amistad con ese agente en particular.

—¿Con qué grado de intimidad? —fui directa al grano.

—Con la máxima, a ser posible —replicó, sonriendo de nuevo—. Así podría ser posicionada en un lugar más interesante para nosotros. Lo ideal sería que se consiguiese infiltrar hasta las entrañas del servicio secreto español. ¿Cómo? Ya sabe que eso depende de su libre albedrío e improvisación. Cuanto antes sea, mejor.

Cogí la tarjeta.

—Lo intentaré.

—Viendo su determinación, estoy seguro de que no nos defraudará. —Se levantó y me tendió la mano.

Estrechándola, me despedí de él. En la puerta ya esperaba su secretaria junto a su siguiente visita. Hermann era el hombre que dirigía las redes de espionaje en el norte de África. Un hombre tan ocupado que apenas pudo dedicarme diez minutos.

Salí de allí con una sensación muy diferente a la que experimenté en mi

primera misión. La vez anterior, cuando me disponía a infiltrarme en la Resistencia francesa, todo eran incógnitas. Me embargaba el miedo por la inseguridad que sentía. Ahora, en cambio, no sabía bien por qué, intuía que no me costaría nada hacerme con la situación.

Apenas pisé la calle, busqué una pensión donde alojarme y, después de dejar la maleta en ella, me dirigí a la dirección de la tarjeta que me habían entregado.

La ciudad internacional olía a azahar, jazmín, especias y perfumes. En cada una de sus esquinas se oía un idioma y en cada barrio reinaba un determinado uso o costumbre. Igual se veía a una señora perfectamente ataviada con sombrero y vestido de seda, que a una marroquí con chilaba y babuchas. Igual te atropellaba un burro cargado con diez pacas de heno que un reluciente automóvil último modelo.

Sabía que muchos ricos, huyendo de la guerra, se habían refugiado en ella y corría el rumor de que en las cajas fuertes de sus bancos había más oro guardado que en toda Europa junta.

Apenas tardé un cuarto de hora en llegar al Templo de la Porcelana, así se llamaba el comercio. En su escaparate se mostraban piezas de lo más originales dispuestas sobre varios espejos que, haciendo un juego de reflejos, permitían ver el derecho y revés de cada una de ellas.

Antes de empujar la puerta leí el cartel de «Se busca dependienta» en español, inglés y alemán. Estaba claro que el encargado de contratar no ponía reparos a nadie, independientemente de su nacionalidad.

Inspiré antes de entrar.

La mujer que me recibió, por el desparpajo con el que se movía en el entorno, debía de ser la dueña. Peinaba ya canas, iba vestida con elegante traje de chaqueta de hilo beis rematado por una discreta puntilla en los puños y las solapas. En la derecha lucía un vistoso broche con forma de mariposa de brillantes y azabaches. Llevaba el pelo recogido en un cuidado moño.

Solo tenía que elegir un idioma para dirigirme a ella y me incliné por el primero que aparecía en el cartel.

—Vengo por el anuncio de la puerta.

Disimuladamente me dio un repaso de arriba abajo. Sonrió y me tendió la mano.

—Me alegro de que hable mi idioma.

—¿Es usted española?

Asintió, orgullosa.

—Casada con un alemán, pero española hasta la médula. ¿Y usted?

—Pues un poco de todas partes. Nací en Alemania, pero también tengo mi cuarto de sangre española de mi abuela Lola.

Sonrió satisfecha.

—¡Pues ya tenemos algo en común! ¿Cómo se llama? ¿Qué sabe hacer?

Dejó el bolso y los guantes sobre el mostrador decidida a convencerla en el menor tiempo posible de mi idoneidad.

—Me llamo Ingrid. Acabo de llegar a Tánger y estoy buscando trabajo. En Colonia, mi familia tenía un anticuario y allí aprendí mucho sobre cómo restaurar este tipo de piezas. —Acaricié delicadamente una salsera que estaba empaquetando en el momento de mi llegada, antes de continuar—: Quizá por eso para mí pintar a mano vajillas, jarrones o incluso cristal con flores, iniciales o escudos familiares, siempre ha sido la mejor manera de calmar mis desasosiegos en épocas de desazón. Vengo huyendo de la cruenta guerra y, por eso, al ver su anuncio, no he dudado en entrar a solicitar el puesto. Contrátame y no se arrepentirá. —Arqueando las cejas, me miró fijamente a los ojos divertida. Insistí—: Además de que hablo seis idiomas, así que, si me deja, le aseguro que no se me escapará ni una clienta con las manos vacías.

Soltó una carcajada.

—¡Si vende mi mercancía la décima parte de bien de cómo se vende a usted misma, estoy segura de ello! Le daré una oportunidad. Si le parece bien, el primer mes estará a prueba e irá a comisión en las ventas. El noventa por ciento del beneficio para mí y el diez para usted. Si todo va como espero, pasado este plazo podré ofrecerle un sueldo. ¿Cuándo podría empezar?

—Estoy disponible desde este mismo momento.

Me tendió la mano para presentarse y sellar el acuerdo.

—Llámeme María. Para qué le voy a mentir. Me viene de perlas porque ya estoy cansada. No suelo hacer las cosas tan precipitadamente, pero algo me dice que puedo confiar en usted. Ya verá como aquí no hay quien pare. Raro es que en este rato no haya entrado nadie.

En ese preciso momento entró la primera clienta. Con una mirada me pidió que la atendiese.

—Procuraré no defraudarla —susurré.

Sonrió de nuevo.

—Estoy segura de ello.

En un cuarto de hora conseguí venderle el azucarero que se le había roto y dos piezas más de esa misma vajilla que ni siquiera venía buscando, ante la satisfecha vigilancia de mi jefa. Tanto que, al quedarnos de nuevo solas, apenas invirtió cinco minutos más en explicarme a grandes rasgos el funcionamiento de la caja registradora, el lugar donde guardaba las fichas con los precios de los artículos y cómo echar el cerrojo a la tienda al terminar la jornada.

Con el manajo de llaves en la mano, la despedí. Parecía tan acelerada, como deseosa de delegar. Salía por la puerta cuando pareció recordar algo.

—Se me olvidaba que hoy es jueves. A última hora de la tarde suele venir un hombre llamado Guillermo Corbera. Dejará un sobre y usted, a cambio, le debe entregar el que tengo guardado bajo el mostrador. Nada más que eso.

Y así fue como me quedé sola y a cargo de todo en aquel bazar de porcelana. Todo iba mucho más rápido de lo que nunca hubiese imaginado.

A la espera de que el tal Guillermo se presentase, lo primero que hice fue abrir el sobre de debajo del mostrador. En él había una lista sobre los nuevos cargos gubernamentales que vendrían a reemplazar a sus antecesores en las ciudades del protectorado español. Los memoricé para pasar la información, cerré con sumo cuidado el sobre de nuevo de tal manera que no se apreciase la incursión y decidí seguir matando el tiempo repasando el material de la tienda. A mi espalda, en la estantería principal, tenía expuestas las soperas, fruteros y fuentes más destacados de la colección.

Había todo tipo de marcas, desde Meissen a Sèvres; pasando por Wedgwood, Viena, Capodimonte, una de la fábrica del Buen Retiro y otra de la Cartuja, igualita a una tetera que entusiasmaba a mi abuela Lola.

Justo en el centro y en lugar más predominante, enfrentados entre sí, había dos jarrones con motivos asiáticos de la Compañía de Oriente.

Aquella fina loza contrastaba con los toscos barro marroquíes que se debían de vender en el zoco Chico. Como auguró María, fueron muchas las mujeres que entraron a lo largo de la tarde interesadas en alguna pieza o fruslería. Solo esperaba estar sola en el momento en que llegase el hombre del sobre.

A punto estaba de cerrar, convencida de que ya no aparecería, cuando de repente entró en el establecimiento un oficial de la Armada. Me extrañó que ni

Goeritz ni María me hubiesen hablado de su profesión, así que, ante la duda, preferí esperar a que se presentase.

El apuesto marino dejó en el suelo la cartera que traía y tomó una salsera de Sèvres por el asa.

—¿Le gusta? Es una pieza única.

Ni siquiera me contestó. Delicadamente se la quitó de las manos. No puso reparo en ello. Él estaba a otra cosa.

Apartándome de su lado, le dejé revolotear por entre los estantes. Estaba claro que lo que en realidad estaba haciendo era intentar ocultarse al tiempo que a través del cristal del escaparate vigilaba a alguien de fuera. Sus lentos movimientos y atento observar así lo indicaban. Le contemplé en silencio.

Por el vicecónsul Goeritz sabía que el tal Guillermo era el máximo responsable de tejer y dirigir la red de informadores al servicio secreto español en el estratégico triángulo que formaba la ciudad internacional de Tánger con las cercanas ciudades del protectorado español de Ceuta y Tetuán.

Enfundado en su impecable uniforme blanco, los galones de sus hombros le delataban como capitán de corbeta. Moreno, provisto de un cuidado bigote, delgado y de porte elegante pensé que, si era Guillermo, no me costaría en absoluto intimar con él. Deseé que aquel fuese el nuevo pichón que sirviese a mis propósitos, tal y como antes Manolo había hecho.

De repente, oímos el frenazo de un automóvil. Temiendo un atropello, me asomé a la calle. Parapetado por mí, me siguió justo a tiempo para ver cómo un hombre subió corriendo a él. El conductor, sin darle tiempo ni siquiera a cerrar la puerta, aceleró levantando una sucia nube que fue a empolvar mi reluciente ventana. Tras de mí oí cómo soltaba en ese instante todo el aire que debía de tener retenido en los pulmones.

Para mí aquel simple gesto era lo mismo que decir «Me libré por los pelos». Al agacharse a abrir su maletín y empezar a buscar algo, comprendí que mi intuición no me engañaba. Era Guillermo, que, intentando despistar a su perseguidor, se había metido de cabeza en la guarida del lobo. Una cueva disfrazada de tienda de porcelanas donde yo le esperaba dispuesta a seducirle para colarme en los vericuetos más profundos de sus secretos.

Pero... antes de que me diese el sobre y saliese disparado de nuevo, vete a saber dónde, tenía que lograr que fijase un poco más su atención en mí.

Rauda y sin darle tiempo a más, me desabroché disimuladamente el primer botón de la camisa. Lo justo para insinuar sin enseñar. Tomé un trapo, salí

disparada de la tienda para situarme justo al otro lado del escaparate y comencé a limpiar el cristal moviéndome lo más sinuosamente posible.

Al otro lado del cristal, con el sobre entre las manos, no tardó ni un segundo en clavar sus pupilas sobre mi pecho. Al entrar de nuevo había cambiado totalmente su manera de mirarme. Ahora nada parecía despistarle.

—¿Es usted nueva? ¿Dónde está María? Soy Guillermo Corbera y vengo a dejarle esto.

Asentí sonriente al tiempo que buscaba el otro sobre bajo el mostrador.

—Me dijo que vendría. —Sonreí antes de tendérselo—. Aquí tiene. Supongo que ese que trae es el que tengo que entregarle a ella.

—Supone bien —asintió, sonriendo también—. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Con Ingrid. Acabo de llegar a Tánger y he tenido mucha suerte porque, sin conocer apenas a nadie, María ya me ha contratado para ayudarla.

Se lo puse en bandeja y no desperdició la oportunidad.

—Si... no conoce a nadie, tampoco conocerá aún la ciudad. Yo, como usted, estoy solo. No me marcho hasta mañana a Tetuán, así que, si quiere, le propongo cenar conmigo y luego hacerle de cicerone por la ciudad.

Asentí zalamera sin querer creerme aún que todo estuviese siendo tan fácil.

—Está claro que haber encontrado a María no ha sido mi única suerte. Deme cinco minutos. Cierro y nos vamos.

Guillermo guardó el sobre nuevo en la cartera y salió.

—Dejo esto en mi hotel y, si le parece, nos vemos en el café de las Fuentes dentro de una hora.

Encendiéndose un cigarro, aquel hombre salió del establecimiento ignorando aún que yo entraba de sopetón en su vida. En una radio lejana sonaba la melodía de «Decime que pasó», de Carlos di Sarli.

La joya del protectorado
Tetuán, mayo de 1944

Esta soledad ácida,
la persecución sosegada de los momentos,
aumenta los fantasmas que pesaban en nuestros párpados.
CARMEN CONDE, «INSOMNIOS»

Lo demás fue coser y cantar. A partir de aquel día, cada vez que Guillermo venía a Tánger, nos veíamos. Igual nos encontrábamos en un café de los de la avenida de España que bajábamos a la playa a comer y bañarnos, bailábamos en una sala de fiestas o acudíamos al estreno de alguna película en el cinema Rif.

Pasaban las semanas y yo, sin dejarme embaucar por el divertimento, continuaba leyendo el contenido de los sobres, memorizándolos, pasando la información, al tiempo que procuraba seducir a mi marino preferido cada día un poco más.

Estaba claro que, en aquel nido de nacionalidades, para un hombre aparentemente solo, una mujer de rasgos arios, culta, bien vestida y refinada tenía casi todo ganado de antemano. Suponiéndome nada más que una atractiva tendera, jamás se le pasó por la cabeza que yo pudiese ser una espía a las órdenes del Tercer Reich.

Guillermo apenas tardó un mes en hacer de mí su pasión y menos de tres, desde la primera vez que intimamos, en insinuarme la posibilidad de poder mudarme a Tetuán para vivir con él.

Adelantándome a esa posibilidad, se la había comentado a Goeritz en mi última reunión con él en el consulado y él mismo me había recomendado aceptar. Braun, su homónimo en Tetuán, ya estaba al tanto de la situación y a él debería de reportarle desde el mismo momento en que pisase Tetuán. Sin duda, Hermann Goeritz era el mandamás de aquel entramado norteafricano de espionaje.

Y así fue cómo me despedí de María y de aquella pequeña tiendecita que tantas satisfacciones me había brindado para viajar, esta vez en coche, a la joya del protectorado español en África.

Apenas llegamos, me sorprendió que la casa donde viviríamos estuviese tan apartada del cuartel donde trabajaba Guillermo, más allá del hospital militar y casi a las afueras de la ciudad. Tendría que caminar bastante para llegar al centro.

—Es para preservar mejor nuestra intimidad —me dijo, convencido de que no objetaría nada. A mí tampoco me interesaba estar demasiado expuesta, así que acepté su elección, sin más.

A los pocos días aprovechó un momento de sosiego en que yacíamos abrazados después una apasionada batalla carnal entre los mosquiteros del dosel para darme la noticia.

—Ingrid, ¿te gustaría ser mi confidente?

Por fin había llegado el ansiado momento. Fingí sorpresa, haciéndome la ingenua.

—No te entiendo.

Me abrazó con fuerza.

—¿Quieres...trabajar para mí?

—Por un momento he pensado que lo que me ibas a pedir era en matrimonio —bromeé, sarcástica.

Me besó de nuevo.

—No te enfades, pero creo que no es el momento más idóneo. Ahora que vas a ser mi subordinada, más que nunca deberíamos de ocultar nuestro amor. En el servicio secreto no estaría bien visto que viviese maritalmente con una de mis colaboradoras. Precisamente por eso vivimos tan lejos y te he pedido que ocultemos nuestra relación en público.

—¿Crees que estoy capacitada para ser tu secretaria? —intenté mostrar curiosidad.

Sonrió.

—No te minusvalores. Tú vales mucho más. ¿Qué es lo que te hace pensar que serías mi mecanógrafa? No, Ingrid, este sería un trabajo mucho más interesante del que nunca hayas hecho. Creo sinceramente que pocas mujeres están tan preparadas para afrontarlo como tú. No te he podido decir nada hasta ahora porque necesitaba la aquiescencia de mis superiores. Están de acuerdo, pero recuerda siempre que te presenté como una simple conocida.

—¿Cómo una simple conocida? ¿Solo soy eso para ti? —continué, haciéndome la despistada.

—Sabes que lo eres todo para mí —suspiró—, pero no soy de esos que piropean con facilidad. Creo que un acto vale más que mil palabras tan huecas como fáciles de pronunciar, y este que hoy te propongo lo es, Ingrid. —Le miré expectante—. Te lo pregunto de otra manera: ¿te gustaría ser mi agente?

—Tu... ¿qué?

—Mi espía —me susurró al oído—. Te prometo que jamás pondré en peligro tu vida. Para ver cómo te desenvuelves, me acompañarás a Tánger a una recepción que dan en el consulado de Alemania. Allí no tendrás más que desplegar tus encantos y abrir mucho los ojos y oídos. Después, me informarás de lo que has podido escuchar en los corrillos.

Abrí los ojos, haciéndome la sorprendida. Titubeante al principio, no quise hacer demasiado evidente mi triunfo.

—¿De verdad me crees capacitada?

—No conozco a nadie que domine más lenguas que tú y estoy seguro de que sabrás seleccionar por ti misma qué conversaciones son las que más nos pueden interesar.

Le besé ardientemente.

—¿Por qué no? Tan solo espero que no hayas descubierto que a estas alturas de nuestra relación me siento incapaz de negarte nada.

Y así fue cómo, de su mano y como su acompañante ocasional, me infiltré en todo tipo de eventos sociales sin llamar demasiado la atención. O... al menos eso era lo que yo siempre pretendí siguiendo el decálogo no escrito de cómo debía ser la perfecta agente.

Si a eso le añadía que, una vez en aquellos lugares donde los bisbiseos corrían a raudales, no tuve el más mínimo problema para entender a americanos, ingleses, italianos, alemanes o españoles, las dificultades para escudriñar con discreción mermaron considerablemente.

La táctica apenas variaba. Mientras Guillermo saludaba a unos y otros, yo solía aprovechar para pasearme entre los invitados fingiendo despiste. Analizaba cada recoveco del salón, a los grupos de hombres que previamente seleccionados más me pudiesen interesar y así, como quien no quiere la cosa, aprovechaba para fingir una aproximación fortuita.

Me autopresentaba y les preguntaba si por casualidad conocían al ficticio acompañante que había perdido entre los invitados. Buscando afinidad con el grupo en cuestión, el nombre y la nacionalidad del susodicho solía variar.

Mi expresión de desvalida estimulaba de inmediato el sentido tan arraigado de protección que casi todos se esmeraban en demostrar ante una mujer desorientada. Salvo en raras excepciones, casi todos me incluían de inmediato en el corro. Una vez admitida en sus círculos, procuraba tirarles de la lengua entremezclando ingenuidad con la justa dosis de inteligencia.

Así, el abanico de posibilidades para escuchar sus confidencias se me abrió a un millón de expectativas que, según a quien me conviniese, transmitía.

Con frecuencia solía sentirme observada, unas veces por Hermann y otras por Guillermo. Ninguno de los dos me preocupaba demasiado porque ambos me creían trabajando para sus respectivos bandos.

De todas las gentes nuevas a las que conocí, solo había otra enigmática mujer que me inquietaba. Como yo, solía dejarse ver por aquellas fiestas con cierta asiduidad y en varias ocasiones la sorprendí acechándome.

La intuición me decía que quizá fuese la única que, junto a Hermann Goeritz, pudiese saber algo de mi verdadero pasado y la certeza de aquello la tuve en el momento en que al pasar a mi lado se detuvo un segundo para susurrarme algo al oído. Apenas fue una frase mascullada entre dientes.

—Si alguna vez quieres trabajar, búscame.

Me extrañó su tuteo sin conocerme. Al ver que Guillermo se acercaba por mi espalda, se marchó sin esperar respuesta. No tendría nada de extraño si no fuese porque, sin vacilar, me lo había dicho en ruso, un idioma que nadie allí sabía que yo dominaba. Ya era tarde para fingir nada. Cualquier excusa solo hubiese servido para delatarme.

Guillermo me advirtió inmediatamente de la inconveniencia de intimar con aquella mujer. Se llamaba África de las Heras, era la hija rebelde de un exalcalde ceutí y el servicio secreto la tenía vigilada por comunista. Ya había dado más de un problema en la pasada Guerra Civil española y corría el rumor de que ahora podría estar colaborando con la KGB.

Después de aquello, me di la vuelta un segundo para mirarla de nuevo. Allí estaba, sola, de pie entre el gentío. Alzó la copa y brindó al aire antes de desaparecer de mi vista cual fantasma. No la volví a ver esa noche y pensé, equivocadamente, que nunca más me la encontraría.

De este modo pasé el último año de guerra, con un pie en Tetuán y el otro en la ciudad internacional, convertida en doble agente. Por un lado, informaba a Guillermo de cómo las diferentes logias masónicas continuaban conspirando para atentar contra el Gobierno franquista; por el otro, procuraba dar ideas a la Gestapo de cómo podrían desarmar moralmente a los aliados.

Hasta que los aliados, viéndose ya vencedores en la guerra, firmaron un acuerdo con España en el que esta se comprometía a cerrar el consulado alemán en Tánger. La última información que le pasé a Hermann era que por mis confidentes sabía que no les apremiarían a dejar la ciudad internacional.

El final de la guerra mundial nos marcó a todos. A partir de entonces, dejé por completo de trabajar para unos y para otros. Nuestros entretenidos viajes a Tánger fueron anulados por completo, los españoles retiraron las tropas y la ciudad volvió a ser administrada principalmente por los estadounidenses, británicos y rusos. Allí no solo quedó borrada por completo nuestra germánica huella, además había algo que podría asustarnos aún más.

Circulaba una lista que llamaban de repatriación. Guillermo me la había dejado ojear. Tenía once folios donde figuraban los nombres de los nazis que el Consejo de Control Aliado reclamaba a España para que los expulsase de su territorio y los enviase a la nueva Alemania para ser juzgados. En ella aparecían varios de mis amigos, como Hermann Goeritz, y solo sería cuestión de tiempo que los servicios de espionaje de los aliados la ampliasen incluyendo mi nombre.

Dio la casualidad de que, aquel verano del 46, a Guillermo le destinaron a Cádiz y, amenazada por el temor a ser perseguida por los vencedores, decidí seguirle sin mirar atrás.

Entre dos continentes
Aguas del estrecho de Gibraltar, junio de 1946

Irme de ti no será traicionarte,
mar mío, pues no puedo ni mirarte
sin verme y sin sentirte un mar de llanto.
RAFAEL ALBERTI, «BAJÉ HASTA EL MAR...»

Un pedazo más de mi vida se quedaba en aquella costa. Definitivamente, el norte de África había sido un buen refugio durante los últimos años. Por desgracia, como casi todos los lugares que me dieron cobijo últimamente, Tetuán se había convertido en otro sitio a abandonar ante el peligro de ser investigada. Me despedía de aquel mágico continente, donde los ansiosos de un cambio en sus vidas solían hallarlo sin haberlo encontrado del todo.

Como tantas otras veces, quise ser un hielo impertérrito en aquel adiós, pero, mal que me pesase por mucho empeño que le ponía, aquella vez no terminaba de conseguirlo.

Según se perdía de vista el norte del continente africano, aparecía entre la bruma el europeo. El estrecho de Gibraltar no suele ser un lugar de aguas sosegadas. Dicen que en el centro de los dos continentes hay un pasillo imaginario por donde transitan los barcos en orden para no chocarse los unos con los otros. Un estratégico punto donde se mezclan las aguas del Mediterráneo y el Atlántico y por el que muchos han perdido la vida buscando su dominio. Un puente de agua ficticio sobre el que hacía miles de años se alzaron las Columnas de Hércules marcando lo que creían el fin del mundo y que para mí únicamente estampaba un nuevo sendero hacia lo desconocido.

Si no fuese porque en aquel barco iba acompañada por Guillermo, aquel habría sido otro viaje a no importaba dónde en la más estricta soledad. Al cruzar por la estela de otra embarcación dimos un bandazo. Tuve que agarrarme a la regala para no caer.

La costa española se acercaba vertiginosamente y deseé olvidar todo el pasado para encontrar un lugar tranquilo donde aposentarme de una vez por todas.

¿De verdad era sosiego lo que buscaba? Yo, que durante tanto tiempo hice del riesgo mi mejor amante llegándolo a necesitar como un drogadicto al opio para poder sentirme viva.

Los destellos del sol reflejados sobre la mar en calma me cegaron hasta perder de vista totalmente la costa marroquí por popa. Atrás quedaba para siempre aquel hervidero de espías donde nadie parecía serlo.

Ahora Guillermo viajaba en aquel barco a mi lado. Aquel hombre que comenzó siendo un mero instrumento para mis pesquisas, con el tiempo había pasado a convertirse sin pretenderlo en el padre de mi futuro hijo.

Pero... eso era algo que yo aún mantendría en secreto y así sería hasta estar segura de qué posición exacta ocuparía yo en su nuevo destino. Sabía que no estaba enamorada de él, pero me daba estabilidad y eso, dadas las circunstancias, era lo que necesitaba.

Acariciándome el vientre aún plano, sonreí de nuevo. ¿Qué diría mi abuela Lola si hubiese vivido para conocer a su bisnieto medio español? Suspiré, pensando en lo lejana que la recordaba.

Colonia, París, Tánger, Tetuán y ahora Cádiz. En los últimos tres años había cambiado dos veces de nombre y pasaporte, tres de idioma nativo, otras dos de color de pelo, cuatro de casa, casi veinte de cama y otras tantas de propósito, según lo que se me ordenase.

Si bien el caos y la inconsciencia eran lo que había predominado en mi vida, ahora me sentía diferente. Quizá porque en pocos meses ya no solo tendría que cuidar de mi persona. En otros tiempos hubiese preferido tener que entregar otros mil y un documentos comprometidos al otro lado de la línea de fuego antes de tener que responsabilizarme de un pequeño, pero todo aquello había cambiado y ahora tocaba calmarme.

Guillermo era pausado, mucho más que Manolo, y él me ayudaría a alcanzar ese sosiego en el que no terminaba de encajar después de haber vivido... como diría yo... ¿tan ajetreadamente?

Preso de aquel barniz de melancolía, abrí el libro que llevaba en las manos para leer unos versos del «Canto nocturno de los marineros andaluces», de Federico García Lorca:

*De Cádiz a Gibraltar
¡Qué buen caminito!
El mar conoce mis pasos
por los suspiros.*

Desde la cubierta observé la maniobra de atraque en el puerto de Tarifa. El muelle estaba ubicado al abrigo de la isla de las Palomas. A aquel pedazo diminuto de tierra anclado en la mar le habían robado las piedras necesarias para construir las murallas del castillo que dominaba sobre el pueblo. El mismo desde el cual, hacía siglos, Guzmán el Bueno, el señor medieval de aquellas tierras, tiró a los musulmanes su cuchillo para que matasen a su propio hijo antes de rendirles la fortaleza.

Recordaba aquella historia medieval cuando sentí el abrazo de Guillermo por detrás. Acaricié los galones de la manga de su uniforme.

Al final del muelle había una estatua blanca del Sagrado Corazón y pensé que nadie mejor para augurarnos una buena bienvenida. Me habían dicho que en varios pueblos de la costa andaluza vivían muchos de mis paisanos exiliados, pero sabía que no sería fácil encontrar sus direcciones porque, como yo, se escondían. Tampoco sabía si realmente me interesaba entablar contacto con ellos después de la gran debacle que supuso para nosotros la contienda. En aquella nueva tierra, tan solo le tenía a él.

Miré a Guillermo con ternura. Se había conseguido hacer un hueco en mi gélido corazón. El estruendo del portalón posándose sobre el dique me trajo a la realidad de nuevo. Habíamos llegado a España, la tierra siempre añorada de mi abuela Lola. Le había oído hablar tanto de su patria de niña que ya me parecía conocerla.

Y pensando en ella ineludiblemente acudió el recuerdo de mis padres a mi mente. Ellos siempre soñaron con viajar alguna vez a España junto a mi abuela. Aquella vez los vi nadando a mi lado en el lago de Naturfreibad Vingst, en Colonia, con unos rasgos tan difuminados que apenas ya lograba perfilar. Acababa de cumplirse el cuarto aniversario de su muerte y a veces dudaba si aquellos flashes de memoria provenían de una realidad vivida o simplemente de un pedacito de la película que hacía dos días había visto en el cine.

Del brazo de Guillermo, me concentré en posar primero mi pie derecho sobre tierra firme. Era algo que siempre procuraba hacer al llegar a tierra extraña para tener suerte, a pesar de no considerarme supersticiosa.

Guillermo llevaba bajo el brazo una inmensa cartera a punto de estallar con toda la documentación que el bilareado Enrique Varela, como el alto comisario en Marruecos que era, le había encomendado para su debida entrega.

Un año y medio antes, habría aprovechado uno de sus despistes para leer y tomar nota de todo lo que allí había escrito para pasárselo a los alemanes. Ahora, terminada la guerra mundial, poco me importaba porque, por muy grande que fuese el hallazgo, tampoco tendría a quién comunicárselo. ¡Qué insatisfacción! No terminaba de acostumbrarme a la calma. Echaba de menos que mi respiración se acelerase por el desbocado latido de mi corazón ante un posible peligro.

En Cádiz, todo sería nuevo para mí, pero esta vez confiaba en poder utilizar a Guillermo como mi mejor introductor, ya que conocía bien la ciudad. Pausado, tranquilo y siempre previsor, supuse que lo habría dispuesto todo para nuestra nueva casa como antes lo había hecho en Tetuán.

Ya me había advertido de que, recién llegado a Cádiz, tendría que dejarme algún tiempo sola, no sabía cuánto, pero debería viajar hasta entregar en mano toda la información que traía del protectorado a sus correspondientes destinatarios en Madrid.

Acostumbrada como estaba a dar tumbos completamente sola, aquello no me asustaba. Según él, hubiese sido mejor que me hubiera quedado en Tetuán hasta que él hubiese arreglado todo en su nuevo destino, pero lo cierto era que a mí ya nada me retenía allí. ¿Para qué perder más tiempo? Acabé convenciéndole de que, sin él, ya nada tenía que hacer en África. Aceptó con un disgusto intencionadamente tamizado que a mí no me pasó desapercibido.

Me habría gustado profundizar sobre el tema, pero el ajeteo de los últimos días con la mudanza, su despedida de destino y aquellos constantes mareos matutinos que me sobrevenían y escondía como mejor podía apenas nos habían dejado tiempo para poder hablar tranquilamente.

Aprovecharía el viaje en coche de Tarifa a Cádiz para que me contase algo más y darle la noticia de su nueva paternidad.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando, nada más pisar el pantalán, apareció un coche casi derrapando para detenerse frente al portalón. Guillermo le tendió al conductor mi maleta, apenas se detuvo un segundo para besarme apresuradamente y, entregándome un manojito de llaves, me conminó a entrar en el coche.

—Como te advertí que podría pasar, las cosas se han complicado y, antes de

presentarme en la Base de Defensas Submarinas de la Armada en Cádiz definitivamente, he de viajar a Madrid. Me esperan con urgencia. Vete adelantándote. El chófer te llevará a casa. Está céntrica, así que podrás comprar todo lo que necesites sin problema. Espero poder verte pronto. No sé cuándo, pero ya recibirás noticias mías.

¿A qué venía tanta prisa? Sabía que algo me ocultaba porque fue incapaz de mirarme a los ojos directamente. Sin darme tiempo a contestarle, cerró de un portazo e hizo una señal al conductor para que iniciase la marcha de inmediato. Casi pude palpar en el aire su nerviosismo.

Al mirar por la ventanilla de atrás esperando verle despidiéndome a lo lejos, me sorprendí al comprobar que corría en dirección a la casa de la aduana. Allí, un grupo de personas le esperaban para darle la bienvenida. Me extrañó ver entre los oficiales de la Armada a varios civiles, mujeres y niños incluidos. Pasada la sorpresa inicial, comencé a enfadarme.

¿Por qué no me los había presentado? Los tiempos en que yo trabajaba para él habían terminado y, dado que yo ya no era su subordinada, ya no tendríamos por qué esconder nuestra relación. ¿Qué se pensaba? Si él me guardaba algún secreto, ni se podría imaginar los que yo acumulaba en mi haber.

Hice el viaje en silencio. Concentrada en el paisaje, intentaba encontrar una explicación lógica a lo que acababa de suceder, pero por más que lo intentaba no se me ocurría nada.

El conductor encendió la radio del coche. Al concentrarme en la música, me fue imposible contener las lágrimas. «Amapola, lindísima amapola, no seas tan ingrata y ámame, amapola. Amapola, cómo puedes vivir tan sola».

¿Qué me estaba pasando? A mí, que sola había afrontado los peores golpes de una guerra cruenta con un estoicismo digno de envidiar. ¡Dejé Colonia con el corazón destrozado y aun así encontré mi camino, y ahora no sería diferente!

Como queriendo sujetar mi repentino arrojito, entre una curva y la siguiente, una arcada me sobrevino. Tuve que pedir al conductor que parase para vomitar lo poco que llevaba en el estómago junto a todas mis inseguridades.

¡Dichoso embarazo! ¡Aquello tampoco iba a limitarme en absoluto! Si algo no soportaba en una mujer era la queja. Yo no era de esas. Prefería coger el toro por los cuernos y estaba acostumbrada a defenderme por mí misma sin esperar la ayuda de nadie.

Con el estómago aún revuelto, abrí la ventanilla para que me diese el aire, intentando concentrarme en el paisaje.

Franqueamos mil pueblos blancos posados sobre una hermosa sierra y por fin llegamos al istmo que unía Cádiz con San Fernando. A un lado, una inmensa bahía y, al otro, una playa cuasi salvaje cuajada de dunas de arena blanca que me dieron la bienvenida.

Hacía calor y a punto estuve de pedirle al marinero que detuviese el coche para refrescarme, pero me resistí. No veía el momento de llegar. Justo antes de pasar por la llamada Puerta de Tierra, aquella que daba acceso a la muralla que separaba el casco antiguo del moderno, el chófer me señaló a la derecha la entrada de lo que era la Base de Defensas Submarinas.

Me extrañó que a Guillermo no le hubiesen dado una de las viviendas que la Armada tenía en su interior estando destinado allí como estaba, pero no pregunté nada, no fuese a meter la pata.

Bajamos por una cuesta que llamaban de las Calesas. A un lado, un gran convento, la tabacalera y la plaza del ayuntamiento. Al otro, el puerto y la estación de tren. Era la hora de salida de las tabaqueras y me sorprendió la cantidad de hombres ociosos que las esperaban a la salida. Un olor muy peculiar entre a salitre y a tabaco lo inundaba todo. Últimamente se me había afinado el olfato demasiado. Otra consecuencia de mi nuevo estado. Todo el mundo parecía feliz y pensé que aquel sería un buen sitio para enraizar, a pesar de encontrarme tremendamente desabrida.

Cuando el coche llegó al parque Genovés, giró para meterse en un enjambre de estrechas callejas hasta detenerse en una hermosa plaza sembrada de centenarios ficus. Habíamos llegado a mi nuevo destino; hacer de él algo parecido a un hogar dotándolo de alma, dadas las circunstancias, tan solo dependería de mí.

Leí la placa donde la nombraba. Plaza de Mina. Curioso nombre el de aquel lugar. Los explosivos parecían guiar mis pasos. Por un lado, Guillermo había sido destinado a la Base de Defensas Submarinas y, por el otro, el conocimiento que yo misma había adquirido en el cursillo acelerado que di en Colonia con la Gestapo antes de mi primera misión y después en aquella buhardilla del Bulevar Denain, donde fue precisamente Manolo el que amplió mi instrucción enseñándome a fabricar bombas caseras poco volátiles para ser transportadas por otros miembros de la Resistencia sin riesgo. ¿Y qué era una mina sino una bomba acuática? Dichoso fantasma el de Manolo, que de nuevo acudía a mi mente.

El marinero me abrió la puerta, cogió mi maleta del ahí te pudras y me la

entregó antes de marcharse. El portón de entrada estaba entreabierto. En el centro del patio interior, cubierto por una montera de cristal, quedaban los restos de lo que debía de haber sido un aljibe. Alcé la vista y pude contar hasta tres pisos más arriba y una pequeña torre. Debía de ser una de las históricas torres mirador. Había leído que antaño las utilizaban los comerciantes para comunicarse por señales de luz con sus propios barcos provenientes de las colonias españolas.

Las estrechas escaleras que subían hasta el primer piso tenían los peldaños desgastados y a punto estuve de resbalar. Por cómo estaba compartimentado el rellano, supuse que aquella casa, en tiempos de bonanza, probablemente hubiese pertenecido a una sola familia cuyos herederos ahora la habían dividido para alquilarla por partes y sacarle un rédito.

Al llegar a la puerta que marcaba el número de mi llavero, saqué el manojito de llaves que me había entregado Guillermo en el puerto. Abrí y, allí parada, di el primer repaso a lo que desde ese preciso momento sería mi casa.

La luz entraba a raudales a través de los dos balcones que daban a la plaza. Las finas cortinas del salón se dejaban mecer por la leve brisa que penetraba por las ventanas entreabiertas.

Salí al balcón, los enrejados estaban combados por abajo. Según averigüé después, para dar espacio a los miriñaques de las voluminosas faldas de las mujeres que siglos atrás pasaban el día allí asomadas fisgando. Dos macetas guardaban en su interior los cadáveres de sendos geranios secos. Entré dispuesta a recorrer cada uno de los recovecos de aquel diminuto piso. Los suelos de baldosas hidráulicas portaban un dibujo geométrico diferente en cada una de las cuatro salas que tenía el apartamento.

Los techos altos tenían en su centro unos rosetones de escayola del que pendían unas lámparas cuyas tulipas de cristal pintado de mil colores parecían imitar a las antiguas de *art déco*. Colgaban de ellas unos ventiladores similares a los que tenían todos los cafés de Tetuán. Tiré de la cadenilla para accionar el motor y permanecí allí un buen rato refrescándome.

El mobiliario se podría describir como el indispensable. Una mesa camilla cuyo faldón era de una cretona de flores espantosa y, para salvaguardarla, un mantel rematado con una tira de flecos de pasamanería que cambiaría en cuanto pudiese. Del resto, poco más que decir. Un tresillo verde, un orejero tapizado con las mismas flores de la mesa con un tapetito de ganchillo para proteger el lugar donde se apoyaba la cabeza y un aparador con una vetusta radio sobre él.

Al encenderla me sorprendió que funcionase. En aquel preciso momento estaban dando el parte para informar de todas las actividades que habría por la tarde en aquella ciudad. Los gaditanos no parecían tener tiempo para el aburrimiento. Proseguí.

La cocina era de carbón y la nevera, un armario de la marca Frisan forrado con un contrachapado de madera por fuera. Al abrirla, un tufo a humedad casi me tumba. La dejé entreabierta para que se ventilase antes de fregarla. A los lados de esta se erguían un par de carcomidas alacenas que, como todo el resto de los muebles, debieron de conocer tiempos mejores.

Miré al suelo y al no descubrir restos de serrín supuse que ya las habrían tratado. Las cortinillas fruncidas de sus cristales me impedían ver qué atesoraban. Al abrirlas me encontré con varios cachivaches rotos, una cacerola quemada, una sartén, cinco platos mellados, unos cuantos cubiertos y tres vasos. Una amarillenta puntilla de ganchillo clavada con chinchetas al final de los estantes rememoraba el paso de alguna mujer detallista por aquella estancia hacía ya bastante tiempo.

En el dormitorio había una cama cubierta por una colcha roída por las polillas, un gran armario ropero con puertas de espejo, dos mesillas con tapete de mármol y el cajón para el orinal y un gran crucifijo de hierro coronando el cabecero de barrotes. Casi todo parecía rescatado del fondo de un trastero.

Había tanto que hacer que casi no supe por dónde empezar. A pesar de todo, la base de la casa me gustaba, tenía posibilidades y adecentarla al menos me tendría entretenida hasta que Guillermo regresase.

Limpié y cambié las telas. Compré todo lo que necesitaba en el ultramarinos Boston, arreglé como mejor pude lo estropeado y cuando terminé me di cuenta de que ya había pasado una semana y seguía sin recibir noticias de Guillermo. Como la casi mujer de un marino que ahora me consideraba, quise convencerme de que aquello debía de ser normal. Aislada como me mantenía, tampoco tenía a nadie a quien preguntar, así que lo mejor sería intentar acostumbrarme a sus largas ausencias.

Por la casera supe que Guillermo le había pagado tres meses por adelantado de renta. ¡Tres meses! Sabía que el sueldo de un marino no daba para innecesarios dispendios, así que empecé a preocuparme. Desde nuestra precipitada despedida no había recibido un solo mensaje de él y tampoco me había dejado un teléfono donde poder localizarle.

Tediosa soledad
Cádiz, julio de 1946

¡O Cádiz, patria mía!
Tú sola prepotente
doblar se viste ante tus altos muros
del fiero galo la orgullosa frente.
ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ, «A CÁDIZ»

Las tediosas horas sin nada más que hacer ni nadie con quien compartir mis desvelos me mataban. En mis pausados paseos, me conocía ya de memoria todos los barrios intramuros. Acostumbrada a dar tumbos por el mundo, el de Santa María, la Merced, San Juan, el Pópulo y la Viña ya se me hacían pequeños y tremendamente reiterativos.

Aquella mañana, después de trillarlos por enésima vez, me detuve a descansar en la plaza de España frente al monumento de la Constitución de 1812. Al sentarme en uno de los bancos del parque que lo rodeaba, sus alegorías me llamaron la atención. Las representaciones de España y Hércules evocaron aquel patriotismo que, a pesar de haber nacido en una Alemania ahora hecha trizas, no sentía en absoluto. Y pensé que ser ciudadana de ninguna parte no debía de ser bueno. Si Guillermo, más pronto que tarde, me hacía su mujer, quizá algún día pudiese convertirme en española por adopción. Tendría que enterarme de qué legislación tenían para adquirir la nacionalidad antes de hacerme vanas ilusiones.

Enervada de esperar a nadie, decidí por fin acercarme a la Base de Defensas Submarinas a preguntar por él. La parada no estaba lejos. Esperé un cuarto de hora a que viniese el tranvía, el trole como allí le llamaban, para subir por la cuesta de las Calesas sin romper a sudar. El bochorno era inhumano a pesar de estar el cielo encapotado.

Llegó el trole y, al ser la última y primera parada del trayecto, esperé pacientemente en la cola a que los pasajeros que venían bajasen. A pesar de estar atestado, conseguí un sitio en el banco de al lado de la ventana.

Empezábamos mal porque, apenas se puso en marcha y tras tomar la primera curva, el vehículo se detuvo en seco. Todos a una salimos para ver cómo el cobrador, armado con una especie de bichero, intentaba arduamente enganchar de nuevo la pieza desencajada del cable que lo proveía de electricidad.

Sonreí al recordar que era algo que también pasaba frecuentemente en Colonia. Por absurdo que pareciese, al fin encontraba un punto en común entre dos lugares tan diferentes. Me animé al comprobar que, al contrario que allí, donde todos protestaban indignados por aquel simple contratiempo, aquí las gentes aprovechaban para convertir el descalabro en un más que lúdico espectáculo.

Cada vez que aquel sudoroso hombre erraba en su intento frustrado de arreglarlo, una lluvia de chispas caía sobre él, que en vez de enojarse sonreía animado por el jaleo de los pasajeros. Lo que más me chocó fue que no le importase en absoluto que tres quemaduras más apareciesen perforando su ya de por sí agujereada gorra.

Cuando por fin atinó, la decena de espectadores que lo alentaban hacía un instante comenzaron a aplaudirle. Él correspondió con desparpajo quitándose la gorra para reverenciarles como si, en vez de ser un simple cobrador municipal, fuese un actor al terminar la función sobre las tablas de un escenario.

La algazara callejera había acallado las quejas del único hombre que, quejumbroso, le recriminaba por su lentitud acuciándole para reiniciar el viaje. Debía de ser el único que allí tenía prisa. Ante aquella evidencia decidí preguntar a la mujer que tenía al lado para hacerme una idea aproximada de la posible demora.

—¿Esto es normal? ¿Cuánto suelen tardar en ponerse de nuevo en marcha?
Se encogió de hombros.

—¡Lo que quiera el conductor! Claro que...

Alzó la mirada al cielo y dos gotas de agua se le clavaron en la frente. Había empezado a chispear y pensativa parpadeaba.

—Agua bendita para este seco verano. Usted no sé qué hará, pero yo mejor me voy a casa a cambiarme de zapatos. Estas sandalias tienen la suela *de material* y no quiero resbalarme. —Palpándose el pelo, suspiró—: Y ahora, después de plancharme el pelo, ¡se me va a encrespar con la humedad!

Mil problemas de esos me gustaría tener a mí.

—Mire usted qué contrariedad —no pude evitar ser sarcástica.

Asintió, antes de salir corriendo con la bolsa de la compra a modo de sombrero. ¡Qué exagerada! Aquella mujer parecía no haber visto jamás lo que realmente era llover.

Apenas saqué un pañuelo de seda de mi bolso para cubrirme la cabeza, el trole se puso en marcha. Tuve la suerte de encontrar de nuevo un asiento libre junto a la ventanilla. Ya pasada la cuesta se veían venir hordas de gentes que, en traje de baño, con la toalla colgada al hombro, una silla plegable en una mano y una sombrilla en la otra, huían disgustados de la playa. Yo, en cambio, me alegré de que la lluvia al fin diese una tregua al calor.

Me bajé en la parada inmediata a Puerta de Tierra. Desde allí recorrí las callejas encaladas del barrio de San Severiano sumida en mis pensamientos. Aquel barrio extramuros era muy diferente al resto de los del casco antiguo de la ciudad. Allí, a excepción de pocos edificios de pisos, predominaban las casas unifamiliares. La madreselva se enroscaba en sus verjas, los naranjos y jazmines perfumaban el húmedo ambiente y los hibiscos, geranios y buganvillas coloreaban sus jardines. De vez en cuando la copa de alguna palmera imperial cuajada de dátiles se erguía majestuosa arañando las tejas de aquellas casas bajas con sus puntiagudas hojas.

Ya en la base, con cierta precaución, me dirigí a la garita de la entrada para preguntar al marinero que hacía guardia. Después de hacer una llamada, me dijo que a Guillermo no se le esperaba hasta pasado el verano. ¿Cómo podía ser? Debía de estar equivocado. Intenté calmarme y ya atardecendo dejé de llover. Al contrario de lo que pensé al principio, los charcos de agua acumulada en las aceras comenzaron a evaporarse, saturando aún más el caluroso ambiente.

Defraudada por lo que aquel marinero me acababa de revelar, intenté asimilarlo caminando sin rumbo cierto. Cada paso que daba en vez de sosegar me enervaba. Crucé una gran avenida con la intención de sentarme en la playa que llamaban de las Mujeres o de Santa María —casi todo allí tenía nombre de santo—, a pensar qué hacer con mi vida.

Sentadas en la arena mojada, había algunos corros de mujeres que al dejar de llover habían regresado. Allí, pocas eran las que, desembarazadas de un vetusto recato, se atrevían a ponerse el traje de baño. Sin duda, amenazadas por las inquisitoriales miradas de las más tradicionales, que, arremangadas las faldas, no pasaban de enseñar los muslos.

Plantadas en la arena había unas curiosas casetas de madera que muchos utilizaban para cambiarse y guardar sus cosas. Continué caminando por la avenida paralela a la contigua playa Victoria. El tramo desde el hotel Playa hasta la fortaleza de Cortadura era verdadero hervidero de gentes. Paseaban lentamente en grupos tan grandes que con frecuencia me impedían esquivarlos para poder adelantarlos. Las prisas allí no estaban bien vistas. Al pedirles paso, siempre se apartaban disconformes.

Me desesperaba sin llegar a comprender cómo alguien podía disfrutar de aquella soporífera vida que a mí a punto estaba de devorarme por los pies. Hasta que comprendí que, tan desabrida y sola como estaba, no podía hacer más que una cosa para empezar a afrontar la noticia de mi abandono a manos de Guillermo: aprender a sobrellevar aquel maremágnum de sosiegos para entablar alguna amistad.

Y así, me senté a escuchar a las mujeres que voz en grito conversaban en grupos. ¿De qué hablarían? ¿Qué las entretenía? Agucé el oído.

Desde mi llegada a la ciudad apenas hablaba con nadie que no me estuviese vendiendo algo. Pronto me di cuenta de que, a mi alrededor, las gaditanas evitaban hablar del pasado, de la guerra, de sus sufrimientos o de las cartillas de racionamiento que desde hacía cuatro años habían pasado de ser familiares a individuales para poder conseguir, a base de arrancar cupones, algunos alimentos aún escasos y de ínfima calidad, a pesar de llevar ya casi ocho años en paz.

Al contrario que yo, pocas eran las que, con posibles, podían acceder al mercado negro. Algunas incluso seguían llevando en el pecho aquella pequeña tablilla que rezaba: «No me cuente su problema», omitiendo sutilmente la amenaza de que, de hacerlo, ellas replicarían desmenuzando todas y cada una de sus desgracias. Dolorosos recuerdos que aquel pueblo escondía tras un telón de cante, baile y algazara. ¡Cómo iba yo a alterar su envidiable sentido del humor y positivismo con mis cuitas en la Segunda Guerra Mundial!

Ya anocheciendo, de vuelta a casa y perdida en las ensortijadas calles del casco viejo, un muchacho me entregó un díptico con la programación de conciertos y conferencias que aquel verano se darían en el gran teatro Falla. A él mismo le pregunté si sabía qué era lo que ponían en el cine municipal.

—*Los majos de Cádiz*. Se la recomiendo. Los protagonistas son nada menos que Imperio Argentina y Mario Gabarrón —me dijo antes de despedirse.

Aquellos nombres, a pesar de ser conocidos allí, a mí ni me sonaban. Me hubiese gustado más algún estreno americano, pero me conformaría con el cine

español. Así aprendería un poco más de sus costumbres. Tampoco tenía nada mejor que hacer y necesitaba seguir olvidando.

El cine estaba casualmente en la plaza del General Varela y aquello, sin poder evitarlo, me recordó de nuevo el abandono de Guillermo y a su general. La plaza estaba en obras. Salté una pila de adoquines, me acerqué a la taquilla, saqué las tres pesetas de la entrada y accedí al recinto con la esperanza de que al menos durante las dos horas siguientes ningún recuerdo amargo acudiese a mi mente.

Nada más apagarse las luces, sentí cómo una mujer se sentaba a mi lado.

—Te veo aburrida. Si quieres trabajar, mi oferta sigue en pie.

Como un tiempo atrás, aparte de tutearme sin demasiada confianza para ello, me susurraba en ruso. Al verla iluminada por los reflejos de la pantalla me quedé paralizada. La penumbra de la sala debía de estar confundiéndome ¡Era África de las Heras! La ceuté que había conocido en aquella fiesta de Tánger en el consulado general del Tercer Reich, más conocido como el palacio de Mendubía.

Recordé que Guillermo me advirtió sobre ella y de su presunta implicación en la KGB. Pero... ¿qué hacía aquella mujer en Cádiz? Quizá estuviese tan perdida como yo y buscaba compañía.

—Te espero a la salida cuando termine —continuó en español.

Al levantarse se oyeron por detrás varios improperios. La película estaba empezando y ella de pie obligó a levantarse a media fila para poder llegar al pasillo impidiendo ver nada a los de detrás. El acomodador con su linterna también la reprendió.

La seguí con la mirada hasta que la cortina del final de la sala se cerró tras ella. Ya apenas pude concentrarme en la película. ¿Qué quería aquella mujer? Atrás había quedado mi vida anterior y no estaba demasiado convencida de tener nada que hablar con ella.

Al salir me la encontré fumando apoyada en una farola del otro lado de la plaza.

—¿Desde cuándo me sigue?

Una sonrisa enigmática se dibujó en sus labios pintados de rojo rabioso.

—Y eso qué más da. Te he buscado porque probablemente eres la que mejor podría servir a mis propósitos.

—¿Que quiere de mí? ¿Qué sabe de mí? —fui directa al grano.

Las preguntas se me amontonaban. Tirando el cigarro al suelo, lo aplastó

con el pie para apagarlo.

—Todo y más de lo que nunca pudieras imaginar. Por extraño que te parezca, algunos de los que trabajábamos para la extinta guerra seguimos inventando intrigas.

Fruncí el ceño.

—Yo ya estoy fuera. Perdimos, y eso supongo que se paga. Hace mucho que no sé nada que le pueda interesar a nadie, así que no creo que le pueda ayudar. Sea lo que sea lo que ha venido a buscar. ¿Se llamaba África?

—Patria, es mi nuevo nombre. Quizá porque, como tú, yo tampoco me siento del lugar donde nací y busco otra que me adopte.

Aparte de por aquello, no me sentía en absoluto identificada con ella. Le contesté con cierto sarcasmo.

—Yo, al contrario que usted, vuelvo a llamarme como me bautizaron y espero no tener que cambiar nunca más de identidad. ¡Déjeme en paz!

Intenté alejarme de ella, pero me sujetó fuertemente por el brazo.

—Que yo sepa no hay más que una persona que te pueda atar a este lugar. Puedes esperarle todo lo que quieras, pero no volverá hasta que tenga que incorporarse en su nuevo destino. Él también te guarda secretos de los que ya te enterarás y, cuando lo hagas, no te gustarán. Te necesito. Como te he dicho, eres la más idónea para nuestro propósito y sé positivamente que, si te lo propones, no nos defraudarás.

No quise secundarla en el acercamiento.

—Muy segura está usted de ello. ¡Olvídeme y búsquese a otra! Que yo sepa, no hay nadie irremplazable. Yo ya terminé con todo aquello.

Arqueó las cejas.

—¿De verdad? Lo dudo. A las que nos apasiona el peligro la calma nos mata. Te doy dos meses para pensarlo. Solo te puedo decir que es un asunto de fuegos de artificio. Mucho mayores que los que tramabas en París junto a Manolo. ¿De verdad no echas de menos el olor a pólvora?

La miré con desconfianza. La KGB, a pesar de tener mucha información sobre mí, se debía de haber perdido en algún momento porque parecía ignorar que precisamente fui yo la que le delaté a la Gestapo en París.

—Sé que has trabajado para varios según la información que adquirieses y lo que te ofreciesen. Ahora te toca cambiar de tercio —insistió—. Esperaré a que te defraudes de lo que tienes y entonces te tentaré con algo que no podrás rechazar. —Al notar mi reticencia, reuló—: Dos meses quizá sean pocos. No sé

si yo podré venir tan pronto de nuevo. Mejor te doy seis meses para pensarlo. Si aceptas, cuelga un mantón de Manila en la reja de tu balcón. Las instrucciones llegarán cuando menos te lo esperes.

Como había hecho en Tánger el día que la conocí, desapareció entre el gentío.

La porcelana rota de mis recuerdos
Plaza de Mina, 30 de agosto de 1946

Cantaba Iberia su canción ufana
de hidalgo en la ruina;
y la plaza de Mina,
con la húmeda ternura italiana.
JOSÉ MARÍA PEMÁN, «PIROPO A CÁDIZ»

Con frecuencia me acordaba de aquella enigmática mujer. Cada día al levantarme, asida a una esperanza casi imposible, esperaba a Guillermo, que, después de casi dos meses, seguía sin aparecer, como Patria predijo. A diario miraba en el buzón, pero siempre estaba vacío.

Aquella mañana «Toda una vida», de Antonio Machín, sonaba en la radio. Era la primera vez que la escuchaba. Al terminar me di cuenta de que estaba llorando.

Me limpié las lágrimas frente al espejo. Fue entonces cuando decidí seguir mis pasos sin contar ya con él. Mi vientre empezaba a delatar su gravidez. Para cuando naciese el pequeño pretendía tener todo atado y bien atado. Contabilizando mis posibles, me di cuenta de que aún me quedaba gran parte de las joyas de mi madre, y si a eso le sumaba todo lo ganado por mis servicios durante la guerra, contaría con una buena suma para arrancar.

Pero... ¿Qué podría hacer? Lo que más me gustaba era pintar y restaurar porcelana. Quizá pudiese montar una tienda-taller de restauración parecida a la que me contrató en Tánger.

La idea terminó de convencerme cuando, después de dar un par de vueltas por los alrededores, comprobé que allí no había nada parecido. Quizá, además, podría dar clases a todas las señoras pudientes que por aquellas callejas solían pasear bastante desocupadas.

Tan solo necesitaba un padrino o madrina que me recomendase o introdujese en aquel círculo para darme a conocer.

El local de debajo de casa, comunicado directamente con mi piso por una escalera que antaño debió de ser la de servicio, daba la casualidad de que estaba vacío y pensé que una vez hubiese parido a mi hijo me vendría muy bien para no andar con el bebé de un lado al otro.

Asumida ya mi total independencia para afrontar mi vida futura, no dudé en ponerme en contacto con el administrador que cobraba las rentas. Por él averigüé que aquella casa entera, como otras tantas de la ciudad, pertenecía a mis mismos caseros. La familia Mora-Aramburu era una de las familias más pudientes en Cádiz y aquel vivaracho hombre alardeaba, soltando la lengua, de poder trabajar para ellos al igual que en su día lo hiciera su padre.

Conocerlos me abriría muchas puertas para promocionar mi negocio y no me costó sonsacarle. Los Aramburu vivían muy cerca, concretamente en la plaza de San Antonio, en un palacete cercano al casino. El matrimonio, conocido en la ciudad por su generosidad y obras pías, al no tener hijos propios, tenían adoptados a sus tres sobrinos, dos mujeres y un hombre.

Continué con mis pesquisas y decidí utilizar a las sobrinas de aquellos señores para ayudarme en mis propósitos. Las seguí durante un par de días y no me costó mucho enterarme de sus rutinas, gustos y quehaceres, y así, al tercer día simulé sin temor a una equivocación un encuentro fortuito con ellas en la misma calle.

Micaela y su hermana pequeña, María Luisa, eran grandes amantes y coleccionistas de arte. El mismo Zuloaga había pintado a Micaela con mantilla durante sus largas estancias en la Ciudad de la Luz.

Ellas eran mis objetivos. Aproveché que las dos hermanas charlaban animadamente con otra amiga, Mercedes Formica, frente a la puerta de su palacio para abordarlas. Hablarles en francés sería mi mejor tarjeta de presentación.

—Perdonen mi osadía, pero me gustaría saber su opinión respecto de un negocio que quiero abrir aquí en Cádiz.

Micaela me contestó en el mismo idioma.

—¿Nos conocemos?

—No, pero alguien me dijo que ustedes serían mi mejor referencia para hacerme una idea del éxito que este podría tener —respondí en español, yendo directa al grano—. Cádiz me parece una ciudad que, aunque un poco decadente,

esconde mucho señorío. Precisamente por eso he pensado que mi idea podría encajar aquí, pero, aun así, necesito alguna otra perspectiva. Perdonen mi atrevimiento, pero creo que ustedes serían las perfectas consejeras.

Después de ser escudriñada por sus miradas, debí de parecerles lo suficientemente interesante como para seguir escuchando. Había conseguido captar su atención.

Micaela me contestó de nuevo:

—Domina a la perfección los dos idiomas. ¿Es usted francesa?

Negué, sin revelar que realmente gracias a mis seis idiomas prácticamente nada me pasaba desapercibido.

—Pasé allí un tiempo y el buen oído hizo lo demás.

—¡A mí me pasó algo parecido! Pero... no nos tenga más en ascuas y díganos de qué se trata.

Con sumo cuidado saqué un pequeño paquete de mi bolso. Estaba envuelto en papel de seda. Las tres miraban expectantes.

Les mostré entonces una pequeña estatuilla de *biscuit* de Sèvres. Era mi niña desnuda, adormilada y sentada sobre unos libros en blanco, a la espera de ser impresos. La única pieza que por sus pequeñas dimensiones pude guardar en mi equipaje en mis viajes. Le tenía un especial cariño porque era la misma que restauré a mi madre la noche que murió y que llevaba siempre conmigo porque milagrosamente se había salvado en el bombardeo siendo tan delicada. Lo único que prácticamente tenía de mi casa.

Mercedes Formica, la amiga de las Aramburu, la tomó en las manos.

—Es hermosa. Una niña a la espera de la inspiración, sumida en su impuesto letargo. Es como el reflejo de la verdadera ilustración aún adormilada.

Asentí, aquella mujer rezumaba cultura. Después supe que era de las pocas gaditanas que habían estudiado en la Universidad de Sevilla y aprovechaba las vacaciones de verano para visitar su ciudad natal. A sus cuarenta y tantos años, y ya como la reconocida jurista y escritora que era, no dudaba en aprovechar una ocasión para reivindicar los derechos de la mujer.

Regresé a la realidad.

—Es del siglo XIX y está firmada. Se lo enseño porque, si se fijan, tiene una pequeña restauración en el dedo gordo del pie. Fui yo la que la restauró, ya que sé cómo hacerlo. Pretendo abrir una tienda-taller, donde poder enseñar a restaurar y pintar porcelanas. Por lo que he visto no hay nada parecido a lo que

yo me propongo a hacer por aquí. Trabajé en una pequeña tienda en Tánger con bastante éxito y ahora me dispongo a repetir la experiencia. ¿Creen que podría triunfar?

Esperé a que lo analizasen con el tacto. Micaela se entusiasmó.

—Ni un desconchón. Ni siquiera se ve de otro color el añadido. ¡Qué artista! ¡Nadie diría que estaba roto! Un buen trabajo, sin duda. —Miró a su hermana—. ¡Con todas las figuritas y vajillas melladas que tenemos! Será entretenido aprender a recomponerlas. Mis dedos son hábiles con las cuerdas de la guitarra, así que quizá también lo sean con los pinceles, pero antes me gustaría visitar su tienda. ¿Dónde está?

—Aquí al lado, en la plaza de Mina. Denme una semana para terminar los preparativos de inauguración y, si no les importa, les dejo aquí un taco de invitaciones. La pueden hacer extensiva a todas las amigas que puedan estar interesadas. Acabo de llegar a Cádiz y no conozco a casi nadie, así que se lo agradeceré.

—A mí me encantaría, pero mañana mismo salgo hacia Málaga —se excusó Mercedes—. La próxima vez que venga, no dude de que iré a conocerla.

En aquel momento salió su hermano Álvaro con un Chrysler Windsor de la cochera. Micaela subió corriendo antes de despedirse precipitadamente. En su bolso había guardado las invitaciones.

—No deje de hacerlo. Iremos encantadas con todas las que podamos llevar. Hay que apoyar a las mujeres emprendedoras como usted.

El primer paso estaba dado. Había conseguido captar la atención de las mujeres de alta sociedad más influyentes de Cádiz. Ahora tenía que darme prisa en abrir para que no me olvidasen.

Definitivamente, alquilé el local de debajo de casa al administrador de sus tíos. Era pequeño. Apenas cuarenta metros cuadrados, pero detrás tenía un almacén un poco más grande que me serviría para guardar el material de las clases y trabajo. Contaba además con un pequeño horno panadero que con pequeñas modificaciones transformaría en alfarero y me serviría para cocer las piezas. Al parecer, el local antes había sido una pastelería.

Dos columnas de hierro forjado isabelinas flanqueaban un viejo mostrador forrado entero de madera. Las paredes estaban prácticamente cubiertas de estanterías que, una vez iluminadas y forradas con tela de *tual de Jouy*, me servirían de expositor para colocar las piezas de porcelana y vajillas.

Apenas entré, arranqué los papeles pegados a los cristales del escaparate,

contraté un pintor para todo el local y me fui a comprar piezas a los anticuarios y chamarileros de toda la ciudad.

Una semana después colgué el cartel de La Loza de mis Caprichos. Cualquier novedad llamaba la atención y no eran pocos los que se acercaban a fisgar. El mismo impresor que me hizo el cartel me había hecho las invitaciones que entregué a las Aramburu. Ahora solo me quedaba confiar en ellas.

Había sido una semana agotadora, pero de lo más productiva. Encontré muchas piezas interesantes que, una vez limpias y dispuestas con gusto sobre las estanterías, parecían otras. Algunos me las dejaron a precios irrisorios, ya que no sabían lo que realmente poseían. Se notaba que aquella ciudad había sido inmensamente rica en otros tiempos y aún se podía encontrar algún vestigio de aquella grandeza. La pintura blanca y una limpieza exhaustiva habían lavado la cara por completo al local. ¡Parecía otro!

El tiempo pasaba y Guillermo seguía sin aparecer. De vez en cuando pensaba en ello, pero solapé mi preocupación y enojo con aquellos mil y un quehaceres. Convertí su inexplicable abandono en un estímulo para seguir adelante sola. La ilusión futura y el trabajo hasta caer extenuada en la cama cada anochecer me sirvieron para no pensar demasiado en él.

El día de la inauguración lo dediqué por entero a cuidar mi desastrado aspecto. Me puse el mejor vestido que tenía, me fui a la peluquería a peinarme y hacerme la manicura y lustré mis zapatos de tacón. Sobre el mostrador preparé una gran bandeja con un frugal aperitivo, varias copas y licores y esperé.

Micaela y su hermana no tardaron en llegar junto a un grupo de amigas. Me las fue presentando una a una. María Teresa Pemán, la hija del escritor José María Pemán; Anita Ruiz-Tagle; Casilda Ampuero, la mujer del general Varela; Susi Víctor; Carmen Carranza; Toty Picardo; los hermanos Ariza, Dagmar Tamarón; María Jesús Aranda; Lola Bustamante; Maruja Supervielle y Chita Lacave. Nombres totalmente desconocidos para mí, pero que yo fui reteniendo en la memoria por si me pudiesen servir en un futuro. Sin duda, era el grupo de mujeres más granado de la ciudad. Excepto las más jóvenes y Micaela, casi todas estaban ya casadas o a punto de hacerlo.

Serví a cada una de ellas lo que me pidieron y les fui enseñando todas y cada una de las piezas explicándoles su procedencia, historia y el tipo de pintura,

técnica y cocción utilizada. Era una breve introducción teórica necesaria para poder pasar a la técnica.

Me esmeré en captar su atención, pero ellas parecían más interesadas en indagar sobre mi persona. Micaela les había dicho que hablaba perfectamente francés y español y que venía de Tánger, algo que les debió de parecer bastante exótico. Para no defraudarlas tuve que inventarme sobre la marcha una historia. El que dominase otros tantos idiomas, fuese alemana y la viuda de un doble agente en la Segunda Guerra Mundial les entusiasmó. No quise contarles más por muchas preguntas que me hicieron. Si estimular su curiosidad me servía para que se apuntasen a mis clases, mejor que mejor.

Terminaron por hacerlo. Estaban tan intrigadas por mi pasado que no tuve que insistir. Tan solo tuve que ceder a su pretensión de dar las clases a domicilio para restaurar sus propias piezas sin tener que sacarlas de casa. Yo misma las cocería después en mi propio horno. Así, según ellas, su habitual tertulia, la merienda y la clase de porcelanas serían un todo en uno.

Empezaríamos el jueves de la semana siguiente en casa del general Varela porque su mujer, Casilda, se ofreció voluntaria antes de marcharse de nuevo a Tetuán con su marido.

Estaba claro que ella no me recordaba por esos lares y lo agradecí, porque de haberlo hecho me hubiese vinculado con Guillermo, algo que yo quería eludir por completo para no desmentir aquella historia que me inventé de mi pasado y que tanto les divertía.

Al jueves siguiente, sería en casa de Micaela, que, según supe después, no vivía en casa de sus tíos sino en el palacio de su abuela ubicado en la calle Ancha. Y ya después se vería. Por el momento, había conseguido clientas, ahora tendría que hacer por conservarlas confiando en su más que dudosa constancia.

Las despedía en la puerta cuando vi aparecer al fondo de la plaza una figura conocida.

¡Era Guillermo! Le di la espalda para coger el gancho que cerraba la persiana cuando me lo quitó de las manos. Tomándome del brazo me metió dentro. Cerró la puerta, dejó la gorra sobre el mostrador, me abrazó con fuerza y me intentó besar.

Toda la furia contenida que guardaba desde hacía un par de meses se desató y no pude evitar cruzarle la cara.

—Así, como si no pasase nada. ¡Llevo dos meses sola! Sin saber nada de ti y ahora llegas como si me hubieses despedido ayer. ¡Vete por donde has venido!

—No grites, por favor —chistó—. No sabes cómo te he echado de menos. Te necesito, Ingrid. Te necesito más que nunca. Estos dos meses han sido un infierno. Lo único que te pido es que no me preguntes más porque es hasta donde te puedo contar.

Sus ojos reflejaban un arrepentimiento verdadero. Sentí cómo me acariciaba la espalda. El simple contacto de sus uñas deslizándose por ella me hizo estremecer. ¡Hacía tanto tiempo que nadie me dedicaba una caricia que no me supe resistir! Su secreto debía de ser importante para no poder utilizarlo de excusa. Quizá seguía trabajando para el servicio de inteligencia español y eso, como bien sabía, demandaba la máxima discreción. No sería yo la que le tirase de la lengua. ¡Me sentía tan sola que no pude evitar acariciarle la cara! La soledad hace ceder con demasiada facilidad.

Sonriendo, me besó de nuevo y esta vez no encontró resistencia. Anochecía. Se separó un momento de mí para cerrar la persiana del establecimiento y, tomándome de la cintura, me sentó sobre el mostrador. Varias copas de las invitadas cayeron al suelo cuando me hizo suya como si fuese la primera vez. Su ímpetu me demostró que andaba muy necesitado de amor. Yacimos un rato en silencio y abrazados antes de vestirnos.

Estaba deseando mostrarle la que sería nuestra casa desde ese preciso momento, pero cuando iba a salir a la calle me detuvo.

—Ingrid, aquí tampoco sería bueno que nos vieran juntos. ¿Hay alguna puerta trasera que comunique directamente con la casa?

Sin entender demasiado, asentí, señalando al taller.

—Allí hay una pequeña que da a las escaleras. Está abierta.

—Sal tú y cierra la principal, que yo iré por dentro. Te espero en el rellano.

Sin dar más explicaciones, salió por detrás mientras que yo ponía el candado a la persiana que protegía el escaparate de la calle. ¿A qué venía tanta precaución? ¿Acaso temía por su vida? ¿Qué era lo que estaba pasando? Si no me lo quería decir, lo averiguaría yo sola, pero antes tenía algo más importante que contarle.

Apenas entramos en casa me tomó de nuevo de la mano para guiarme hasta el dormitorio. No reparó en todo el trabajo que me había costado acondicionar aquel piso, claro que tampoco lo había visto antes, así que no podía comparar.

Por muy importante que fuese su misión, ¿no podría haberme avisado de alguna manera de su retraso? No quise dar más vueltas a si de verdad me había defraudado y decidí perdonarle entregándome de nuevo a todos y cada uno de

sus deseos. Cuando recuperamos el resuello me abrazó por detrás poniéndome la mano sobre el estómago. Apenas estaba de tres meses y pico y aún no se me notaba.

—¿Sientes algo?

Levantando la mano sentí cómo pegó un respingo. La intuición de lo que estaba pasando a mi espalda me hizo cerrar los ojos con fuerza. ¡No quería ver su expresión!

Después de un eterno minuto de silencio, se levantó para ponerse frente a mí.

—No puede ser verdad. ¡Abre los ojos, Ingrid, y dime que no es verdad!

Hice un esfuerzo sobrehumano por tragarme las lágrimas y esa losa de decepción en un segundo se convirtió en verdadera aversión. ¡Qué idiota fui! Entregarme, así como así, a un hombre que nada me podía dar a excepción de su incontrolado deseo.

Apretando las mandíbulas me envolví en las sábanas, le empujé para apartarle de mi vista, recogí todo su uniforme del suelo y hecho un gurrño se lo entregué.

—¡No es verdad! ¡Nada es verdad! Estoy harta de tanto secreto. De esconderme. De ser el consuelo de tus amordazados deseos nada más. ¡Vete por donde has venido y no vuelvas!

Al entrar en el baño y mirarme en el espejo me enfadé conmigo misma por haber dejado que mis ojos se enturbiaran. Apretando los puños esperé a oír la puerta principal cerrarse para derrumbarme por completo.

Mayúscula decepción
Otoño de 1946

El más lejano de los otoños perdidos,
la sensación del frío que toca a cada puerta,
los días en que fui más pequeño que un hombre
y más ancho que un niño, lo que llaman pasado,
pasado, sí, pero pasado de la tierra y del aire,
de las germinaciones, del tiempo moribundo,
todo ha vuelto a envolverme como un solo vestido,
todo ha vuelto a enterrarme en mi luz más antigua.
PABLO NERUDA, «ELEGÍA DE CÁDIZ»

Al mismo tiempo que se abultaba mi vientre, se disipaban mis tristezas y se acrecentaban mis animadversiones.

Después de la insomne noche en que vi por última vez a Guillermo, me convencí de que aquello no se debería de repetir nunca más. Había recorrido sola media Europa, e igualmente solitaria criaría a mi futuro hijo. Ampararme en el trabajo para no pensar demasiado en todo aquello que bien pudo ser un proyecto, pero que si de mi dependía jamás sería, se convirtió de nuevo en mi mejor asidero.

El negocio iba viento en popa y, gracias a las clases, fui introduciéndome en las mejores casas de Cádiz a la par que intimaba con sus dueñas, que acabaron por contar conmigo para otros planes alternativos.

La primera clase que di, en vez de por la mañana, fue a la hora del aperitivo, en la casa que al general Varela le había regalado la ciudad de Cádiz, y me abrió de par en par la primera puerta.

Sabía por mis pesquisas que el dueño de la casa, al principio de la guerra mundial, había sido uno de los pocos generales españoles beneficiados al recibir de Churchill una cuantiosa cantidad en dólares para procurar que España se mantuviese al margen. Ignoraba la cuantía, pero mucho debió de ser a la vista de

los tesoros que decoraban esa casa. O quizá proviniesen de la familia bilbaína de Casilda. La verdad es que ya nada de eso me importaba demasiado.

Pincel en mano prefería concentrarme en salir airosa y no confundirme frente a todas las preguntas de mis curiosas alumnas. Era lo principal, al verme aún obligada a ocultar mi pasado mezclando verdades con mentiras. Había elegido premeditadamente una filiación alemana a sabiendas de que muchas eran simpatizantes.

Entremezclé realidades y ficciones sin problema, pero había algo que, por mi aspecto, no podría seguir ocultándoles por más tiempo. Fue aquel día cuando decidí revelarles mi mayor secreto por aquel entonces y nada mejor para prepararlas que tocar su fibra sensible contándoles mil y una historias lacrimógenas de la Segunda Guerra Mundial. Ellas, aunque en silencio, también debieron de sufrir lo suyo en la pasada Guerra Civil. Cuando ya percibí su comprensión, las hice cómplices de mi estado de buena esperanza.

—Al final de la guerra, mi esposo y yo perdimos a casi toda nuestra familia en Colonia, por lo que mi marido decidió aceptar un trabajo en un banco de Tánger. Cuando murió, hace meses, ni yo misma sabía aún que estaba embarazada y miren por dónde te lleva la vida, ahora resulta que tendré un hijo, además de póstumo, gaditano. ¿Quién me lo iba a decir?

Sabía que todas ellas se esforzaban por ser caritativas y, totalmente consciente de ello, quise darles la posibilidad de explayarse. No me importaba ser compadecida. Para cuando terminé mi relato, apenas ninguna sostenía su pincel en las manos. Micaela fue la primera que salió al paso.

—¿Y ha visitado al médico ya?

Negué.

—No me hace falta. Esas cosas las sabemos las mujeres.

—Pues déjeme que la recomiende un ginecólogo que trabaja en el sanatorio Madre de Dios. Sus monjitas, aparte de atender a los expósitos enfermos, saben cómo ejercer de comadronas. Lo fundó mi tía tocaya, así que si va recomendada por nosotros la cuidaran con más esmero, si cabe.

—¿Dónde está?

—Aquí al lado.

Casilda, madre que era de dos niños pequeños, se sintió de lo más identificada conmigo.

—Podemos acercarnos a que le hagan una primera auscultación y después nos pasamos por la casa cuna. Tengo un hatillo de ropa usada que se le ha

quedado pequeña a los niños y quiero dejárselo antes de marcharnos a Tetuán este otoño.

Me ayudaron a recoger todos los materiales que nos habían servido para la clase y salimos a la calle. Al pasar por la cercana puerta de la base de minas no pude evitar sentir un pinchazo en el estómago recordando a Guillermo.

En el hospital, el médico no hizo otra cosa que certificar lo que yo ya sabía y confirmar que todo iba bien. Me citó para dentro de dos meses. A la salida, nos acercamos a dejar la ropa de los pequeños. Ver a todos esos huérfanos, felices, correr detrás de las monjas de la caridad me enterneció. ¿A qué venía tanto sentimentalismo? Yo, que durante tiempo tuve que ser fría como un témpano, ahora cualquier cosa me afectaba. La madre superiora nos lo agradeció igual que si hubiésemos dejado un lingote de oro. Al salir por el gran zaguán, Micaela se detuvo en seco para mirar a las paredes y techos.

—Sentaos un momento en el banco y mirad a vuestro alrededor. ¿No pensáis que aquí algo falta?

Casilda y yo nos miramos. En aquella entrada las paredes y techos estaban pulcramente encalados. Aparte de eso, no había más que la puerta principal, dos espartanos bancos y un torno junto al llamador en forma de campanilla. Probablemente el mismo donde las madres desesperadas dejaban a aquellos pequeños que no podían mantener. ¿Qué estaría barruntando? No esperó a que le preguntásemos.

—Sí. Definitivamente falta algo. ¡Esto hay que alegrarlo e Ingrid se va a encargar de ello!

No alcanzaba a entenderla.

—¿Serías capaz de pintarme sobre baldosas de cerámica a una Virgen del Rosario? Es la patrona de Cádiz y no se me ocurre un mejor lugar donde pueda obrar milagros. Alicataré toda esta pared, así que tendrá que ser grande. Podrías copiarla de la que tienen en el convento de Santo Domingo.

Era tal su entusiasmo que no quise defraudarla.

—No será difícil. ¿En qué colores?

Pensó un segundo.

—A mí me gustaría en los azules que suelen tener los frisos portugueses. ¿Sería posible?

—Sin problema.

—Pues perfecto. Hablaré mañana con la madre superiora para pedir su permiso y yo misma lo donaré al hospicio. Ya me darás presupuesto.

Pegando un brinco, nos levantó del banco con toda su vitalidad. Ella jamás paraba.

—Y ahora a otra cosa. ¿Qué hacemos?

Casilda la frenó en seco.

—Yo tengo que irme para preparar un cóctel que da Enrique en casa a los oficiales que le acompañarán a los toros esta tarde. Por cierto, tengo entradas de sobra a la sombra. —Las sacó del bolso para ofrecérmolas—. ¿Os gustaría venir a la plaza de Asdrúbal? Después de la corrida podríais acompañarme al cóctel.

Micaela ni se molestó en preguntarme.

—Por supuesto. Cuenta con nosotras.

Prácticamente le arrancó las dos entradas de su mano y me tendió una. Costaban veinte pesetas, y me pareció una fortuna para lo que allí se acostumbraba.

Micaela miró defraudada el cartel.

—Ni Juanito Bienvenida, Manolo Navarro o Manuel Franco —Cardeño—, que son mis preferidos, toread, pero la verdad es que los de esta tarde prometen, a ver si hacen una buena faena. Quién sabe, lo mismo tenemos suerte y ves cómo alguno sale por la puerta grande con sus orejas y rabo. Ya verás como nadie que se precie falta a la corrida.

¿Y si me encontraba de nuevo con Guillermo? Aquel había sido mi mejor día en mucho tiempo y por nada del mundo me gustaría fastidiarlo.

—Venga, Ingrid —insistió Micaela, intuyéndome reticente—. Tienes que conocer a todos los de aquí y quién sabe... Tú viuda y yo soltera... Lo mismo encontramos algún galán que nos pretenda.

—No sé si tengo algo que ponerme —dudé.

Micaela para todo tenía solución.

—Comes en casa de mi abuela antes de los toros y desde la calle Ancha nos acercamos en un santiamén a la calle Zorrilla. Allí María Aranguren tendrá algo que te valga en sus percheros. Ya verás. Es una modista de las mejores porque conoce las tendencias parisinas. Hoy me siento generosa. Te regalo un vestido.

No me cabía la menor duda de que aquella mujer con el pelo a lo *garçon* e indudablemente elegante sería mi mejor mentora. Sonreí.

—Es demasiado. Déjame que te lo descuente de las clases.

—Lo que quieras —afirmó, con una gran sonrisa—. No es barata, así que podemos intercambiar la pintura de la Virgen del Rosario por un vestido. ¿Qué te parece? Ya no tienes excusa. Venga, ánimo.

Aquellas mujeres, aunque un poco mayores que yo, me habían abierto sus brazos de par en par. La cercanía del mar hacía a las gentes de aquel lugar abiertas y acogedoras. Me dejé llevar por ella.

La casa de la abuela de Micaela era una de las mejores de la ciudad. Ubicada justo en el número 26 de la calle Ancha, era un lugar de mucho tránsito. Me había detenido ante él mil veces para admirar su gran fachada de estilo isabelino ignorando que mi ahora amiga residía en él. Cuatro atlantes de mármol sujetaban la gran balconada de su primer piso. Me extrañó que no viviese junto a sus hermanos en la plaza de San Antonio, pero, prudente, no quise preguntar más.

Al entrar y verme alzar la vista al techo no pudo contenerse.

—Aquí es donde vivo. Mis antepasados lo inauguraron con un baile de gala en septiembre de 1862 y aprovechando la visita de la reina Isabel II a la ciudad.

La riqueza de aquella casa no era usual en la ciudad. El inmenso patio central estaba cubierto por una gran cúpula de cristal a la que llamaban montera que lo convertía en un gran salón de baile. De allí partía una enorme escalera que daba al segundo piso. Multitud de cuadros, tapices, estatuas, cuadros, relojes y alfombras engalanaban hasta el más recóndito recoveco.

Aquel era un verdadero museo por el que Micaela se paseaba con toda naturalidad. Por la educación que había recibido desde muy niña, eludía darle ninguna importancia. Pensé que aquella mujer, teniendo lo que tenía, era un verdadero ejemplo de humildad y tampoco debía de conocer lo que era la vanidad.

Después de una comida frugal las dos solas en el comedor de arriba, insistió en que saliésemos disparadas hacia el taller de costura de María Aranguren.

Obnubilada con todo lo que veía, había olvidado por completo la razón por la que había sido invitada a aquella casa. Antes de despedirme tan rápidamente de aquel soberbio comedor, me hubiese gustado profundizar en las mil y una porcelanas que atesoraban las vitrinas que rodeaban la mesa, pero cada vez que le preguntaba sobre alguna pieza, ella me contestaba con una evasiva.

Al tercer intento que hice deteniéndome frente a un gran samovar, no pudo evitar cogermelo de la mano para obligarme a seguirla. Al intuir mi desesperación, fue directa al grano.

—Ingrid, si no nos damos prisa, no llegaremos a los toros. Cualquier otro día vienes con más tiempo y te enseño lo que tenemos y mucho más. A mi

abuela le encanta mostrarlo, siempre y cuando el que lo vea lo sepa valorar.

La doncella que la esperaba abajo le entregó una bolsa. Micaela la abrió para comprobar su contenido rápidamente. En ella había dos mantillas antiguas, peinetas de carey y una pequeña cajita con alfileres, horquillas de moño y dos broches que parecían de oro.

—Yo me quedaré con la de chantilly de mi abuela y la peina grande. A ti, que eres más alta, te dejo la media peina. Vamos. Le pediremos a alguna costurera de María que nos ayude a ponérnoslas. Toma este abanico también. Que, al principio de la tarde, a pesar de estar en el tendido de sombra, nos podemos cocer.

Me tenía exhausta. ¿Es que aquella mujer nunca se cansaba? Debía de ser de las pocas que allí no practicaban la siesta. Un saludable hábito, que yo, desde que me quedé embarazada, adopté con gusto. Sobre todo por el sopor que me sobrevenía después de comer.

Nada más entrar en el taller de María, sin esperar ni siquiera a que llegara la dueña, me llevó a un perchero donde tenían colgados vestidos de todos los colores, tallas y formas.

Apenas tardó dos minutos en encontrar uno que le convenciese.

—Aquí. Este debe de ser de tu talla. Apenas has perdido cintura. Parece mentira que estés ya de tantos meses y no se te note. Debe de ser porque es el primero. El verde agua hará juego con tus ojos y romperá con la negrura de la mantilla. Es sencillo pero el bordado del final del escote, el bajo y las mangas lo hace sumamente especial.

Antes de entregármelo abrió con cuidado un imperdible del que pendía una etiqueta que se metió en el bolsillo. Nunca supe si era el precio o el nombre de la destinataria original.

La dueña del taller apareció en el preciso momento en que yo salía de detrás del biombo vestida ya con su modelo. No me hizo falta mirarme al gran espejo que había. La simple aprobación de las dos a la vez me bastó para decidirme. Aquella modista bien podría haber abierto una *boutique* en el mismísimo París.

—Le queda como un guante. Mucho mejor que a la señora que me lo encargó hace ya tres meses y sigue sin venir a recogerlo.

Apenas me había mirado al espejo por segunda vez cuando Micaela, ya con la mantilla puesta, me pidió que me sentara para hacer lo mismo conmigo.

—¿Qué cuesta? —pregunté mientras me clavaba la peina sobre un falso moño que previamente me había puesto en la cabeza.

Micaela, temiendo que mi duda pudiese rezagarla en sus propósitos más inmediatos, fue taxativa.

—Lo mismo que la Virgen del Rosario que vas a pintar en la casa cuna. Ni más ni menos. Así quedan saldadas nuestras cuentas.

Agarrada con horquillas la blonda de la mantilla a la conjunción de mi pelo con la peina, volteó el encaje hacia atrás para proseguir con una soltura pasmosa con aquella difícil operación. No podía dejar de mirar su imagen reflejada en el espejo.

—Anda, gira la cabeza hacia la derecha para que te la agarre al hombro derecho. —Cualquiera la contradecía—. Ahora a la izquierda. —Consciente de que, al ser extranjera, quizá fuese la primera vez en mi vida que me ponía aquel tocado, me explicó—: Esto es para que puedas mover la cabeza con libertad y sin que se descoloque la mantilla. ¡Dame las gracias, porque no sabes cómo se la ponen algunas! Ahora baja la cabeza, que te cojo el broche con el pliegue de atrás. Y... ya estamos.

Ya de pie, con ese magnífico vestido y la mantilla, apenas me dio un segundo para mirarme al espejo.

Al salir a la calle percibí cómo muchos de los transeúntes nos miraban sin el más mínimo recato y por primera vez en mi vida no me importó en absoluto. Aquella sensación de ser admirada sin tener que esconderme me llenó de satisfacción. A mí, que tan frecuentemente por culpa de Guillermo o por mi trabajo había intentado siempre pasar lo más desapercibida posible.

Estaba agotada, pero la vitalidad que irradiaba Micaela conseguía sacar de mí una fuerza inusitada.

Un coche descapotable nos esperaba frente al portón. El chófer nos abrió la puerta trasera y entré en él intentando imitar todos y cada uno de los movimientos de mi amiga. ¿Cómo podía moverse con tanta naturalidad con semejante armatoste sobre la cabeza? Tardé en comprender que, hiciese lo que hiciese, estaba bien sujeto.

—A la plaza de Asdrúbal —dijo Micaela, un segundo antes de ponernos en marcha.

En un semáforo se paró a nuestro lado un tranvía atestado de gente y pocos fueron los que no nos taladraron con la mirada. Preferí no elucubrar sobre lo que estarían pensando.

Micaela se percató asimismo de aquello.

—Somos unas privilegiadas al poder disfrutar de uno de los ciento ochenta

automóviles que hay aquí. Cádiz, como habrás comprobado, no es grande. El casco antiguo se puede recorrer fácilmente a pie o en bicicleta, pero cuando traspasamos Puerta de Tierra, la cosa cambia. La mayoría, si quiere llegar rápido, tiene que coger un trole, y ya ves cómo van. Sé que el ayuntamiento cuenta con treinta y cinco de ellos, pero está claro que no bastan. Si la envidia fuese tiña... —Lo dejó en el aire al darse cuenta de que para mí ir en coche, como para todas aquellas personas, era una excepción. Intentó excusarse—: Claro que... si no quieres morir aplastada, te aconsejo que te compres una bicicleta o... ¿Por qué no un sidecar? Así tú también me podrías llevar a mí de vez en cuando. ¿Te imaginas? Si te decides, te regalaré una gorra de piel forrada de borrego y con orejeras, como las de los pilotos de los aeroplanos. ¡Que es lo último en París! Con eso, unas buenas gafas de viento y un fular alrededor del cuello serás la sensación.

—Cómo te gusta disfrazar al ajeno, Micaela —asentí, divertida.

—No a todo el mundo, querida —admitió, torciendo el gesto—. Pero tú sé que lo llevarías con clase.

A pesar de sentirme como una muñeca entre sus caprichosos desmanes, no me importó. Por primera vez en mucho tiempo, disfrutaba del momento.

—Te lo agradezco, pero, si te soy sincera, creo que aquí, con el tiempo que hace y esa indumentaria, me moriría de calor. Prefiero una bicicleta. Así, además de moverme de un lado para el otro, haré ejercicio sin darme cuenta. En Colonia tenía una y me bastaba. La verdad es que me han extrañado todos los carruajes de tracción animal que aún tenéis.

Micaela, ligeramente defraudada por no permitirle jugar conmigo a su antojo, asintió.

—Según el último recuento, doscientos treinta y ocho exactamente, sin contar con los ciento cincuenta y ocho camiones que frecuentemente taponan las estrechas callejas de la ciudad.

—¿Los has contado?

Sonrió.

—¿De verdad crees que me aburro tanto? No. Lo he leído en un artículo del *Diario de Cádiz* esta mañana.

El coche se detuvo frente a la puerta principal y entramos en la plaza.

Al sentarnos sobre nuestras almohadillas, de nuevo multitud de ojos nos escrutaron. Aquella afición me empezó a molestar. De reojo miré a Mica. Al contrario que yo, cuanto más la miraban, más parecía enaltecerse. ¿Por qué

estaría soltera? Nunca se lo preguntaría. Todas guardábamos algún secreto y debíamos respetar los de las demás.

El primer matador salió al ruedo. Intenté aprender sin hacer demasiado evidente mi completo desconocimiento acerca del mundo taurino.

—No sabía que había toros en Cádiz.

—Toros no, pero toreros de siempre. «De Córdoba Lagartijo, y de Granada Frascuelo, de Algeciras Cara Ancha, y de Cádiz el Marinero» —me contestó con una coplilla.

—Entonces, ¿torea hoy el Marinero?

Se rio a carcajadas.

—Espero que no porque murió hace treinta y siete años. Aun así, sembró una gran afición, mal que les pese a algunos.

—¿Por qué lo dices?

—Son muchos los que dicen que aquí no hay tradición taurina. ¡Qué tontería! Mira la plaza. No cabe un alfiler. Claro que... visto el cartel, es lógico. Mira.

Me tendió un pequeño papel que leí con suma atención. Aquella tarde torearían el mejicano Carlos Arruza, Manolete y Domingo Ortega, siete toros de la ganadería de los herederos de Juan Pedro Domecq. Su hijo Álvaro, además, rejonearía al primer toro.

Sentí no entender más al ver cómo disfrutaban todos los de mi alrededor.

A la salida, Micaela se puso a buscar entre el gentío a Casilda, para agradecerle las entradas y ver si podíamos ir en su coche al haber despedido el nuestro. Al ser mucho más baja que nosotras, nos costó encontrarla.

—Lo siento, pero no cabéis. Me voy adelantando para recibir a los invitados. Os espero en casa.

Enrique, su marido, la esperaba impaciente dentro del coche.

Sabía que Micaela por nada del mundo cogería el transporte público y empecé a incomodarme al sentirme la diana de varios impertinentes dardos. El clavo de aquellas miradas empezaba a convertirse en insoportable. Quería salir de allí lo antes posible, pero ella no paraba de saludar a unos y otros sin ni siquiera presentarme.

—¿Podemos irnos? Me siento como tu sujetavelas.

Por fin se dio cuenta de que me sentía desplazada. Y, al ver mi expresión, sonrió.

—Perdona. Ya sabes que esto es como un pueblo. Todos nos conocemos.

Poco a poco sabrás quién es quién.

Apenas tardamos diez minutos en llegar caminando hasta casa del general Varela.

Al llegar, la música de una pequeña orquesta sonaba en el patio adyacente. Sobre una mesa de la entrada estaban apiladas las gorras de todos los invitados. En el salón principal, una treintena de militares charlaban animados en corrillos. Los uniformes blancos de los marinos resaltaban sobre los verdes de los de tierra. Una nube de humo los coronaba. Raro era el que no fumaba.

Al percatarse de nuestra presencia, varios se callaron. ¿Dónde estaban las mujeres? El general Varela, que hablaba animadamente con el almirante Pery Junquera, salió de su grupo para venir a saludarnos.

—Bienvenidas. Casilda está en el patio con las señoras.

Sin querer mirar a ninguno en especial, por si entre aquel regimiento de oficiales estuviese Guillermo, seguí a Micaela, que se sabía el camino.

Lejos de azorarme ante tanto observar penetrante, procuré conservar mis seguros andares. Al entrar en el patio, el callar de las señoras fue mucho más palpable. En un segundo, el silencio de deseo de sus maridos se transformó en un incómodo mutismo de envidia. No pude evitar susurrar en el oído a Micaela.

—¿Esto es normal? ¿Las mujeres suelen estar a un lado y los hombres al otro?

Me sonrió.

—Mal que nos pese, así es. Donde fueres haz lo que vieres. Aquí ser soltera o una viuda joven es sinónimo de peligro para la mayoría de las emparejadas. Los celos se exageran si además eres novedad.

—¿Me estas llamando novedad?

—Mírate —asintió divertida—. Si fueses un callo malayo lo tendrías más fácil para intimar con ellas, pero... a la vista está que no lo eres, así que tendrás que ponerle mucho empeño para que realmente se abran a ti. Anda con pies de plomo y no les des ni una posibilidad para descuartizarte porque lo harán.

Las primeras que vinieron a saludarnos junto a Casilda fueron aquellas que conocí en la inauguración de mi tienda-escuela-taller. Las demás, en su mayoría, eran las mujeres de los militares que había visto a la entrada que, con cierta prudencia, venían a curiosear.

Casilda se encargó de hacer las presentaciones.

—Os presento a Ingrid. Es de Colonia y vivió muy de cerca la guerra mundial. Así que tiene mil anécdotas que contarnos. Ahora ha venido a Cádiz a

montar su propio negocio y hay que ayudarla, porque su reciente viudedad la ha dejado sola y embarazada de un niño que nacerá póstumo.

¡Qué capacidad de síntesis! Curiosa manera de resumir mi vida en pocas palabras, pensé, transformando mi semblante de hacía un instante en el de una mujer desvalida y muy necesitada de comprensión. No hizo falta más para que el recelo inicial se transformase en compasión.

Entre bandeja y bandeja de canapés y durante un buen rato estuve hablando con ellas hasta que la banda de los salones interiores subió el tono. El general vino a avisarnos de que se abría el baile. ¡Por fin podría hablar con alguien de otra cosa que no fuese la crianza de los niños y los problemas del servicio!

Micaela vino a rescatarme para que la acompañase a empolvase la nariz y quitarnos la mantilla. ¡A esas alturas de la noche y supongo que, acostumbrada a esa tortura, se me había olvidado hasta que la llevaba! Primero me la quitó ella a mí y, después de darle tres tirones de pelo intentando hacer lo mismo, la dejó con otra amiga que, más experta en esas lides, se la quitó en un santiamén para seguir charlando con ella frente al espejo del tocador.

Afuera las parejas bailaban animadamente. Preferí mantenerme distante apoyada en una columna esquinada a la espera de que Micaela saliese del cuarto de baño cuando noté que alguien, desde el otro lado de la pilastra, me acariciaba la mano.

—Perdóname. Todo tiene solución. No sé cómo decírtelo, pero te echo muchísimo de menos. Dame otra oportunidad. Te necesito. Te deben de ir bien las cosas porque estás más hermosa que nunca.

Apartando la mano, no quise ni darme la vuelta para mirarle. ¡Era Guillermo! Aquello, más que una declaración de arrepentimiento, parecía un telegrama balbuceado entre dientes.

No tuve tiempo de contestarle porque una de las mujeres que acababa de conocer se acercó corriendo a mí.

—¡Le voy a presentar a mi marido! Como usted acaba de llegar del norte de África... Él vivía en el protectorado español, pero viajaba con frecuencia a la ciudad internacional, así que quizá coincidiesen en algún momento.

Dando la vuelta a la columna, cogió de la mano a Guillermo para ponerlo ante mí. Después de medio segundo de silencio, me quise morir. ¡Me sentí incapaz de mirarle a los ojos y no darle un guantazo!

Tan solo pude simular una arcada antes de salir corriendo hacia el cercano cuarto de baño y encerrarme en uno de sus retretes. Allí, descargué toda la ira

contenida dando un puñetazo a la pared.

¡Desgraciado! ¡Cómo me había podido engañar de semejante manera! A mí, que siempre me creí capaz de adelantarme al embuste y la falsedad. ¡A mí, que, obligada a cambiar constantemente de identidad, fui un día la mejor inventora de falsas vidas! Ahora sabía el verdadero motivo de su inexplicable ausencia el verano pasado. El porqué de no haberme mandado una simple misiva durante todo aquel tiempo.

Intenté respirar hondo para tranquilizarme. Y, de repente, la imagen de la esposa de Guillermo me vino a la mente. Si no recordaba mal, aquella mujer, al saber que yo estaba embarazada, se alegró más que ninguna otra, precisamente porque ella también lo estaba. Según nuestras cuentas, de un mes y medio menos. ¡Aquel mequetrefe la había preñado aquel verano mientras que yo le añoraba cada día que pasaba!

De hecho, comentamos las dos que era increíble que, a mí, a pesar de estar de más se me notase menos que a ella. Sus palabras fueron claras.

—Será porque usted es primeriza y para mí, en cambio, será el tercero. Esperemos que ahora por fin venga la niña.

¡El tercero! La sangre empezó a hervirme de nuevo.

De entre las mil historias aparentemente absurdas que me contaron aquellas mujeres intenté ahondar en el recuerdo de aquella en particular.

Según creía recordar, estaba encantada porque después de varios destinos que les mantuvieron separados, ahora, por fin, podrían vivir juntos en una casa que les habían asignado en la base. Había parido sola a los dos últimos hijos y esperaba que en el siguiente parto su marido estuviese para coger él primero al niño en brazos. ¡Cómo iba a suponer que ese hombre tan prolífico fuese Guillermo! Ella únicamente me hablaba de su marido.

¡Y pensar que el hombre con el que un día me atreví a soñar un futuro, en unos meses, sería padre de dos hijos de diferente madre!

Tres golpes sonaron en la puerta.

—¿Te encuentras bien?

Era Micaela, que me había oído resoplar desde el tocador. Me metí los dedos hasta la glotis para provocar una arcada con tal ímpetu que conseguí vomitar. Inspiré tres veces antes de abrir la puerta.

—¡Qué pálida! Si en un segundo se te ha caído todo el moreno que te quedaba del verano. Esto debe de ser cosa del embarazo o una bajada de tensión. Anda, vámonos. Llamaré a un coche.

Al salir apoyada en ella de refilón, pude ver a Guillermo y su mujer. Ella parecía realmente preocupada por mi salud y él estaba, si cabe, más pálido que yo.

En casa, Micaela me ayudó a ponerme el camisón, a acostarme y se fue de nuevo a la fiesta con la promesa de venir al día siguiente a ver cómo andaba. ¡Esa mujer era inagotable!

Apenas pude dormir. Sentimientos contradictorios se agolpaban en mis entrañas. En un minuto intentaba excusar a Guillermo por verle atado a un matrimonio extinto y al siguiente le quería matar.

Dos palabras acudían a mi mente reiteradamente. Hablar cura. Ni siquiera le había dado la posibilidad de explicarse. Pero... explicar el qué. Que me había conseguido engañar como a una niña ingenua. ¡No quería volver a verle en mi vida! Es más, me vengaría de él como mejor se me ocurriese. Aquella vida de sosiego me estaba haciendo perder las facultades. ¿Qué había sido de mi intuición? ¿De mi facultad para improvisar? ¿De mi capacidad artificiosa en ambos sentidos?

Entre sueños y pesadillas me vino el semblante de África de las Heras y, sin pensarlo dos veces, colgué aquel mantón que me indicó de mi balcón. Desde nuestro último encuentro apenas había pasado el tiempo, pero quizá alguno de sus enlaces lo viese y la avisase.

Estaba deseando saber qué era lo que me propondría.

Amamantando artificios
Febrero de 1947

Aquí están sus huesos mínimos.
 Pesan una Atlántida.
 La música de Dios
 descendió sobre las aguas.
 En la catedral del aire,
 el espíritu de Falla.
 Ángeles y seises
 rezando bailan.

GERARDO DIEGO, «EPITAFIO A MANUEL DE FALLA»

Mi mantón, después de meses tendido al socaire del levante y el poniente, se iba decolorando por el sol sin que nadie viniese a ponerse en contacto conmigo. Las hojas de los árboles se fueron desprendiendo al mismo ritmo que yo, asida de la inseparable mano de mi amiga, me iba integrando poco a poco en aquella alegre ciudad, a pesar de no conseguir del todo olvidar al padre de ese niño que, ya formado en mi vientre, esperaba el momento de ver al fin la luz. Ni el nombre de Guillermo me apetecía recordar y el temor a encontrármelo en cualquier esquina de aquella pequeña ciudad me asaltaba con frecuencia.

Y llegó el invierno. El templado clima apenas me obligaba a abrigarme, algo que agradecí dado mi avanzado estado de gestación.

Pasaron las Navidades con sus zambombas y llegó el día en que Micaela vino a pedirme que la acompañase al entierro del músico Manuel de Falla a la catedral. El cadáver del insigne compositor, fallecido a los sesenta y nueve años, había llegado en barco desde Argentina, donde había muerto dos meses antes, y a pesar de no estar bien vista la presencia de mujeres en los entierros, ella no quería perderselo.

En la cripta de la catedral aguardaba su sepulcro para recibirle después de que el mismísimo papa Pío XII diese su consentimiento. El ministro de Justicia,

don Raimundo Fernández Cuesta, venía a presidir el cortejo fúnebre.

Don Manuel de Falla había dejado escrito en sus últimas voluntades su expreso deseo de enterrarse en Cádiz, su ciudad natal, junto a un puñado de arena, la de su añorada playa de Sancti Petri y otro de la tierra del jardín de su carmen en Granada. Y es que siempre llevó estos dos lugares de su querida Andalucía en su corazón fuese adonde fuese. La ciudad que le vio nacer, agradecida por el detalle, no le defraudaría.

No fuimos las únicas que salimos a rendirle el último adiós. Miles de gaditanos, apiñados en las calles, flanqueaban el recorrido por donde pasaría el cortejo fúnebre desde el puerto a la catedral.

Micaela, terminado el minuto de silencio que le rendimos cuando la carroza tirada por cuatro caballos negros pasó ante nosotras, aprovechó para darme la peor de las noticias.

—Tengo que decirte algo. Sentiré muchísimo no estar a tu lado el día que tengas el niño, pero sé que las monjitas te cuidarán bien. Mañana me marcho a París, porque ya sabes que el invierno aquí se me hace tremendamente monótono.

Mil veces me había prometido estar a mi lado en ese trance y ahora su promesa se esfumaba de un plumazo. No pude evitar reprochárselo con cierto sarcasmo.

—Una poderosa excusa que entiendo.

Con los tobillos hinchados de haber estado tanto tiempo de pie, busqué un banco para sentarme y poder masajearlos. Ella lo hizo a mi lado sin querer captar mi disconformidad del todo.

—Estarás bien. Las monjas me han prometido que te cuidarán como a una hermana más. Me he encargado de que así sea. Piensa que son unos meses nada más. En verano, cuando vuelva, te traeré el faldón más bonito que exista en toda Francia. ¿De qué color quieres que ponga los lazos? ¿Azules o rosas? ¿Qué crees que será?

No pude reprimirme.

—¿Y eso que importa? ¡Sabes que hace tiempo que tengo la canastilla hecha y no son blondas, lazos o puntillas lo que más necesito precisamente! — Sin llegar a rogar, la tanteé—: Lo que más falta me hará será compañía. Quédate. Solo será un mes más, y eso suponiendo que no se adelante.

Consciente de su egoísmo, apartó la mirada.

—¿Y si se retrasa? De verdad que no puedo. Además de que ya tengo los

billetes sacados.

La conocía bien, estaba llena de virtudes, pero a la hora de renunciar a sus caprichos sus defectos emergían desbocados. Sin pecar de orgullosa, yo tampoco me rebajaría a suplicarle, a pesar de lo mucho que la echaría de menos. La verdad es que me había acostumbrado demasiado a sus constantes ajeteos y, dado mi avanzado estado, no me vendría mal un descanso.

A medida que pasaron las semanas, apenas tenía nadie con quien hablar a excepción de las tres perseverantes alumnas que continuaban asistiendo a mis clases de pintura de porcelana y las monjas de la casa cuna que, cada vez que me acercaba a proseguir con la pintura de la Galeona en su zaguán, no perdían la oportunidad de arroparme.

Todo en invierno se ralentizaba y yo a punto de salir de cuentas apenas podía con mi alma.

Hacía una tarde impresionante. Casi no se sentía frío y salí a pasear por la alameda de Apodaca, como la comadrona del hospital me había aconsejado que hiciese para que la tripa fuese bajando.

El dolor de espalda me mataba y decidí sentarme en uno de los bancos alicatados que rodeaban el estanque. Ya recuperada, me levanté justo al ocaso para ver mejor el atardecer. Apoyada en la balaustrada de piedra, dejé que mi mirada se perdiese en el horizonte.

Desde allí se oía la algarabía de varios instrumentos ensayando a escondidas las viejas canciones de carnaval. Los coros sabían que no podrían salir a las calles a lucirse como antaño por estar por aquel entonces prohibidos, pero aun así no se resignaban a olvidarlas.

El cielo se tiñó de rosas y azules y me concentré en la vista de la bahía. Allí al fondo se divisaba lo que debía de ser El Puerto de Santa María y a su izquierda, Rota.

Abajo, las olas rompían con fuerza contra las piedras del malecón. Me asomé un poco más para verlas a pesar de mi abultado vientre y fue entonces cuando sentí correr un líquido caliente por mis piernas. Estaba claro que había roto aguas.

Una mujer vino corriendo a ayudarme. Al comprobar que aún no tenía contracciones y saber que era primeriza, decidió que tendríamos tiempo para coger el trole que me llevaría al punto más cercano del hospital.

A la mañana siguiente nació Lola. Era un soleado 22 de febrero y pedí a las monjitas, ante la premura que me imponían, que la bautizasen Dolores pensando en mi abuela española. A ella le hubiese gustado. Ellas fueron las que se encargaron de buscar padrinos porque a mí no se me ocurría nadie.

Al ver su rostro por primera vez, lloré de felicidad. Un cúmulo de sentimientos nuevos y desconocidos para mí me asaltaron. Fue solo entonces cuando comprendí lo que mi madre debió de sentir por mí y me emocioné aún más. Según la comadrona, Lola era fuerte como un roble. Para comprobarlo no hacía falta más que ver la pasión con la que mamaba.

Los últimos meses de mi embarazo, cuando la sentía deformar mi tripa, temí que llegado el momento no supiese adaptarme a la libertad coartada que aquello me provocaría. Ahora, esos temores se habían disipado como la niebla después del amanecer.

Lola, lejos de ser mi yugo, se convirtió, sin saberlo, en mi mejor acicate para seguir adelante. Había llegado el momento de pensar en alguien más que no fuese solamente en mí misma, y no me importó. Hubo un día en que me arrancaron de cuajo a todos los míos, otro en el que tuve que aprender a vivir sola a pesar de sentir en mi interior tanto amor desperdiciado y ahora llegaba el momento de dárselo todo a ella.

Tan solo vinieron dos monjas de la caridad que trabajaban en la casa cuna a darme la enhorabuena. Rezaban todos los maitines por mí. Me traían un recado. La madre superiora insistía en que no había prisa para que terminase mi Virgen del Rosario y quería que supiese que, en cuanto me sintiese con fuerzas para ello, ellas se ofrecían para cuidar de mi niña mientras yo pintaba.

A la mañana siguiente apareció otra inesperada visita. Era una humilde mujer que me sonaba pero que no llegaba a ubicar. Se acercó a la cuna, sonrió y rebuscando en un canasto sacó un paquete envuelto en papel de estraza.

—Me mandan las monjas. Hoy no han podido venir ellas. Se lo dejo en la mesilla junto con... —Limpiándose las manos en el delantal sacó de su bolsillo una estampita—... esta imagen de San Ramón Nonato. Es el patrón de las parturientas. Me han dicho que se la ponga debajo de la almohada.

Con bastante poca delicadeza, me obligó a incorporarme para cumplir diligentemente con las órdenes recibidas.

—¿Nos conocemos? —le pregunté, sin poder evitarlo.

Decidida, se sentó en la silla de al lado de mi cama dispuesta a pasar un buen rato.

—*No ni na*. Soy Carmela, la pinche de Francisca, la cocinera de la casa cuna. Aunque vivo en la Isla, vengo cada mañana *pa to* lo que me necesiten. A cambio se quedan con mis tres niñas cuando me sale otra faena y me dejan llevarme un hatillo con las sobras de la comida. Desde que mi Rafael la espichó, *to* es más difícil.

No le entendí bien.

—¿Es usted viuda?

Asintió, mirando de nuevo a la cuna.

—Igualito que usted, según me han *contao*. No es fácil sacar adelante a los hijos sola, pero se apañará. Dios siempre provee. Sabe que a punto estuve de encontrar a otro hombre *pa* casarme de segundas. Era el hermano pequeño de mi *marío*, que al morir él me pretendía, pero se me alistó en la División Azul y aún no ha vuelto. Lo último que supe de él hace dos años por otro español que consiguió escapar es que lo tenían preso en Rusia en un campo de esos que llaman de trabajo en Moscú. ¿No es usted extranjera? Lo mismo me *pue* ayudar a buscarle. *Tos* me dicen que lo olvide, que seguro que la espichó como mi Rafael, pero nadie lo ha confirmado, así que yo no pierdo la esperanza. ¿Sabe algo de esos campos? —Resopló cansinamente y, sin darme tiempo para contestar, prosiguió—: ¡Qué *pechá!* *Ea*, ya lo dicho de un tirón. ¿Ahora qué me dice?

Al hablarme de los campos recordé a Manolo en aquel presidio donde lo dejé en la población francesa de Eysses. Me sentí incapaz de decirle que lo más probable era que estuviese muerto. ¡Hacerlo sería como apagar la única brasa de ilusión que le quedaba!

—Me temo que no la puedo ayudar —mentí—. Hace años que salí de Alemania y no me queda familia allí para preguntar.

Se encogió de hombros y aquellos ojos llenos de vida perdieron por completo su brillo de golpe.

—Perdóneme por el petardeo, pero lo tenía que intentar. Me voy, que tengo mucha faena.

No podía dejar que se fuese tan defraudada, así que volví a mentir:

—¡Carmela! No pierda la esperanza.

—No me diga, por favor, que es lo último que se pierde —susurró, cabizbaja, ya en el pasillo—. Que yo eso ya me lo sé.

Salía de la habitación cuando un ramo de margaritas se cruzó con ella. Al ver entrar a su portadora enmudecí. Era África o, como dijo llamarse la última

vez que la vi, Patria. El mantón llevaba meses colgado de mi balcón. Se había mojado, secado y bandeado por los vientos de poniente y levante una y mil veces, y, ya muy descolorido, a punto estaba de hacerse jirones.

Conté con los dedos. Era cierto que habían pasado seis meses desde nuestro último encuentro y ahora, como el fantasma que siempre había sido en sus inesperadas apariciones y desapariciones, venía a mí.

—Enhorabuena por esa hermosa niña.

Colocó el ramo en el orinal que tenía limpio sobre la mesilla y se acercó a la cuna para ver a la niña. Lola seguía dormida.

—Ella te servirá para no levantar sospechas. ¿Y el padre?

—¿No lo sabe la sabelotodo? —me indigné.

Sin molestarse por el insulto se limitó a asentir.

—Solo te digo que deberías de hacer las paces con él para el bien de nuestra misión.

Demasiada confianza para lo poco que nos conocíamos, pensé. La miré con escepticismo.

—Tu mantón lleva meses colgado como el estandarte de nuestro reclamo y no hay marcha atrás —continuó, tajante—. ¿O es que ya se te ha olvidado lo que viviste en aquella cena que dio el general Varela? ¿Qué ha sido del padre de tu hija desde entonces? ¡Nada! Es más, sé que en varias ocasiones has tenido que cambiar de rumbo para no cruzarte con su mujer e hijos por la calle. ¿Sabes que el pequeño que esperaban ha sido sietemesino? Así que solo se llevará un mes con tu hija. ¿Qué dirían todos los píos si se enteraran de que Guillermo tendrá dos hijos con tan poca diferencia de edad?

Pensé que ni a Guillermo ni a su mujer les debió de hacer demasiada ilusión tener otro chico. Estaba claro que había sido vigilada constantemente, y eso no me gustó. Sin duda, alguien me había estado siguiendo para mantenerla informada.

—¡Demasiado sabes para estar tan ausente! —repliqué, enfadada.

—No te engañes —sonrió—. Tan solo aparento estarlo. Los tentáculos de una buena misión han de ser largos. ¿O es que eso también lo has olvidado?

No supe qué contestar. Lola, ya inquieta, comenzó a llorar. Desabrochándome el camión, saque el pecho izquierdo y le pedí que me la pasara para amamantarla. África me miró dubitativa.

—Quizá tengamos que esperar a que pases la cuarentena para empezar. La crianza sola siempre es difícil.

¡Otra más que lo advertía! Carmela al menos hablaba por propia experiencia, pero ella... La imagen de Guillermo me vino a la mente y mi indignación se exacerbó aún más.

—¿Dudas de mi capacidad?

Cambió el tono duro que había mantenido por uno más comprensivo.

—No. Por eso te lo propuse. Eres la más idónea y me será difícil encontrar a otra con tus mismas cualidades.

Unos pasos sonaron en el pasillo y ella se puso alerta. Las palabras fluyeron de mi boca casi sin querer.

—¿De qué se trata?

Estaba claro que África no quería prolongar demasiado su visita.

—De preparar el terreno a un enlace que pronto llegará a España para provocar fuegos artificiales. No estará mucho tiempo aquí, así que simplemente le tendrás que buscar un lugar discreto donde pueda vivir mientras hilvanáis la operación. —Se asomó a la ventana para señalar a un punto determinado—. Por otro lado, tendrás que informarte bien sobre cómo entrar discretamente a los astilleros de Echevarrieta y Larrinaga. Esos que casi lindan con la Base de Defensas Submarinas por allí abajo. Solo las vías férreas y una pequeña carretera les sirven de linde.

Sentada en la cama y con la niña en brazos, aunque no podía ver hacia dónde señalaba, lo imaginé.

—La base está rodeada por un pequeño muro con alambrada. También tiene casetas de vigilancia desde donde quizá puedan vernos actuar —prosiguió—. Confío en ti para que encuentres esa fisura o punto ciego que siempre existe. Estoy segura de que encontrarás un paso franco. Trabajando como lo haces en la cercana casa cuna, nadie se extrañará de tu presencia por el barrio de San Severiano.

Los tiempos de París vinieron a mi mente. Del mismo modo que utilicé a Manolo entonces para mis fines, ahora bien podría servirme de Guillermo. Junto a él me habría sido mucho más fácil conseguir información sobre las garitas, horarios de las guardias y las lindes verdaderas de aquel cercano recinto con los astilleros, ya que, al ser terreno militar, por seguridad, no tendrían mapas publicados.

—Además, tendrás que preparar un pequeño explosivo para entregar al enlace —prosiguió África—. No creo que tenga alma de mártir, así que convendrá que fabriques una bomba con un reloj de retardo adosado para darle

tiempo a poner pies en polvorosa antes de la detonación. Con eso habrás cumplido.

Aquello encendió la mecha de todas mis aletargadas confabulaciones. Mi cabeza empezó a maquinarse a una velocidad endiablada. Estaba claro que tanto la puerta principal como la entrada al mar de los astilleros estarían vigiladas. Tanto o más que la Base de Defensas Submarinas o las vías del tren que las separaban debido a los recientes intentos de sabotaje anarquistas en las vías catalanas. Sería complicado, pero para mí nada era inexpugnable. Tendría que hacer un reconocimiento metódico del terreno.

África permanecía callada y alerta a la espera de que cesasen los pasos del corredor.

—¿Qué me dices?

—¿Para cuándo? —pregunté, tras asentir.

—Aprovecharemos la desidia en que muchos caen en verano. Es una buena estación por el sopor que causa el calor.

Aquello me daba tiempo para prepararlo todo sin demasiadas prisas.

—Si surge algún imprevisto, ¿cómo lo notifico?

—¿Sabes dónde está el baluarte de la Candelaria?

Hice un gesto afirmativo. Estaba frente a la iglesia del Carmen. Con frecuencia paseaba desde la alameda hasta allí para seguir bordeando el mar por el parque Genovés y hasta el hotel Atlántico o el castillo de Santa Catalina. Desde allí la vista de la Caleta, el balneario y el castillo de San Sebastián eran excepcionales.

—Desde el baluarte —prosiguió— camina pegada a la balastrada que da a el mar hacia el puerto, unos quinientos metros siguiendo los fanales que iluminan el paseo, y al final del paseo de la alameda de Apodaca, verás un garabito que hace esquina en el primer requiebro. Lo reconocerás porque en él apenas cabe una persona de pie, es de piedra ostionera, cilíndrico y está techado por una diminuta bóveda.

—No sigas detallando, que ya lo conozco —intervine—. Es uno de los antiguos puestos de vigilancia hacia el mar.

—Flanqueando la garita de guardia hay dos bancos de piedra —continuó, incómoda por la interrupción—. Busca debajo del asiento de la derecha mirando al mar. A partir de abril, pásate por allí todos los jueves sobre las ocho de la tarde. Allí recibirás instrucciones sobre cuándo llegará el enlace, se te informará si hay contraorden o, por el contrario, tú puedes dejar cualquier requerimiento

para nosotros. Las notas, como siempre, irán cifradas. Ya sabes, por si alguien las intercepta.

Sin poderlo remediar, aquellas indicaciones me recordaron a las recibidas en mi primera misión en París cuando también utilizaba un banco para esconder las notas donde informaba sobre los movimientos del grupo de la Resistencia en el que estaba infiltrada.

—¿Qué sistema utilizaremos?

Consciente de que por fin parecía estar entregada a la causa, África cogió el libro que tenía en la mesilla de noche junto al orinal y sus flores. Era un ejemplar de *Nada*, el premio Eugenio Nadal que había ganado Carmen Laforet un par de años antes. Parecía estar improvisando al tiempo que pasaba su mano por encima de la tela azul de su encuadernación.

—Quería leer algo escrito por una mujer española de este tiempo. Es bueno aunque para mi gusto, un poco sórdido.

Frunciendo el ceño no pareció escucharme.

—Utilizaremos plantillas sobre el texto de este mismo libro. Así, si alguien nos descubre, no encontrará más que varias cuartillas agujereadas en nuestro escondrijo. Ya sabes cómo va. Pon la plantilla sobre las primeras páginas del capítulo diez y ve formando palabras con las letras. Cada hueco dejará su lugar a las letras, que unidas tendrán sentido. Sé breve y concisa.

Conocía el método. En mi opinión, demasiado evidente, pero no discutí. Simplemente asentí.

Nuevos pasos retumbaron a lo lejos. Por primera vez se impacientó. Abrió el libro. Dejó un sobre en su interior y se levantó.

—Toma lo que necesites para comprar material y el resto considéralo como el pago por tus servicios. Si todo sale como sospecho, pronto recibirás otra visita. No la desperdicies. Te dejo. No creo que nos volvamos a ver. Suerte.

Fría y distante, salió de mi habitación.

Una visita... pensé. ¿A qué se referiría? Lola, ya saciada, se había quedado dormida, así que incorporándome un poco la volví a dejar en su cuna. Liberada de su peso, abrí el libro para comprobar la cantidad que me había dejado. Había un voluminoso fajo. Más pesetas de las que nunca hubiese imaginado por un trabajo tan fácil y poco expuesto. A excepción del reloj, conseguir los elementos para construirlo no me supondría demasiado trabajo. Recibir al enlace tampoco me preocupaba. El verdadero problema estaría en trazar un camino seguro para entrar en astilleros discretamente.

Al terminar de comer me quedé adormilada.

Interesados reencuentros
Marzo de 1947

Y el ultracielo estaba aquí
 con esta tierra, la ultratierra,
 este ultramar, con este mar;
 y aquí, en este ultramar, mi hombre encontró,
 norte y sur, su conciencia plenitente,
 porque esta le faltaba.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, «CON MI MITAD ALLÍ»

Tres golpes en el quicio de la puerta abierta me despertaron. Entre el sueño y el despertar, el rostro de Guillermo se perfiló ante mí. ¡A eso se refería África! ¿Cómo habría conseguido informarle del nacimiento de Lola sin levantar sospechas? Solo él podría decírmelo, pero no tenía ni pizca de ganas de preguntarle. Saqué a Lola de la cuna. La abracé con fuerza y fui tajante.

—Vete con tu familia, que esta es solo mía.

Sin hacerme caso, se acercó a la cama para acariciar a la pequeña. ¡Qué manía tenían todos con tocarle la cabeza! La separé de él.

—Haz el favor, que aún no tiene cerrado el cráneo.

Dio un paso atrás.

—Perdóname, Ingrid. Perdona mi desidia, mis mentiras, mi dejadez. Pero nada ha sido voluntario. Estoy atado a un matrimonio que no puedo deshacer por mucho que quiera. Si pudiese, bien sabe Dios que lo haría, pero aquí no son tan liberales como en África y las relaciones extramaritales están condenadas por toda la sociedad. —Su tono sonó verdaderamente pesaroso. Al detenerme en los ojos percibí una mirada acuosa de arrepentimiento—. Echo de menos tus caricias y el ímpetu de tu amor. Te necesito más que nunca. Una y mil veces te he visto en la lejanía y créeme que aguantar mi impulso ha sido una verdadera tortura.

¿Sabes que mi tercer hijo también ha sido un chico? —Suspiró—. Si me dejas, ella será la niña de mis ojos y tú mi mujer verdadera.

«¿Como si me dejas? Ella es tu hija, mal que me valga. ¡Que tu mujer no te colme no es mi problema! ¡Que solo sea capaz de parir niños tampoco! ¿Es que si yo hubiese tenido un varón no hubiese significado lo mismo para ti?», pensé.

Lejos de reblandecer mi corazón aquella última frase acrecentó aún más el odio que fui acumulando en su contra durante mis últimos meses de embarazo.

Si no quería pegarle, no podía seguir fijando mi mirada en la suya.

Cerré los ojos con fuerza intentando concentrarme en otra cosa y la misión me asaltó de nuevo. A partir de aquel día tendría que explorar el terreno y él trabajaba justo al lado de los astilleros. Si quería facilitar las cosas, ¡no podía dejar pasar esta oportunidad! Así me lo dijo África.

A Guillermo únicamente le dejaría ser el padre biológico de mi hija. Eso no lo podía evitar, pero jamás ejercería, si de mí dependiera, como un verdadero padre afectivo. Le haría creer que de nuevo volvía a ser mi amante para usarle en mi próxima misión nada más.

Aquella sería mi venganza perfecta para su pasada indolencia. Sin darle un pensamiento más, deposité a Lola en sus brazos.

Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para que su expresión al mirarla no me reblandeciera. Él, dándose cuenta de cómo lo observaba, me besó en los labios.

—Gracias. Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. Te prometo que nada os faltará a partir de este momento. Aún no sé cómo vamos a hacerlo. Probablemente va a ser el mayor secreto que nunca hayamos guardado, pero merecerá la pena, y quién sabe... Quizá algún día todo cambie y por fin podamos vivir juntos como una verdadera familia.

Sonreí fingidamente. Estaba siendo más ingenuo si cabe de lo que yo lo fui en su momento.

La entrada de dos monjas que venían a cambiarme la cama le obligó a devolverme a Lola. Estaba claro que eludía dar una explicación. Salió precipitadamente del cuarto y sentí una vez más que volvíamos al pasado y a sus inexplicables ausencias. Solo una cosa había cambiado: a mí, aquello ya no me heriría.

A los quince días del parto me dieron el alta. Regresé a casa sola, pero

convencida de que no tardaría mucho en ver a Guillermo aparecer por allí.

La noche del Jueves Santo, el retumbar de los tambores me despertó. Lola dormía plácidamente, así que, arropada por un mantón, salí al balcón para ver la procesión.

Pasaron mil y un nazarenos en silencio, el Cristo yacente, seguido de más nazarenos y repentinamente localicé a Guillermo entre las autoridades que acompañaban a la Virgen.

Observar sin ser observada siempre me gustó. Allí estaba, vestido con su levita azul, el brazalete negro y con todas sus condecoraciones prendidas del pecho. Destacaba por su elegante porte de entre todos los demás.

Justo frente a mi casa, la Virgen hizo un alto en el camino. El humo de los incensarios inundó de un fuerte olor la plaza de Mina entera. La banda dejó de tocar para que un espontáneo dedicara una saeta a la bella imagen.

Apagadas las luces de las farolas, solo las llamas flameantes de miles de velas iluminaban mágicamente la noche. Se hizo un silencio sepulcral y la voz rasgada de aquel hombre consiguió erizar el vello de todos los presentes.

Guillermo, en posición de firmes, mantenía la vista al frente en señal de respeto. Por un segundo me pareció intuir que centraba la mirada en mi balcón. Me hubiese gustado saludarle, pero no pude más que sonreír levemente para no romper el luto que todos allí guardaban.

Al término del solemne canto, tres golpes secos tronaron en el llamador del paso. Los costaleros todos a una alzaron el pesado paso. Los flecos dorados del palio, los candelabros de plata y el mismísimo manto bordado de la Virgen aún bailaban al son del zarandeo de sus portadores, cuando les perdí de vista al girar en la calle adyacente.

Tras la imagen, otros cientos de nazarenos fueron perdiéndose entre la neblina que iba dejando el humo de los incensarios. Sabía que muchos de aquellos jóvenes encapuchados eran humildes hijos de pescadores que, por tradición, pertenecían a las cofradías de los barrios populares. Los procedentes de los colegios de las Escuelas Pontificias de Nuestra Señora del Rosario, el de San Antonio o el de La Salle eran los más numerosos.

Al día siguiente, salí de la tienda para arrancar uno de los carteles que se habían dejado pegados en la pared de al lado de mi escaparate. En la imagen, aparecía el Cristo crucificado entre sombras saliendo por las monumentales puertas de la catedral. Lo estaba doblando para guardarlo de recuerdo cuando oí la campanilla de entrada a mi establecimiento.

Era Guillermo, que me alertaba así de su llegada. Sin entrar, cerró de nuevo la puerta de la tienda para dirigirse al portal de al lado. Desde allí subiría por la escalera principal, mientras yo lo haría por la interior que comunicaba directamente con mi negocio. Así nadie nunca nos vería juntos entrar por la misma puerta. De soslayo y con un gesto disimulado, me pidió que le siguiese.

A partir de aquel día, aquel proceder se convirtió en una rutina que repetíamos dos veces por semana como mínimo.

Apenas esperó a que pasase la cuarentena para dar rienda suelta a sus amordazados deseos.

Jamás había sido un amante excepcional y la frustración de tantos meses de un cuasi celibato en su casa fue evidente por el empeño que puso en nuestro primer encuentro después de la reconciliación.

Se excusó por la premura con la que llegó al éxtasis sin intuir ni siquiera que para mí aquello, ahora con el corazón emponzoñado de ansias de venganza, era algo de agradecer.

Yacía exhausto a mi lado, cuando Lola, que dormía en una cuna a nuestro lado, emitió un leve ruidito. Al unísono nos incorporamos para verla. Estaba sonriendo.

—¿Sueñan los bebés? —me preguntó.

—No lo sé, pero parece sana y contenta.

—Quizá intuya que su padre está cerca.

—Quizá —dije poco convencida. Empezó a vestirse—. ¿Cuándo te volveré a ver? —interrogué.

—Ya sabes que no lo sé. Hay bastante trabajo porque me han mandado redactar un informe que me trae a mal vivir.

Era mi oportunidad para indagar.

—¿Tan difícil es?

Pareció abrumado.

—No lo sabes bien. Vuestra guerra ha dejado muchos más flecos sueltos de lo que podrías imaginar y ahora a mí me toca hilvanarlos. Tengo que redactar un engorroso informe que aún no sé muy bien cómo enfocar.

—No será para tanto —le animé, procurando no aparentar demasiado interés—. Que yo sepa, la Base de Defensas Submarinas, ahora que estamos en paz, no debe de tener demasiado trabajo. Gracias a Dios, ya no hay guerra en la que intervenir, así que... ¿Por qué tendríais que llevar armados los buques?

—Solo para hacer prácticas y no bajar nunca la guardia —replicó,

frunciendo el ceño—. Pero... eso no es precisamente lo que nos preocupa. — Conocía aquella expresión. Arrepentido del derrotero que tomaba la conversación quería cambiar de tema. Me besó con pasión—. Las cuitas de mi trabajo no deberían interponerse en nuestros encuentros. Cuando vengo a verte intento olvidar todo lo que dejo atrás. Ya sabes que es la única manera que tengo para poder dedicarme a ti en cuerpo y alma.

Hicimos de nuevo el amor y, como aquel día tenía un poco más de tiempo, decidió ducharse antes de desaparecer corriendo.

Apenas oí el fluir del agua de la ducha y el sonido de las anillas de la cortina del baño al deslizarse por la barra, salté de la cama, cerré la puerta del cuarto de baño y abrí su cartera.

Había un montón de papeles en ella, pero uno en especial saltó a mi vista por su sello de confidencialidad.

Era un informe de dos páginas del teniente coronel de armas navales en Cádiz dirigido al almirante jefe del Estado Mayor de la Armada. Estaba fechado el 9 de julio del cuarenta y tres. Habían transcurrido cuatro años. Por aquel entonces yo acababa de llegar a Tánger procedente de París, había terminado la Guerra Civil española y estábamos en plena contienda mundial.

Hablaba sobre el material explosivo almacenado en varios lugares. La mayor cantidad estaba en la Base de Defensas Submarinas de Cádiz.

Agradecí haber aprendido a leer en transversal para poder prescindir de la paja y memorizar lo principal nada más.

Guillermo canturreaba bajo la ducha. Se estaba tomando su tiempo y lo agradecí. Por fin llegué a la relación del material guardado, que era lo que realmente me importaba.

BASE DE DEFENSAS SUBMARINAS

En este grupo, en las naves que formaban el antiguo taller de torpederos, se almacenan todas las minas y cargas de profundidad existentes en el departamento, así como treinta y siete toneladas de trilita en escamas.

En total, hay unas trescientas toneladas de explosivos que aumentarán por la llegada de las nuevas minas.

Las naves aprovechables son de gran superficie, pero carecen de vías, de vagonetas y, en general, de medios de remoción y estiva. No tienen salida al mar y tendrían que transportarse en camiones. El conjunto está rodeado de edificios muy próximos a Cádiz.

Si bien los altos explosivos utilizados actualmente son muy estables, sobre todo los fabricados en tiempos de paz, nunca puede tenerse una seguridad absoluta de su estabilidad y, por lo tanto, en todo

momento, debe tenerse presente una posibilidad remota de explosión. Además, debe considerarse la eventualidad de una acción exterior por accidente, guerra o sabotaje.

Estas consideraciones obligan al jefe que suscribe al traslado del depósito de defensas que, en el caso de explosión, provocaría una catástrofe de carácter nacional.

La trilita en escamas, que no tiene ahora aplicación para la Marina, debería de entregarse al ejército para su traslado a un lugar más seguro junto al resto de los explosivos que aquí guardamos.

En este orden de ideas, el que aquí suscribe aconseja trasladarla a un terreno localizado alrededor del monte del Barrueco, a once kilómetros de Chiclana, quince de Medina Sidonia y veinte de San Fernando.

De tratarse de hacer algo en este sentido, sería conveniente un estudio más detallado.

Es cuanto tengo el honor de informar a vuestra excelencia en cumplimiento de la orden recibida.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

9 de julio de 1943.

Teniente coronel de armas navales

Manuel Boscón

El sonido de la ducha cesó al mismo tiempo que yo cerraba rápidamente el documento, lo guardaba exactamente entre los mismos papeles que lo encontré y dejaba la cartera tal y como estaba. Con el corazón desbocado por los nervios, salté de nuevo a la cama para hacerme la soñolienta.

Guillermo salió del cuarto de baño cinco minutos después perfectamente arreglado. Demasiado peinado para mi gusto después de una larga jornada, pero quizá su ingenua mujer ni siquiera sospechaba de él. Por si acaso, al acercarse a despedirse le saqué un mechón de la sien para que cayese sobre la frente. Como siempre solía hacer, me besó fugazmente antes de salir a toda prisa.

Aquella noche mi cabeza no dejó de cavilar. ¿Por qué pretendería África atacar contra los astilleros si en la cercana Base de Defensas Submarinas guardaban semejante arsenal? ¿No hubiese sido más lógico hacerlo contra ese lugar?

El documento constaba como confidencial, así que probablemente lo desconociesen y yo, visto lo visto, no iba a revelar mi descubrimiento. Pero... si así era, ¿por qué me había animado a la reconciliación con Guillermo? Quizá simplemente porque sabía que él podría facilitarme los verdaderos mapas de aquel acuartelamiento y sus alrededores, al ser estos terrenos militares, por seguridad, solían estar trucados u ocultos... Mil preguntas me asaltaron.

Preparar el terreno al enlace y fabricarle un pequeño artefacto explosivo con un sistema de retardo en el interior, me dijo. Ahora me daba cuenta de que mi pequeño artefacto, debidamente ubicado, podría por contagio provocar una

hecatombe de dimensiones incalculables. Aquella no sería una pequeña explosión como la que África quiso darme a entender. No...

Pero si lo sabía, ¿por qué me lo habría ocultado? Algo no cuadraba.

Me estremecí. «Deja de imaginar fatalidades», me dije.

Ahora ya sería difícil dar marcha atrás. En el pasado había sabido de la oportuna muerte de algunos compañeros de fatigas que previamente habían desistido o dejado una misión a medias. Un riesgo que yo, ahora con Lola en brazos, no deseaba afrontar.

Por otro lado, Guillermo tardó muy poco en volver a la rutina de antaño. Un par de embestidas y, apenas anochece, se vestía a todo correr para poder llegar a su casa a cenar. Por mucho que intentara con tiernas palabras convencerme de lo contrario, yo sabía que, en el fondo, nada había cambiado a pesar de mi aparente perdón.

Lo que había variado era mi manera de afrontarlo. Antes me enfadaba por aquel rápido abandono, ahora, en cambio, lo veía como un alivio y el camino más rápido para completar mi venganza.

Actuaría con restricciones y sin informar de lo que recientemente había descubierto. África me convenció para colaborar vendiéndome la idea de que lo nuestro no sería más que un pequeño atentado y, si dependía de mí, así sería. Si no sabían lo del verdadero volumen de minas que allí se almacenaban, yo no iba a revelárselo.

Ahora, tan solo tenía que ponerme manos a la obra.

Secretos escondrijos

Principios de mayo

Puerto de los cerrojos, de las rejas cerradas,
de los patios secretos serios como las tumbas,
la miseria manchando como sombra
la dentadura antigua de una ciudad radiante
que tuvo claridad de diamante y espada.
PABLO NERUDA, «ELEGÍA A CÁDIZ»

Eran las ocho de la tarde, y sin olvidar las órdenes recibidas, me dirigí al banco que había al lado del garabito para ver si tenía alguna instrucción nueva. Aprovecharía para dejar la que sería mi primera plantilla: «Solicito reloj para explosivo».

Previamente y siguiendo las instrucciones que África me había dado, puse un papel sobre las primeras páginas del capítulo diez de *Nada* para poder perforar las letras que formaban aquel escueto telegrama.

Después de pensarlo mucho, de entre todas las opciones que conocía, me decidí por hacer una bomba a base de ácido pícrico. Aparte del reloj, el resto de los materiales necesarios para la fabricación del explosivo no me fueron difíciles de encontrar en las droguerías y boticas de la ciudad.

La potasa, la aspirina y la vaselina las compré en la botica que había en la misma plaza de Mina fingiendo dolor de muelas. El ácido sulfúrico y el metanol, en una droguería de la calle Plocia. A nadie le pareció extraño que lo pidiese dado mi oficio de pintora.

Dejé todos los ingredientes bien escondidos en la trastienda de mi establecimiento y seguí con mi vida.

Al jueves siguiente, de nuevo me senté en el banco de siempre a la hora indicada y, como era de esperar, pegadas bajo su asiento me encontré con otras

dos plantillas: «Mañana a las doce horas en el ventorrillo del Chato. Una flor de jazmín de broche».

Aquel día dejé a Lola al cuidado de Carmela entre los pucheros del hospicio. Ella se había ofrecido siempre que la necesitase y sabía que estaba en las mejores manos, las de una mujer que, aferrada a la esperanza de que su amor algún día regresase, sobrevivía criando a sus hijas con lo indispensable.

Tenía tiempo y, liberada del peso de la niña, libertad de movimiento, así que tomé el trole hasta Cortadura y desde allí preferí dar un paseo por la playa hasta el lugar indicado. Sería casi una hora de caminata y me vendría bien para pensar.

El ventorrillo no fue difícil de localizar. Como casi todas las ventas que se encontraban en las encrucijadas de los caminos andaluces, se erguía solitaria sobre las dunas de la playa y junto al camino que unía Cádiz con San Fernando. Encalada totalmente, su albor resultaba cegador. Entré discretamente para poder estudiar el terreno sin ser observada.

En una viga vieja estaba tallado el año de su construcción, 1780. Busqué a alguien igualmente condecorado con mi ramita de jazmín prendida a la altura de mi hombro derecho y, al no localizarlo, me senté en una mesa dispuesta a esperar.

Aquella venta parecía un expositor de todo tipo de artículos folclóricos. De sus paredes igual pendían pucheros y cucharones de estaño que aperos de labranza o artilugios de pesca.

Miré el reloj. Las doce y cuarto y no llegaba mi enlace. Distraje mi desesperanza concentrada de nuevo en el variopinto entorno. En una foto reciente aparecía José María Pemán recibiendo un ánfora. A su lado, en un grabado bastante malo, salía representado el fundador de la venta con una nariz similar a la de Cyrano de Bergerac. Por eso quizá le apodaban el Chato. Al lado, otro cuadro, si cabe peor, donde estaba retratado un rey junto a un fraile.

Una voz cascada me sacó de mi ensimismamiento.

—Es Fernando VII junto a fray Manzanilla. Dicen que por lo que le gustaba venir aquí a ver taconear a las gitanas y emborracharse con este vino.

Aquel hombre desaliñado llevaba una copa en una mano y un pequeño cesto en la otra. Posó la cesta en el suelo. Alzó el catavinos en un amago de brindis y, separando la silla de enfrente de mi mesa, hizo amago de sentarse.

—Perdone, pero estoy esperando a alguien —fui tajante.

Sonrió, señalándose a la arrugada solapa de su chaqueta. En el ojal llevaba otra ramita de jazmín tan pocha que apenas se distinguía. Sin esperar mi

aquiescencia, se sentó sin más.

—Y bien... ¿Qué vamos a comer? De cuchara o de tapeo. Personalmente prefiero comer con los dedos, pero aquí no me parece *adecua*o. —Su acento era tan cerrado que apenas le entendía. Poco profesional para ser serio—. ¡Cómo está de *chuchurrío*! Casi tanto como yo, que desde *antié** estoy viajando y tengo los huesos *molíos*. De donde estamos en el monte solo se *pue* bajar en burro.

El camarero trajo una tapa de salmorejo y un cesto de panes para ir abriendo apetito. Él, sin dudar, cogió un mendrugo y lo mojó en el tomate.

—¿Sabe que aquí se inventó la tapa? Dicen que otro rey, Alfonso XIII, creo, tapó con un jamón su catavinos para que la arena que traía el levante por la ventana no se le metiese en la copa y así empezó todo. Un buche de vino y algo de tomar. Desde entonces tapeamos sin parar.

Impaciente, no pude más que dar un golpe en la mesa. Al mirarme sorprendido, aproveché para hacerle una seña de silencio. Aquel bestia debía de tener algo de sensibilidad porque, captando mi expresión de disgusto, comenzó por bajar el tono de voz.

—Perdone. Era *pa* disimular. Soy Bernabé, pero *tos* me conocen como el comandante Abril y vengo de la sierra de las Cabras.

Demasiados datos que no debería de contarme ni yo necesitaba saber. Aquel hombre, si de verdad era mi enlace, demostraba muy poca inteligencia. Actuando así, no tardaría en ser detenido.

De una patada empujó la cesta bajo la mesa hasta situarla entre mis piernas.

—Nos lo han mandado desde Toulouse. Es uno de los seis que compraron en Milán. Lo he *conseguido* porque soy el *cabesilla* de lo que hemos *convenio* en llamar la Junta Nacional Antifascista del Sector Sur. Nos *pué* localizar por la sierra del Campo de Gibraltar, *pa* servirla.

Sonrió como haciéndose el importante. Estaba claro que aquel enlace no era el mismo que el que me dejaba las notas en el asiento del banco de la alameda. O eso al menos quería creer, porque si mi apoyo dependía de ese hombre iba lista.

Cogiendo la cesta me levanté para marcharme.

Me miró sorprendido.

—Y ya está. ¿No se queda a tomar algo?

Me guiñó un ojo con cierta lascivia que ignoré por completo.

No pude evitar mascullar. Eran las segundas y últimas palabras que pronunciaría ante semejante inconsciente:

—No me parece prudente. Todo lo que necesito ya lo tengo.

—A... pero si tiene lengua. ¡Vaya siesa! ¿No me va a decir ni siquiera *pa* qué lo quiere? Dígame al menos cómo se llama.

Sin añadir nada más, salí disparada de la venta.

De regreso a casa paré para recoger a Lola con el reloj metido en la cesta. Carmela, terminada su jornada de aquel día, me entregó a la niña, que, calentita entre los pucheros de la cocina de la casa cuna, dormía plácidamente.

—Aquí la tienes, recién *cambiaíta* y *comía*. Le dio de mamar una buena mujer que después de mal parir vino aquí a ofrecerse de ama de cría. Espero que no te importe.

Asentí, pensando en la caridad que algunas hacían a pesar del dolor que debían de sentir al haber perdido a su hijo.

—Dado que a mí ya se me retiró la leche, te lo agradezco, aunque ya sabes que yo puedo permitirme comprar Pelargón de estraperlo. Te la puse en el canasto. Quizá deberías de haber dejado a esa mujer darle a otro niño más necesitado.

Sonrió.

—La madre superiora dijo que *pa* ella lo mejor.

Sacando el monedero, le tendí un par de duros.

—Toma. Esto es para ti.

—Solo los cojo porque no ando *sobrá*, pero que conste que yo con este *chochito* me quedo siempre que te haga falta por *na*.

Dispuesta como siempre, se echó la mantilla por los hombros, cogió dos hatillos que Francisca, la cocinera jefa, le había dejado con las sobras de ese día y suspiró.

—*Ea*. Pos ya me he *ganao* el jornal. Recojo arriba a las chiquillas y me voy. ¿Me acompaña a *ancá* Mari Moco?

Ya me había hecho a su acento y conocía el sentido de casi todos sus *palabros*. Así era como ellos definían el hablar mal. *Chochito* o *picha* lo usaban para llamarse cariñosamente entre sí y *ancá*, aparte de la pata de una rana, era la casa de alguien. Hacía tiempo que procuraba no preguntar el significado de nada para que no me llamasen siesa.

Aprovechando un momento de descuido, coloqué el reloj bajo el colchón del coche de Lola. Lo cierto era que aprovecharía para pasear por el barrio de Bahía Blanca con ella y así empezar a reconocer el terreno.

Caminando calle arriba nos asomamos a una parte de la muralla que hacía esquina junto a otro fanal. Desde allí se veían perfectamente el murete, la vía del tren y la carretera que servían de linde a la base con los astilleros.

Igualmente se podían distinguir perfectamente las diferentes edificaciones que había en aquellos recintos. Sobre el muro de la Base de Defensas Submarinas destacaba una pasarela que unía las dos garitas de vigilancia.

Las vías del tren, en cambio, a pesar de los últimos atentados, no parecían estar vigiladas. Localicé incluso una pequeña bifurcación en sus vías que daba paso directo a los astilleros. En estos se distinguía una locomotora y dos vagones de carga con los materiales que debían de utilizar en los talleres.

A excepción de una alambrada de espino sobre su muro, no parecía haber ningún otro elemento disuasorio. Varias grúas se movían trasladando vigas y los martillos de un montón de trabajadores repicaban sobre un gran barco que estaban construyendo. Destacaba al lado de otros cuatro más pequeños.

—Allí —dijo Carmela—, en los astilleros Echevarrieta y Larrinaga, trabajan muchos de mis vecinos en San Fernando. La mayoría son soldadores en la fundición o herreros de ribera y forja. Les hubiese gustado ser mecánicos, pero no pudieron estudiar para ello. —Señaló al más grande de los barcos—: A ese de los cuatro mástiles le acaban de poner la quilla, según me dijeron mis hermanos. El *Juan de Austria*, creo que le van a llamar, y va a ser el gemelo del *Juan Sebastián El Cano*.

Por Guillermo sabía que el segundo era el buque escuela de la Armada española. Desde que África señaló mi objetivo, había leído todo lo concerniente a aquellos astilleros. Topografía, horarios de cambio de turnos, obras vivas... Lo más fácil sería empezar por su historia.

Aquella factoría junto al mar se había convertido en la principal fuente de trabajo de la ciudad desde que Cayetano del Toro, el mejor alcalde que recordaban, a finales del siglo XIX, decidió destinar los terrenos donde estaba enclavada la ya terminada *exposición marítima* a hacer un gran astillero. Para ello buscó inversores. Los hermanos Vega-Murguía los inauguraron con la construcción del torpedero *Filipinas* y siguieron construyendo buques de mayor y menor tonelaje hasta que quebraron tan solo ocho años después de haber abierto. El último fue un yate que botaron para la familia de Micaela, el *J. de Aramburu*.

Los Noriega y Noriega intentaron reflotarlo y al no conseguirlo se lo vendieron a Echevarrieta y Larrinaga. Aquellos vascos, con su larga experiencia, habían conseguido por fin hacer de ellos un negocio provechoso. Actualmente, y adaptándose a las necesidades de la posguerra, habían ampliado sus construcciones a la más que demandada construcción de material ferroviario.

A los barcos se les unían la construcción de locomotoras y vagones. Calculé que allí debían de trabajar unos dos mil doscientos obreros, noventa técnicos y doscientos administrativos. Muchas bocas alimentándose gracias a su labor en los astilleros. Quizá porque al daño material se le uniría el emocional, África se había centrado en ese objetivo en particular.

Miré a Carmela, que, apoyada en la barandilla, permanecía absorta en las vistas.

—¿Es fácil trabajar en los astilleros?

Me miró complacida.

—Los de mi familia, como entraron de chicos de aprendices, lo tuvieron más fácil. Pero los demás dependen del trabajo que *haiga*. En verano, por ejemplo, algunos aprovechan las vacaciones de los fijos *pa* buscarse alguna sustitución.

Mi cabeza seguía bullendo. Quizá el enlace podría intentar conseguir un trabajo de esos para tener mejor acceso. El *Juan de Austria* estaba prácticamente terminado y, al parecer, creaba mucha expectación, así que, como primera opción, no sería un mal objetivo para nuestro sabotaje.

Las hijas de Carmela se empezaron a impacientar y continuamos el camino. Giramos en una estrecha calle donde había una docena de casitas adosadas con sendos jardines. Sabía que la mayoría eran viviendas de la Armada y que en una de ellas vivía la familia de Guillermo. Aceleré el paso con la esperanza de no cruzarme con su mujer.

Terminada la hilera de viviendas había una parcela sin construir. Varios árboles crecían en ella y el resto estaba cubierto de maleza. Carmela gritó desde la acera:

—¡Marí!

La cabeza de una mujer asomó entre dos matorrales para ver quién era. Carmela alzó uno de los hatillos que llevaba en las manos para mostrárselo. Y aquella gitana, como salida de las entrañas de la tierra, vino corriendo a recibirnos. Dos niños harapientos la siguieron.

—¡Qué *güena* eres, Carmela!

Carmela, deshaciendo el nudo de uno de ellos, le tendió una barra de pan con queso.

—Ya sabes que cuando hay no te olvido. Mañana te traigo *avíos pa* que hagas un puchero. Hasta más ver.

La curiosidad me comía por dentro y no pude más que interrumpir la precipitada despedida.

—¿Vive ahí? ¿Es su casa?

—¡Y bien grande y hermosa que es! —asintió María Moco—. No llueve y no necesitamos estufa porque en invierno esta calentita y en verano fresquita. ¿Quiere entrar? Aproveche ahora que el ayuntamiento aún no ha *tapiado* la entrada.

Tenía que estar hablándome de una cueva o túnel en plena ciudad. Carmela se mostró reticente.

—Otro día, Mari, que siempre me lías y hoy estoy *mu cansá*.

La gitana me miraba expectante con los ojos abiertos de par en par. Sin esperar respuesta, me tomó de la mano.

—Ande, venga y verá.

No me pude resistir, a pesar de tener que dejar el coche de la niña a merced de cualquiera que me lo quisiera robar. Mari debió de intuir mi preocupación.

—No se preocupen que a mí nadie viene a quitarme *na* porque *na* tengo. Los chiquillos lo cuidarán.

El mayor de los dos asintió mirando a su madre. Carmela se despidió de nosotras previniendo quizá que aquello iba para largo. Bajé tres resbaladizos escalones.

Al entrar con Lola en los brazos y el reloj escondido en la misma mantilla, la oscuridad se hizo de inmediato. A punto estuve de tropezar al intentar esquivar la alfombra inestable de cucarachas que corrían sin rumbo. Una rata chilló al fondo.

Qué lugar tan lúgubre para criar a unos niños, pensé.

La Moco sacó una caja de cerillas que llevaba en el delantal para prender la mecha de una lámpara de aceite. No sé si hubiera sido mejor no ver. Dos sillas de rafia, una pequeña mesa y un colchón tirado en el suelo con varias mantas sucias arrebujadas sobre él eran los únicos muebles que tenían.

La cocina debía de ser una pequeña fogata que había esquivado poco antes de bajar por la escalera. Las paredes rezumaban agua y el verdín crecía alrededor

de las manchas de humedad. Aquello era como una catacumba donde no se veía el final.

—Sígame —dijo divertida.

—¿Adónde? —pregunté, nada convencida.

—Adonde usted quiera. Esto es una madriguera de conejo. *To cai* está cavado por sus entrañas. Es la mejor manera de recorrerlo sin ser vista, claro que... eso a usted lo mismo la importa *na*.

—¿Y quién lo sabe?

—*Toquisqui*, pero *naide* se atreve a bajar.

Dudé un segundo. ¿Y si aquello me podría llevar a los astilleros? No tendríamos que correr el riesgo de buscar un trabajo al enlace, para lo cual tendría que mostrar su documentación. Quizá aquella angosta galería condujese a un lugar cercano... Si así fuera, sería el mejor camino para mis propósitos.

Intenté disimular el asco que sentía por el entorno.

—No, Mari. Me interesa muchísimo. ¿Podríamos bajar desde aquí a la costa? —me hice la disimulada—. A la playa o..., por ejemplo, a los terrenos de astilleros que tan cerquita están de aquí.

—A los astilleros no porque son tierra *ganá* al mar —replicó sin dudar—, pero hay una salida aquí abajo donde están los marinos. Me sirve cuando el hambre aprieta *pa* ir a tomar prestado de su despensa. Pero... hay que bajar mucho por el túnel y va con la niña en brazos. ¿No prefiere que vayamos a la playita de las mujeres? Hay otra entrada secreta que usamos cuando queremos ir a pescar al espigón.

Aquella mujer parecía conocer a la perfección todo aquel entresijo de túneles.

—Otro día. Hoy prefiero ir hacia el otro lado. Enséñeme la entrada más cercana a los astilleros. La recompensaré.

Su mirada de desconfianza me obligó a darle una explicación.

—Pinto loza, soy una apasionada de la espeleología y además colecciono cacharros antiguos. Conociendo la historia de esta ciudad, la posibilidad de encontrar un ánfora romana o un simple resto fenicio me embarga. Si existen, estarán más cerca del mar y solo hace falta encontrarlos.

—¿Espe qué?

—Desde niña siempre me ha gustado explorar cuevas —sonreí, procurando darle una explicación sencilla.

—¡Anda! Como esos chiquillos con los que de vez en cuando topo. No lo

entiendo, pero una está *pa* darle gusto.

La seguí por mil y un vericuetos bajo bóvedas en forma de arco de medio punto y descubrí que había varias bifurcaciones. Recorridos apenas trescientos metros en descenso, divisé un punto de luz que marcaba otra salida.

Apagando la lamparilla de aceite, me chistó para que no hiciese ruido. La voz de dos hombres bromeando entre sí se oía a lo lejos. La gitana me habló en susurros.

—Ahí está el depósito de torpedos. No se acerque *demasio*, que alguien está rondando. Ellos piensan que esta cueva esta *tapiá* por el final y la usan de fresquera para los *avíos* que no les caben en la despensa. No saben que yo la he *excavao*, así que...

Tirándome de la manga me obligó a ir dando pasos atrás hasta que la oscuridad completa se hizo de nuevo. Agarrada a ella para no perderme, subí por las empinadas escaleras a tuestas hasta que ya, a salvo de ser vistas de nuevo, oí el fósforo encenderse.

—Si quiere le acompaño otro día por la noche, que *tos* los gatos son pardos. A la salida coloqué a Lola en el coche con el reloj. Tendí a la gitana unas monedas y me despedí.

—¿Mañana por la noche le parece bien? Me parece fascinante y quiero ver más.

Sonrió, mirándose la mano.

—Bien, pero no venga tan *apañá*, que hay sitios por donde nos tendremos que arrastrar. —Asentí, cruzando el descampado hacia la calle. Ella gritó—: ¡Y deje a la niña en casa!

Hice un gesto afirmativo. De todas maneras, no pensaba volverla a llevar a un lugar tan insalubre.

A la mañana siguiente, preguntando aquí y allá, averigüé que aquellos subterráneos eran una mezcla de las redes de alcantarillado romano que recorrían la antigua Gades y de túneles de contraminas que en el pasado se utilizaron para guardar explosivos para la defensa de la ciudad durante la invasión francesa en el siglo XIX.

Abandonadas desde tiempo inmemorial, servían de cobijo a maleantes, exploradores y gitanos como María Moco. Aquella madriguera tenía entradas por todos lados. Algunas eran conocidas, como las catacumbas del Beaterio, por haber servido tiempo atrás de enterramiento a las monjas de un convento ya

desaparecido, o las bodegas de El Pájaro Azul, un bar en la calle San Juan, y otras desconocidas, como la de María Moco, en las afueras.

Al anochecer del día siguiente regresé. Los zarcillos de oro que le traje la entusiasmaron. Se esforzó en darme gusto sin hacer demasiadas preguntas, lo cual agradecí. A pesar de que repetimos aquel trayecto y otros tantos, como ella me había advertido, no conseguí encontrar otra entrada más cercana a los astilleros.

Explorado el terreno, llegué a la conclusión de que el primer pasadizo que recorrí sería el más idóneo. Estaba limpio de obstáculos y era lo suficientemente corto como para completarlo en muy pocos minutos.

Al contrario que el día anterior, al llegar al final reinaba el silencio. Quise salir para cerciorarme de que no había nadie. La gitana se negó a acompañarme pero prometió esperarme.

La luna llena me ayudó a ver en la oscuridad. El sonido de la alegre ciudad allí arriba contrastó con el de mis dos primeros pasos sobre el asfalto. De puntillas corrí hacia la pared del primer edificio.

El corazón me latía con fuerza. ¡Había olvidado esa grata sensación! ¡El placer que antaño me provocaba una situación de verdadero peligro! Recorrí el lateral de aquella gran nave lentamente y concentrada en contar los pasos que luego dibujaría en un mapa. Cobijada por las sombras, evité el haz de luz de los focos hasta la esquina que estaba más cerca de los dos vigilantes que, apostados en las garitas, cubrían la guardia.

—¿Me das fuego? —oí a uno de ellos llamando al otro.

Era el momento de despiste que necesitaba. A punto estaba de salir corriendo desde aquel edificio a los pies del muro cuando algo en mi subconsciente me frenó. Los pasos de los dos vigilantes sobre la pasarela buscando un encuentro intermedio retumbaron y la imagen de Lola me vino a la mente. Era la primera vez que la probabilidad de ser descubierta, detenida o perder la vida me asaltaba.

¡Ahora no, Ingrid! Me dije a mí misma. Cerré los ojos en un intento vano de borrar su imagen de mi mente y corrí hacia el muro que lindaba con las vías y sobre el cual estaban apostados. Tan solo alcé un instante la vista para comprobar que los marineros, como suponía, estaban demasiado relajados

fumándose el cigarro como para descubrirme. De espaldas a mí, miraban hacia las vías, los astilleros y el mar.

Estando como estaban tan cerca ya de mí, temí que oyesen mi propia respiración acelerada o el crujir de las hojas secas bajo mis pies, pero ya era tarde para dar marcha atrás. Tenía que recorrer como fuese el perímetro del muro para ver si podríamos aprovechar algún punto débil. Algunos tramos tapados por la maleza me ayudaron a esconderme. Y así, muy lentamente y con la espalda pegada a la pared, topé por sorpresa con una pequeña puerta que daba al otro lado. Una fina cadena y un candado la aseguraban. Un pequeño problema que dejaría de serlo siempre y cuando el enlace llevase una cizalla. Eso era todo lo que necesitaba para llegar discretamente a los astilleros de Echevarrieta y Larrinaga y, por avatares del destino, existía.

Después de memorizar los pasos, había llegado el momento de medir el tiempo. Con el reloj en la mano regresé por donde había venido con la debida precaución, me reencontré con la gitana, subí pasadizo arriba y salí de su casa. Veinte minutos escasos que más los veinte de cruzar las vías y colocar el artefacto en el barco sumarían cuarenta.

Sin pillarnos los dedos, calculé que, entre la ida y vuelta, en una hora y media todo quedaría atado y bien atado para los fuegos artificiales del *Juan de Austria*.

Ahora no me quedaba más que averiguar cuándo cambiaban la guardia para adecuar el tiempo de acción al momento más propicio. Si además el tren del astillero pasaba a una hora cercana, bien podría servir al enlace para esconderse y entrar sin ser visto.

Los últimos flecos
Mayo de 1947

Con las bombas que tiran
los fanfarrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones.

JOSÉ MARÍA PEMÁN, *CUANDO LAS CORTES DE CÁDIZ*

Cerré el libreto de la obra de teatro de Pemán con ese estribillo en la mente y pensé que había llegado la hora de fabricar la bomba. Bajé a la trastienda. Saqué del horno todos los materiales que había escondido y comprado en la botica y la droguería. Los puse encima de la mesa y me dispuse a ello. Esperaba que mi memoria no me traicionase con las medidas y que nadie me importunase llamando a las contraventanas cerradas del taller aquella mañana.

Machaqué las aspirinas para luego disolverlas en el metanol. Una vez conseguida la mezcla perfecta, la filtré. Repetí la misma operación por segunda vez para obtener mayor pureza y, ya segura de que los dos componentes se habían fundido, esperé a que el metanol se evaporase para obtener el ácido acetilsalicílico necesario ya cristalizado. Hacía calor, así que no tardaría.

No quería tener a Lola cerca a la hora de hacer la siguiente operación por los gases tóxicos que de ella emanarían, por ello, para hacer tiempo hasta haber obtenido los preciados cristales, me acerqué a dejársela a Carmela en la casa cuna. No hubo problema.

Al regresar, los cristales formaban un hermoso bosque de lanzas transparentes en diminuto al fondo del recipiente. Era lo que necesitaba. Me puse guantes de goma y una mascarilla, y los calenté al baño maría junto al ácido sulfúrico. Una vez disueltos los retiré del fuego y le añadí el nitrato potásico removiendo la mezcla con mucho cuidado.

¡Había olvidado cómo olían todos esos venenosos gases! Lo dejé reposar hasta que bajó su temperatura y solo entonces metí el recipiente en otro con agua y hielo.

Si todo salía bien, obtendría el ácido pírico necesario. Sabía que aquellos cristales, de color ahora amarillo, eran altamente volátiles, así que extremé la precaución al manejarlos.

Ya únicamente me faltaba desecarlos, machacarlos y amasarlos junto con la vaselina hasta conseguir el explosivo plástico que ambicionaba. Este solo estallaría en el momento que lo uniésemos con el cable al detonador, que estaría conectado al reloj de retardo que el comandante Abril me hubo entregado en el ventorrillo del Chato.

Aquella era la única manera que conocía para asegurarme de que no detonase incontroladamente. Terminado el proceso, podría esconderlo, trasladarlo y manejarlo sin miedo.

Que Guillermo lo hubiese encontrado habría sido mi fin, así que lo escondí dentro del mismo horno donde cocía mis cacharros envuelto en un paño y bajo un montón de cenizas.

Un lugar demasiado peligroso si hubiese quedado algún rescoldo, pero, desgraciadamente, hacía tiempo que mis alumnas, ocupadas en los divertimentos que la ciudad ofrecía en primavera, habían abandonado las clases con la promesa de que las retomarían en otoño. ¡En otoño! ¿Qué sería de mi vida en otoño?

La verdad es que, desde que había nacido Lola, yo también tenía bastante olvidada mi pintura de porcelanas. Suspendidas las clases y terminado mi mural de la Virgen en la casa cuna, solamente alguna que otra tarde abría para que el cartel de cerrado no levantase sospechas. Nunca olvidaba que aquella era mi coartada para pasar desapercibida en el caso de que algo saliese mal.

Terminada mi mortal obra y ventilada la casa de todo tipo de extraños olores, aquel 4 de mayo, fui a por Lola.

De regreso topé por el camino con todos los que celebraban la coronación de la Virgen del Rosario, su patrona. Quise unirme a la alegre multitud que se dirigía a la plaza de la Catedral para asistir a la ceremonia que oficiaría el cardenal de Sevilla, don Pedro Segura, junto al alcalde, Francisco Sánchez Cossío, pero no tardé en desistir.

Algunas calles eran tan angostas y estaban tan repletas que prácticamente me fue imposible adentrarme en ellas con el voluminoso cochecito de la niña.

Nunca me gustaron las masificaciones, a pesar de que allí solían darse con frecuencia dada la afición de los gaditanos a vivir en la calle.

Y llegó el día en que entró en casa como una ráfaga de aire fresco e inesperado mi buena amiga. Micaela se había aburrido de París y adelantaba el veraneo. Bajo el brazo traía una voluminosa caja que, después de agradecerle, comencé a abrir. Envuelto en papel de seda, como me prometió al despedirse la última vez, traía un precioso faldón cuajado de puntillas y con capota a juego.

—Es para el bautizo. Estaba deseando conocer a esta monería.

Sonrió destapando a Lola para verla mejor.

—Es precioso, pero las monjas la bautizaron en la capilla del hospital nada más nacer —sentí defraudarla.

Eufórica como nadie, no se amedrantó.

—¡Qué grande está! Cualquiera diría que apenas tiene cuatro meses. Pues nada, se lo tendrás que poner mañana para el solemne acto de la lectura de leyes penales e imposición de condecoraciones que han organizado en la Base de Defensas Submarinas para que todo el que quiera lleve a sus niños. Al terminar, justo en el momento en el que se ponga el sol, se arriará la bandera. No te lo puedes perder. Es precioso y una manera de inculcar sólidos valores a los más pequeños. Además de que Casilda también acaba de llegar de Tetuán, irá con los suyos y después nos invita a cenar algo informal en su casa.

Sonreí.

—No tan pequeños, supongo, porque Lola no se va a enterar de nada.

Las dos reímos a carcajadas. Junto a Micaela no existía el aburrimiento.

—Y eso qué importa. Venga, ánimo, que será una buena ocasión para arrancar la temporada. Mañana a las siete y media vengo a recogerte.

Reculé rápido, era jueves y a las ocho tenía que pasar por el banco a ver si me habían dejado algún otro mensaje cifrado y, sobre todo, para dejar la plantilla que ya había elaborado. Según el plan que previamente había trazado para ubicar al enlace en casa de Carmela, necesitaba documentación falsa. Inventé una excusa.

—Perdóname, pero justo a las ocho he quedado con las monjas de la casa cuna para recoger todos mis bártulos del cuarto de al lado del zaguán. Ya sabes, pinceles, botes, trapos, etc. No sé lo que tardaré, así que mejor adelántate —dije.

—¿Ya lo terminaste? Tengo que ir a verlo. Al fin y al cabo, he sido yo la

donante. Bueno, pues te veo directamente allí, pero no te retrases mucho porque el sol no espera.

—Intentaré llegar a tiempo.

Cruzándose el mantón con desparpajo sobre el hombro izquierdo de su chaqueta salió a toda prisa. Ella era así, llegaba, revolucionaba y se iba a la misma velocidad que había aparecido. Micaela daba vida a un muerto, y eso, después de un invierno soberanamente sosegado, era lo que más necesitaba.

Definitivamente, iría a aquel evento. Sabía que había grandes posibilidades de encontrarme con Guillermo, su mujer e hijos, pero aquella visita me brindaba otra posibilidad de repasar de nuevo el recinto a plena luz del día y no la dejaría escapar. Más que nada, por si algo se me había pasado por alto la noche que entré a hurtadillas.

Aquel jueves 29 de mayo, me acerqué al banco de la alameda para dejar otra plantilla. Me adelanté una hora para poder llegar a la base a tiempo con la esperanza de que aquel que me dejaba las instrucciones también lo hubiese hecho.

Hubo suerte. Al pasar la mano por debajo del asiento de aquel banco de mármol palpé otra nota pegada. La guardé y dejé la mía en su lugar. Recordé las palabras que aquellos agujeros en el papel marcaban: «Necesito pasaporte a nombre de José Moreno Rodríguez». Foto de requeté vulgar, moreno y delgado. Veintinueve años.

Si no recordaba mal, era así como se llamaba el enamorado desaparecido de Carmela. Aquel que se alistó en la División Azul, después de pedirle en matrimonio con veintidós años y tras haber quedado ella viuda de su hermano. Partió sin casarse. Hacía años que le había perdido la pista desde que en plena guerra fue hecho prisionero y llevado a un campo de trabajo ruso. El mismo hombre que mentaba a todas horas y con el que soñaba algún día rehacer su vida sin querer darle por muerto. Me había enseñado la única foto que tenía de él. Era un requeté vulgar, como muchos de los que cualquier día te podías cruzar por la calle y sin ninguna facción destacable en su rostro, por lo que cualquiera podría parecersele en la foto del pasaporte.

Una vez tuviese el documento en mi poder, se lo daría al aún desconocido enlace para que pudiese enseñárselo a Carmela al llegar a su casa y demostrar, a quien pudiese dudar de su identidad, quién era de verdad. Esperaba que por nada

del mundo fuese una mujer porque nosotras no solíamos afrontar misiones tan expuestas. Nosotras siempre solíamos movernos en las sombras.

La semana anterior había escrito una carta a Carmela para ilusionarla con su inminente llegada. Aquella mujer ansiaba tanto verle de nuevo que probablemente no querría apreciar la diferencia que pudiese enfrentar físicamente al desaparecido con el recién llegado. Con tal de verse de nuevo acompañada, cualquier cosa sería buena. Aún recordaba palabra por palabra la falsa carta que le mandé unas semanas antes.

Querida Carmela:

Después de vivir un infierno del que creí no poder salir con vida, por fin puedo escribirte y, aunque maltrecho, regreso a tu lado.

Solo quiero que sepas que, durante mucho tiempo, sin saberlo tú siquiera, has sido mi cayado. En ti me apoyé para soportar todo lo que se me vino encima. Me hice insensible a los golpes de la tortura gracias a tu imagen clavada en mis ojos cerrados. Tan solo espero que me reconozcas al verme, a pesar de lo que he cambiado.

Tuyo siempre,

Pepe

Con la tinta aún mojada salpiqué el papel con agua para que pareciese un borrón, la ensucí con polvos y la arrugué. Una carta tan desesperada y procedente de tan lejos no podría parecer pulcra. Yo misma la dejé al día siguiente por la mañana en el buzón de la casa cuna. Prescindí de remite y falsifiqué el hueco que debería de haber dejado un sello desprendido en el transito del correo debido a lo difícil que me fue conseguir un original.

Sabía que ella era analfabeta, con lo cual difícilmente podría identificar la caligrafía de su cuñado. Eso bastaría para que ella alojase a mi enlace en su casa sin preguntar mucho más.

Contuve las ganas de regresar a casa para descifrar el mensaje que acababa de recoger y, como había quedado con Micaela, me dirigí al acto de la Base de Defensas.

Por primera vez entraba en el recinto con la cabeza bien alta y sin esconderme. Al verme con el cochecito ni siquiera me pidieron la identificación. El marinero que me acompañó me advirtió de que ya habían comenzado. Bajamos una cuesta donde el Instituto Hidrográfico de la Armada se unía con la

Base de Defensas Submarinas. Al pasar por el lugar donde sabía que estaba la entrada de la cueva, no pude evitar desviar la mirada. Desde allí apenas se apreciaba porque estaba prácticamente cubierta por la maleza.

Justo al lado de una de las naves que aquella noche había recorrido en la penumbra se abría la explanada donde una veintena de mujeres con sus niños escuchaban en silencio el discurso que a punto estaba de terminar. En formación, los marinos perfectamente uniformados esperaban firmes.

Casilda y Micaela, sentadas en la primera fila, me saludaron agitando la mano. Les correspondí colocándome con la niña discretamente en una silla que quedaba libre en la quinta fila.

Aparentaba estar atenta al acto mientras mi mirada exploraba metódicamente el perímetro del recinto. Allí estaba la pequeña puerta del muro que daba a las vías. Los focos y las naves. En una de ellas, por la precipitación, se habían dejado entreabierto la puerta y pude distinguir el arsenal de minas que almacenaban apiladas. ¡Aquello era un verdadero polvorín!

No pude dejar de recordar el informe que recientemente había descubierto en la cartera de Guillermo y las conclusiones sobre las consecuencias que el estallido de todo aquello podría provocar en la ciudad. Como me propuse entonces, seguía manteniendo esa información en secreto y estaba segura de que tampoco se la proporcionaría al enlace que llevaría a cabo el sabotaje en los astilleros por no darle peores ideas.

Se hizo el silencio y, cuando todos se levantaron, les imité. Sonaron los silbatos de los contra maestres y la banda comenzó a tocar el himno nacional al tiempo del lento arriado.

Pude entonces comprobar cómo todos, incluidos los vigilantes de las garitas de guardia, se ponían firmes centrando su mirada emocionada en la enseña nacional. Aprovecharíamos ese preciso momento para que el día X, el enlace corriese a la puerta, rompiese el candado con la ganzúa y accediese a las vías que cruzaban la carretera y se adentraban en astilleros.

Midiendo los tiempos solo tendríamos que averiguar a qué hora anochecería el día elegido.

Cantaban ya la «Oración marinera»: «Tú que dispones de cielo y mar, haces la calma... la tempestad, ten de nosotros, Señor, piedad, piedad, Señor, Señor, piedad».

Me sentí incómoda al no saber seguirles, pues hasta los más pequeños se sabían la canción. Una potente voz dio a todos las buenas noches y se rompieron

filas. Casilda vino corriendo a saludarme junto a Micaela y, ya juntas, nos fuimos a su casa. Ardía en deseos de leer la plantilla que había encontrado, pero estaba claro que tendría que esperar.

Al subir la cuesta de salida, un poco más adelante, vi a Guillermo acompañado por toda su familia. Una sensación de envidia me sobresaltó. Se había subido a uno de sus hijos a hombros y su mujer, a su lado, empujaba un carrito parecido al de Lola. Aquel debía de ser el hermano casi gemelo de mi niña.

Por lo que Micaela me había contado, había dos clases de mujeres de marinos, las que, sin dejar de apoyarles, sabían cómo salvaguardar una parte de sus vidas independiente de ellos y las que, por el contrario, con frecuencia hablaban en mayestático de los logros de sus consortes. A ellas también las ascendían y condecoraban. Aquella debía de pertenecer al segundo grupo.

Pese a todos los inconvenientes que él me contaba de ella en nuestros fugaces encuentros, parecían una familia feliz. No pude evitar mirar a Lola, y la melancolía me invadió. Por mucho que yo intentase ejercer de padre y madre, ella jamás conocería aquello.

Cené frugalmente en casa de los Varela y, deseando desaparecer para de una vez leer el mensaje, me mantuve pensativa y sin muchas ganas de conversación. Procuré aislarme atravesando con la mirada un cuadro de mediados del siglo pasado que había colgado en la pared del comedor. Representaba una gran caseta de feria plantada en pleno parque Genovés. Micaela vino a animarme.

—Te veo mohína. ¿Pasa algo?

—Solo estoy cansada —contesté, negando con la cabeza.

Intentó sacarme de mi ensimismamiento.

—¿Te gusta la pintura? No es muy buena, pero si quieres mañana te llevo a la biblioteca del Casino Gaditano y te enseño la maqueta que le sirvió de modelo. La tienen guardada en una vitrina.

Recordaba perfectamente el casino en la misma plaza de San Antonio, donde estaba el palacio de su familia.

—¿Cómo vas a enseñármela si allí, que yo sepa, no dejan pasar a las mujeres?

Sonrió.

—Depende de quién lo pretenda. Si vamos a primera hora, con toda seguridad, toparemos con José María Pemán, que cada mañana va allí a leer el

periódico buscando la soledad que en su casa no encuentra. Él mismo nos la enseñará.

Era sorprendente a la velocidad que se le ocurrían planes sobre la marcha. Asentí, levantándome de la mesa.

—Me voy. Estoy rendida, y ya llega la hora de la cena de Lola. Si no se la doyo en casa, se desvelará y después no hay quien la duerma.

Agradecí que pusiese su coche y chófer a mi disposición sin intentar retenerme.

Nada más llegar, herví agua, preparé el biberón de Pelargón y, aún con la niña en brazos succionando la tetina, abrí la novela de Laforet en su capítulo diez para poner la plantilla encima. Los agujeros formaban estas palabras.

Próximo miércoles llegará contacto en el tren de Madrid de las doce. Clavel blanco prendido del sombrero.

No me cogió desprevenida. No me faltaba más que su pasaporte para tenerlo todo listo. Tardé en conciliar el sueño. Con la llegada de aquel desconocido todo se precipitaba.

Cuando llegó el día, al levantarme, me encontré un sobre que habían dejado bajo la puerta. Al abrirlo estaba el falsificado documento a nombre de José Moreno Rodríguez. Dentro me habían metido, además, un pliego informándome de los desdichados avatares del verdadero cuñado de Carmela. Lo habían localizado en Rusia y estaba claro que de allí no volvería.

¿Quién sería el impresor? Quizá fuese el mismo que me dejaba las plantillas. Me metí el pasaporte en el sujetador, intenté vestirme discretamente para no llamar demasiado la atención y, con mi inseparable niña, me dirigí a la estación.

El lejano chirriar de las ruedas del tren sobre las vías me obligó a mirar al final del andén. El tren se detuvo y de entre un espeso humo empezaron a surgir figuras. El corazón se me aceleró. De seguir así, la sangre me subiría a la cabeza y, lo peor, el sonrojo de mis blancas mejillas delataría mi sentir ¿Estaba perdiendo facultades? Sin duda. Intenté presentarme impertérrita, pero no lo logré. ¿Cómo hacerlo después de tanto tiempo deshabituada?

Llevaba una pabela de paja con un clavel blanco cogido a su cinta. Sin querer demostrar impertinencia, fui mirando de soslayo a todos los hombres que, cargados con hatillos, maletas y cajas se cruzaban conmigo. Según el mensaje,

nos reconoceríamos por el clavel blanco. ¿Quién sería el ideólogo de los símbolos para identificarnos? ¿Qué manía con ponernos flores!

El andén se fue despejando y por fin lo vi. Allí estaba de pie y parado junto a una pequeña maleta desvencijada. Se encendía un cigarro con parsimonia. De costado, distinguí el clavel en su solapa.

Vestido con un pantalón marrón, camisa blanca, un cuarteado cinturón, un pañuelo anudado a la garganta y una gorrilla cuya visera le tapaba la cara, no aparentaba esperar a nadie.

Aguardé a que el andén se desalojase por completo, y me fui acercando aferrada fuertemente al cochecito. Ya estábamos solos, él fumando y yo simulando buscar a alguien que no parecía haber llegado.

—Tenga cuidado, que con este levante se le va a volar la gorra —susurré al llegar a su altura.

Pensativo, se quedó mirando al suelo. Sus zapatos blancos y negros claveteados al estilo Scott Fitzgerald, a pesar de estar totalmente agrietados, me recordaron a alguien. Tiró el cigarro y lo aplastó antes de levantar la mirada.

—¿Sophie?

Solo había una persona que podía recordar el nombre que utilicé en París. Al verle la cara se me congeló la sangre.

El resucitado
30 de mayo de 1947

En esa cuna vasta, cien reinos han dormido,
su infancia venturosa durmieron cien estados,
y el canto de la madre, de amor estremecido,
dejó con bravas ondas sus sueños arrullados.

SALVADOR RUEDA, «LAS NACIONES DE AMÉRICA»

¡Manolo! ¡Había tantas cosas que le hubiese querido decir entonces y que por mi condición de espía no pude! En París, lo que en un principio empezó para mí como una simple relación para obtener información terminó, muy a mi pesar, en algo más que nunca quise llegar a reconocer del todo.

Haberme confesado con él, un soldado anarquista español, rebotado de la Guerra Civil, exiliado en Francia y miembro oculto de la Resistencia al servicio de los aliados, hubiese sido como firmar mi sentencia de muerte.

Por aquel entonces, salpicados como estábamos a diario de víctimas, vivir lo más intensamente cada momento era nuestro único objetivo, y así lo hice. Tenía la extraña cualidad o defecto, según se mire, de amar el peligro y lo buscaba en cada rincón. Necesitaba el riesgo como un soldado cobarde a la Pervitina, y no lo podía evitar.

Me plantearía aquel sorpresivo encuentro como la última inestable pértiga a la que trepar para de nuevo volver a sentir ese placentero vértigo de antaño. Por fin, despertaría de este letargo en el que las circunstancias y los tiempos de paz me tenían sumida. Por fin, las heladas ciénagas del olvido parecían estar empezando a descongelarse en mi fogoso corazón.

En él encontré la manera de saciar esa sed de cariño verdadero que me atenazaba y que ahora, en cambio, a pesar de tener a Lola, me seguía deshidratando.

Pero... ¿qué habría sido de él? ¿Cómo habría vivido estos últimos años? Y... cómo le iba yo a contar que ahora había otro hombre en mi vida. Que si en el pasado me uní a él fue con la sola intención de salvar el pellejo en un momento en el que mi vida peligraba. Que... simplemente fue otro de los hombres a los que usé para infiltrarme en sus filas sin levantar sospechas y así poder pasar información a los míos. Quizá ya lo supiese todo.

Mal que me pesase, su detención hizo mella en mí. Le eché de menos muchas noches hasta que su perfil se fue difuminando en mis recuerdos. Ya en África, los ruidos de las bombas al caer entre mis recurrentes pesadillas también fueron desapareciendo hasta que hubo una noche en que finalmente dormí de un tirón sin despertarme una sola vez sobresaltada.

Tragando saliva, arranqué tres palabras de mi garganta. La sorpresa de encontrármelo tan sorpresivamente me había robado el resuello.

—Ahora soy Ingrid.

Mirándome a los ojos fijamente, pareció escudriñarme por dentro. Dos arrugadas cicatrices en forma circular le marcaban las sienes y otra, un poco más pequeña, le remarcaba la comisura derecha de los labios. Alguien, cuchillo en mano, había disfrutado jugando a sonsacarle engrandeciéndole la boca primero y sometiéndole a descargas eléctricas después.

Las anchas patillas que se había dejado disimulaban levemente nada más la huella de aquellas heridas. Aparentaba haber envejecido mil años, a pesar de que tan solo habían pasado cinco desde la última noche que compartimos.

Sacó otro cigarro de su bolsillo interior y se lo encendió con un Zippo exacto al que yo le regalé. ¡Lo había olvidado! En su caja de acero resaltaba en letras rojas el anagrama de la casa Bradford, que los fabricaba en la guerra para los soldados americanos. Al ver mi cara de sorpresa, sonrió.

—El tuyo me lo quitaron en Eysses y apenas me liberaron fue el primer capricho que me di. —Lo cerró con fuerza—. Como tú, yo también he cambiado de nombre. Ahora se me conoce como Frías. Tu nuevo nombre suena demasiado alemán. Me gustaba más el francés.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Casualidad? De los cientos de anarquistas que trabajaban para la fracción de Montseny justo él tenía que ser mi enlace. Quizá África, que todo lo sabía, aparte de nuestros pasos presentes, también conociese los del pasado.

Recordé nítidamente la noche en que le descubrieron y apresaron en aquella cárcel francesa. ¿Sabría Manolo que yo por aquel entonces trabajaba para los

alemanes? ¿Se lo habría comentado alguien antes de venir a Cádiz? Si no sospechaba, no sería yo la que se lo dijera. ¿Y si le habían mandado justo a él para eliminarme una vez completada la misión? Acostumbrado a matar, quizá gozase vengándose. Fuese como fuese, andaría con cuidado. Si no era así, disimularía.

Como argucia, intenté forzar el llanto. Antaño sabía cómo hacerlo para reblandecer almas y esperaba no haberlo olvidado. Mis ojos se humedecieron de lágrimas.

—Te daba por muerto.

—Podría decirte lo mismo. Mira qué es grande el mundo y pocas las casualidades. Indudablemente, nos ha tocado en gracia una grande y de lo más deseada.

Levantó la toquilla del coche para destapar a Lola.

—Dejémoslo y centrémonos ahora en lo nuestro. Buena coartada para pasar desapercibida. Cualquiera diría que es tuya.

Bajé la mirada.

—Lo es.

Guillermo acudió a mi mente. Él me aseguraba cada vez que nos veíamos que me necesitaba, que era su amor verdadero, secreto e incondicional. Aquel que, sin las ataduras tradicionales de los convencionalismos debidos, siempre sería eterno. Según él, tendríamos que aferrarnos a la esperanza de que de algún modo sus ligaduras se quebrasen para poder ofrecerme algo más. ¿Algo más? Él era católico, apostólico y romano practicante y solo su pronta viudedad podría cambiar las cosas.

Desde que lo acepté de nuevo en mi vida, a pesar de haberme ocultado lo de su familia, me juré a mí misma que ni un reproche más con respecto a aquello saldría jamás de mi boca. Los hombres odian los reproches y yo sabía que aquello era precisamente lo que el más apreciaba de mí.

Al contrario de lo que cualquier amante tradicional hubiese hecho, yo jamás le había pedido una explicación, pero su sentido del honor le impulsaba a dármelas. Cada vez que la boca se le llenaba de peticiones de perdón, a mi mente acudía aquella máxima latina que le venía como anillo al dedo «*Excusatio non petita, accusatio manifesta*». Yo, como siempre, fingía escucharle con tanta comprensión o más que mis orgasmos.

La voz ronca de Manolo me devolvió a la realidad. Acariciaba el moflete de la pequeña sin mirarme.

—¿Te has casado?

Negué sin dar ninguna otra explicación. Un incontrolado ardor interno me subió hasta el pecho. El amor que con Manolo tuve había sido ante todo libre, sin planes de futuro; el polo opuesto al de Guillermo, siempre anclado en la imposible utopía de una futura vida en común.

¡Había fantaseado tantas veces con su rostro mientras Guillermo me hacía suya! Añoraba su pasión salvaje, sin excusas, adeudos o recatos. Aquella que él tan bien sabía reinventar sin caer en lo cotidiano.

Al contrario que la mayoría, se esforzaba por contener la explosión de su éxtasis hasta el culmen de mi momento. Porque, como dijo una vez, solo el arrebatado compartido se torna en furor.

Aquel hombre que estaba parado frente a mí en el andén conocía todos los entresijos de mi cuerpo, uno a uno, y sabía cómo despertarlos pacientemente hasta enardecerlos.

Jugaba con unos anhelos que yo ni siquiera habría sido capaz de imaginar y, persistente como ninguno, no cesaba hasta convertirlos en una rabiosa desesperanza.

El rubor subió a mis mejillas y mi respiración se aceleró sin previo aviso. Como si lo intuyese, dejó de acariciar a Lola, la tapó y me miró fijamente. Como en sus patillas, varias canas despeinadas sobresalían de aquellas pobladas cejas. Me sentí intimidada ante el escrutinio de aquellos ojos negros. Parecía estar leyéndome el pensamiento.

—Me alegro.

Su sonrisa maliciosa lo decía todo. Si él hubiese sospechado que en el pasado yo fui una agente enemiga, jamás me habría dedicado semejante mirada de concupiscencia.

En la vía de al lado oímos a otro tren acercarse y dos empleados de la Renfe salieron de su oficina para recibirlo.

Aquella leve distracción fue suficiente para sacarme de mi ensimismamiento.

Mirando a derecha e izquierda para asegurarme de que estábamos solos, le hice una indicación para que me siguiese disimuladamente. Ansiaba abrazarle, pero me contuve. Poco antes de llegar a la estación de autobuses nos parapetamos entre dos camionetas de reparto para no estar demasiado expuestos.

Metiéndome la mano en el sujetador, saqué el sobre, con su nuevo pasaporte, un billete de autobús y un papel con la dirección de Carmela

apuntada.

—Frías no es un nombre normal. Concéntrate, por favor, en todo lo que te digo para saber todo sobre el hombre al que suplantarás. Desde ahora te llamas José Moreno Rodríguez. Pepe para los amigos. Por nada del mundo deben vernos juntos. Tenemos que evitar los lugares demasiado concurridos. Aquí tienes un billete a San Fernando y la dirección donde te hospedarás. Al llegar allí, pregunta por Carmela. Ella te espera porque le escribiste una carta advirtiéndole de que por fin llegabas después de mucho sufrir.

»Es una mujer que ansía tu compañía, así que no te costará ganártela. Por ella sé que hay trabajo eventual en los astilleros; nos vendrá bien para la misión que te hagas con una sustitución, ya que yo aún no he podido explorar el terreno donde provocaremos los fuegos de artificio. Algunos hombres de la familia de Carmela trabajan allí, así que tienen mano. Sabes soldar y eso te bastará. Toma. Aquí tienes su foto.

Saqué del bolsillo una foto de la prensa que ilustraba las procesiones pasadas y se la señalé entre las mujeres que salían junto al paso. Resultaba diminuta entre el gentío, pero sabía que aquello le bastaría para no confundirla con otra. De siempre había sido un fantástico fisonomista.

Torció el gesto disconforme.

—¿No hay otra alternativa para entrar en los astilleros?

Estaba claro que no le apetecía trabajar, y menos como soldador.

—No te preocupes. Te limitarás a cubrir una suplencia. —Me centré en seguir informándole lo más rápido posible—: Recuerda que vas a una casa que, en teoría, ya conoces. Por lo que sé, es una humilde casucha al lado del camino de la Carraca. Carmela no te ve desde hace cinco años, así que inventa una historia de cómo los duros golpes que recibiste te envejecieron y deformaron la cara y colará. —Incapaz de contenerme, le acaricié las cicatrices—. A la vista está que no te costará. Carmela es la viuda de uno de tus hermanos, tiene tres niñas y sueña a diario con que vuelvas de la guerra para calentar la cama de su difunto marido. Al parecer, así se lo prometiste antes de alistarte en la División Azul. Es tu coartada perfecta porque nadie te supondrá un anarquista.

Frías arqueó las cejas.

—¿División Azul? ¿Esos no fueron los españoles que ayudaron a los alemanes en Rusia?

—Sí —asentí—. Esos locos o valientes, según se mire, que terminada su Guerra Civil decidieron voluntariamente meterse de bruces en la mundial.

Sonrió.

—Más o menos como nosotros, pero en el otro bando.

—Vosotros perdisteis la primera y la imposibilidad de regresar a España no os dejó una alternativa mejor —le contradije, con lástima—. Ellos, habiéndola ganado, fueron allí voluntariamente. —Esperé a que dijese algo, pero él se limitó a fruncir el ceño. No hicieron falta palabras para intuir su disconformidad—. Supongo que hacerte pasar por uno de la División Azul no es lo que más te divierte, pero no hay otra alternativa mejor. Te aseguro que no ha sido fácil buscarte un alojamiento tan discreto y más idóneo.

Simulando acatamiento a mis órdenes, pegó un taconazo en el suelo al tiempo que sonreía. Le faltó cuadrarse en plan mofa.

—Si es así, tendrás que contarme algo más de mi personaje.

Recordando todo lo que Carmela me había relatado y un poco más, fui detallándole despacio la historia del hombre al que debía suplantar.

—Escucha atentamente para no equivocarte. Por lo visto, Pepe, junto a otros jóvenes amigos, se alistó voluntario en la División Azul para luchar contra los rusos a finales de junio del cuarenta y uno, en un puesto de la jefatura provincial del Movimiento que habían abierto en la alameda de San Fernando. A sus veintidós años ya era veterano de guerra y ducho en mecánica, así que no le costó que le reclutasen. Al despedirse de Carmela vestido de requeté con su boina roja, le prometió algún día volver para casarse con ella y adoptar a sus hijas.

»Hasta ahí lo que ella sabe de él. Tú le contarás que te quitaron tu uniforme de requeté para vestirte de alemán. Que te llevaron a Rusia a un enfrentamiento en el río Volchov. Que fuiste herido y hecho prisionero en varios campos de concentración y sometido a constantes torturas.

»Que el final de la guerra no significó nada para ti porque, en vez de dejarte libre, terminaste en el campo de Járkov trabajando como un esclavo en una cadena de montaje de trilladoras de la que al fin lograste escapar hace unos meses.

Torció el gesto acariciándose las sienes.

—¡Y yo pensando que lo pasé todo! Te aseguro que no lo envidio. ¿Y qué es ahora del verdadero José? ¿Lo sabemos?

—No te preocupes. Según mi informante, sigue preso allí y no creo que salga con vida.

—Pues sea. A partir de ahora soy Pepe. Al fin y al cabo, ese hombre,

aunque con otras ideas, ha sufrido como el menda, así que no me costará convertirme en él por unos días. ¿Qué tal el acento?

Sonreí encogiéndome de hombros.

—Espero que no se extrañen de tu deje granadino. Habiendo estado tanto tiempo fuera, has podido perder el acento gaditano que se supone deberías tener.

Se limitó a carraspear bajándose el pañuelo que llevaba anudado al cuello y pude ver su cuarta herida de guerra. En medio de la tráquea tenía el agujero cerrado de...

—¡Una traqueotomía! —exclamé.

Aquel detalle se me había escapado. No debía de ser el último. El recuerdo de aquellas brutales torturas seguramente también estaría marcado en otras partes de su cuerpo. Imaginarlo desnudo me estremeció.

—La falta de pericia del animal que me la practicó afortunadamente no supo dar con mis cuerdas vocales. Como... la de este otro tirador, que si llega a bajar un poco más me liquida.

Alardeando de cicatrices se abrió la camisa para enseñarme otra herida más hecha por un disparo a la altura de la clavícula.

Sabía que estaba impresionada y aproveché para besarme fugazmente en la mejilla. Manolo, Frías, Pepe... tendría que acostumbrarme a llamarle como debía, pero aun así me negué.

—Manolo, tengo que contarte muchas cosas. No solo debemos actuar con precaución con respecto a nuestras verdaderas identidades. Ahora se supone que no estoy sola y así debe seguir siendo por un tiempo porque, nos guste o no, necesitamos a mi actual compañero para nuestro propósito.

Sonrió antes de abrazarme.

—Ya sabes que eso a mí nunca me ha importado. Como a ti no te tiene que importar lo que pase con Carmela. Dime... ¿está de buen ver la mujer?

¿Cómo podía bromear? Al oír los pasos de alguien que se acercaba, me separé de él.

—Ahora no. Dentro de dos días, a las siete, quedamos al anochecer en el Pay Pay. Pregunta en el barrio del Pópulo a cualquier ave nocturna y te indicará dónde está. Allí todos los gatos son pardos y no creo que me encuentre con nadie conocido. Podemos tomarnos algo y luego caminar hasta casa, donde te enseñaré lo que he fabricado, mapas, estrategia, etcétera.

Al darme la vuelta para salir en dirección contraria, me cogió de la mano. Cerré los ojos al sentir su piel. Apreté la mandíbula y, mirándole profundamente

a los ojos, le susurré:

—Si queremos fuegos artificiales, no podemos arriesgarnos ahora. Aquí no. Pasado mañana... veremos.

¿Estaba poniéndome nerviosa? En los cinco años que llevábamos sin vernos había olvidado cómo guardar la calma en momentos críticos. Él me enseñaría a recordar incluso aquello. Sabía fingir como nadie la frialdad. De ahí su apodo.

Me alejé con el corazón en la boca e intentando aparentar tranquilidad. Había pasado un lustro maldiciéndome por no haber podido despedirme de él como se merecía, y ahora que lo tenía frente a mí tenía que mantener las distancias. Si algo había aprendido en la vida era a esperar el momento oportuno y no dejarme llevar.

«Contente, Ingrid», susurré para mis adentros, mirando a Lola.

El ardor de un recuerdo
Junio de 1947

Góndola de marfil; blanca paloma
 sobre el nido de paz de sus amores;
 canción de los amantes ruseñores
 cuando la luz por el oriente asoma.

EDUARDO DE ORY, «GÓNDOLA DE MARFIL»

Guillermo, como tantas otras veces, apareció en casa al atardecer. Apenas se quedó un par de horas. Lo suficiente como para saciar sus ansias y largarse de manera apresurada junto a su familia.

Tenía que cerciorarme de que no vendría la noche que había quedado con Manolo y, antes de inventar una excusa aceptable, se adelantó lamentándose porque al día siguiente tendría que viajar a Algeciras por asuntos de trabajo. Probablemente tendría que quedarse allí unos días.

Respiré aliviada. Aquello me dejaría tiempo para mandar recado a Carmela y que viniese a cuidar de Lola sin temor a que Guillermo apareciese de repente.

Aquel atardecer sonó la campanilla. Al abrir, apareció envuelta en un mantón del paquete, peinada y perfumada. Carmela estaba más eufórica que nunca.

Con sumo cuidado y como si fuese un amante, besó y olió el mantón que traía antes de colgarlo en el respaldo de una silla de la entrada. Tarareando un tanguillo, cogió a la niña en brazos. Sonreí, intuyendo que Manolo tendría algo que ver en ese cambio de estado de ánimo.

—No hace más de una semana que te vi la última vez y pareces otra. ¿A qué se debe tanto alborozo?

Achuchando a la niña entre sus brazos, comenzó a bailar con ella.

—Pos a que mi *enamora*o por fin ha vuelto *pa* quedarse. Aunque más viejo y con heridas de guerra, está más guapo de lo que lo recordaba. *Tié* el pelo

canoso, unos ojos negros que te hacen temblar y es más *güeno* que el pan.

Su mirada hacía chiribitas. Pintándome los labios frente al espejo de mi tocador, no pude evitar seguirle la corriente.

—¿Te corresponde?

Sonrió con complicidad.

—¡Hasta ahora con un beso y el mantón de regalo por los tres días que ha *pasao* por casa! Hoy se ha *tenío* que ir a otro *lao*, pero en *cuantito* arreglemos el *desaguisao*, me ha *prometío* que vuelve. Así que...

Preocupada por aquella noticia intenté disimular.

—¿Por qué se ha ido? ¿Quizá porque lo tienes viviendo en casa sin pasar por la vicaría? Tú sola y él solo...

Disconforme con mi comentario, puso los brazos en jarras.

—¡Y qué me importa! No es por eso, sino por culpa de sus primos. Se han puesto *mu pesaos*. Por la matraca que han *dao* le he *tenío* que echar. Ahora que... en cuanto *to* se aclare, lo acojo de nuevo y sanseacabó.

No me enteraba de nada. Consciente de que ella no podría sospechar siquiera que yo conociese a su Pepe, seguí indagando.

—¿Y adónde se ha ido?

—*Pos* a una pensión de por aquí porque los *malajes* le han *denunciao* a la Guardia Civil de San Fernando. Figúrese que *disen* que no es mi Pepe. Que es un farsante que viene a aprovecharse de mí porque aquel tenía la uña del dedo índice *chuchurría* y él no la tiene. ¡Sabré yo quién es! Es cierto que ha *cambiao* mucho, pero... yo he visto su pasaporte y..., les guste o no, no hay duda de que es él, así que en cuanto lo aclare a las autoridades me ha *prometío* que vuelve.

Se me heló la sangre. La falsificación del documento era buena, pero no sabía si tanto como para engañar a la Benemérita.

Dejando la barra de labios sobre una bandejita de porcelana, me quité la bata de andar por casa. Sentada en la cama me puse el liguero, unas medias, unos zapatos de tacón, el vestido más ceñido que encontré en el armario y una peluca zaína.

El pecho se me constriñó de tal manera que casi medio asomó por el pronunciado escote. Estaba claro que aún me sobraban un par de kilos después del parto. Cuanto más provocativa, mejor. El Pay Pay no era un lugar frecuentado precisamente por señoras y así no desentonaría.

Carmela no pareció sorprenderse demasiado de mi cambio de aspecto. A ella, como a tantas otras, le gustaba vestir más bien prieta. Cogió un clavel del

florero de la entrada y me lo metió por la ranura.

—Pues no está mal de morena. Me *paese* a mí que no soy yo la única *enamora*. Pero ande con *cuidao* que como alguna de sus amistades la vean de esa guisa la crucifican. A ver si hay suerte y encuentra pronto a un padre *pa* esta criatura.

Ignoré su comentario. Ella, a diferencia de mí, aún no se había acostumbrado a vivir sola.

Besando a Lola en la frente, me despedí de las dos apresuradamente. Estaba preocupada por lo que podría pasar con Manolo. Todo lo que me acababa de contar quizá nos obligase a abortar la misión.

—Carmela, estoy intentando educarla, así que no debería comer hasta dentro de tres horas. Después de darle el biberón, acuéstala en su cuna y échate si quieres en el sofá. Hay comida en la nevera para que cenes y allí tienes la radio por si te entretiene. No sé a qué hora volveré.

Sonrió maliciosa.

—¡Qué prisas! Me *paese* a mí, Lolita, que tu madre anda *arreatá*.

—¡Cuántos pareceres! ¡Y qué sandeces! —negué, cabizbaja, incómoda con sus conclusiones.

—*Pos* lo que diga, pero a mí no me engaña —replicó, burlona, encogiéndose de hombros.

Salí por la escalera que daba a la trastienda y antes de cerrar la puerta la oí mascullar.

—¡Por la hora de llegada vaya tranquila, que si la noche se alarga yo me quedo a dormir con mi niña!

¡Cómo me molestaba tener que depender de alguien! Sin añadir nada más, bajé las escaleras a todo correr. Cogí un canasto, metí en él la bomba del hornillo envuelta en papel de estraza, los mapas que guardaba debajo del mostrador y salí por la puerta lateral con la esperanza de no encontrarme con Micaela o cualquiera de sus amigas, ya que, disfrazada como iba, ninguna excusa valdría.

Como la noche en que anduve a escondidas por las instalaciones de la Base de Defensas Submarinas, procuré evitar la luz de los faroles ocultándome entre las sombras.

A esas horas ya no solía haber ninguna mujer de bien caminando sola por el barrio. Aun así, aceleré el paso. Pasé por la plaza de la Catedral calle abajo hacia la plaza de San Juan de Dios. Giré a la derecha, pasé bajo el arco del Pópulo y por fin me perdí en las ensortijadas calles de aquel lúgubre barrio.

Marineros, borrachos, putas y mendigos parecían haberse hecho con cada una de sus esquinas hasta que llegué al Pay Pay. En una radio lejana sonaba la letra del trágico tango de Carlos di Sarli, «Decime que pasó»: «Siento rabia porque ha llegado el estío... Por la impotencia en que vivo... Este cariño muere...».

«Ingrid, céntrate en lo que estás o meterás la pata», pensé.

Allí era donde casi todos, de una manera u otra, trataban de aparcar sus miserias embadurnándose de vicios. En aquel lugar, el recuerdo de las pasadas guerras, las cartillas de racionamiento, la austeridad o el recato del día a día brillaban por ausencia. Aquello era un dechado de virtudes acallado por el canto de un coro de embriagadas carcajadas.

Un hombre se me acercó para ofrecerme una pipa de opio. Rehusé justo antes de entrar a aquel bullicioso local de la calle Silencio. Sentada en un taburete alto de la barra, pedí un té moruno.

Si quería mantener mi mente despejada, sería lo mejor. Me supo amargo y le eché aún más azúcar. No sabía como el de Tetuán. Miré el reloj, se retrasaba. Sostuve el pequeño vaso verde y dorado entre mi dedo índice y pulgar cuando de refilón vi a un par de hombres mirándome fijamente con la intención de abordarme.

¿Dónde estaba? Quizá no viniese. Quizá le hubiesen detenido después de la denuncia de los primos de Carmela y todo se había ido al traste sin que yo me enterase. Si así era, ¿qué demonios estaba yo haciendo allí?

Por el rabillo del ojo de nuevo hice otra ronda a mi alrededor. Aquel no era mi barrio. Si he de ser sincera, lo aborrecía. Lo había elegido porque, perdidos en aquel caos, estaría asegurada la clandestinidad de nuestra furtiva cita.

Repentinamente se armó revuelo al otro lado de la barra. No pensaba levantarme a averiguar el motivo, pero si iba a más tendría que salir de allí con rapidez. Fue entonces cuando con la mirada gacha vi el reflejo de Manolo en la resplandeciente bandeja repujada donde me habían servido el té.

Tomó asiento, me quitó el vaso de la mano, se lo tendió al camarero y pidió dos copas de Licor 43.

—A punto he estado de no reconocerte. Esa peluca oscura, aunque resalta el azul de tus ojos, no te favorece en absoluto. Definitivamente, me gustas más de rubia. Las morenas aquí sobran.

Me pasé la mano por detrás de las orejas para comprobar si algún pelo se me había salido del postizo. Aquellos labios carnosos sonrieron dejando asomar

dos grandes incisivos.

—Se acabaron las infusiones. Prueba esto, que es lo último. Tenemos que celebrar este encuentro como se merece.

Intenté evitar la intimidación que provocaba en mí sin mirarle directamente a los ojos, pero no pude. Ancladas sus pupilas en las mías, me fue imposible zafarme.

Manolo, consciente del efecto que producía en mí, posó su mano sobre la mía. Incapaz de mover un solo músculo más que el de mi brazo, muy lentamente fui arrancándola de su caricia.

Sabía que a él le gustaban las mujeres directas, valientes y sin ningún tipo de melindre y, divertido, fingió sorpresa.

—¿Y esos remilgos? ¿Dónde dejaste a mi salvaje Sophie? Te conozco demasiado bien y sé que la paz no ha podido transformarte en una mujer esquivada. Tú, mi más arriesgada amante, ¿conteniendo impulsos? No puede ser. —De nuevo posó su mano sobre la mía—. Sabes que no soy de andarme por las ramas. Te he echado de menos. He conocido a varias mujeres en este tiempo. Ninguna como tú. Al final, decidí eludir las comparaciones y disfrutar de lo mejor de cada una de ellas. Siempre he sido directo y poco de piropos o preámbulos, así que... Tengo una habitación en una pensión de aquí cerca. ¿Te apetece recordar viejos tiempos?

Calándose la gorra me guiñó el ojo con ese aire de autosuficiencia latino que, aunque a mí me volvía del revés, por nada del mundo quería demostrar. Opté por cortar de raíz el flirteo:

—Compruebo defraudada que olvidas que nunca fui mujer de una primera cita.

Me miró de arriba abajo escudriñándome y no pudo evitar bromear.

—¡Pues cualquiera lo diría viniendo así disfrazada! Dime, mirándome a los ojos, que no es guerra lo que buscas.

Su lascivo observar, lejos de incomodarme, he de reconocer que me hizo recordar lo que era sentirse una mujer realmente deseada.

A punto estaba de sucumbir, cuando un borracho me empujó para alcanzar un bol de salados cacahuets que había sobre la barra entre nosotros dos al mismo tiempo que disimuladamente deslizaba la mano contraria bajo la barra para robarme el capacho que tenía colgado de un gancho entre mis piernas. Sin dudarle un segundo, le cogí fuertemente de la muñeca hundiéndole mis uñas en la piel. Confuso al verse descubierto, bajó la mirada.

Solo pude mascullar con rabia.

—¡Lárgate por donde has venido si no quieres que te corte los huevos!

Visto y no visto. El ratero se escabulló entre la multitud como alma que lleva el diablo.

Manolo aplaudió lentamente.

—Esa es mi Sophie de siempre. Por fin, sin máscara. ¿Ves cómo esta fiera indómita es imposible de domesticar?

En el canasto estaba nuestra bomba. Estrechándolo en mi regazo, no quise pensar siquiera lo que hubiese significado perderla. Pero... eso probablemente Manolo ni lo intuía. Intenté calmarme contando hasta tres y de nuevo corté por lo sano.

—¡Hemos venido a trabajar! Y espero no tener que recordarte otra vez que ya no soy Sophie, sino Ingrid. Lo mejor será evitar llamarnos de ninguna manera para no brindar una posibilidad a la equivocación. Antes de nada, tengo que explicarte un montón de cosas. Nos conocimos en una misión y otra nos une de nuevo. Primero, al tajo y, luego, si hay tiempo, ya veremos. Pero, eso sí, desde ahora te digo que si quieres algo más, tendrás que luchar un poquito más por ello.

Sin cejar en su propósito inicial, se encogió de hombros simulando desconcierto.

—Y digo yo... ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? No sería la primera vez que hacemos coincidir deber y placer. —Comprendiendo que en aquel cesto debía de llevar algo importante, me lo cogió del regazo—. Anda, déjame a mí que guarde esto y vámonos.

Aquellas palabras las susurró en mi oído. Su tono inicial había cambiado radicalmente y el cosquilleo de sus palabras en mi tímpano bajó por mi cuello hasta llegar a mi pecho, provocándome una amalgama de sentimientos casi olvidados. Hormigueo, anhelos y apetito al unísono.

El corazón empezó a latirme con más fuerza. El sudor acudió a mis sienes y tuve que tirar de abanico incapaz de disimular. A mis veinticinco años y con la experiencia amorosa que había adquirido al principio de la guerra por pura necesidad, intuía que jamás ningún hombre de los que en un futuro pasasen por mi vida serían capaces de despertar en mí la pasión que ahora Frías me provocaba simplemente con un roce de su piel.

Al acariciarme la mejilla, apreté mi rostro sobre su palma. Él sabía que aquel simple gesto demostraba toda mi aquiescencia. Sin separar ni un milímetro

su mano de mi cuello, fue bajándola hasta mi pecho, siguió por los senderos de mi estómago y, sin perderse en el camino descendente, buscó el bajo de mi falda para deslizarse por mi muslo interno.

Mimi Mimosa, «Todo el mundo mima a Mimi», una mulata que había subido al pequeño escenario del local, empezó a contonearse al son de las trompetas y trombones de la orquesta.

Como el *flash* de una cámara fotográfica, París acudió a mi mente. Allí le había dejado explorar los rincones más profundos de mi ser sin reticencias. Su buen hacer, imposible de emular, había conseguido transformar los recovecos más oscuros de mí misma en verdaderos fuegos de artificio. En bombas parecidas a las que muchas veces habíamos fabricado juntos en el pasado, solo que estas, en vez de dolor, provocaban placer.

A punto de perderme en la locura de sus caricias, un atisbo de raciocinio me asaltó y, tomando su mano, la aparté de mí lentamente.

Manolo, sin darse por vencido, sonrió.

—Qué oportuna la canción. «Mimi ya no quiere mimos...».

Se puso de pie y, calándose la gorra, me hizo una leve indicación de cabeza para que le siguiese a una distancia prudencial. Jamás anduvimos juntos en la calle en el pasado y ahora tampoco lo haríamos. Así, si alguien nos interceptaba, detenía o seguía, cabría la posibilidad de que no nos asociase.

La pensión del Marqués

Todo es en ti blancura
de gracia y doncellez: todo, la anchura
luminosa del cielo
y el desvelo
de amor en la angostura
de la calle; y el ansia y el anhelo
con que, llena de risa y de algazara,
se abre, al viento galán, la gracia clara
del patio azul y el abra de herradura.

JOSÉ MARÍA PEMÁN, «LA SEÑORITA DEL MAR»

Apenas tuvimos que caminar cuatro minutos desde el café teatro Pay Pay hasta la pensión España, en la calle del Marqués. La puerta enrejada, aparentemente cerrada, tan solo estaba entornada.

Del patio interior partía al lado izquierdo una escalera que subimos de puntillas para evitar el crujir de los desgastados peldaños. Los jadeos de una pareja escondida bajo el hueco nos hicieron sonreír. Muy a nuestro pesar, tendríamos que ser sigilosos porque allí todo se oía.

Al llegar a la primera planta, recorrimos la galería que bordeaba el patio hasta la puerta número cinco. Manolo apresuradamente sacó la llave de su bolsillo.

Cuando entramos apenas me dio tiempo de ver una cama desvencijada y una mesilla con una vela a medio quemar posada en el platillo de una palmatoria, antes de que Manolo se abalanzase sobre mí para arrancarme la peluca y soltarme el pelo.

En la penumbra pegamos una patada al orinal antes de desplomarnos sobre aquella colcha amarillenta de piqué. La escupidera rodó por el suelo estrepitosamente y los indiscretos muelles del somier no tardaron en marcar los

compases de nuestro ardiente baile. Ahora les tocaba a nuestros vecinos escuchar nuestra melodía.

Al terminar, exhausta, miré a la ventana. La luz del diminuto farol que iluminaba el patio se filtraba entre las cortinas entreabiertas. Me levanté a cerrarlas por completo antes de buscar una caja de cerillas para encender la vela e ir a por el canasto. Por fin podría enseñar a Manolo lo que llevaba dentro.

Al prender la mecha, pude verle escudriñándome.

—¿Has engordado? ¿Te ha crecido el pecho o son imaginaciones mías?

Sonreí.

—Es uno de los pocos atributos gratificantes que da la maternidad.

Sentada ya sobre la cama, saqué el mapa para desplegarlo. Manolo se incorporó para verlo mejor.

En él tenía señalada con precisión la entrada de las cuevas de María Moco. Por ella no debía preocuparse porque el día X tenía previsto regalarle unos vales para que junto a sus hijos se fuese a cenar unos cartuchos de pescadito frito a la otra punta de la ciudad.

Le señalé el Instituto Hidrográfico, la Base de Defensas Submarinas, el recorrido que debería seguir para no ser visto hasta la puerta que daba a las vías del tren y, por último, le expliqué el porqué de la hora elegida cuando arriaran la bandera para poder acceder a los astilleros sin ser descubierto.

Otra cruz marcaba el gran barco de cuatro mástiles donde debía depositar el paquete.

—Este es el futuro *Juan de Austria*. Va a ser el buque escuela gemelo del *Juan Sebastian El Cano* y están montando su quilla. Con toda probabilidad será allí donde trabajes como soldador. No puedes ir con el paquete porque al entrar y salir sé que todos los trabajadores pasan por un control, pero, al menos, podrás estudiar el terreno sin temor. Has de averiguar cuál será el mejor sitio donde poder... —Me agaché a desenvolver la bomba—... colocar esto. Como verás, está casi terminada. Lo único que falta es ensamblarla con el reloj y el detonador.

Sus ojos me taladraron.

—Parece que todo está en orden, pero... dime una cosa, ¿no hay otro lugar más idóneo para ponerla?

Recordé la información que había ocultado. El informe de las minas que Guillermo tenía en su cartera. Las mismas que almacenaban en un estado deplorable y la necesidad de su urgente traslado ante el probable riesgo de una catástrofe.

Tragué saliva procurando no mostrarme dubitativa. Esperaba que no me leyese el pensamiento.

—Soy metódica, y lo sabes. He estudiado todas las posibilidades y es el mejor, sin ninguna duda. Además de que África así me lo indicó. El *Juan de Austria* será el buque insignia del Gobierno español y a las bajas que produzcas se le unirá el dolor herido del sentimiento patrio. Piensa que, para rematar, hay otros barcos construyéndose allí, así que quizá también se vean afectados.

Asintió, rascándose el lóbulo izquierdo de la oreja. Lo conocía y sabía que siempre que hacía aquello estaba pensando en otra cosa.

—Ahora solo queda que la Guardia Civil no te encuentre —intenté cambiar de tema—. Carmela me ha contado lo de la denuncia de sus primos y me preocupa. Ella está enloquecida contigo, pero creo que de ninguna manera puedes acercarte por ahora a su casa de nuevo. Te llevaría a mi casa, pero tampoco deben vernos juntos. Aquí me conoce mucha gente y sería peligroso.

Amanecía y la casualidad quiso que alguien en aquella indiscreta pensión encendiese la radio. «La vie en rose», cantada por Edith Piaf, sonaba lejana.

De nuevo el recuerdo de la noche de su detención en la puerta del presidio de aquel pueblo me asaltó. No hacía falta que hablásemos de ello, pero a él le debió de pasar algo similar y lo sacó a colación.

Plegó el mapa, lo guardó junto a la bomba de nuevo en el capacho y, cogiéndome de la cintura, me obligó a tumbarme de nuevo a su lado. Por algún motivo que ignoraba, decidió hacerme repentinamente partícipe de su pasado sufrimiento.

—De buena nos libramos en París. Jean Mari me contó cómo los detuvieron aquella noche que nosotros estábamos fuera. Dos asquerosos nazis le sujetaron mientras registraban nuestra habitación y le preguntaban dónde estábamos. No les costó mucho dar con nuestro escondrijo. Apartaron el armario y, al pisar el lugar que ocupaba el mueble, las tablillas sueltas del suelo se movieron. En el agujero que tapaban encontraron un cargador con cápsulas de aquellas que llamábamos Dum-Dum, un Remington y la carpeta donde guardaba todas las fórmulas para fabricar explosivos. No sé por qué pensaron que podría haber más armas.

Acariciándose la cicatriz de la boca, una extraña mueca se dibujó en la comisura de sus labios. Debía de ser la huella imborrable de su primera tortura.

—De aquella, como sabes, me libré, pero no de otras tantas. Menos mal que a ti no te cogieron el día que entregué las galletas. Me torturaron para que os

delatase, pero ni el nombre de nuestro buen pastelero me sacaron. Lo que viví los tres años siguientes es mejor ni mencionarlo. Prefiero quedarme con el recuerdo de la entrada de los aliados de las Brigadas Internacionales en el campo de concentración donde nos tenían presos, aquel 20 de abril de 1945. A falta de espejos donde mirarnos, nos vimos nítidamente reflejados en su expresión de espanto al ver nuestro deplorable estado. Lo que para ellos debió de ser un sepulcral día, para nosotros fue el de nuestra resurrección. Te imaginas... — Sonrió, recordando—. Nuestro cadavérico aspecto, en un primer momento, les impulsó a cerrar las puertas de aquel infierno para impedir nuestra huida. Nuestro desconcierto se disipó cuando por megafonía nos advirtieron de que aquello simplemente era una medida de seguridad. Les habían ordenado mantenernos unos días en cuarentena, no fuésemos a propagar una epidemia. Aquella vejación se nos olvidó en cuanto vimos llegar a los primeros camiones cargados de medicamentos y comida. Ni te puedes imaginar cuántos, acostumbrados como estaban al hambre, acabaron enfermando de una indigestión. —Suspiró. Le dejé continuar, incapaz de articular palabra—: Después de aquello no hay mucho más. Crucé la frontera y me dirigí al único lugar donde sabía que me acogerían mis camaradas. Llegué a Toulouse a finales de junio. Vestido con lo único que encontré, un viejo uniforme nazi sin galones, un oficial de los servicios especiales del Deuxième Bureau me interrogó. Buscaban a colaboradores alemanes que hubiesen podido infiltrarse entre los que volvían. Convencidos ya de mi odio hacia ellos, me invitó a un homenaje al que asistirían todos los supervivientes de los campos. Allí fue donde me interceptaron para unirme a Federica Montseny, una española que solía alistar en sus filas a los que, como yo, llegaban rebotados de las dos últimas guerras. Junto a ella podría saciar la sed de venganza que me corroía las entrañas. — Atrayéndome hacia sí, me besó con ardor—. Es curioso cómo la vida te acaba guiando por según qué senderos. Buscaba sentirme bien saciando este resquemor trabajando en diversas operaciones y..., después de intentarlo dos veces sin demasiado éxito, espero que a la tercera sea la vencida. Con tu ayuda, estoy seguro de que no puedo fallar.

—¿Tercera? ¿Dónde estuviste antes?

Orgullosa y segura de mi total fidelidad a la causa, no dudó en contármelo. Su confianza era plena.

—¿Oíste hablar del atentado en Tarragona el año pasado? —Negué, admitiendo mi ignorancia. Pareció contrariado—. No me extraña porque

nuestros enemigos siempre procuran silenciar todo lo que pueda demostrar su debilidad. La censura lo controla todo y un atentado anarquista de semejante calibre es lo que más les puede amedrentar. Ahora que... aquel no fue nada comparado con el que tú y yo provocaremos.

Su maliciosa sonrisa me preocupó. Abstraído, miró a un punto fijo de las cortinas como haciendo memoria para centrarse en un momento determinado. La luz del amanecer lo iluminó.

—Eran las diez y cuarto de aquel 12 de enero cuando el tren expreso Barcelona-Madrid descarriló entre las estaciones de Els Guiamets y Mora la Nova. Como ahora hacemos tú y yo, todo estaba planeado de antemano. Pusimos la bomba aprovechando una pronunciada curva. La locomotora arrastró a todos los vagones que llevaba enganchados y los últimos acabaron despeñándose por un terraplén. Aquello fue como el desmorone de un inmenso castillo de naipes.

Hablaba de aquello como de un placentero juego en el que su equipo salía victorioso. Se me atragantaron las palabras.

—¿Cuántas bajas?

Frunció el ceño.

—Es curioso que eso te importe ahora. A ti, que nunca quisiste saber de muertos en el pasado.

Era cierto. En París, cuando triunfábamos en una misión, jamás brindaba con ellos por ese motivo y a él no le pasó desapercibido. Supongo que aquella actitud simplemente era el último resquicio de conciencia que me quedaba. Evitarlo me ayudaba a eludir de algún modo el sufrimiento causado. A no enloquecer. No mentarlo siquiera era mi manera de transformar la desgracia ajena en una simple pesadilla que al despertar sobresaltada intentaría borrar de mi memoria.

Su voz sonó como un aguijón en mis tímpanos.

—Dijeron que fueron cuarenta los muertos y más de cien los heridos. Entre los fiambres se encontraban un alto gerifalte americano y dos ingleses. Quizá por eso se vieron obligados a radiar someramente la noticia con medias verdades. — Suspiró antes de proseguir—: Lo consideraría una victoria si no fuese porque posteriormente detuvieron a todos mis compañeros. Nos habíamos separado para huir y fui el único de los cinco que consiguió llegar ileso a la frontera con Francia. El resto fueron fusilados. Algo que no supe hasta que volví a Toulouse. Aun así, conseguí ganarme la confianza de mis mentores y no tardé en ser designado para la siguiente misión. Finiquitar al dictador.

No pude evitar abrir los ojos de par en par. Disfruté con mi expectación.

—El plan estaba claro. Lo llamamos el Plan Mil 1. Según nuestros informantes, Franco tenía previsto visitar la cuenca minera de Bages, en Sallent, Barcelona. Estratégicamente, mi trabajo estaba en preparar los explosivos para que luego mis compañeros sembrasen de bombas la carretera por donde pasaría su comitiva. Entre todos formábamos un contingente de cincuenta al mando de Caraquemada. Como se me ordenó, les proporcioné el material necesario, les dejé señalados los lugares más idóneos para enterrarlas y me retiré. Una vez alcanzado el objetivo ellos se encargarían de rematar a los posibles supervivientes. Ya sabes que lo mío nunca ha sido la ametralladora, así que cumplí con mi parte y me vine aquí a encargarme de mi siguiente misión. Desgraciadamente, han fallado. Les han detenido antes de hacerlo siquiera, así que esta vez, para cerciorarme del éxito, no me iré hasta ver con estos ojos la explosión que causaremos. —Embargado por la rabia, cerró el puño con fuerza. Respiró hondo e intentó tranquilizarse—. Estoy hablando demasiado. Ya sabes todo de mí, pero... ¿qué fue de ti, Ingrid? ¿Qué has hecho desde que nos vimos la última vez en Francia?

Pensé rápido intentando no cometer un fallo. Por un lado, me quedaba claro que no sospechaba siquiera que hubiese delatado a su grupo anteriormente, por el otro, tendría que tener cuidado para contarle la misma historia que de mí conocía Carmela sin contradecirme en nada.

—Después de que te detuviesen en la cárcel de Eysses me sentí perdida. Quedarme allí sería un suicidio si alguno de vosotros me delataba, así que el panadero me dio el contacto de alguien que me conseguiría un pasaje para viajar a Tánger desde Marsella. Ya sabes que hablo varios idiomas y me consideraron más útil en la ciudad internacional para pasar información. —Suspiré—. Aquella fue una vida más relajada que la que dejé a tu lado. ¡Tanto que, ahora, cuando me pidieron que te fabricase la bomba, temí no recordar cómo hacerlo! Allí es donde conocí a África, la mujer que nos ha puesto en contacto. En la ciudad franca todos campaban a sus anchas y yo, como una más, fui aceptada sin problemas. Allí, al terminar la guerra, conocí al padre de mi hija que, por desgracia, murió antes de verla nacer y fue entonces cuando decidí venir a Cádiz para criarla. Esta misión es la primera que me saca de un largo letargo desde el final de la guerra y, como tú, cruzo los dedos para que todo salga según lo esperado.

Oímos golpes en la verja del patio, el crujir de los escalones y a la dueña de

la pensión bajando con parsimonia. Alguien llamaba a la cancela con gran estruendo.

No parecía la primera vez que se enfrentaba a un registro y su calma solo se podía deber a su afán por echar una mano a algún inquilino de vida turbia.

Miré al capacho, a Manolo y no pude evitar saltar de la cama para vestirme a toda prisa. Él hizo lo mismo.

—Espero que no vengan a por ti —susurré—. Carmela me dijo que te buscaban.

—Lo dudo. Este barrio, si por algo se caracteriza, es por que está lleno de gente de vil calaña. No creo que yo sea el único que se esconde en este tugurio.

—¡Deme las llaves de todas las habitaciones!

La grave voz de aquel hombre resonó en todo el patio. Procurando no rozar si quiera el amarillento visillo, me asomé a la ventana. Ya había amanecido y se podía ver con toda claridad a un grupo de cuatro guardias civiles en el centro del patio.

La dueña de la pensión tiró del lazo que llevaba asido al cinturón del delantal para entregarle un gran manojo. Antes de depositarlo en su mano, lo alzó para zarandearlo al aire. El eco premeditado del tintineo del llavero seguro que despertó a todo el que aún no estuviese alerta. Ella parecía tranquila.

—¿Les puedo ayudar? ¿Buscan a alguien en particular? Mire que las habitaciones son muchas.

Ya vestidos los dos, cogí el capacho. En aquella habitación no había donde esconderlo. Miré desesperada a Manolo.

—Nos da igual a quién busquen. Si nos encuentran con esto todo se acabó.

El guardia civil sacó un papel arrugado del bolsillo de la chaqueta.

—Buscamos a José Moreno Rodríguez. Nos han dicho que se hospeda aquí.

Los primos de Carmela sabían más de lo que ella pudiese sospechar. Seguro que alguno de ellos había seguido a Manolo hasta el hostel y le había faltado tiempo para delatarle.

La pausada voz de la mujer se oyó con calma.

—Si es quien creo, está en la cinco.

¡Estábamos perdidos! Dos golpes casi inaudibles sonaron en nuestra puerta. Abrimos con precaución para que no se oyese el picaporte. Era un joven desaliñado y soñoliento.

—Sígueme —se limitó a decir.

—Llévatelo tú —me susurró Manolo al oído—. Yo mientras los distraigo.

No te preocupes. Piensa que no buscan a un anarquista, sino a un pobre soldado o, en todo caso, a alguien que igualmente perdido intenta suplantarle. No es un delito grave. Cuando salga del interrogatorio, te mandaré recado.

Impaciente, me empujó hacia el joven. Le miré espantada. ¿Estaba insinuando que se iba a entregar?

El chirriar de una ventana hizo que los guardias civiles enmudeciesen para mirar hacia arriba.

—¿Hay alguien ahí?

Manolo se dirigió de inmediato a la ventana de nuestro cuarto, la abrió y se asomó para mirar hacia abajo.

—¡He oído que me buscan! ¿Les puedo ayudar en algo?

—¿Es usted José Moreno?

Asintió.

—¡Baje y acompáñenos!

Asintió de nuevo antes de cerrar la ventana. Me besó ardientemente al tiempo que sacaba el pasaporte del bolsillo interior de su chaqueta.

—Confiemos en esta copia de mi identificación —susurró.

—Esconde una nota en el fanal de al lado del banco donde yo me comunico con los nuestros en cuanto salgas —dije con rapidez—. Está al final del paseo de Apodaca, junto a un garabito que hace esquina. Entremétela por las volutas de hierro de su peana, que yo sabré encontrarla. Iré a diario a mirar.

Salió cabizbajo, simulando confusión y sumisión. Enseñó su identificación a los guardias que lo asieron fuertemente del antebrazo para escoltarlo hacia el cuartelillo.

Incapaz de mover un músculo, me quedé paralizada atisbando la escena. Allí, escondida en la penumbra de aquella lúgubre habitación, temí por él, confiando en que no me delatase si llegaba el caso. ¿Y si así fuese? ¿Qué podría hacer para evitar mi detención? ¿Qué sería de mi pequeña?

¡Lola! Me golpeé la frente con la palma de mi mano derecha. El influjo de Manolo, una vez más, me había hecho cambiar, bajar la guardia y olvidar casi hasta quién era yo. Para él, mi pequeña Lola no era más que una buena coartada para poder pasar desapercibida. Para mí lo era todo. Aquella personita que inconscientemente me asiría a la vida.

El joven me apremió chistando.

Me encasqueté de nuevo la peluca, abracé el capacho y, temerosa de que una pareja de guardias hubiera quedado custodiando los alrededores, preferí

seguirle hacia la azotea junto a otros dos oscuros clientes.

La ropa tendida ondeaba mecida por una suave brisa de poniente. Al asomarme a la barandilla vi la techumbre de la ciudad sembrada de torres miradores. Aquellas desde las cuales antaño los consignatarios de buques hacían y recibían señales de luz comunicándose con sus propios barcos para poder vender la mercancía a buen precio en el mercado, antes incluso de que hubiese sido desembarcada y registrada en la casa de contratación. ¡Ojalá yo pudiese comunicarme con Manolo de una manera similar! ¿Qué sería de él?

Busqué un punto de referencia para, entre ese mar de tejas, poder ubicar mi casa. La cúpula y las torres de la catedral no estaban lejos. Seguí a mi guía. Saltamos al tejado del edificio de al lado y después al de una cochera.

El hijo de la posadera tenía dispuesta una escalerilla plegable que descolgó para que pudiésemos bajar sin problema. Le di las gracias antes de desaparecer por la desierta calle.

Diez minutos después estaba en casa, dejé de nuevo la bomba y los mapas en el hornillo de la tienda y subí de dos en dos los peldaños de la escalera interior.

Carmela dormía en el sofá porque la pequeña aún no se había despertado. Al oírme entrar entreabrió los ojos y sonrió.

—*Mu arrebatá* parece. ¿Qué? Se ha *rematao* bien la noche, ¿no?

Intentaba aún recuperar el resuello. Una gota de sudor me recorrió la sien. Me arranqué la peluca de la cabeza, saqué unas monedas del bolso y se las tendí.

—Toma, anda, vete, que vas a llegar tarde a tu trabajo en la casa cuna y no preguntes más, que yo no soy mujer de hablar de estas cosas.

Encogiéndose de hombros, suspiró.

—Si no es por *na*. Que ya sabe que curiosa no soy. Solo que una sueña con arrebolarse de igual manera.

Me hubiese gustado decirle que habían detenido a su Pepe. Que lo tenían en el cuartelillo y, para ayudarle, que fuese a declarar a su favor, pero hacerlo hubiese sido lo mismo que delatarme.

Tan solo esperaba que su buena predisposición y pacífica entrega le hubiesen servido de algo.

La eterna espera
Agosto de 1947

Tratas de no saber y sabes
 que ya está todo maniatado,
 allí donde pernocta el irascible
 lastre del desamor, sombra
 partida por olvidos, desdenes,
 llave que ya no abre ningún sueño:
 la ausencia se aproxima
 en sentido contrario al de la espera.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD, «DESENCUENTRO»

Seguía sin recibir noticias de Frías, de Manolo, como yo me empeñaba en seguir llamándole. Había ido a diario a nuestro fanal para buscar su ansiada nota y no la encontraba por ninguna parte. Quizá, con las prisas de su entrega, se hubiese equivocado.

En mi desesperación, anduve rebuscando por entre las peanas de todos los faroles que había anclados sobre aquella hilera de la muralla, pero nada. Miré debajo del banco, a ver si por casualidad la organización me hubiese dejado alguna plantilla, pero tampoco.

Era como si todo se hubiese paralizado, como si hubiésemos abortado la misión sin previo aviso, por lo que yo, por muchas ganas que tuviese, no podía cerrar aquella puerta sin temer consecuencias.

Según pasaban los días, aquellas negras lámparas callejeras se me hacían más y más oscuras. Procuraba esconder mis tenebrosos presentimientos entre la crianza, las salidas con Micaela y los fugaces encuentros con Guillermo.

Y llegó la tarde en que intenté atenazar mi angustia pintando una fuente que me habían encargado con el escudo y las mismas iniciales de la vajilla que portaba desde tiempo inmemorial la familia de aquella clienta. Hacía un calor

insoponible y dejé la puerta de la tienda entornada para que entrase la leve brisa que corría por entre los ficus de la plaza de Mina.

Como siempre y para no sentirme tan sola, puse la radio. Sonaba «Dos gardenias para ti». Sin poder evitarlo, se me saltaron las lágrimas. «Dos gardenias para ti que tendrán todo el calor de un beso. De esos besos que te di y que jamás te encontrarán en el calor de otro querer».

¿Qué sería de Manolo? Dichoso bochorno. Los ventiladores no conseguían enfriar el ardor y la impaciencia que me sobrecogía.

Estaba en la trastienda mezclando pinturas para conseguir el color ideal cuando oí la campanilla de la puerta. ¿Quién sería? Así como en invierno la plaza a aquellas horas bullía de gentío, ahora en verano solía mantenerse desierta hasta el anochecer, cuando todos salían a *la fresca*.

Era Guillermo, que entró sin preocuparse de ser visto. Sin cerrar los postigos siquiera vino hacia mí, me cogió por la cintura, me sentó sobre el mostrador y separándome las piernas se colocó entre ellas. Olía a vino de Jerez. Me dejé besar ardientemente hasta que, incapaz de controlar sus impulsos, intentó levantarme la falda.

Separándome delicadamente de él, miré a la salida. Aquel día, con la cabeza más puesta en Manolo que en cualquier otra cosa, me sentía incapaz de calmar su desazón.

—Aquí no. Cualquiera podría vernos. Además... —Pensé rápido una buena excusa—: Estoy justo en mis días malos.

Decirle aquello fue como volcarle un jarro de agua fría por la espalda. Defraudado, se desmoronó sobre una de las dos sillas que tenía en la tienda. Inclinandose hacia delante, se sujetó la cabeza entre las manos.

Haciendo un esfuerzo ímprobo, me senté a su lado dispuesta a escuchar. Le conocía, sabía que, acostumbrado a que en su casa nadie lo hiciese, se había convertido en un hombre sumamente introvertido. Uno de aquellos que, temeroso de que alguien pudiese hacerle daño, solían tragarse sus propios problemas.

Para él, compartirlos con los más cercanos era un claro síntoma de debilidad; pero conmigo era diferente, me situaba en un mundo paralelo al de su familia y tan solo a mí se atrevía a confesarme sus pesares más secretos.

Acostumbrada a saciar esa y otras muchas de sus carencias, hacía tiempo que me había convertido en su secreto paño de lágrimas. Confiaba en mi

discreción y, al no moverme asiduamente entre su círculo de amistades, no veía en mí el riesgo de que pudiese irme de la lengua.

Fui a cerrar los postigos y entornar la persianilla antes de sentarme a su vera. Con cariño le besé la mano antes de taladrarle con la mirada.

—Mírame y dime qué te pasa.

—No puedo más. ¡Qué ganas tengo de tener un permiso! —resopló, desabrochándose el cuello de la camisa—. Ahora que hace un calor insoportable, resulta que mis superiores han decidido poner la base patas arriba. Quieren llevarse un montón de material delicado que tenemos arrumbado desde hace tiempo a un lugar más seguro. ¡Hace años que tenían que haberlo hecho y deciden hacerlo ahora de repente! ¡Justo cuando la mayoría esperábamos cogernos las vacaciones de verano!

Al recordar aquel informe sobre el estado de las minas, todas las alarmas saltaron en mi interior. ¿Cuándo sería? Necesitaba toda la información, porque, si el traslado era inminente, con toda probabilidad la vigilancia de aquel recinto aumentaría esos días y Frías no lo tendría tan fácil para cruzar la base hacia los astilleros de Echevarrieta y Larrinaga. Eso, sin tener en cuenta que, si Manolo llegaba a enterarse de lo que allí había, conociendo el ansia de venganza que le embargaba, no dudaría un segundo en cambiar el objetivo de nuestra misión para aumentar el daño. Tenía que averiguar como fuese la fecha exacta del traslado para no correr riesgos.

No tuve que hacer nada para sonsacarle. Siguió desbarrando:

—Durante la guerra, ¿oíste a los tuyos alguna vez temer un desembarco aliado por estas costas? —Negué, haciéndome la ingenua. Él prosiguió—: Entre el cuarenta y dos y el cuarenta y tres, y aunque nosotros no estuviésemos en esa guerra, recelábamos del acopio de tropas que los aliados estaban haciendo en el norte de África. Había que ser previsor ante la posibilidad de que el ejército aliado, una vez desplegado masivamente, decidiese desembarcar en Europa por España, y Alemania nos proveyó de minas suficientes como para sembrar la costa entera desde Málaga a Huelva. Si querían desembarcar no podrían más que hacerlo por la colonia de Gibraltar, y eso sería difícil por su orografía.

»Al final no fue así y aquellos explosivos quedaron arrumbados en la Base de Defensas Submarinas. Menos mal, porque aquello nos hubiese metido de hoz y coz en vuestra guerra sin habernos recuperado aún de nuestra propia cruzada.

—Pero... ¿no entraron al final por Sicilia? —seguí fingiendo.

Asintió apesadumbrado.

—En la historia está escrito, y ahora resulta que, dos años después de terminada la Segunda Guerra Mundial, es a mí a quien le toca cargar con los olvidos de aquella absurda trama. ¡Y para más engorro, han decidido hacerlo por la noche! ¿Te imaginas? Mientras todos estén bailando en el Atlántico, el club náutico o la verbena del parque Genovés, yo tendré que estar como un panoli vigilando que los camiones salgan bien estivados hacia el cerro de San Cristóbal. ¡Había sacado entradas para el concierto de Machín y las voy a tener que regalar!

Levantándome, le serví un Poderoso. Era un vermú blanco típico de Cádiz que había comprado en el colmado de la calle Sagasta y que guardaba bajo el mostrador para ofrecer a los clientes y así agradecerles su buena compra.

Cuando se tranquilizó, me puse tras él para masajearle la espalda a la altura de los omóplatos. En silencio, fue relajándose, se echó para atrás balanceando las dos patas traseras de la silla, puso los pies sobre el mostrador, dio un sorbo al vaso y, alzando la vista para buscar la mía, me sonrió.

—No sé qué haría sin ti, Ingrid. Solo tú sabes cómo sosegarme.

Dejando la espalda, me concentré en masajearle el cuero cabelludo.

—No es tan malo. Piensa que al trabajar por las noches nadie se extrañará en tu casa de que algún día regreses al amanecer. Quizá entonces, por fin y como lo hacíamos en Tetuán, podamos de nuevo dormir toda una noche juntos. ¡No sabes cómo lo echo de menos!

—Visto así... No sé cómo lo haces, pero siempre consigues quedarte con lo mejor de todo.

Me serví otro vermú y brindé con él.

—Estoy deseando empezar a restar días. Esa noche, como si fuésemos un verdadero matrimonio, después de mucho tiempo sin vernos, te recibiré en nuestro nidito de amor con una cena especial.

Cerró los ojos.

—Suenan bien. Casi a sueño.

Proseguí con mi seductora mentira recreando todo aquello que, de haber sido liberado Frías y finiquitada nuestra misión, con toda probabilidad nunca viviríamos.

—Solo necesito que me des una fecha para prepararlo todo. En la víspera tendré que ir al mercado a comprar aquello que sé que te enloquece y embriaga. Y... un potente afrodisíaco que aún no has probado.

Por fin conseguí arrancarle una mirada de lascivia.

—¿Es posible que aún me guardes secretos?

Asentí tímidamente.

—Ya sabes que procuro no dejar nunca que nuestro jardín se seque o caiga en la monotonía. Cambiar las flores de vez en cuando siempre es bueno.

Apretándome la mano, me la besó antes de agacharse a buscar la cartera que había dejado apoyada en el suelo. La posó sobre sus rodillas y entresacó un mazo de papeles. Nervioso, pasó la vista por varios documentos hasta dar con el que buscaba.

—Veamos. Aquí está. El traslado durará tres días. Los primeros camiones llegarán a las diez de la noche el 19 de agosto. Tendré que estar allí para vigilar que la carga se manipula con el cuidado debido, reforzar la guardia y acompañar después al convoy. Esa noche será la más larga porque, al ser yo el oficial designado para ello, es mi responsabilidad mostrarles a todos cómo hacerlo. A la siguiente, todo se repetirá, por lo que podré delegar en uno de mis suboficiales. Y el 21 prefiero también estar para comprobar que no queda nada en el hangar. Hagamos de la noche del 20 nuestra noche.

—Pues sea. —Brindé de nuevo—. El 20 de agosto te llevaré de viaje al paraíso hasta el amanecer.

Levantándose eufórico, se tomó el resto del contenido del vaso de un trago y, besándome con ardor, levantó la persiana, abrió los postigos y salió de la tienda como si un mágico bálsamo le hubiese cambiado el talante.

Yo también lo celebré porque la noticia que me acababa de dar me daba una posibilidad de evitar que Manolo, si como suponía sabía lo de las minas, estuviese tentado de poner la bomba sobre ellas en vez de en los astilleros. Tan solo tendría que localizarle para determinar el día X con una fecha posterior al 21 de agosto. Aunque... antes de todo eso, tendría que dar con él. Tenía que averiguar si lo habían liberado o no.

Miré a Guillermo alejarse. La verdad es que, aun habiéndole odiado con todas mis fuerzas cuando me ocultó lo de su matrimonio, ahora había días en que, sabiéndole tan sometido a su impuesto devenir, me inspiraba compasión. Eso, sin considerar que Lola, según crecía, se iba pareciendo más a su padre. Apenas había heredado nada de mí. Morenaza de piel blanca, con los ojos almendrados, los labios finos y la cabeza más bien pequeña, era una réplica en diminuto de su padre. Nada que ver con mis arias facciones.

El día que abandonase Cádiz después de cumplimentada nuestra misión, con aquella pequeña me llevaría su eterno recuerdo.

Con calma recogí todos mis bártulos de pintura, los guardé en el armario de la trastienda y subí las escaleras despacio tirando del pesado cochecito de la niña. Apenas abrí la puerta de casa y encendí la luz del salón, alguien me llamó desde la calle.

Al asomarme al balcón vi a Micaela. Como si estuviese lejísimos, se puso las manos en forma de altavoz alrededor de la boca para gritar sin necesidad de subir.

—¡Hace una noche de locura! ¿Me acompañas a la velada de los Ángeles?

Como un huracán, incapaz de permanecer tranquila, venía de nuevo a arrancarme de mis preocupaciones. Mi cara de desconcierto debió de ser todo un poema.

—Vamos. No seas perezosa. Es aquí al lado. En el parque Genovés. He quedado en la caseta de la sociedad para tomar algo con la directora del colegio alemán. Te gustará. Hablaremos con ella y otras más de cómo organizaremos la disposición de las mesas petitorias para el día de la fiesta de la flor. ¡Podrías ser postulanta con ella en la que pondremos en esta misma plaza!

Seguía sin entender nada, a excepción de lo de la caseta, que el día anterior a la busca de la nota inexistente de Manolo en el fanal había visto montar en el parque. Parecía la clásica de feria cuajada de luces y farolillos. La verdad es que no me apetecía en absoluto, pero no me vendría mal salir un poco a tomar el aire para después pensar con más claridad sobre cómo poder liberar a Manolo.

—¡Sube! Tengo que acicalarme un poco.

Cruzándose el vaporoso fular que llevaba colgado al cuello, la vi entrar resuelta por el portón principal. Un segundo después tocó al timbre reiteradas veces. ¡Dichoso culo inquieto! Abrí la puerta dispuesta a recibir sus primeros rapapolvos.

—¡Qué cara tan pálida! Hija, si pareces transparente. ¿Es que no has bajado todavía a la playa? Mañana te vienes conmigo, merendamos algo en nuestra caseta y vemos las carreras de caballos de playa Victoria.

Aún no habíamos salido aquella noche y ya me agotaba planeando el día siguiente.

—Siéntate frente al tocador y veremos qué podemos hacer.

Al ver mi peluca negra, la cogió con cara de repugnancia y, como si fuese una rata, la tiró al suelo de un rincón. ¡Como si alguna doncella fuese a venir a recogerla!

—¡Hija, qué espanto! Es que no sabes que el rubio está de moda. Todas

tiñéndose el pelo de tu color y tú, que lo tienes natural, poniéndote pelucas morenas. Menos mal que tienes base, que si no...

Con una mano en el cepillo y la otra tirándome de la coleta, me señaló con la mirada el bolso que había dejado encima del tocador.

—Coge mi *clutch* y saca el recorte del periódico que te he guardado. Mientras te peino, lee el artículo que ha dedicado José María Pemán a la fiesta de las flores y te pones al tanto.

Desplegando la hoja sábana del *Diario de Cádiz* leí el titular. «No se pelea con flores». Al parecer, aquella fiesta consistía en recaudar el máximo de dinero para los enfermos de tuberculosis o peste blanca, como allí la llamaban. La pobreza y las penurias pasadas obligaban a las señoras pudientes a ser generosas con los más desfavorecidos y a entregarse en cuerpo y alma a ese tipo de menesteres caritativos. La mujer de Guillermo, por poner un ejemplo, pertenecía a otro grupo de mujeres llamadas las Damas del Carmen, que ayudaban a familias pobres.

Leía el artículo sin mirar al espejo al tiempo que le iba pasando las horquillas que me demandaba. Micaela, armada con laca y cepillo, se empeñaba en hacerme un laborioso peinado consistente en dos rollos victorianos a derecha e izquierda de la raya de la cabeza. Concentrada en mi lectura, aguanté los cuatro primeros tirones hasta que, cansada, le quité el cepillo de la mano, me miré al espejo y, horrorizada por el resultado, en un santiamén deshice todo su trabajo.

Micaela, acostumbrada a que nadie la llevase la contraria, frunció el ceño.

—Perdona, ya sé que es la última moda, pero a mí personalmente me gusta mucho más llevar el pelo a lo Rita Hayworth en *Gilda*.

Mirando desde atrás el sencillo resultado de mi peinado, pareció complacida.

—No quiero discutir. Es una pena, porque con esa melena tan larga podría hacer maravillas, pero tengo que reconocer que no te queda mal. Como a esa actriz, te da un cierto aire salvaje.

Abrió la polvera, tomó el pompón de piel de conejo que tenía en ella y me espolvoreó toda la cara hasta casi hacerme estornudar. Me pintó los ojos y, como colofón, sacó de su bolso una barra de carmín de color rojo rabioso.

—Te lo presto. Es la última tendencia de Christian Dior. Píntate los labios y date un par de toques en las mejillas que luego expandiremos a modo de colorete. Ahora solo te falta un cinturón ancho que te marque la cintura.

Me levanté a buscarlo en el armario cuando me miró con aire de reproche.

—A ver la manicura. Pero... ¡si no llevas medias!

Aquello pasaba de castaño oscuro. Porque la conocía y sabía que no tenía malas intenciones que si no... Me estaba cansando de que jugase conmigo como si fuese su muñeca preferida. ¿Medias con el calor que hacía? No pude callarme.

—¡No soy tu Mariquita Pérez! Micaela, hace un calor de justicia. Si te hace ilusión me pinto la costura por la parte de atrás como hacíamos en la guerra cuando a falta de ellas las simulábamos, pero si te soy sincera, lo encuentro de lo más absurdo.

Lola, a gatas por el suelo, había estado jugando entretenida con la peluca hasta que, cercana la hora de su cena, empezó a lloriquear impaciente. Le estaba preparando el biberón cuando sonó el timbre. Micaela sonrió.

—Debe de ser Ambrosia, mi ama de toda la vida. Me cuidó de bebé y luego cuando de niña enfermé y me fui a vivir a casa de mi abuela. Viene a encargarse de ella. Hace años que no ve un bebé y te aseguro que la dejamos en buenas manos.

Ella misma la abrió la puerta y le puso a la niña en los brazos. Como casi todas las amas de cría que conocía estaba entrada en carnes. Lola, atraída por los destellos de sus aretes, inmediatamente echó mano a uno de ellos. Tenía desgarrados los agujeros y temí por que pudiese terminar de arrancárselos de un tirón. Al apartarla la mano, aquella mujer desdentada sonrió abrazándola entre sus voluminosos pechos. Lola sin extrañarla siquiera le dedicó una alegre mirada.

—Angelita, déjela. Una ya está acostumbrada. —Uniformada en un sobrio gris, tan solo adornaba su vestido el cuello, los puños y un mandil blanco rematados con puntillas pulcramente encañonadas—. Déjemela siempre que quiera —me dijo, alzándola al aire mientras ella le correspondía con una carcajada.

—Se lo agradezco de corazón.

—¡Qué tontuna! Es para mí un placer.

Micaela, consciente de que se estaba excediendo al no haberme preguntado siquiera si me apetecía dejarla en manos desconocidas, se mostró zalamera.

—Ya sé que me estoy pasando, pero... anda, Ingrid, déjate llevar. Ya ves que no hay nadie mejor para quedarse con ella. Hoy preciso de una amiga guapa a rabiarse a mi lado y nadie mejor que tú. Serás la exótica novedad que me ayude en mi conquista. Sé que quien me interesa va esta noche acompañado con otro amigo y por eso te necesito. No te pido nada más que lo distraigas un poquito

mientras yo le echo el lazo. Si todo sale como espero, quizá nos inviten el próximo sábado al tiro de pichón y quién sabe si tú no das con tu media naranja. Va siendo hora de que dejes ese luto de viuda que te acompaña.

Suspiré cansina.

—La velada de los Ángeles, las carreras de la playa, el tiro de pichón... Micaela, eres como la sal de todos los guisos. ¿Nunca te cansas?

Sonrió.

—La monotonía me mata. Tú acompáñame y déjate llevar, que no te arrepentirás.

El segundo que quedé en silencio oímos los tragos tranquilos de Lolita. El ama Ambrosia, sin que yo le dijese nada en absoluto, en un santiamén había puesto el camisón a Lolita, le había cambiado el pañal y ya le estaba dando el biberón. La niña, tranquila, empezaba a cerrar los ojos.

Asentí pensando en cómo aquella amiga mía no tenía nada que ver con la mayoría de las mujeres solteras que la rodeaban. De misa diaria, apenas salían de casa sin una carabina y mucho menos en busca de nadie en especial. Eran tan recatadas que incluso pedían permiso en el parque a sus madres o hermanas mayores para hablar con algún joven que las rondaba.

Micaela quizá fuese la única verdaderamente independiente. No le preocupaba en absoluto el qué dirán. Incluso parecía disfrutar tentando a las lenguas viperinas que pudiesen descuartizarla con sus cotilleos. Sabía que yo tampoco tenía que rendir cuentas a nadie, que yo había vivido demasiado como para actuar según lo esperado y aquello la atraía a mí irremisiblemente.

Velada de los Ángeles

Las olas de la Caleta, que es plata quieta,
rompían contra las rocas de aquel paseo
que al bamboleo de aquellas bocas
allí le llaman el Malecón...

Había coches de caballos, que era por mayo,
sonaban por la alameda, por Puerta Tierra,
y me traían, ay, tierra mía,
desde mi Cádiz el mismo son...

ANTONIO BURGOS, «HABANERA DE CÁDIZ»

Ya antes de cruzar la esquina pude escuchar el lejano murmullo de las gentes entre sones de guitarra. Desde lejos, como un cielo estrellado, distinguí el contorno de aquella carpa perfilada por cientos de bombillas encendidas.

Dejamos que nuestros pasos nos guiasen por aquel sendero de aromas a fritanga, mar y jazmín que llevaba a la velada de los Ángeles.

Aquella caseta estaba a rebosar. Izada en pleno parque Genovés, frente a los cuarteles y junto al paseo de Apodaca que daba al mar, apenas distaba unos metros de la farola en donde Manolo debería haberme dejado su mensaje de liberación.

Al entrar, Micaela se puso de puntillas para poder ver mejor sobre aquel océano de cabezas. Al no lograrlo, cogió una silla y, apoyada sobre mi hombro, tomó impulso para subirse a ella. Su expresión de alegría me indicó que, fuese quien fuese a quien estuviese buscando, lo había localizado.

—¡Allí está mi hermana María Luisa! —dijo, señalando a un punto fijo.

Saltó y cogiéndome de la mano fue abriéndonos paso entre el gentío hasta llegar a ella. Junto a María Luisa, estaban Casilda, la mujer del general Varela, y otras señoras casadas con vinateros de reconocido prestigio, como los Lacave, Abárzuza y los Gómez.

Sentadas en un corrillo alrededor de una mesa baja pintada en rojo con dibujos vegetales, como las típicas de las ferias, discutían acaloradamente sobre cuáles serían los lugares más transitados de la ciudad para colocar las mesas petitorias el día de la fiesta de las flores.

Detrás de ellas, los hombres, catavinos en una mano y sendos puros en la otra, fueron los primeros en vernos. Su hermano, galante como nadie, acudió raudo con dos sillas libres. Micaela, como siempre, lejos de achantarse por el observar masculino se irguió más. Algo que no les pasó desapercibido a las demás. Al tomar asiento se hizo el silencio. Estaba claro que, a Micaela, París la había ido puliendo de una manera mucho más moderna y cosmopolita que las del resto de las de su entorno y aquello levantaba ampollas.

La hermana de Casilda rompió el hielo presentándome a la directora del colegio alemán en Cádiz. Ella, al enterarse de mi procedencia, se alegró y quiso hacerme partícipe de todas sus inquietudes docentes.

Ella era española, pero estaba casada con un alemán y quería educar a sus hijos según su tradición. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que había otros muchos amigos que, como ellos, deseaban educar a sus hijos según la estricta educación germanófila y, a falta de *Fraüleins* que empezasen enseñándoles el idioma, ella había decidido facilitarles la labor abriendo un colegio dedicado a esos menesteres. Eran tantas las plazas que solicitaban, a pesar incluso de haber perdido la guerra, que estaba construyendo una ampliación en el barrio de San Severiano para los más pequeños, donde quizá en un futuro podría matricular a Lola.

¡Si apenas acababa de nacer mi niña! ¿Cómo podría pensar en el colegio a donde iría? Y además... a saber dónde estaríamos nosotras cuando ella estuviese en edad de comenzar a estudiar.

Aquella mujer hablaba tanto y tan rápido que apenas tardé dos minutos en perder totalmente el interés por lo que me contaba. Claro que... a ella aquello tampoco parecía importarle demasiado.

Centré mi mirada en el fondo de la carpa para ver si así se daba por aludida y se callaba un poquito. Al fondo, sobre el tablao y rodeada por mucha gente de pie, una gitana y su acompañante representaban una de las escenas de la película *Embrujo*, imitando a Lola Flores y a Manolo Caracol. Acompañados por las palmas, dos guitarras y una caja flamenca, taconeaban sin cesar.

A punto estaba de levantarme para acercarme cuando me sobresalté al distinguir a un hombre y a una mujer. Al principio no di crédito a lo que veían

mis ojos. ¡Eran Frías y Carmela! ¿Desde cuándo estaba él en la calle?

Sin poder resistir un minuto más la curiosidad, me levanté de la mesa dejando a mi interlocutora con la palabra en la boca. Las demás, sumamente concentradas en señalar sobre un mapa las ubicaciones y nombres de las participantes en las diferentes mesas petitorias, ni siquiera se dieron cuenta de que me iba.

Carmela, al verme, sonrió contenta, cogió del brazo a Frías y vino a presentármelo. Como era de esperar, fingimos no conocernos, a pesar de que a mí me hubiese encantado abofetearle. Imaginé a Manolo revolcándose con Carmela y me causó repulsión. ¿Cómo un hombre tan impávido podía ser a la vez tan ardiente?

Carmela me lo mostró como si se tratase de un trofeo.

—Cuánto tiempo sin verla. ¿Cómo está mi Lolita? Este es mi Pepe.

Le miré inquisitorialmente e ignorándole me dirigí a Carmela directamente.

—¿No le habían detenido?

Según pronuncié esas palabras me di cuenta de mi metedura de pata. La última vez que la había visto fue la noche de su detención al regresar a casa y no le dije nada al despedirla. Gracias a Dios, Carmela no cayó en ello.

—Solo lo trincaron un día. Cuando lo soltaron se vino *pa casa a carajo sacao*** y tuve que cuidarlo porque enfermó. A saber qué le dieron en el cuartelillo de manduca. La medicina del doctor Agustín Bernal, ese que está en la calle San Francisco, ha *consegúio* curarle.

Si las miradas matasen, la que yo le dediqué a Frías lo acribilló.

—¿Qué fue lo que tuvo?

—¡Un *bastinazo*!

La miré confusa. Resopló.

—*To* hay que explicárselo. ¡Una *tripotera mu* mala!

—No sabes cómo me alegro de que ya esté bien, Carmela. ¿Y ha conseguido usted ya trabajo?

La pinche de la casa cuna le apretó aún más contra sí.

—*Antié* empezó de suplente en los talleres de los astilleros y eso nos dará buenas perras *pal* resto del verano, aunque ahora estamos *boquerón* —o sea, pobres—. Hoy he *dejao* a las niñas con las monjas y hemos *salío* a celebrarlo.

Era como si a Frías se le hubiese comido la lengua el gato. Había pasado más de un mes desde que lo soltaron y ni una sola nota. ¿Por qué? Su

enfermedad podría haber servido de excusa si no fuese porque ahora lo veía más sano que una pera. ¿Es que ya no me necesitaba?

Quizá, como yo había hecho antes, se había aprovechado de Carmela para trazar un plan diferente al que yo le propuse al principio. Podría haber conseguido todos los componentes del explosivo en cualquier droguería o botica. Podría haberse puesto en contacto con otro enlace para que le facilitasen otro reloj de retardo y, quizá, junto a la misma Carmela, asimismo podría haber conocido la entrada de las cuevas de María Moco que yo le enseñé sobre el mapa.

Demasiados quizás y muy pocas respuestas. Sentí como si ya no me necesitara. Tenía que hablar con él lo antes posible y como fuese. Disimulé retomando la conversación.

—¿A celebrarlo sin nada en la mano?

Carmela se sacó el bolsillo del vestido para mostrarme que estaba vacío.

—Toma un billete de cinco pesetas y pide unos vinos para regar la noticia.

Carmela casi me lo arrancó de la mano.

—Voy yo, que la barra está *petá*. Conozco al camarero y me colará. —Miró a Frías rozagante de felicidad—. ¿Has visto que *güena* es Ingrid?

Carmela debía de haberle hablado de mí. Y estaba claro que en aquel tiempo habían llegado a intimar. No quise recelar de ello, convencida de que Manolo compartía su cama para cumplir con la misión tal y como yo hacía con Guillermo. ¿O no?

Carmela, aireando el billete, satisfecha, comenzó a esquivar al gentío en dirección a la barra.

Aproveché que estábamos solos para hablar con él. Procuré medir mis palabras de modo que nada sonase a reproche. No sabía qué razones podría haber tenido para mantenerme tanto tiempo en vilo y tampoco se las preguntaría. Hacerlo hubiese sido como alentarle a mi rechazo.

Acariciándome el antebrazo enguantado, se acercó peligrosamente a mi oído para susurrarme:

—No sabía que te codearas con esos *remilgaos*. Estás guapísima.

Contuve como pude la sacudida que me produjo el simple roce de su resuello acariciándome la oreja. Micaela y el resto de su grupo estaban bastante lejos, por lo que intuí que Manolo me había localizado mucho antes de que yo lo viese a él.

Frunciendo el ceño, di un paso atrás buscando un espacio razonable entre

los dos. ¿Cómo podía pensar en eso ahora?

—Escúchame, porque no tenemos mucho tiempo que perder y ya es hora de retomar lo nuestro. ¿Conoces las cuevas de María Moco?

Como suponía, asintió.

—He estudiado el terreno y sé dónde está la entrada.

—Bien, pues si te parece quedamos dentro de una semana exacta allí mismo sobre las doce de la mañana. Aún tengo que darte el paquete. Es buena hora, porque la gitana aprovecha esas horas para salir a la playa con sus hijos a trincar lo que muchos bañistas dejan de vigilar.

Algo en su expresión me hizo intuir su reticencia. ¿Qué pasaba? ¿A qué venía ese desinterés repentino por la misión? ¿Y si no era por el cometido sino por mí por quien había perdido el interés? Tenía que pincharle como fuese.

—No me falles. Aún no hemos fijado una fecha y tengo nuevas noticias.

Pasó de reticente a sorprendido.

—¿Cuáles?

Carmela regresaba ya con los tres catavinos en las manos y apenas pude susurrar:

—Las sabrás el día 16. Antes no hagas nada que yo no sepa. Hay movimientos inesperados por la zona que sin duda ignoras.

Quería sonsacarme, pero la cercanía de Carmela le impidió insistir. Quisiese o no, tendría que acudir a mi encuentro si quería saber de qué se trataba. Al brindar con ellos, sentí una mano posarse en mi hombro. Era Micaela, que me miró con desconcierto. Se los presenté.

—Micaela, esta es Carmela. Trabaja en la casa cuna y a... —me hice la despistada—... ¿Pepe?

Carmela asintió. Micaela ni siquiera hizo el amago de tenderles la mano. Con un simple qué tal, se dirigió a mí.

—Te lías sola y no sé muy bien qué haces. Llevamos más de media hora esperándote para cerrar las mesas petitorias y estoy deseando terminar con esto para atacar a quien tú ya sabes.

Con un golpe de cabeza me señaló a dos apuestos hombres que acababan de llegar. Recordé lo del encuentro fortuito que teníamos que fingir las dos con aquel que tanto le gustaba y supe que uno de ellos debía de ser el agraciado.

—Vamos.

Sin darme tiempo a contestar, me quitó la copa de la mano para entregársela a Manolo. No estaba bien que una señora pasease copa en mano por el local.

—Tómatela a nuestra salud.

Frías, sonriendo, la alzó al aire y de un trago la terminó.

Micaela tiró de mí para guiarme al lado de aquellos jóvenes. Ni siquiera me preguntó más por ellos y por una vez agradecí aquella asquerosa indiferencia que a veces demostraban hacia los más humildes.

El resto de la noche la pasé aguantando los envites del amigo del elegido por Micaela para dejarle espacio a sus pretensiones. Tenaz y seductora, terminó por embaucar al susodicho.

Volví a casa acompañada por los tres y con otros mil planes absurdos previamente trazados por Micaela para el día siguiente.

Tras despedir al ama Ambrosia, me metí en la cama junto a Lolita para afrontar otra noche de insomnio.

Hubo un tiempo en que procuraba disfrutar con todo aquel alterne a que Micaela me tenía sometida. En aquella pequeña ciudad, donde todos se conocían desde niños, sabía que le entusiasmaba pasear a mi lado para presentarme como la última novedad.

Aunque me disgustase, la seguía como su perrito faldero, a sabiendas de que aquella sería la única manera de poder inmiscuirme en los círculos más elitistas de la ciudad.

Más tarde, al aceptar la misión, seguí dejándome llevar por ella pensando en que no habría una coartada mejor para pasar desapercibida. Pero ahora que todo había cambiado, cada vez se me hacía más insoportable cumplir con aquel cúmulo de banalidades.

Mis pensamientos tan solo estaban en una cosa, nuestra misión y en cómo lograr que Manolo no actuase hasta el momento más idóneo. ¡Dichoso encargo! Con gusto habría desistido ahora que por fin parecía haber encontrado mi lugar.

Aun logrando que la explosión se produjese después del 21 de agosto para causar el menor estrago posible, procuraba evitar como al demonio pensar en sus probables consecuencias.

Al contrario que en París, allí en Cádiz, bien podría conocer a alguno de los damnificados y aquello me quitaba el sueño aun sin haberse ni siquiera materializado.

¿Un resquicio de conciencia? No sabía. Aquel era un lejano sentimiento que recordaba haber tenido en Colonia, justo antes de confesarme y al hacer acto de

contrición los domingos cuando acompañaba a mis padres y abuelos a misa. Nimiedades comparadas con todo lo que me había visto obligada a hacer desde que me convertí en espía de la Gestapo. Y ahora... el recuerdo de África me causó repulsión, por ella había pasado a formar, en cierto modo, parte de los servicios secretos de la KGB.

Después de perder a todos los que más quería sin comprender el porqué de mi infortunio, me enfadé con Dios y hacía más de cinco años que no había pisado una iglesia. La costumbre de bautizar a los niños recién nacidos y con sus madres aún restableciéndose del parto también me había excusado de acudir al bautizo de Lola.

Más de un domingo por la mañana me había tenido que disculpar con Micaela cuando venía a recogerme tocada con su velito y armada con un misal y un rosario en las manos para acompañarla a misa. A ella, al contrario que a mí, la pasada guerra la había acercado un poquito más a Dios.

Abrasada por la inconsciencia
10 de agosto de 1947

Cádiz levanta hasta el sol
 su blanco y su azul... despacio...
 Indiferente y tranquila
 la ciudad vive despacio...,
 y un mar redondo y caliente
 la ciñe con lento abrazo.

VICENTE CARRASCO, «ROMANCERO LENTO»

Me levanté empapada en sudor. Hacía levante en calma y se notaba. Vestí a Lolita con un faldón de tirantes y me dirigí, como había quedado la noche anterior, a casa de Micaela, en la calle Ancha.

Después de dejar a la niña en brazos del ama Ambrosia, subí la inmensa escalinata del palacio. A mitad del recorrido me paré para mirar hacia arriba. La montera que cubría todo el patio tamizaba la luz exterior. Todas las estatuas que flanqueaban la escalinata y la rica galería de arriba parecían estar observándome. Esperé a que cesasen las doce campanadas de los cientos de relojes que coleccionaban en aquel palacio para continuar.

Vestida con una gran pamea y un vestido cruzado, me esperaba rebuscando en un cesto que tenía al lado de una radio-tocadiscos de la marca Echophone. Aquel era un novísimo y prohibitivo aparato de música que causaba furor.

Agachada como estaba, me tendió un disco.

—Antes de irnos, quiero escuchar este cuplé. Es una versión de «Frou Frou» cantada por la argentina Libertad Lamarque. ¡Me recuerda tanto a París!

Con sumo cuidado levanté la aguja del *pick-up* para ponerla sobre el curioso vinilo de color rojo y posé la aguja para accionar el mecanismo. Apenas comenzó a dar vueltas, ella empezó a bailar.

—¿Sabes que frou-frou es una onomatopeya del sonido que provocan las sedas de las faldas al frotarse entre sí? Estoy encantada porque Juan me ha mandado un recado esta mañana. —Alzó la mirada al cielo antes de suspirar—. Está deseando vernos. Nos encontraremos con ellos en la playa y luego nos acompañarán a las carreras de caballos por la playa. Esto parece que va en serio. Vendrá con su amigo, así que no me puedes fallar. Ambrosia me ha dicho que se quedará con Lolita todo el día. ¿Has traído el traje de baño? —Me limité a asentir. Ella me apremió—: Pues vamos. Ah, y toma, guárdalo en tu capacho. Te lo compré en un anticuario y se me ha olvidado dártelo.

Era una pequeña porcelana de *biscuit* que representaba a una cabaretera del Moulin Rouge, tipo las de Toulouse Lautrec.

—Me encanta. No tengo nada parecido. Lo dejaré aquí, si no te importa, porque si no se me llenará de arena.

—Lo que tú quieras, pero vámonos —contestó, impaciente.

Afuera nos esperaba el coche para llevarnos a playa Victoria. El chófer en el maletero llevaba el picnic y las toallas. Al llegar, aparcó y cargó con todos los bártulos hasta dar con la caseta de la familia de Micaela. No fue fácil, ya que había una veintena del mismo color y hechura.

Al cobijo de aquel diminuto cuartito pintado de rayas rojas y blancas, nos pusimos el traje de baño. Antes de salir, me miré en el espejo de cuerpo entero que pendía por detrás de la puerta y recordé el comentario de Manolo aquella noche en la pensión del Marqués al verme desnuda. Aunque mantenía mi figura, después del parto de Lola, había ensanchado de caderas. Tiré hacia debajo de la faldita de mi Jensen, me puse el sombrero, las gafas de sol y seguí a Micaela, que, incapaz de estarse un segundo quieta, ya caminaba sombrilla en mano en dirección al mar.

Indignada con unas niñas que bailaban «La raspa» en círculo, impidiéndole el paso, a punto estuvo de darles con ella en la cabeza.

Había marea baja, tuvimos que andar bastante para llegar a la orilla y varias mujeres vestidas con sus batas de verano nos miraron inquisitorialmente. Micaela, consciente de la expectación que provocábamos, sonrió.

—No sé qué dirían si hubiésemos venido con un traje de baño de esos de dos piezas que mi amigo Louis Rèard ha diseñado en París. —La miré desconcertada—. Sí, hija —continuó explicándome—. Es tan pequeño que resulta más impúdico si cabe que aquel que llamaron Átomo, de Jaques James, cuando yo era más joven. Es tan escandaloso que, para presentarlo en su desfile,

tuvo que contratar a una maniquí nudista del casino de París. Michel Bernardine, creo que se llamaba. Fue ella misma la que dijo que se sentía más explosiva que la bomba de Bikini. Claro que... ¿Te imaginas a todas esas orondas señoras, con sus blancas carnes bamboleantes al sol? ¡Menos mal que, aparte del recato, existe la vergüenza ajena!

Ya estábamos otra vez con esos frívolos prejuicios. ¿Cómo podía ser tan incisiva?

La voz de Guillermo llamando a uno de sus hijos me sobresaltó. A pocos metros de la orilla estaba haciendo un castillo de arena. ¡Qué escena tan diferente a las que normalmente vivíamos juntos!

Me tapé la cara con la pabela para observarle sin ser vista. Parecía resignado hasta que por fin apareció su mujer con el cochecito del más pequeño. Desde el camino prácticamente le ordenó a voz en grito que los vistiese y se los mandase para ir a comer. Después de entregárselos, apenas le faltó tiempo para ponerse la camisa e irse disparado a tomar un aperitivo al chiringuito.

Con sumo cuidado, nos pusimos los gorros de baño cuajados de flores de colores y saltamos al mar. Tumbada boca arriba en plancha me quedé mirando fijamente al cielo. Las nubes blancas pasaban lentamente por el firmamento. Agradecí aquella sensación de bienestar y el cambio de temperatura fue esclareciendo mis ideas.

Guillermo no era un mal hombre, no tanto como Frías, simplemente se dejaba arrastrar por el convencionalismo de una vida impuesta. En cierto modo, le había cogido cariño. Al fin y al cabo y a pesar de que yo pronto tendría que dejar Cádiz, él nunca dejaría de ser el padre de Lolita.

Micaela palmoteó el agua para salpicarme en los ojos y arrancarme de mis ensoñaciones.

—Deja de jugar a Esther Williams y salgamos del agua, que por allí vienen Juan y su amigo y no quiero que me vean con este absurdo gorro.

Señalaba a un punto lejano en la orilla. Tanto que me costó identificarlos entre todos los paseantes. Envidié su vista de águila.

—Carlos. —Me miró confusa—. Digo que su amigo se llama Carlos —aclaré.

Estaba tan obcecada con Juan que el resto le daba exactamente igual.

—Lo que tú digas, pero acelera, que ya están muy cerca.

Salimos y, mientras ella se arrancaba el gorro de goma y se peinaba, yo me dispuse a desplegar el mantel de cuadros bajo la sombra. Sacaba los platos,

vasos y cubiertos del cesto de picnic cuando sentí su presencia.

Vestidos con una guayabera sobre el traje de baño y sendos panamás, se sentaron a nuestro lado para comer. A lo lejos, junto al muro, vi a María Moco con sus niños paseando por entre el gentío y pensé que aquel día debía de estar haciendo su agosto, nunca mejor dicho.

Hablamos de mil cosas. De actrices, de Evita Perón, del discurso de Churchill... etc. Al terminar, nos turnamos para entrar a vestirnos en la caseta e ir a las carreras. A lo lejos se veían las gradas y a la policía acordonando la orilla por donde pasarían los jockeys.

Vi las dos primeras. La gente apostaba con frenesí y yo lo hice en una ocasión a unas gemelas que me recomendó Juan. Perdí y, cansada ya de estar todo el día fuera de casa, me excusé con Micaela para regresar junto a Lola. Al ofrecerse Carlos a acompañarme, ella no puso ningún reparo. Aquello le brindaba la oportunidad de quedarse a solas con Juan y a esas alturas del día confiaba en su éxito sin necesidad de carabinas alrededor.

La semana pasó rauda hasta que llegó el día de mi cita con Frías. Como solía hacer siempre que iba por el barrio de San Severiano, dejé a Lola en la cercana casa cuna al cuidado de Carmela para dirigirme por Tolosa Latour hacia la calle Tamarindos.

A la altura del descampado, aprovechando la sombra de un árbol, me detuve para esperarle. Me chistó desde la entrada de lo que se suponía la casa de María Moco. Como imaginaba, la gitana debía de estar en la playa. Nada más encontrarme en la penumbra junto a él, le tendí el capacho.

—Aquí lo tienes todo. Los mapas y la bomba con su mecanismo. Solo falta que la termines de ensamblar. Revísala antes, porque ya hace meses que la guardo y ten cuidado porque puede haberse degradado. Ahora hemos de elegir el día X. A ti te dejo medir los tiempos de actuación y no olvides que necesitarás una tenaza para romper la cadena que asegura la puerta que accede a las vías.

Sonrió.

—Cualquiera diría que tienes prisa.

Negué. La verdad era que aún andaba enfadada con él por haberme tenido en vilo tantos días a pesar de su enfermedad. Intenté cambiar de tema.

—¿Cómo lograste escapar de la Guardia Civil?

Enarcó las cejas abriendo mucho los ojos.

—¿De verdad que te preocupaste?

Preferí mantenerme en silencio. Por nada del mundo se lo reconocería y lo debió de presentir, así que optó por contármelo.

—No tuve que escapar porque ni siquiera llegaron a detenerme. Me buscaban para hacerme unas preguntas nada más. Al haberme entregado voluntariamente pecaron de confiados. Eso, unido a que me suponían un soldado de la División Azul, acabó por disipar cualquier duda sobre mi identidad. Fuese quien fuese el falsificador del pasaporte, hizo un buen trabajo. Según transcurría el interrogatorio, fui descubriendo el porqué de mi detención. La casualidad me ayudó, ya que, al parecer, el tal Pepe, como yo, también tenía la cicatriz de una antigua herida de bala a la altura del hombro.

Asentí, acariciándole la de la comisura de sus labios.

—Por otro lado, otro primo de Carmela había atestiguado que Pepe tenía una uña de la mano enferma y ennegrecida. Fue fácil convencerles de que hacía años que la había perdido y que la nueva, a la vista estaba, me había crecido sana. Al final, cansados de lo que consideraron pruebas absurdas, archivaron la denuncia, me invitaron a comer de su rancho y me dejaron libre. Lo de la *tripotera* no sé a qué fue debido, la verdad.

—¿Al susto quizá? —bromeé.

Sonrió.

—¿De verdad crees que a estas alturas de la vida alguien me puede aterrorizar como para que se me corte la digestión?

Cogiéndome de la mano, encendió el Zippo para guiarme por el túnel hasta la salida de la Base de Defensas Submarinas. Pocos metros antes de llegar, abrió el cesto, analizó el contenido minuciosamente, se arremangó y, pegado a la pared, excavó un pequeño agujero en la tierra del suelo para enterrar la bomba.

—¿La vas a dejar aquí? ¿Y si alguien la encuentra?

—¿Dónde mejor? Seguir paseándola por las calles es lo peor y, que yo sepa, este no es un lugar transitado. Hasta el día X, solo tú y yo sabremos dónde está.

Suspiré.

—Pues supongo que ya está todo. Conoces el camino, tienes un objetivo claro y el explosivo para minarlo. Ya no me necesitas para nada más. Aquí nos toca despedirnos después de fijar una fecha.

Cogiéndome de las nalgas me empujó hacia él hasta estrujarme contra sus caderas. Estaba excitado.

—¿Eso es lo que de verdad quieres?

Solo con un largo y apasionado beso logró despertar el deseo en mí. El final se acercaba, esperaba que todo fuese bien, pero... ¿y si no? Quizá aquella fuese la última vez en mi vida que pudiese hacer el amor con tanta pasión. La casualidad nos había hecho coincidir por segunda vez y, con toda probabilidad, no nos brindaría una tercera oportunidad. Sin oponer resistencia, me dejé llevar.

Tumbada sobre el suelo, no me importaron ni la arena, ni las cucarachas; ni siquiera el desagradable chillido de una rata cercana. Sabía que aquel hombre jamás sería el idóneo para nada serio, pero el ardor que provocaba en mí su simple tacto anulaba mi capacidad de raciocinio.

Como animales en celo, nos dejamos llevar por ese arrebató como si no hubiese un mañana. No hacía falta que me lo dijese, pero intuí que Carmela no le había ni mucho menos satisfecho.

Al terminar, aún jadeante, no pude más que volver a pensar en la misión, en lo que me podría estar ocultando y en lo que yo debía ocultarle a él.

—¿Has localizado ya el *Juan de Austria*? Diste con el barco que más daño les puede hacer destruido. Su buque insignia.

Apartándome el pelo de la cara, sonrió.

—¿Olvidas que desde hace una semana trabajo en él? Ya tengo elegido el lugar idóneo. Probablemente lo pondré en el sollado de popa, junto al mamparo que da a la sala de máquinas. Así dañaremos su estructura mucho más. Pero, aparte de eso, hay algo que me preocupa. Me dijiste en la velada de los Ángeles que había movimientos en la base. ¿Hay algo que deba saber más antes de atentar?

Mirando al agujero abovedado por donde entraba la luz de la salida, tragué saliva pensando en la mudanza de las minas entre el 19 y el 21. Inventaría una buena excusa para que, cuando cruzase por allí, ya no quedase ni una. Mentí con la esperanza de que no me leyese el pensamiento.

—Podríamos hacerlo ya, pero aún tendremos que esperar una semana. — Me miró expectante—. ¿Has oído a la rata hace un momento?

—Estaba a otras cosas —dijo con una sonrisa pícara.

Preferí no seguirle la broma, concentrándome en hacer verosímil mi fábula.

—Pues resulta que no está sola. Esto está infestado de ellas y, por casualidad, me he enterado de que van a aprovechar el trasiego de una mudanza para que un equipo de fumigación las elimine. Han empezado hoy mismo a trabajar y necesitarán casi una semana para terminar en todo el recinto. Harán

turnos noche y día y con toda seguridad reforzarán la guardia al tener personal civil deambulando por zona militar. Sería estúpido no esperar una semana.

Se quedó pensativo.

—Eso nos lleva al día 22.

—Como mínimo —asentí—. Recuerda que el momento más propicio para cruzar por la puerta del muro hacia las vías que dan a los astilleros es la hora del arriado de bandera. Según mis cálculos, el ocaso será a las ocho y ocho minutos de la tarde. Ten en cuenta, además, que la luna estará en cuarto creciente, así que después de colocar el artefacto podrás regresar a las cuevas abrigado por una oscuridad casi total.

—Una pena —resopló—, porque justo ayer fue nueva y la negrura estaba garantizada.

—Ahora sería un suicidio —insistí.

No parecía agobiado por la premura. Al acariciarse el lóbulo de la oreja, supe que algo estaba maquinando.

—Sintonizaré el reloj para que explote una hora y pico después, para darme tiempo a la huida —susurró.

Me ayudó a levantarme del suelo y encendió su Zippo para guiarme hacia lo que era la casa de María Moco. Odiaba las despedidas y no convenía salir juntos, así que me adelanté.

—Aquí nos separamos.

Incapaz de mirarle a los ojos, di el primer paso hacia afuera, cuando noté cómo me cogía fuertemente de la mano para frenarme.

—Tengo una barca de pescadores atracada en el puerto más cercano a los astilleros. Allí la gente es humilde y la viuda de un pescador me la ha vendido a buen precio. Te llevaría conmigo, pero ya sabes que no puedo. Es la única manera de impedir que nos cojan juntos, si es que lo hacen.

Cabizbaja y con un nudo en el estómago, tan solo pude mascullar:

—Lo sé. De todos modos, aún tenemos una semana para vernos de nuevo antes de un hasta siempre.

Se limitó a negar con la cabeza, sin más. Poco a poco, aflojó la mano para dejar que sus dedos se deslizasen entre los míos. Me costó desasirme de él. La idea de no volver a verlo nunca más en mi vida me estranguló por dentro. Solo pude mitigar mi incertidumbre pensando que quizá, ante un futuro incierto, siempre podría ir a buscarlo allá donde estuviese. Necesitaba una referencia, por muy remota que fuese.

—¿Volverás a Toulouse?

Inmerso en sus pensamientos, no me contestó. Acariciándome la cara, me miró fijamente a los ojos.

—Quién sabe. Ahora me esperan en Alcalá de Henares para provocar más fuegos en un polvorín. Aparte de eso, no puedo contarte más porque ni yo mismo sé lo que me aguarda y, aunque lo supiese, bastante te he dicho ya. Igual que yo no te pregunto por tus futuros planes tampoco, tú tampoco deberías hacerlo. Solo te pido una cosa. A partir de hoy, aléjate lo máximo que puedas de este barrio. No conviene que te vean merodeando por aquí.

—Había pensado subir a lo alto de la muralla prismáticos en mano, para asegurarme de tu maniobra —bromeé.

Sujetándome la barbilla con fuerza, me obligó a mirarle a sus vidriosos ojos antes de resoplar sobre mi cara. El mismo aliento abrasador que hacía tan poco me había hecho vibrar de placer ahora se tornaba repulsivo. Impregnadas mis fosas nasales de su fétido odio, intenté zafarme, pero no pude.

—¡Escúchame! Ya me has ayudado suficiente. ¡Me has oído! A partir de esta misma tarde procura estar muy lejos de aquí. Tanto como esta diminuta ínsula dé de sí.

Tuve que esconder mis manos para que no percibiese mi temblor. Sabía perfectamente qué alcance podría tener la bomba que había fabricado estallando en el interior de aquel barco y, sinceramente, no comprendía a qué se podía deber su repentino nerviosismo. Por algo le apodaban Frías.

Incómodo por haber dejado aflorar sus sentimientos, chasqueó la lengua y, sin más, salió disparado. Aquella reacción era del todo sorprendente en él. Tardé en sosegarme antes de poder dar un paso.

De camino a casa pasé frente al patio de la casa cuna. Una docena de niños de entre tres y cinco años jugaban a la gallinita ciega dirigidos por una de las monjas, y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

La certeza de que Frías sabía desde siempre lo de las minas submarinas hacinadas en la base cayó sobre mí a plomo. ¿Y si también estuviese al tanto de su traslado? Lo de las ratas era lo de menos, lo de la mudanza probablemente era lo que a él le podría estar preocupando más. Le conocía y ante aquella probabilidad seguro que adelantaría la fecha de la acción. ¡Quizá a esa misma noche!

Si era así, mi bomba no sería más que una chispa al lado de la hecatombe que provocaría. Un insignificante detonante que al explotar por contagio haría

volar todo el arsenal, sembrando de muerte los alrededores. Solo eso y el poco cariño que me tuviese podrían haberle hecho quitarse la gélida careta que portaba para advertirme.

Fue entonces cuando reparé en lo que me acababa de decir. «Me esperan en Alcalá de Henares para provocar más fuegos en un polvorín». Eso significaba que debía de tener información sobre estos depósitos de antemano y, por lo tanto, sería extraño que no estuviese enterado del peligroso tesoro que se guardaba en Cádiz.

Sonaba sarcástico comparar con fuegos de artificio el estallido de las trescientas toneladas de explosivos que allí había. ¡Tenía que hacer algo para impedirlo, aunque me costase la vida!

Trémulas congojas
Amanecer del 18 de agosto de 1947

Oh congoja del papel sucio que el viento
enarbola y abate, recorre las calles pisoteado
y luego cae al mar, se consume en las aguas,
último documento, pabellón del olvido,
orgullo del penúltimo español.
PABLO NERUDA, «ELEGÍA A CÁDIZ»

Después de despedirme de Manolo, el hielo se apoderó de mis sentimientos. Hacía un calor insoportable y, sin embargo, yo apenas dejaba de temblar. Aquella tiritona constante se debía al temor de poder escuchar en cualquier momento la detonación.

Insomne las dos últimas noches, aquel amanecer me levanté intentando no pensar en nada ni en nadie, pero mi cabeza no dejaba de bullir.

Tendría que estar empacando y hablando con la casera para dejar mi casa, pero algo en mi interior contenía este impulso. Quizá la secreta esperanza de que alguna buena idea podría aún ocurrírseme para detener semejante dislate sin ser descubierta.

Asomada al balcón, contemplé a las gentes que por la plaza pasaban, las mismas personas que, lejos de mirarme como a una forastera, me habían acogido con cariño y una alegría inusitada.

Ajenos por completo al motivo de mi desasosiego, mujeres y niños iban rumbo a la Caleta a bañarse. La mayoría se detenían en la fábrica de los Maier, unos comerciantes de origen italiano, para comprar una botella de su propia cerveza, gaseosas, soda o agua de Seltz.

Los más ancianos, amantes del secano, sentados a la sombra de un ficus, veían pasar la mañana charlando de sus cuitas. Otro grupo solía reunirse con los

amigotes en el bar de la esquina perpendicular de la plaza para, de pie alrededor de un tonel a modo de mesa, tomarse el primer carajillo del día.

Sabía que los ocho hoteles de la ciudad resultaban insuficientes para albergar a los cerca de cuatro mil veraneantes que venían dispuestos a exprimir al máximo sus vacaciones. Sabía que a la población local se unían muchos parientes del interior, la mayoría de Sevilla y Madrid, y aún se me erizó más el pelo suponiéndoles víctimas de lo que tan solo yo sabía que ocurriría.

Pero... ¿por qué demonios habría aceptado aquel encargo? Busqué una excusa que pudiese eximirme de culpa.

África, como la gran manipuladora que era, aprovechó el mejor momento para tentarme con su proposición.

Esperó pacientemente a que me encontrase recién parida, sola, desasistida y asustada ante la responsabilidad que Lolita me demandaría para reaparecer. Eso, unido al odio que por aquel entonces sentía hacia Guillermo al haberme defraudado, frustró cualquier posibilidad de negativa.

Me engañaba a mí misma con excusas. La verdad era que simplemente acepté el encargo por las ansias de venganza que me corroían y, lo que es peor, por la posibilidad que aquello me brindaba para volver a ser una amante del peligro. Algo que ahora aborrecía con todas mis fuerzas.

Definitivamente, tenía que dar marcha atrás. Como fuese tenía que corregir mi error, aun a riesgo de que los que hasta ahora habían movido mis hilos urdiesen represalias para castigarme por mi desobediencia. El miedo al castigo ya no me importaba.

Las horas iban pasando y no se me ocurrió más que una cosa. Iría a la cueva de María Moco a deshacerme del explosivo.

Lo cierto era que siempre podría existir la duda de que alguien hubiese pasado en el ínterin por aquella cueva. Lo importante era que Manolo no la encontrase al ir a buscarla.

Sabía que él era perfectamente capaz de fabricar otro de similares características, pero hacerlo desaparecer al menos me daría más tiempo para poder pensar en otra cosa un poco más efectiva.

Sin esperar ni un segundo más, me dirigí a casa de Micaela. Dejé a Lolita en brazos de Ambrosia y salí a toda prisa.

Apenas tardé media hora en cruzar la ciudad a pie y encontrarme en el lugar exacto donde la escondimos. ¡No estaba! Aquel agujero en la arena demostraba la evidencia de que alguien se me había adelantado.

Recordé sus palabras la última vez que nos vimos. «Solo tú y yo sabemos dónde está».

El único que podría haberla desenterrado era él, pero... ¿por qué? Estaba claro que la desconfianza entre los dos era mutua.

Quizá la hubiese cambiado de lugar.

A la desesperada, busqué otro agujero por los alrededores. Me dejé las uñas excavando en todos los lugares donde la tierra parecía estar removida recientemente y, a excepción de cucarachas, gusanos y ratas, no encontré nada más.

Piensa, Ingrid, algo se podrá hacer. Salí de allí para dirigirme hacia el pequeño puerto pesquero donde me había dicho que tenía la barca preparada para huir. Tal vez la hubiese escondido allí, pero había tantas y tan iguales que me fue imposible dar con aquella en particular. Fue entonces cuando me reproché a mí misma no haber ni siquiera intentado sonsacarle un poco más.

Exasperada, pensé que podría esperarle apostada en una esquina a que llegase para terminar con su vida, pero ni siquiera sabía cuándo lo pensaba hacer realmente, así que las guardias tendrían que ser eternas y al estar sola no tenía posible reemplazo. Eso sin contar con que al no disponer de un arma en casa no podría más que acuchillarle.

Jamás había matado a nadie. ¿Sería capaz de hacerlo en frío? Dudé de mí misma porque, si bien era cierto que había colaborado en muchos atentados, yo nunca los había perpetrado directamente. Él, en cambio... Lo conocía bien, y le creía capaz de desarmarme con una mirada nada más antes de quitarme la vida sin titubear.

¡Qué falta de arrojo el mío! Pensé entonces en denunciarlo como última alternativa, pero aquello hubiese sido como firmar mi paralela detención o, lo que era peor, la confirmación de mi deserción de la misión y, por lo tanto, mi sentencia de muerte en el caso de poder salir libre de la primera. Imaginar a mi pequeña Lolita como una residente más de la casa cuna me acongojó.

Para cada idea que se me ocurría encontraba un pero. Estaba atada de pies y manos.

De regreso a casa, aceleré mis pasos en un intento frustrado de mitigar esa estranguladora sensación de impotencia que me carcomía las entrañas. ¡Ayúdame, Dios! Los ateos decían que la religión era el consuelo de los desamparados y lo comprendí al no tener a nadie más a quien recurrir.

Justo cuando bajaba la cuesta de las Calesas las campanas de la iglesia de

Santo Domingo comenzaron a tañer. Ya solo me quedaba rezar. Hacía años que no pisaba la iglesia, pero aquel día los badajos de las campanas parecían estar pronunciando mi nombre. ¿Estaba volviéndome loca?

Me senté en uno de los primeros bancos frente a la Virgen del Rosario, la misma que mi pincel había dibujado en el zaguán del hospicio, y así, arrodillada frente a la Galeona, perdí la noción del tiempo.

Aquel lunes a mediodía la iglesia estaba desierta, a excepción de un sacerdote que, con la luz encendida del confesionario, esperaba a algún arrepentido con ganas de limpiar su alma. Incapaz de descubrir mis atroces faltas a un hombre, preferí pedir perdón directamente a Dios. Sobrecogida por dentro, le rogué a la Virgen para que obrase un milagro. ¡Aún estábamos a tiempo!

Salí del templo con una extraña sensación de paz y mis antes acelerados pasos se fueron ralentizando. ¿Me había rendido?

Al llegar a recoger a Lolita topé con Micaela, que, como siempre, quiso proponerme uno y mil planes.

Sin mirarme ni siquiera a la cara, desplegó la hoja del *Diario de Cádiz* para buscar en la sección de espectáculos.

—¿Qué te apetece? ¿Un cine? Podríamos salir del casco antiguo y acercarnos a uno de los tres de la playa. ¿Qué prefieres, el Bahía, el Delicias o el Avenida? —Al no contestarle, cambió de opinión—: Claro que... lo mismo podríamos ir al Cortijo de Rosales. Cantan Antonio Machín y Bonet de San Pedro con la orquesta de Pedro Orozco. ¡Decidido! No sé si has escuchado al cubano, pero ese negro cuando canta «El manisero» hace bailar hasta a las palmeras. Pocos son los treinta duros que cobra por la noche de actuación. Te invito a las quince pesetas de la entrada. Espero que queden para la sesión de las once. Deja a la niña aquí, vete a casa, cámbiate y paso a recogerte dentro de una hora. Ya verás las ganas de bailar que nos entran.

Estaba tan acostumbrada a que la siguiese como un perro faldero que ni siquiera esperaba a que aceptase. Doblaba el pliego del periódico cuando me miró por primera vez a los ojos. No había podido ni siquiera echarme una ojeada en el espejo, pero intuía que mi rostro debía de reflejar toda la angustia que me embargaba. Sobraban las palabras.

—¿Pasa algo que no me has contado? ¡Qué cara de ajo, hija!

Agaché la cabeza sin poder hacer otra cosa que negar con ella. Si mis oscuras sospechas eran ciertas, cabía la posibilidad de que aquella noche no fuesen canciones sino clamores los que nos removiesen por dentro.

—Perdona, pero hoy no tengo ganas de nada. No podré acompañarte.

No podía contarle por qué y ella tampoco insistió. Tenía ganas de divertirse, no quería escuchar dramas, pero para mí desgracia tampoco se dio por vencida. La jovialidad inicial de Micaela apenas se desmoronó ante mi parsimonia.

Mirándome muy de cerca, sacó un pañuelo de su bolso para limpiarme bajo los ojos. Después de dos incómodos refrotes, desistió.

—Pues no son restos de rímel. ¡Tienes unas ojeras que no te caben en la cara! Tú lo único que necesitas es dormir. Aún tienes tiempo antes de arreglarte. Deja esta noche a Lola con Ambrosia y vete a casa a descansar un par de horitas. Te recojo a las diez. Ya verás cómo mañana será otro día. Entonces, si quieres, me cuentas, aunque ya sabes que creo que los trapos sucios han de lavarse en casa.

Pensé para mis adentros: «Difícil será, porque mañana tu mundo de ensueño, si la Virgen no obra un milagro, se desmoronará y tú, mal que te valga, no podrás cerrar los ojos para dejar de verlo».

Sabía que simplemente me lo decía por quedar bien en un amago de empatía. Ella aborrecía hablar de enfermedades, miserias, servicio o crianzas, lo que le limitaba mucho a la hora de entablar conversación con las amigas ya madres de familia. Al ser soltera, moderna y sumamente independiente, su vida transitaba por otros derroteros. La soledad a la que todo aquel egoísmo a la larga le llevaría tampoco parecía preocuparla demasiado.

Se miró el reloj de pulsera.

—¡Las ocho! ¡Es tardísimo! Me voy corriendo. A ver si encuentro para la segunda función. A las diez te quiero en el portal de casa esperándome. Ya verás qué bien lo pasamos.

Sin esperar respuesta, me besó en la mejilla y salió. Sin poder evitarlo mi voz sonó acongojada:

—¡Ten cuidado!

La puerta se había cerrado y no pudo escucharme. Ambrosia, en cambio, me miró desconcertada.

Le cogí a Lolita de los brazos, la metí en el cochecito y me dispuse a llevármela.

—¿No me la va a dejar? Mire que si no va con la señorita Micaela al Rosales se va a enfadar.

—Se lo agradezco Ambrosia, pero la señorita tiene la mala costumbre de darlo todo por hecho sin esperar el beneplácito de nadie y yo hoy no tengo

cuerpo para nada —fui tajante—. Cuando vuelva a cambiarse, por favor, se lo dice de mi parte.

—Como usted diga, pero se va a enfadar —masculló, encogiéndose de hombros.

Aquella anciana de ojos afables conocía mejor que nadie a la niña que crio a sus pechos y no solía equivocarse con ella.

Poco me importaba. A esas horas, cabía la posibilidad de que Manolo estuviese esperando agazapado entre la maleza de la base al arriado de bandera para burlar a la guardia.

Ya en la calle Ancha tuve que detenerme. El corazón me latía tan rápido como si yo misma estuviese colocando el artefacto.

Las ocho y cuarto. El sol pronto empezaría a ponerse en el horizonte. Alcé la vista. El cielo completamente despejado empezaba a oscurecerse. Volví a rogar a la Virgen para que detuviese lo aparentemente inevitable y el aire se estancó en mis pulmones.

Con un esfuerzo ímprobo, llegué a casa. Estaba lejos del punto cero y me sentí segura, pero algo me decía que aun así lo escucharía.

A las nueve y media subí a la azotea con Lolita en brazos. La bóveda celestial empezó a teñirse de hermosos rosas, violáceos y rojos.

Parapetada tras el muro, me concentré en cómo las cúpulas de las iglesias y las torres mirador iban dibujando sombras crecientes sobre aquel mar de azoteas.

Olía a sal, algas, jazmín y a pescado frito. La ropa tendida en las azoteas ondeaba al viento mecida por la suave brisa. A lo lejos, se escuchaba el batir del océano entre el alegre alborozo de las ingenuas almas que poblaban aquella siempre jovial Tacita de Plata y... el lejano motor de una embarcación.

Imagué a Manolo solo, subido a esa pequeña barca que fui incapaz de encontrar. Aún no acababa de asimilar su gélida despedida. Probablemente jamás volvería a ver a aquel hombre con quien tanta intimidad había compartido y ni siquiera intentaba comprender su desapego. Por algo le llamaban Frías.

¿Habría hecho lo mismo con Carmela? Aquella joven viuda, preñada de semejante mequetrefe, no se merecía aquello. Tardaría mucho tiempo en recuperarse de su abandono.

Una pregunta me vino a la mente. ¿Y si me hubiese propuesto acompañarle? ¿Habría aceptado?

Y seguí con las conjeturas. Ahora estaría frente a él, sentada en una borda de aquella lúgubre barca con Lola en brazos. Aun anocheciendo, navegaríamos

con las luces apagadas ante el temor a que alguien nos pudiese descubrir en la huida y sin miedo a encallar en un bajo.

El batir de las olas sobre el casco secundaría la mental cuenta atrás. El salto inesperado de la embarcación sobre una ola que salpicara nuestras ropas, la sombra de su figura al timón y una tétrica sonrisa dibujada en sus labios.

Imaginé cómo, ya en medio de la bahía y a salvo de ser alcanzados por la onda expansiva, detendría el motor. Me pareció ver perfiladas en el cielo esas negras pupilas. Su amarillenta córnea brillaba salpicada por mil arañas en forma de sanguinolentos derrames y sus pobladas cejas se arqueaban anhelantes.

Sentí en aquella mirada el éxito de su maldad y por primera vez en mi vida tuve miedo. Aquel sentimiento de pavor que antaño me recorría el cuerpo cuando sonaban las sirenas alertando a la población de un nuevo ataque me invadió. ¿Por qué nadie alertaba del peligro?

La hecatombe de un eclipse
Plaza de Mina, 18 de agosto de 1947.
Diez menos cuarto de la noche

La playa azul del Atlántico
es un clavel negro y frío.
El faro verde de Cádiz
le raya de añil la arena.

RAFAEL ALBERTI, «LA VIRGEN DE LOS MILAGROS»

Y sucedió. Tembló la tierra y resonaron mil truenos juntos haciendo añicos los cristales de media ciudad. Momentáneamente sorda, me pareció sentir un terremoto bajo mis pies.

Mis sospechas quedaban confirmadas. Había vivido mil bombardeos en la guerra. Desgraciadamente, sabía cómo sonaban las bombas al caer, pero aquello... aquello superaba en mucho a lo que yo, como aficionada artificiera, podía haber nunca imaginado.

La había sentido demasiado cerca, aun sabiendo que mi casa estaba a casi dos kilómetros de distancia del lugar que habíamos determinado.

La noche se hizo día tiñendo el cielo de un rojo intenso. El estallido dejó a oscuras la ciudad y después de un segundo de silencio lo único que se oía era el crepitar de las llamas y el desmorone de los edificios.

Apreté a Lola contra mi regazo y, sobresaltada, no tardó en emitir su primer sollozo desgarrador.

La sal desecaba mi corazón al mismo ritmo que un devastador halo de fuego arropaba los sentimientos de todos los habitantes. Cádiz, aquel edén que recién llegada me acogió sin reticencias y que yo a traición había convertido en un infierno, temblaba como una hoja a punto de perecer.

Pensé en la casa cuna y todos esos ángeles desvalidos que allí se hospedaban y apreté aún más a Lola contra mi pecho.

Petrificada todavía, tan solo fui capaz de escuchar. La música y la algarabía de las calles colindantes aunadas en ese silencio sepulcral empezaban a resucitar poco a poco en forma de lamentos de desesperación y mil carreras de desconcierto.

Todavía agachada tras el muro, oí a un hombre gritar desde una de las torres miradores que, prismáticos en mano, señalaba a un punto fijo.

—¡Es en los astilleros! ¡Arden como una tea!

Recé para que así fuera, aunque sabía que desde esa distancia era prácticamente imposible diferenciar la posición de los astilleros con el de la base estando los dos prácticamente pegados.

Miré el reloj y mentalmente reconstruí lo que debería de haber pasado hacía menos de una hora en el lugar siniestrado. Eran las nueve cincuenta. Por mis cálculos, Frías, para mí ya nunca más sería Manolo, podría haber aprovechado el arriado de bandera para cruzar, dejar el artefacto en el barco y a esas horas estar ya lejos.

El lugar de las sirenas que nos alertaban de un ataque antaño lo ocuparon repentinamente las campanas de las iglesias, que comenzaron a tañer desafortadamente. Me santigüé, a pesar de que Galeona no hubiese obrado el milagro que con tanto ardor le pedí. Claro que... ¡cómo iba a escuchar la Virgen a una pecadora como yo!

Muy despacio, me fui levantando. La oscuridad de toda la urbe dejaba entrever a lo lejos y pasadas las murallas las llamas de un fuego descomunal. «No te engañes, Ingrid», me dije a mí misma.

Aquello había sonado a mil bombas juntas de las que yo estaba acostumbrada a elaborar y mi pequeño artefacto jamás habría producido semejante estruendo. La certeza de que Frías, en vez de boicotear el navío, había cambiado su objetivo me sobrecogió.

Abajo en la calle todos corrían despavoridos hacia el lado opuesto de la ciudad temiendo una réplica. Yo sabía que esta no llegaría. A tientas por la escalera y con la niña en brazos, bajé hasta casa.

Me asomé al balcón. La onda expansiva había llegado hasta allí arrancando de las fachadas más destartadas pedazos de frisos y balcones. Cascotes que al caer habían herido a algunos viandantes, que, pañuelo en mano, procuraban contener la hemorragia de sus heridas ante el horror de los que les intentaban ayudar.

El olor a mar se convirtió en pólvora y la ropa blanca que estaba colgada de

las cuerdas empezó a teñirse de gris por la nube de cenizas que empezaba a cubrir irremisiblemente la Tacita de Plata. Muy a mi pesar, intuía que aquello no sería nada comparado con lo que extramuros estaría ocurriendo.

Lolita seguía llorando desconsoladamente. Pasaban los minutos y la tenebrosa plaza de Mina comenzó a iluminarse gracias a las lámparas de aceite, linternas y velas que la gente portaba en su desconcierto.

Al son de cualquier orden o contraorden anónima, los más atemorizados cambiaban de rumbo con la esperanza de no estar errando en su transitar. Al haberse ido la luz en toda la ciudad, las radios no funcionaban y nadie sabía bien a qué atenerse. Las voces se solapaban entre el bullicio.

—Dios mío. ¡A las iglesias no! ¡Que hasta las puertas de la catedral se han combado!

—¡Dicen que salgamos de nuestras casas ante el riesgo de derrumbe! —contestaba otro.

—¿Adónde vamos entonces? —gritaba otra.

—¡Que nos vayamos todos a la Caleta! ¡Que allí estaremos más seguros!

—¡Que no! ¡Que vayan solo las mujeres y los niños, que los hombres tenemos que ir a ayudar! ¡Vamos a la plaza de San Juan de Dios, que en el ayuntamiento están montando partidas!

—¡Que dicen que no! —objetaba otro—. ¡Que hay riesgo de una segunda explosión! ¡El incendio está a punto de hacer estallar unos depósitos con mil quinientos litros de gasolina!

—¿Pero entonces? ¿No ha sido un gasómetro el que ha explotado?

—¡Qué gasómetro! Eso solo ha podido ser un polvorín —aventuró uno, el único que parecía acertar a medias—. ¡Me han dicho que han volado la santabárbara de un buque de guerra que había en el muelle atracado!

—¡Mentira! ¡Desde aquí se ve claramente que es en los astilleros! —corrigió el primer hombre, que aún permanecía en la torre.

Me gustaría haberle contestado que ojalá, porque el mal hubiese sido mucho menor, pero evidentemente no pude. Estaba claro por su dimensión que allí no estaba el epicentro.

Las madres corrían con los niños en brazos mientras los más valientes se encaminaban en dirección al siniestro, a pesar de la reticencia de sus mujeres. ¿Una segunda explosión? Recordé la historia de Frías sobre su atentado de las vías de tren y pensé que, igual que me había engañado en otras cosas, también podría haber sembrado la zona con múltiples explosivos.

Pequeñas partículas incandescentes volaban sobre nuestras cabezas. Al bajar a la calle me encontré a una anciana acurrucada en la puerta de mi tienda-taller. Todas las piezas se habían hecho añicos. Lloraba desconsolada negando una y otra vez.

—¡Líbranos de otra guerra, Señor!

La esquivé con el carrito de Lola y puse rumbo a casa de Micaela. Tenía que ver por mí misma qué estaba sucediendo y con semejante desbarajuste no sería seguro llevar a la pequeña. Esperaba que Ambrosia accediese a quedarse con ella.

Hacía varios minutos que solo pensaba en una persona. Guillermo. ¿Qué habría sido de él y de todas las familias que vivían por los alrededores? ¿Y de los niños, las monjas y el personal que trabajaba en la casa cuna? Vivían tan cerca del lugar siniestrado...

A contracorriente fui cruzándome con personas que afrontaban de muy diferente manera lo ocurrido. Unas vaticinaban el fin del mundo; otras, como la anciana de mi portal, la guerra, un terremoto o incluso un maremoto.

Las callejuelas, inmersas en la oscuridad y sembradas de cristales rotos, se habían convertido en el tortuoso sendero de cientos de sombras sin rumbo.

Tan solo algunos más resueltos insistían en dirigir al rebaño hacia las playas. Algunos autómatas petrificados eran incapaces de dar un paso adelante asimilando lo que acababan de vivir.

Ambrosia no puso reparo en quedarse con Lola. Necesitaba abrazarse a alguien y ella sería su sostén. Dejé a la pequeña en los brazos del ama para intentar nadar en contra de esa marea humana hacia extramuros. Pasé por la plaza de la Catedral para, en efecto, comprobar cómo sus inmensas puertas parecían haber sido el *puchimbol* de un inmenso puño gigante.

Crucé el barrio del Pópulo, donde estaba el Pay Pay entre aquellas calles laberínticas casi desiertas, y recordé con repulsión la noche que allí me reencontré con Frías.

Los escaparates de los comercios se habían hecho añicos y lo triste era ver cómo muchos maleantes aprovechaban el desconcierto y el caos para hacerse con aquellos fáciles botines. Descargué mi rabia dando un pescozón a una mujer que llevaba el delantal lleno de mercancías robadas.

Al salir hacia la costa, tras el edificio de la antigua cárcel real y casi cayendo al agua, estaban hacinados más de un centenar de personas. Venían buscando un hueco porque desde la Caleta al puente de San Sebastián no cabía

un alma. Pese a ello, seguía llegando gente despavorida de todos los rincones de la ciudad.

—¡Que *jartá!* He *intentao* meterme debajo del balneario, pero un guardia civil me ha *echao* por si se caía en otra explosión —oí que se quejaba una mujer.

Y dale con una segunda explosión, pensé, pero si aquello lo decía un guardia quizá tuviese fundamento. ¿Habrás sido capaz?, pregunté al aire refiriéndome a Frías.

Cuando conseguí sortear todo aquello por el borde del mar, llegué hasta la playa de las Mujeres con la esperanza de poder desde allí acceder mejor al barrio de San Severiano. A cada paso que daba entre la multitud la desolación crecía.

Los faros de un coche que acudía al auxilio de cualquiera iluminaron a una mujer que, desorientada, semidesnuda y más que magullada, corría delante de otra que intentaba alcanzarla con el afán de tapar con su chaqueta sus vergüenzas. Chocó contra mí y en ese breve segundo que se cruzaron nuestras miradas pude ver en sus pupilas las llamas del terror reflejadas.

Para mi desgracia, sabía qué huellas dejaban las explosiones en un cuerpo y supe que ella lo debió de vivir muy cerca, pues solo una onda expansiva de gran envergadura era capaz de hacer jirones la ropa de semejante manera.

Un poco más adelante, otra, apoyada entre dos y casi incapaz de andar, sostenía un pañuelo ensangrentado sobre su frente con la esperanza de que las piernas la soportasen hasta un puesto de socorro.

En la playa, dos sacerdotes sentados sobre la arena confesaban a diestro y siniestro a todos los que hacían cola buscando su absolución.

Y comenzó a amanecer. Había perdido la noción del tiempo y este, traicionero, me transportó por un instante a Colonia cinco años antes, en la mañana que encontré a mi familia sepultada y toda mi vida hecha añicos de un plumazo.

Al cruzar la gran avenida, un grupo de marineros que estaban montando unas tiendas de campaña sobre el terreno para cobijar a los heridos me impidieron seguir adelante.

—¿Conocen al capitán de corbeta Guillermo Corbera? Trabaja en la base — le pregunté al que parecía más afable.

—No, señorita. Nosotros hemos llegado los primeros al auxilio en un barco de la Armada. Estamos a las órdenes del capitán de corbeta don Pascual Pery Junquera, pero sé que abajo con mis compañeros hay otros a las órdenes del

capitán de fragata don Manuel Lahera. Quizá esté allí, pero siento decirle que por ahora no podrá pasar a buscarle.

—Soy su mujer, y desde ayer no sé nada de él —mentí, al saber que no le conocía.

Me miró desconsolado.

—Aun así. No la puedo dejar pasar. Mis compañeros están arriesgando la vida intentando sofocar el incendio que la explosión ha producido en la nave primera, a pesar del riesgo que existe de que este se expanda y provoque una segunda explosión en la nave contigua llevándose a todos por delante.

Ahora me explicaba lo que a viva voz habían estado gritando. La explosión no había sido en los astilleros sino en la base, y probablemente Frías no había puesto más bombas. Me mostré desesperada.

—Por favor. ¡Déjeme al menos asomarme! Alguien sabrá de él.

Intentó mantener la calma.

—Lo siento, pero es imposible. Consuélese pensando que lo mismo terminan pronto ahora que por fin ha llegado la motobomba de San Fernando para sacar más rápidamente el agua del aljibe.

Sin añadir nada, con un martillo en la mano entró en la tienda para apuntalar un palo. Después de toda una noche insomne, aquellos hombres, con una entereza admirable, aún seguían en pie para entregarse a la causa sin dilaciones. Gracias a ellos la desprevenida ciudad parecía estar empezando a afrontar la magnitud de semejante catástrofe.

Miré hacia lo lejos. Al fondo de la calle, un padre desesperado excavaba con uñas y dientes entre los escombros, buscando desesperado a uno de sus hijos. A pesar de no escucharse nada más que el graznido de una gaviota, el padre aseguraba que lo oía llamándole con un hilo de voz desde aquel amasijo de hierros y cascotes. Un guardia civil intentaba arrancarlo de allí para poder intervenir con más seguridad y sin añadir más peligro del que ya existía.

Incapaz de seguir observando, me di la vuelta. A mi espalda la casa de los Varela, como todas las de aquella calle, languidecía medio derrumbada. Sabía que hacía días que Casilda se había marchado con los niños a Bilbao a pasar las vacaciones con su familia mientras el general regresaba a Tetuán, así que rogué a Dios para que la catástrofe no hubiese cogido dentro a los guardeses.

Llamó mi atención el claxon de una camioneta que pedía paso al marinero que tenía a mi lado y, cuando este se apartó, pude ver como llevaba en su trasera

los cuerpecitos de muchos niños de la casa cuna. Entre aquel amasijo de bracitos y piernas asomaban los hábitos de sus bondadosas cuidadoras.

Peregrinos del dolor
Zona devastada, mañana del 19 de agosto de 1947

Yo te vi, yo te vi, Cádiz hermosa,
de murta y luto la tu sien velada,
sobre tu almena siempre victoriosa
llorar tu gloria y libertad pasada.

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ, «A CÁDIZ»

Petrificada ante semejante escena, alguien me arrolló. Era un muchacho un poco más joven que yo. Corría despavorido hacia el tétrico vehículo con la esperanza de alcanzarlo antes de que de nuevo arrancase para depositar en él un bulto que llevaba en los brazos.

Cuando se cruzaron nuestras miradas, a punto estuve de ahogarme en sus dilatadas pupilas. Negras como el azabache, asemejaban al brocal de un pozo inundado de pánico.

Solo cuando se separó de mí, sentí el pecho empapado por el fardo. Al palparlo, mi palma se tiñó de sangre. Al soltar el paquete, el deshilachado mantón en el que lo había envuelto se abrió.

¡La sangre que llevaba impregnada en el pecho era la de una pequeña niña! Vestida de flamenca, no tendría más de tres años y tenía los ojos trepanados por dos dagas de cristal. Apenas se distinguían los lunares rojos de su traje al haberse fundido estos con el manar de sus heridas. Tan solo llevaba un zapato.

El marinero que la había encontrado evitaba mirarla directamente quizá porque se sentía incapaz de hacerlo. La depositó sobre aquel sobrecogedor montón de vidas prematuramente segadas cerrando los ojos fuertemente. E incapaz de soportar una dosis más de sinrazón, se sentó en el bordillo de la acera a sollozar con la cabeza entre las manos.

Únicamente levantó la mirada un segundo para gritar angustiado al conductor:

—Esta última no es de la casa cuna. Se llamaba Ana. La encontré en la casa del catedrático Rodrigo Sabalette. Allí aún están su hermanito y su padre. Alguien tendrá que ir a recogerlos porque yo no puedo. ¡Si vierais la huella de sus manos ensangrentadas en la pared! La pobre mía, ciega y malherida, debió de tirar de su último aliento de vida para bajar las escaleras a tientas antes de desplomarse.

Después de un breve silencio, el conductor, sumamente enojado, le gritó:

—¡Hazme un favor y ahórrate los detalles! ¡Con decirme que avise para que no la cataloguen como de la casa cuna hubiera bastado!

Un compañero suyo al ver la escena vino corriendo a llevárselo. Debía de ser el encargado de desalojar a los que se derrumbaban para evitar el contagio de su pesadumbre a los demás.

¿Cuántos pequeños habrían perecido? Por lo que me dijo un día Carmela mientras trabajaba en el mural, en aquel momento preparaban pucheros y papillas para ciento diecisiete niños y ochenta y dos niñas. ¡Mis pequeños! Sabía que ninguno tenía más de siete años porque a esa edad los solían trasladar a un hospicio donde había niños más mayores. Después supe que perecieron un total de veintiséis ángeles y cuatro de sus santas cuidadoras.

Tras aquel tétrico carro fúnebre corrían varios camilleros cargados de heridos. Centré mi atención en todos aquellos cuerpos que, cubiertos de polvo, parecían estar desmadejándose presos del bamboleo a que los sometían sus porteadores.

Marineros jóvenes todos ellos que reflejaban en sus caras la desesperación. Hombres que, sin saber muy bien qué hacer, corrían de un lado a otro recogiendo moribundos con la esperanza de ganar tiempo al tiempo.

En las dos primeras iban dos monjas inconscientes y en la última reconocí a Francisca, la cocinera del hospicio, gravemente herida. Ni rastro de Guillermo.

Intenté acercarme a ella para darle la mano, pero el marinero me empujó para que les dejase paso. Me acordé de Carmela con el anhelo de que aquella noche no hubiese dejado a sus niñas a dormir allí. ¿Qué sería de ella?

Uno tras otro, los rostros que me habían acompañado mientras pintaba el mural de la Virgen del Rosario en el hospicio me vinieron a la mente.

—Hágame un favor, señora, y déjenos libre el paso. Si quiere hacer algo bueno, empiece por desaparecer, que estorba.

Aquel hombre parecía estar a punto de desfallecer. Acercándome al camión cisterna que teníamos al lado, llené un vaso y se lo tendí. Al igual que sin luz, la

ciudad se había quedado sin agua corriente. Por un segundo paró para bebérselo y agradecérmelo. Llevaban casi doce horas sin parar para comer o beber si quiera.

—¿Puedo ayudar en algo? ¿A dónde los llevan?

Me miró sorprendido.

—Supongo que a los hospitales o al cementerio. Según su estado. Creo que es allí donde los están dejando a todos a la espera de su identificación. Pero al ritmo que vamos no sé si van a tener que buscar otro lugar de refuerzo. —Las palabras se le atragantaron en la garganta. En su mirada vidriosa se amontonaban mil lágrimas de impotencia—. Y no se hable más. De aquí tiene que irse. Me han ordenado que no deje pasar a nadie sin brazalete. Si de verdad quiere ayudar, acérquese al hospital Mora. Se cuentan por cientos los heridos y cualquier persona que sepa de primeros auxilios es valiosa.

Pensé que de nada servirían allí mis idiomas y conocimientos en explosivos. A lo lejos, todo lo que mis ojos alcanzaban a ver era pura desolación. A los militares y la Guardia Civil se les habían unido varios civiles que portaban un brazalete rojo con unas iniciales sobre sus mangas. Según supe después, muchos eran los trabajadores de los astilleros que, después de recoger a sus veinte compañeros de turno de noche fallecidos y demás heridos, habían subido a ver qué más podían hacer. Nadie sin un brazalete o un uniforme que les identificase podía pasar hacia el otro lado de aquella tétrica frontera.

Junto a la casa cuna, el sanatorio de la Madre de Dios, donde parí a Lolita, la iglesia y otras tantas casas estaban dañadas. Conocía bien el barrio y a muchas de sus gentes y no quise ni imaginar qué estaría pasando en las más afectadas. Una a una las fui recordando.

La cercana clínica de Luis Sicre, adonde había acudido alguna vez para las revisiones de mi pequeña y su casa Villa Esperanza. El ultramarinos de al lado y otras tantas villas con nombre de mujer, como Isabelita, Neida, Mercedes, Luz o Felisa, donde vivía la familia del gobernador civil. Y qué decir de las que habían sido bautizadas con nombres religiosos, como San José o Santa Faz.

Un poco más lejos y donde yo no alcanzaba a ver, recordaba que debía de estar la Casa de las Margaritas de los Lamet y la llamada Casa Puente, donde vivía la familia Joly, conocidos por ser los editores del *Diario de Cádiz*, y la de sus parientes, los Palomino, que, aunque heridos, no tuvieron que lamentar muertes.

Peor suerte corrió la familia Paredes, donde comentaban que habían

perecido la madre, tres hijas y dos amigas de ellas. Su marido e hijo estaban ya en el cementerio velando sus cadáveres.

La verja del instituto había desaparecido y las palmeras que la flanqueaban, aunque aún de pie, estaban totalmente desmochadas. Solo lucían parte de sus troncos calcinados.

Los consulados de Colombia, el inglés y el colegio alemán, que estaba en construcción, aunque gravemente dañados, no tuvieron que lamentar males mayores.

Justo en el lugar donde debería de haber estado la verja de entrada vi a un grupo de cinco oficiales de la Armada reunidos y, pensando que quizá alguno de ellos podría darme más información que el marinero, aproveché un descuido de este para acercarme a ellos, a pesar de que probablemente me reprenderían por ello.

Mi memoria casi fotográfica, entrenada para no olvidar nunca una cara y un cargo por si me pudiese ser de utilidad en alguna misión, me hizo reconocerlos de inmediato.

Me los habían presentado en una de las cenas de los Varela hacía varios meses. De todos modos, esperaba que no me reconociesen. Uno era el teniente coronel de infantería de Marina don Antonio Ristori; el segundo, el coronel Vicente de Juan y, el tercero, el comandante Juan García, que atendían a las órdenes de sus superiores el vicealmirante Fausto Escrigas Cruz, jefe del arsenal de La Carraca, y el vicealmirante Rafael Estrada Arnaiz, que dirigían las maniobras de las compañías de fusileros y zapadores que desde la noche anterior trabajaban a destajo.

De pie, alrededor de una mesa donde habían desplegado un plano, procuraban coordinar la distribución de servicios y abastecimientos en colaboración con la Cruz Roja y el Auxilio Social que iba llegando desde El Puerto de Santa María, Jerez y Sevilla.

Me acerqué con tanto sigilo que pude oírlos comentar que acababan de encontrar el cadáver descabezado de un capitán de fragata y que habría que avisar a sus padres.

Se sorprendieron de mi presencia en la zona.

—Y del capitán de corbeta Guillermo Corbera, ¿saben algo de él y su familia? Vivían aquí cerca.

—¡No, señorita! —se indignó Estrada—. Pero... ¿Qué demonios hace aquí? ¿No sabe que esto es zona acotada al tránsito?

No pudo evitar dirigir una mirada inquisitorial hacia el puesto de retención por el que me acababa de colar. Deseé que no reprendiera a los marineros.

—¡Salga de aquí inmediatamente! Esto no es seguro. Le aconsejo que vaya a los hospitales o los puestos de socorro que están levantando para preguntar. Es allí donde creo que están elaborando las primeras listas de víctimas. Espero que haya suerte —me deseó el coronel De Juan.

Era el segundo que me recomendaba lo mismo. El tañer de la campanilla de un monaguillo justo donde estaban las ruinas de la iglesia de San Severiano le forzó a callar. Inmediatamente después vimos salir de entre los escombros al obispo de Cádiz, don Tomás Gutiérrez Díez. Portaba el copón del sagrario repleto de sagradas formas y cuatro infantes de Marina lo escoltaban.

A su paso, todos los que estaban participando de las tareas de rescate dejaron por un segundo su quehacer para arrodillarse. Al pasar frente a mí me arrodillé tal y como hacían todos a mi alrededor y de alguna manera sentí cómo Dios, a pesar del dolor, seguía presente en aquel mar de desolación.

El vicealmirante esperó a que desapareciese la procesión y tan solo le hizo falta inclinar su cabeza hacia mí para que el marinero de la entrada corriese a nuestro encuentro para cuadrarse, tomarme del brazo y llevarme a la salida de la zona. Ya de espaldas, se lamentó entre susurros.

—¡Mire que se lo dije! ¿Es que no se va a ir hasta conseguir que me endiñen un arresto?

—De verdad que lo siento —musité.

Cabizbaja, me alejé con la insatisfacción arraigada en el corazón de no haber encontrado ni una sola pista sobre el paradero de Guillermo. En dirección contraria me crucé con el alcalde Sánchez Cossío, que acudía junto al general de la Guardia Civil a comprobar por sí mismo cómo un pedazo de su ciudad había volado por los aires de la noche a la mañana.

Tras ellos venía una caravana de camiones con relevos para los hombres que hasta ahora y al límite de sus fuerzas habían afrontado lo peor, y multitud de fardos.

La ayuda provenía de todas las provincias limítrofes que al oír el clamor dolorido que emitían Transradio Española y las estaciones radiotelegráficas de los barcos, las únicas en funcionamiento después de cortadas todas las comunicaciones por teléfono y telégrafo, traían medicamentos, ropas y todo tipo de avituallamientos. ¡Según decían, la explosión se había dejado sentir hasta en Lisboa!

Más allá de la frontera marcada por la devastación, pude comprobar cómo la explosión, además de destrozarse San Severiano, también se había cebado con la barriada de Grupo España.

En el cuartel de infantería solo el comedor parecía seguir en pie. La fábrica de gas había sido despojada hasta de las cúpulas de sus gasómetros y el colegio marianista de San Felipe Neri y la parroquia de San José, según supe más tarde, valoraban sus pérdidas en casi seiscientas mil pesetas. Poco, al lado de lo que sufrió la escuela de las salesianas fundada por Ana de Viya.

Muchos, después de saber que ya una segunda explosión era improbable, regresaban a sus casas para rescatar lo poco o mucho que les quedase. La imagen de mi madre asida a la caja que hasta el momento me había mantenido económicamente me asaltó de nuevo.

Ya tenía suficiente. Como me aconsejaron, encaminé mis pasos hacia el hospital de Mora con la esperanza agarrada en las entrañas de encontrar a Guillermo allí con vida. Era adonde, por su capacidad, habían llevado a más heridos al estar en el interior de Puerta de Tierra.

Ante la imposibilidad de acercarme al casco viejo en tranvía —se habían cortado todos los trayectos para dejar un paso libre a los camiones de ayuda—, regresé andando.

¡Allí, y a pesar de la protección de aquel muro de piedra, muchas casas también habían sufrido el impacto de la explosión! Cerca de dos mil, según las peticiones de ayuda para sufragar las necesidades más perentorias que a los pocos días se presentaron en las oficinas del Estado, después de que el consejo reunido en San Sebastián reconociese a la zona como catastrófica.

Al menos eso garantizaría ayudas gubernamentales en forma de créditos para el desescombro y reconstrucción de las zonas devastadas y pensiones para los familiares de los funcionarios y trabajadores fallecidos. Al resto de los trabajadores de los astilleros, el Gobierno se comprometía a pagarles sus jornales hasta que de nuevo estos pudiesen ponerse en funcionamiento.

Los que más habían sufrido se asían con fuerza a una frase que retransmitieron por radio hasta la saciedad: «Nada de carácter extraordinario se concederá a otras provincias, en tanto Cádiz no resurja de entre sus escombros y recobre su plena normalidad».

Don Antonio Girón de Velasco, como ministro de Trabajo; el almirante Regalado, como ministro de Marina; y don Carlos María Rodríguez de Valcárcel, como gobernador civil, avalaban estas palabras.

Atardecía cuando, para acortar, decidí tomar el camino que cruzaba el barrio de Santa María. Aquella era la cuna principal de insignes toreros, cantaores y bailaoras gaditanos.

Al ser casas humildes y no estar estas demasiado bien conservadas, muchas de sus fachadas habían derramado por las calles ripios, macetas e incluso fragmentos de la forja de algunos de sus balcones. Estos, desprendidos en parte de sus anclajes, se bamboleaban peligrosamente al vaivén del viento de levante con todo el riesgo que esto suponía si llegasen a desprenderse.

Los hombres, temiendo que aquella noche tampoco tuvieran luz, aprovechaban los últimos rayos de sol para afanarse en apilar los escombros más grandes en las esquinas, mientras varias mujeres, concentradas en recuperar lo antes posible la normalidad de su entorno, barrían el polvo acumulado de sus oscuros portales.

Aceleré el paso. ¿Cómo habría pasado el día Lolita? Sabía que Ambrosia la habría cuidado como a una hija, pero la echaba de menos. Ver a tantos padres desesperados buscando a sus hijos me había hecho recordarla a cada segundo.

A la carrera y saltando mil y un obstáculos, proseguí mi camino. No solo estos populares pisos se habían visto afectados. Sólidas construcciones, como las iglesias, el edificio de Diputación, el de aduanas, la delegación de Hacienda, el teatro Falla, el cine Gades o el asilo de San José y el de Oviedo, en la calle Candelaria, asimismo se habían tambaleado hasta perder parte de sus techumbres.

Al pasar por la plaza de San Juan de Dios comprobé que el ayuntamiento se había transformado en un verdadero cuartel general, donde las autoridades civiles en concordancia con otras militares organizaban las labores de rescate. Guardia Civil, cuerpo general de la Policía, soldados del regimiento de Cádiz, guardias municipales... No faltaba un uniforme a la espera de órdenes.

Me asomé al puerto, donde también había muchísimo movimiento. Entre otros muchos, se esperaba la llegada del gobernador a bordo del buque *La Habana*. Carlos María Rodríguez de Valcárcel, espeluznado por las noticias que recibió en el puerto de Lisboa, quiso adelantarse pidiendo al embajador de España en Portugal un coche para venir lo más rápido posible, pero ellos aún lo ignoraban. Llegó dos noches después.

En vez de su barco, allí estaban atracados otra decena de pequeñas embarcaciones procedentes de El Puerto de Santa María, Sevilla, Ayamonte, Isla Cristina, Huelva, Málaga y Algeciras. Traían suministros y ayuda personal de

todo tipo. En sus muelles, descargaban a espuestas material quirúrgico, penicilina, antitoxinas tetánicas, placas radiográficas y plasma sanguíneo. Al otro lado, una gran grúa bajaba camiones cisterna con agua potable, reflectores y bombas contra incendios.

Los médicos recibían el cargamento con los brazos abiertos, ya que en los hospitales, a la falta de luz y agua, se les unía la carestía de todo tipo de medicamentos. La ciudad, a pesar de tener grandes profesionales, no estaba preparada para semejante demanda.

El pitido de las sirenas de las ambulancias pidiendo paso era continuo. Trasladaban a los heridos que en el hospital de Mora ya no podían atender al de San Carlos, al hospitalito de la Cruz Roja, al de San José de San Fernando y al Municipal de Jerez. A todos ellos habían acudido las milicias universitarias de Marina para donar sangre.

Corrí aún más con la esperanza de que en el caso de encontrar a Guillermo con vida en el hospital de Mora no fuese uno de los desalojados.

Desgarrado clamor
Hospital de Mora, 19 de agosto

Desde estas calles, desde estas piedras,
desde esta luz gastada
salió hacia las Américas un borbotón de sangre,
dolor, amor, desgracia, por este mar un día,
por esta puerta vino la claridad más verde,
hojas desconocidas, fulgor de frutos, oro,
y hoy las cáscaras sucias de patatas mojadas
por la lluvia y el viento juegan en el vacío.
PABLO NERUDA, «ELEGÍA DE CÁDIZ»

Al llegar, no sin dificultades, a las puertas del hospital de Mora, a mi alrededor el mundo se desmoronó aún más si cabía.

A los pies de aquel edificio colonial se concentraba un centenar de personas que, como yo, intentaban encontrar a los que todavía no habían aparecido. Las escenas de desesperación eran estremecedoras.

La policía, armada de un megáfono, intentaba dispersar a la multitud sin demasiado éxito. Escuché atenta al joven que se desgañitaba:

—Vuelvan a sus casas, por favor. Ya les he dicho que aquí hay capacidad para ciento veinte personas nada más, y no cabe ni un alfiler. Si les dejamos entrar, solo entorpecerán a los sanitarios. Antes de intentarlo, diríjense al puesto de información, donde les entregarán una acreditación que asegura que el familiar que buscan está efectivamente aquí. Sin ella nadie tendrá acceso. ¡Compréndanlo!

Aquellas explicaciones enardecían más a los presentes, que arremetían desesperados contra el cordón policial formado en la puerta. Una mujer que buscaba a su marido incluso llegó a agredir a un agente, por lo que la tuvieron que detener.

Allí estaba claro que no había nada que hacer. Me alejé de la multitud para analizar el terreno. Repasé la fachada buscando una ventana abierta, una cañería para trepar o cualquier otra fisura.

A mi espalda, el rojo resplandor de la puesta de sol sobre la Caleta iluminaba su fachada. Algún punto débil tenía que tener aquel edificio. La mayoría de las contraventanas estaban entornadas.

El claxon de una camioneta hizo dispersarse momentáneamente a la multitud para dejarle paso. El gentío, apenas cruzó, volvió a apelotonarse frente a la entrada.

Seguí al vehículo. Era uno de los que hacía un rato había visto en el puerto cargando medicamentos y, como suponía, se paró en una puerta lateral a la espera de que le abriesen el portón que daba a las cocheras. Pasó, y por la premura con que venían la dejaron entornada y sin llave. Aproveché entonces para empujarlas y colarme.

Nadie me vio entrar. Al final de la rampa, varias personas se afanaban en descargarla lo más rápidamente posible para regresar a por otro cargamento.

El personal sanitario que estaba dentro esperándola como agua de mayo también salió corriendo a ayudarles. Muchos ni siquiera se habían uniformado por falta de tiempo la noche anterior. Aproveché la confusión entre batas blancas y ropas de calle para infiltrarme entre sus filas.

Corrí a coger una caja y, sin dudar un segundo, entré cargada con ella. Nadie me detuvo. Unos tenues rayos rojizos de aquel lúgubre atardecer filtrados por los tragaluces guiaban mis pasos por aquel corredor.

A la derecha vi salir de un cuarto a uno de los portadores que me precedían. Al chocar conmigo ni siquiera se excusó. Tenía demasiada prisa.

Aquella estancia, según rezaba su cartel, era la farmacia. Dos enfermeras colocaban en los estantes el contenido de las cajas debidamente ordenado.

—Déjela allí.

Estaba tan concentrada que ni siquiera me miró directamente.

Asentí con naturalidad. La puse sobre una mesa y salí de nuevo al corredor.

Olía a cloroformo, alcohol y otros desinfectantes que no llegaba a identificar. El silencio era sepulcral. Solo de vez en cuando se escuchaban los acelerados pasos por el corredor que debía de haber en el piso de arriba. Pensaba en buscar a tientas la escalera cuando, repentinamente, se encendieron todas las luces del pasillo al mismo tiempo. El estupor me embargó.

Decenas de camillas me escoltaban pegadas a ambos lados de los muros.

Eran cuerpos tapados por completo por las sábanas. Un depósito de cadáveres improvisado. Me santigüé cuando un gemido me alertó de que, aparte de mí, alguien más con vida estaba en el corredor.

Al fondo, justo frente al tragaluz, un hombre se aferraba al inerte cuerpo de un pequeño. Le veía de espaldas, pero tanto su característica nuca como su uniforme lo identificaban perfectamente. ¡No podía creer que la casualidad en medio de aquel caos me hubiese llevado justo a Guillermo!

Me acerqué a él lentamente hasta posar mi mano sobre su hombro. Su desencajada mirada se centró en mí un segundo antes de darme un manotazo y enterrar la cabeza de nuevo en el regazo del niño.

—¡Maldita sea tu estampa! ¡Vete! ¡Déjame solo, Ingrid!

Ni siquiera mostró sorpresa al verme. Aquel dolor cercano a la locura que dicen que sufren los padres al perder a un hijo le había nublado la mente. Incapaz de reaccionar, me quedé paralizada. Había visto muchas veces en la guerra escenas similares.

Quería consolarlo, pero me faltaban las fuerzas. Decirle que nuestra Lolita quizá pudiese de algún modo llenar ese vacío, pero me sentí incapaz. Eso era algo que ya diría el tiempo. Desgraciadamente, sabía que no existían palabras de consuelo para semejantes momentos.

Lo cierto era que Guillermo y Lolita eran lo único que me quedaba bueno de todos mis desatinos pasados. Junto a ellos me gustaría caminar en un futuro por el sendero que me llevase el destino, pero Guillermo no era libre. Eso era lo único que tenía claro.

Acaricié su espalda lentamente de arriba abajo en un intento más de aplacar tanta tristeza sin temor a ser rechazada de nuevo. Sus hipidos cesaron y, poco a poco, fue dejando de sollozar. Necesitaba su tiempo y se lo di, esperando pacientemente a que recuperara el resuello, la calma y la palabra.

Por fin, noté cómo conseguía enderezarse. Era como si una losa inmensa pesase sobre sus hombros. Deslizó los dedos por todo el contorno de aquel cuerpecito que yo seguía sin ver bajo la sábana y terminó cogiéndome la mano para besármela. Cerró los ojos antes de susurrar.

—Lo he perdido todo, Ingrid. Mi casa, mujer e hijos. Guillermito era el único que parecía haber podido sobrevivir y también ha querido dejarme. Nada me queda más que una dolorosa garra apretándome las entrañas y un cargo de conciencia que... —Se calló de repente—. ¿Sabes que no estaba con ellos porque iba hacia tu casa? —Alzó la vista—. Dios, ¿por qué no a mí? ¿Este es tu

castigo? —De nuevo se vino abajo. Intenté besarle, pero me apartó furioso de su lado—. ¡Déjame! ¡No quiero volver a verte!

Fue como si un dardo me atravesara. Aquella mirada humedecida de lágrimas se convirtió en fuego y no irradiaba más que odio. Conocía aquella expresión. Guillermo necesitaba culpar a alguien y yo era la más cercana.

Me aparté corriendo de su lado. No quería irme así, pero era evidente que, para evitar otro de sus envites, no me quedaba otra cosa mejor que hacer que desaparecer de su vista de inmediato.

Al salir por la rampa que hacía un rato me había llevado a aquella catacumba, topé con el carramato funerario que venía a recoger a los cadáveres para transportarlos al cementerio.

Tentada estuve de esperarle para servirle de apoyo en ese trance, pero algo me dijo que cesase en el intento. Lo mejor era dejarle solo hasta que esa tempestad de tristeza amainase. Jamás le había visto llorar antes y me daba la impresión de que todas las lágrimas contenidas en una vida se derramaban ahora de golpe.

De camino a casa de Micaela a recoger a Lolita intentaría recomponerme.

Al llegar al inmenso portón de entrada de la calle Ancha, toqué el timbre. Al fin funcionaba. Los sonidos de la cotidianidad regresaban a algunos barrios. La música de la «Habanera de Cádiz» sonaba en una radio en la casa de enfrente inundando de un poco de alegría la calle.

Había pasado un día nada más desde la hecatombe y las cosas de siempre se iban recomponiendo. Con la luz, el servicio de telefonía y el agua corriente también se iban regularizando. El alcalde Cossío estaba haciendo todo lo humanamente posible para que la ciudad recuperase cuanto antes un atisbo de normalidad.

Al entrar me encontré a Micaela vestida con un uniforme de la Sección Femenina. Al verme se arremangó.

—¿Te gusta? Me lo han dado en la calle Pintor-Viniegas las del puesto de socorro. Si te presentas, aún les quedan, así que seguro que a ti también te darán uno. —Me miró de arriba abajo con desaprobación—. ¡Hija, ni que te hubiese pasado un camión por la cabeza! Me dijo Ambrosia que habías venido a dejar a la niña y que estabas bien. Ni me preocupé por ti, pero, viéndote, sospecho lo contrario. ¿De dónde vienes?

De reojo me miré a un espejo que había en la entrada. Tenía razón, pero no era para menos.

—De la zona devastada —musité—. Por tu animación, deduzco que aún no has estado allí, Micaela. Cuando la veas me darás la razón. Todo lo que hayas oído multiplícalo por infinito.

En un segundo cambió su semblante por uno más serio.

—A eso voy. En una de las tiendas de campaña que han montado en el antiguo Campo de Balas, al lado del parque Genovés, están cocinando ocho mil raciones y me he presentado voluntaria para repartir la comida y la leche y el azúcar en otros campamentos más pequeños de esa zona con mi coche. —Calló un segundo antes de mirarme fijamente a los ojos y seguir hablando—: No soy tan frívola como piensas, Ingrid. Soy tan consciente como tú de la catástrofe que estamos viviendo y, si me ves aparentemente contenta, no es por insensibilidad sino porque creo que la tristeza infinita solo se puede atenuar con una pizca de alegría. ¿O es que no es eso precisamente lo que más falta ahora? Aparte de comida, es lo que voy a intentar aportar a los damnificados con los que tope. Aunque soy consciente de que no será fácil, te lo aseguro. —Sacudiendo la cabeza, fue cambiando su expresión hasta sonreír de nuevo—. Mira.

Sacó un plano de la ciudad de su bolsillo y, extendiéndolo sobre una mesa contigua, me lo mostró. Una línea roja marcaba el camino a seguir con pequeñas instrucciones sobre lo que debería hacer en cada parada.

—Manos a la obra. Desde el campamento de las Balas y ya cargada de provisiones, me dirigiré al campamento que están alzando en el estadio Mirandilla, extramuros. La idea es dejar allí las primeras vituallas para los cuatrocientos que calculan que anoche perdieron sus casas y se hospedan en las tiendas de campaña. Después, tengo que pasar por orden por todos estos acantonamientos que señalan los puntos rojos con otros mandados. —Pasaba el dedo por el plano como si de un juego se tratase—. Los mismos refugiados, en su intento por recobrar la paz lo antes posible, han puesto nombre a sus nuevas casas de lona. Gracias a ello los podré localizar fácilmente y sin temor a equivocarme porque dicen que hay calles que han desaparecido por completo y es difícil ubicarse. —Tan agotada como estaba, no pude hacer otra cosa que aseverar, intentando simular interés. Ella continuaba apasionada con la idea de compartir su plan conmigo—: ¡No me digas que no tienen arte hasta para esto los gaditanos! Observa, aquí está la tienda de Miramar, al parecer justo en donde

estaba la venta-ultramarcos. Un poco más allá la tienda de Los Gorriones sin Nido, Granja Mari, El Bosque y la de Cucamonas.

»Alfonso Palomino nos ha dejado su casa La Americana para montar un asilo, comedor y una clínica para los pequeños y las monjas que han sobrevivido en la casa cuna. No está mal porque tendrá capacidad para cincuenta cunitas. ¿No te admira el ímpetu y la generosidad con que algunos afrontan las adversidades?

Pensé que no era para menos, pero no se lo dije. Los párpados se me cerraban por el cansancio. Incapaz de defraudar un ápice de la vitalidad que demostraba, asentí de nuevo. Su animosa voz continuaba hablando sin parar.

—Viendo esto, como comprenderás, ¿no me podía quedar cruzada de brazos! De hecho, nadie se debe cruzar de brazos. Tú tampoco, Ingrid. —Ella se lo guisaba y se lo comía todo—: ¿Quieres venir? Ambrosia se quedará encantada esta noche con Lolita.

Repentinamente se hizo el silencio. Su penetrante mirada imploraba otra de mis aquiescencias. Al fin y al cabo, llevaba hablando casi cinco minutos sin parar mientras que yo me limitaba a asentir.

Torcí el gesto. ¿Cómo había conseguido que un puesto de socorro le diese trabajo tan pronto? Ser propietaria de un coche y ofrecerlo seguramente le habría abierto muchas puertas.

Sonaron todos los campaniles de la colección de relojes de la casa al tiempo mientras yo continuaba callada y ella no lo alcanzaba a comprender.

—No te creas que me olvido de que me dejaste tirada con las entradas la otra noche. —Bajó la cabeza—. Claro está que no hubo función, pero esta te la guardo porque era imposible que tú supieras lo que iba a pasar. No irás a dejarme plantada otra vez.

—Tú sí que tienes arte, Micaela —suspiré, tomando asiento—. No sé cómo lo haces, yo me he ofrecido voluntaria en mil sitios desde esta mañana y en todos me han dicho que se agradecía, pero que lo mejor que podía hacer era dejar paso franco a los servicios asistenciales. Sin duda, tú sabes qué teclas tocar. Te acompañaría, pero no puedo. Mañana, quizá. Hoy estoy molida. Llevo horas de pie dando tumbos por la ciudad. Solo te puedo decir que cuando llegues a las afueras de Puerta de Tierra comprenderás que mañana, desgraciadamente, seguirá habiendo mil cosas por hacer. Ahora que ha vuelto la luz y el agua aprovecharé para darme un baño y dormir un poco. No seré yo la que te entretenga porque el tiempo apremia. Te lo aseguro.

Debí de ser convincente porque, por primera vez en su vida, no insistió. Me besó en la mejilla y salió disparada. Antes de cerrar el portón, gritó:

—Cuando te hayas recompuesto, búscame y te daré tarea. ¡Y aprovecha para llamar a todo el que pueda estar preocupado por ti, que toda España clama por nosotros!

El portazo que dio me hizo sentir una gélida soledad. Afuera, todos corrían buscando a alguien y ¿quién se preocupó por mí? Nadie. Esa era la verdad. Aparte de Lola cuando creciese, nadie me buscaría nunca. Una sensación aplastante de aislamiento me hundió de nuevo.

¿Qué me pasaba? Me suponía acostumbrada a ese sentimiento. En ocasiones incluso me gustaba, pero... la soledad impuesta me dolía más que nunca. ¿Por qué ahora? El rechazo de Guillermo me estaba alterando demasiado. ¿Por qué tenía que haber pasado algo tan grave para darme cuenta de mis verdaderos sentimientos hacia él?

Sabía que varios cuerpos de los que yacían en el cementerio aún no habían sido reclamados por nadie y me vi a mí misma en un futuro. Sola, sobre un frío lecho de abandono.

El ama de cría de aquella señorial casa apareció oportunamente para borrar aquella imagen de mi imaginación.

—¡Aquí se la dejo!

Ambrosia me tendió el carrito. Lolita estaba plácidamente dormida. Solo tuve fuerzas para musitar:

—Bendita criatura a la que la inocencia la protege de ser salpicada por el dolor circundante.

El ama sonrió.

—La inocencia y esta servidora.

Asentí sacando unas monedas de mi bolsillo, que le tendí.

—Gracias, Ambrosia, una vez más.

Como siempre que se quedaba con ella, olía a agua de colonia, limpia y recién comida, y no pude hacer otra cosa que tomarla entre mis brazos y apretujarla contra mi pecho. La niña abrió sus ojitos y me sonrió antes de volver a cerrarlos.

Ambrosia, abriendo la puerta, no perdió la ocasión para recriminarme:

—¡Mire que he tardado un siglo en dormirla!

Muy despacio la dejé sobre el colchón y la tapé con la fina colcha de piqué que le había puesto. Recoloqué el lazo rosa de su cabecera y me excusé con ella.

—Perdóneme, Ambrosia, pero ahora más que nunca es un placer comprobar que la vida sigue.

Aquella rolliza mujer sonrió.

—¿Por qué cree que yo no he querido salir en todo el día? En el fondo, me ha hecho un favor dejando a este ángel entre mis brazos.

La agonía de un arrepentimiento

¡Viva España!
Que vivan los valientes
que vienen a ayudar
al pueblo gaditano
que quiere pelear.

«MARCHA», DE LA ZARZUELA CÁDIZ***

La imagen de Guillermo postrado sobre la camilla y aferrado al cuerpo inerte de su último hijo, deshecho en llanto, era una de las que más me habían conmovido. Definitivamente, le ofrecería la posibilidad de llenar el inmenso vacío que la explosión había dejado en su corazón con mi pequeña.

Pensar en Frías me causaba repulsión. ¡Qué tonta fui confiando en poder engañarle! ¿Cómo pude entregarme a él con semejante pasión? Recordar el tacto de su piel acariciando mi mano me revolvió el estómago.

Al diablo, igual que a Dios, jamás se le puede ocultar nada. Guillermo, en cambio, era un hombre bueno, me quería y el único escollo que nos separaba había desaparecido para siempre.

Esperaría a que el tiempo mitigara su dolor. Seguiría a pies juntillas una máxima que mi madre siempre repetía y que la experiencia, a esas alturas de la vida, me había demostrado como válida. Si la hubiese recordado cuando acudí a ofrecer mis servicios a la Gestapo o... hacía tan poco, cuando acepté el encargo de África, otro gallo me cantarían. Sus palabras sonaron en mi mente: «Ingrid, nunca tomes una decisión importante en tu vida cuando estés cansada o triste, porque será desafortunada. Todo puede esperar».

Solo cuando los sentimientos se aplacaran, me plantearía de verdad la posibilidad de un futuro en común junto a Guillermo. Eso... si él seguía aceptándome.

Había vivido intensamente la guerra mundial. En ella sufrí todo lo que creía que una mujer podría tolerar y, sin embargo, aquella explosión había hecho en mí mucha más mella.

Al llegar a casa metí a Lola en su cuna y puse la radio. Llené una bañera de agua tibia. El calor era insoportable y me abandoné a mis remordimientos. Con los ojos cerrados, deseé sumergirme en un sueño reparador del que resurgir renovada. Pero me vi envuelta en la sombra de las pesadillas.

Al principio tan solo venían a mi mente terroríficos flashes de desolación, abandono y cargo de conciencia. Frías, impertérrito, huyendo sin ni siquiera mirar atrás mientras una inmensa bola de fuego en el cielo iluminaba la estela de su victoria. El doloroso silencio roto por el clamor de Guillermo al haberlo perdido todo. Miles de cuerpos tambaleantes siguiendo senderos de sangre por entre la bruma de las cenizas de plata en que aquella tacita se había convertido. Y, por último, a la cola de esa lúgubre procesión, yo misma, caminando sin rumbo en un intento desesperado de sortear montañas de cascotes que asimilaban pecados imposibles de redimir por muy sincero que fuese el arrepentimiento.

Procuré calmarme para que aquella angustia no terminase por devorarme las entrañas. En París, trabajando para la Resistencia, aparte de enseñarme a fabricar explosivos, aprendí a disfrazar y controlar mis sentimientos. Eso haría.

Respiré hondo intentando dejar mi mente en blanco para poder dormirme del todo. El olor a jabón, la suave balada del transistor y la flameante luz de la vela que había encendido en la penumbra, filtrándose a través de la piel de mis párpados cerrados, me ayudarían a conseguirlo.

A punto estaba de lograrlo cuando oí unos pasos en el pasillo. A pesar de ser arrastrados, los reconocí de inmediato. ¡Era Guillermo!

La puerta entreabierta del baño terminó de abrirse y apareció él. Tenía los ojos tan hinchados de llorar que apenas podía abrirlos. Incapaz de dar un paso más, se quedó allí parado. En su entornada mirada no parecía haber un ápice de rencor.

Sonreí. Sonaba «Frenesí» en la radio y supe que sobraban las palabras. Venía a mí quizá porque no tenía adonde ir, del mismo modo que yo no tenía a nadie más con quien compartir mi soledad.

Se acercó a mí. Lo desnudé lentamente y lo tumbé sobre mi propio cuerpo

en la bañera. Así, bocarriba y con la cabeza apoyada sobre mi pecho comencé a frotarle el cuerpo con la esponja enjabonada.

Según se iba relajando fui sintiendo su peso sobre el mío. Su voz quebrada llegó a mis tímpanos como un bálsamo de paz.

—Perdóname de nuevo. Te mentí una vez al no decirte que estaba casado y ahora que estoy viudo acudo a ti con todos mis dolores.

¿Cómo podía decirme aquello? A mí, a la que sin él saberlo ayudó en cierto modo a fraguar aquel cataclismo que le había desposeído de todo.

Hacer público todo aquello que necesitaba de su perdón sería un error. Mis pecados eran tan grandes que el simple hecho de pronunciarlos impediría a cualquier humano perdonarlos por muy misericordioso que fuese. Solo Dios sabría de mi verdadero arrepentimiento y propósito de la enmienda. Las faltas de aquel hombre que ahora tenía entre mis brazos, sopesadas sobre una balanza frente a las mías, eran *peccata minuta*.

—No hay nada que perdonar porque ya todo está olvidado. Atrás queda el pasado y debemos aferrarnos al futuro. Viviremos el germen de una nueva savia en la que yo te intentaré recompensar de todas tus pérdidas. —Escurriendo la esponja, se la pasé por los ojos cerrados. Suspiré—. Terminaron las guerras, Guillermo. Demasiadas hemos vivido. Ya no quedan bombas que nos puedan herir porque estaremos juntos para eludirlos. Yo a tu lado y tú al mío seremos invencibles.

Incorporándose muy despacio se dio la vuelta para besarme ardientemente.

De su mano salí del baño. Nuestras huellas mojadas hacia la habitación se fueron evaporando al calor de aquel atardecer gaditano. Antes de dormirnos hicimos el amor tan pausadamente como nuestros abatidos cuerpos nos lo permitieron.

Al despertar, un rayo del rojizo amanecer le iluminaba el rostro y pensé que Dios me daba una oportunidad para redimirme a su lado. A pesar de mis temores, yo no estaba sola y tampoco dejaría que él nunca más sintiese esa fría sensación. Echar raíces juntos en un lugar lejano sería lo mejor para los dos, una vez hubiésemos sepultado del todo el pasado.

El llanto de Lola me espabiló. Tardé unos segundos en regresar a la atronadora realidad y el sudor de mi piel se congeló. Las palabras de mi madre que resonaban desde hacía dos días constantemente en mi mente se repitieron de nuevo: «Ingrid, nunca tomes una decisión importante en tu vida cuando estés cansada o triste, porque será desafortunada. Todo puede esperar».

¡Qué estúpida! Demasiado fácil para ser verdad. Aquel secreto que pensaba esconder de por vida acabaría por explotar en mi interior en el momento más inoportuno. ¿Y cómo se lo tomaría Guillermo? Aquel hombre estaba tan malherido en sus sentimientos que no soportaría otro golpe de semejante calibre. No se lo merecía. De nuevo quise morirme.

Las necesidades básicas de Lola fueron activando cada uno de mis mortecinos músculos y el calor fue regresando a mi piel. Cambiarle el pañal y darle el primer biberón eran los simples quehaceres que lograban disipar las repentinas ganas de abandonar este mundo que de vez en cuando me asaltaban. Aquella pequeña era lo mejor que había hecho en mi vida. Mi único acicate para seguir adelante. El foco de un amor desinteresado que no recordaba haber tenido nunca. Me prometía a mí misma que a ella jamás le fallaría.

Abajo, en la plaza de Mina, todos caminaban rumbo al ayuntamiento. Dudé si esperar a que Guillermo se despertase para ayudarlo a vestirse antes de marcharse a enterrar a los suyos o, por el contrario, empezar a empacar mis cosas para desaparecer de su vida sin más.

Aquel hombre que en mi cama dormía no se merecía estar a mi lado. Me sentía tan perniciosa que, a pesar de mis buenas intenciones, mi proximidad no conseguiría más que aumentar su dolor. Ya nada me ataba a aquella destrozada ciudad. De nuevo tocaba marcharme sin más. Huir de la desolación, mal que me pesase, se había convertido en el sino de mi vida.

De Colonia, la ciudad que me vio nacer, me fui cuando todo lo que me vinculaba a ella saltó por los aires a manos de los bombarderos aliados. Del convulso París, donde delaté a parte de la resistencia. Del pueblito de Eysses donde vi cómo apresaban a Frías. De Tetuán cuando, terminada la guerra, solo me quedaba la figura de Guillermo a la que aferrarme, y ahora de Cádiz... Para qué seguir enumerando.

Podría coger un mapa del mundo y señalar cualquier lugar para poner un rumbo y nadie jamás me echaría de menos. El destino parecía no querer verme enraizar en ningún lugar. Sentí anclado en mi corazón el dolor punzante de un apátrida.

Había oído decir a la directora del colegio alemán que España se estaba convirtiendo en el refugio de muchos alemanes que huían de las represalias de los aliados. A Lola no le vendría mal criarse en las tradiciones de parte de sus abuelos y a mí... a mí, por contagio, no me costaría tanto esconder mis secretos. Pero... ¿dónde estaban?

A la espera de fijar un destino, saldría a la calle para pensar. No quería estar presente cuando él despertase. No quería verle ponerse el uniforme y el brazalete negro sobre la manga.

Caminar siempre me había despejado la mente. Los muros de aquel pequeño piso en la plaza de Mina se me caían encima. Vestí a Lola, la metí en su coche y, dejándome arrastrar por la marea, me dirigí a la plaza de San Juan de Dios.

En el balcón hablaba el alcalde para informar a toda la población de las últimas noticias. Su voz atronaba en la plaza.

—¡Ayer por la mañana, el fiscal de la Audiencia Provincial don Francisco Bedoya Gutiérrez ha instruido las primeras diligencias para la correcta y rápida identificación y posterior enterramiento de las víctimas!

»Por otra parte, el juez de instrucción don Mariano de las Mulas Mesones también ha acordado ya incoar el sumario número 241/1947, para ponerlo inmediatamente en conocimiento del presidente y fiscal de la Audiencia Provincial. Gracias a la rápida actuación de estos y otros funcionarios, puedo decirles hoy, tan solo dos días después de esta desgraciada catástrofe, tenemos un recuento aproximado de víctimas, aunque...

Bajó el tono de voz, incapaz de mantener su ímpetu inicial:

—Con hondo penar, he de reconocerles que existe la posibilidad de que esta lista aumente. Aún falta por encontrar a algunos declarados desaparecidos, como, por ejemplo, los dos marineros que hacían guardia aquella noche en el origen de la explosión.

La voz enrabiada de una mendiga se oyó entre la multitud:

—¡Ni aparecerán porque se habrán *desintegrao*!

Todos los que allí había la escucharon espeluznados, a sabiendas de que tenía razón. El breve silencio que el alcalde hizo a continuación, apartándose del altavoz, se hizo eterno.

Con un leve carraspeo para desatranchar las palabras de su garganta, prosiguió leyendo el papel que le acababan de entregar con voz trémula y temblorosa:

—Por lo que sabemos, fueron un total de mil sesenta y cinco minas las que han estallado. Podrían haber sido más si no fuese por la labor que hizo la Armada al apagar el incendio inicial arriesgando la vida de sus hombres en el empeño.

Otra voz anónima entre el gentío le interrumpió.

—¡Paco, al grano, que andamos muy preocupados!

Francisco Sánchez Cossío sabía a qué se refería. Sus manos temblaron al pasar las dos páginas de paja que le impedían llegar al punto exacto que interesaba de su discurso. Apenas llevaba cinco meses de alcalde de Cádiz y el destino le había puesto en el peor brete que podría haber nunca imaginado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, entornó los párpados como si aquellas palabras escritas fuesen a cegarle antes incluso de pronunciarlas y, cual dragón compungido por el dolor, soltó su febril bocanada:

—Por el momento, se han rescatado a quinientos veintitrés hombres, mujeres y niños de entre los escombros, entre los cuales hay ciento cincuenta y dos fallecidos. Diez aún quedaban sin identificar. —Aprovechó el compungido silencio de los presentes para tragar saliva y continuar de un tirón—: Según un cálculo aproximado, se ha conseguido atender como mejor se ha podido a los cerca de cinco mil heridos que han pasado por los sanatorios, puestos de socorro y ambulatorios. Gracias a Dios, la mayoría de los heridos ya han sido dados de alta. Sin embargo... —Una de cal y otra de arena, pensé mientras él bebía un trago de agua antes de proseguir su alocución—: Sin embargo, aún quedan trescientas cincuenta personas graves ingresadas en los hospitales y clínicas. Agotado por la calamidad que nos ha sobrevenido durante mi mandato, doy mi público y más sincero pésame a todos los damnificados. Y, sin más, paso la palabra al excelentísimo José Antonio Girón de Velasco.

¡Aquellas cifras tocaban al cinco por ciento de la población gaditana! Según los datos, no habría quedado una sola familia incólume.

El alcalde, más que tomar asiento, se desmoronó antes de dejar libre el micrófono. El ministro de Trabajo venía para levantar los ánimos. Muchos de los que había a mi alrededor fueron dejando la plaza, quejándose de que Franco no hubiese venido en persona.

Pensando en qué estaría haciendo Guillermo, como tantos otros, perdí el interés y tan solo escuché palabras sueltas de aquel discurso:

—Se han dispuesto medidas para que la alegría vuelva a vuestros hogares y la tranquilidad renazca en Cádiz. Apaciguad vuestros ánimos porque, tras de mí, vendrán otros delegados del Gobierno para escuchar todas vuestras demandas... Hace falta que estéis dispuestos a demostrar que sois un pueblo que tiene conciencia y que está seguro de su prosperidad... Que la alegría vuelva a los hogares de este pueblo ilustre y noble. ¡Viva España! ¡Arriba España! ¡Viva Cádiz!

A mi espalda dejé a los más entusiastas gritando vivas. Aquella inyección de palabras sirvió para que algunos se concentrasen en eludir la tristeza.

Al terminar el discurso, las gentes se fueron diseminando. Probablemente, Guillermo ya se habría levantado, al encontrarse solo en casa se habría vestido y habría salido para irse al cementerio.

La noche anterior se había entregado a mí por entero a pesar de su tan reciente pérdida y no me pareció que sintiese su infidelidad como en otras ocasiones. De hecho, fue la primera vez que se había quedado relajado durmiendo en mi cama y no había tenido que salir a todo correr. Pero... ¿adónde podría ir si no?

Necesitaba verle, aunque fuese una vez más y en la lejanía, antes de marcharme. De camino hacia allí, un camión con equipos de desinfección que se dirigía a la zona devastada a punto estuvo de arrollarme.

A la altura de la playa de las Mujeres, abajo, sentadas en la arena, me pareció ver dos caras conocidas. Eran Carmela y María Moco. Hasta entonces no estaba segura de que aquella mujer no hubiese acompañado a Frías en su huida. Me alegré de que estuviese viva, aunque visiblemente triste.

Razones para llorar le sobraban. ¿Lloraba a los niños muertos del orfanato? ¿Por las monjas o su jefa, la cocinera Francisca? ¿Por haber perdido el trabajo? O simplemente por haber sido repentinamente abandonada por el hombre que siempre soñó como su verdadero amor. Aquel por el que se enfrentó a toda su familia al no reconocerle. Aquel a quien defendió a ultranza arriesgándose a mentir incluso a la Guardia Civil sobre su verdadera identidad. Aquel a quien le abrió de par en par su casa, cama y corazón.

Fuera cual fuera el motivo de su desdicha, la gitana, desesperada en el imposible afán de consolarla, ya no podía disimular su expresión de hartazgo.

Una oscura idea me vino al pensamiento. ¿Y si su dolor se debía a la pérdida de una de sus hijas? No sería extraño, ya que con frecuencia las dejaba a la guardia y custodia de las monjas.

A pesar de que las ruedas del cochecito de Lola se hundían en la arena y el calor era imposible, intenté acelerar el paso hasta donde la marea había mojado la arena. Me tranquilicé al topar con las tres niñas que a pocos metros de ellas jugaban a las tabas con los hijos de la Moco.

Al llegar a su posición las saludé.

—Buenos días. —Las dos me miraron a la vez—. Carmela, desde que supe lo de la casa cuna, no sabes lo que he pensado en ti. —Miré a las niñas—. Me

alegro de que todas estéis bien.

La gitana suspiró levantándose.

—Por *desir* algo. Porque hasta la *entrá* a mi *queli* ha *volao*. Menos mal que habíamos *salío* cuando explotó *to*.

Arremangándose las faldas, se levantó resuelta para irse ante la posibilidad de un reemplazo. Acariciando la cabeza de Carmela, se despidió:

—*¡Que pechá! Ea, pos* aquí te dejo con la señorita. —Carmela levantó la mirada para agradecerle el consuelo brindado—. Prométeme que no serás *pesá*. —Carmela asintió pesarosa. La gitana se acercó a su niño, lo levantó de un tirón, se lo colocó sobre la cadera y se despidió de mí—: Aquí se la dejo llorando porque se ha *quedao* sin trabajo ni novio que la recomponga. Dos duros daría yo por tener esos males *na* más.

Carmela solo fue capaz de alzar la mano para despedirla.

—Con Dios.

—*Orí* —respondió la Moco en caló.

Me senté junto a ella.

—¿Cómo estás?

—*Mu* mal. *Pa* que la voy a engañar. Vengo del cementerio del entierro de los niños y las cuatro monjas que murieron y apenas tengo fuerzas *pa* ir a ver a los pequeños que aún están en el hospital, porque allí supe que Francisca, la cocinera *pa* la que trabajaba, después de luchar por conservar la vida desde hace dos días, tampoco lo ha *lograo*. —Se encogió de hombros—. Además... —Supuse lo que iba a decir—, de que mi Pepe ha *desapareció*. Estoy *al liquindoi* —atenta—, pero no se *na* de él desde la catástrofe y digo yo que lo mismo anda aún con vida *enterra*o, pero me dicen los guardias que ya no queda *naide*. Que los astilleros se han llevado la peor parte.

Me hubiese gustado decirle que aquel mequetrefe estaba vivo y que en realidad se llamaba Manolo, que en los círculos anarquistas le apodaban Frías y que ella, al igual que otras muchas mujeres, simplemente había sido para él un instrumento para sus viles propósitos, pero no pude.

—Aún quedan desaparecidos, según he oído en el ayuntamiento.

Negó con la cabeza.

—Lo mismo es que no ha *quedao* ni un cachito de él y además... si es *pa* encontrarlo muerto, prefiero no hacerlo. Y el caso es que... ¿sabe lo que me dijo esa tarde al salir de casa hacia los astilleros para cumplir con su jornal? —La miré con expectación—. Que esa noche no se me ocurriese venir a Cádiz desde

San Fernando y que, si lo hacía, de ningún modo dejase a las niñas a dormir en la casa cuna. —Asintió pesarosa—. ¡Mi Pepe! Sin duda, algo se oía.

Me extrañó que hubiese tenido esa deferencia con ella y pensé que, al fin y al cabo, debería dar gracias a Dios por haberse librado de semejante demonio.

A lo lejos oí un tañer de campanas. Al verme ella aguzar el oído, me explicó:

—Es el segundo turno de entierros. Aún queda otra hornada.

No sabía si la familia de Guillermo habría sido enterrada en el anterior, pero, por si acaso, me acercaría. Quizá fuese mi última oportunidad de verle antes de marcharme. El cementerio no estaba lejos. Lo difícil sería despedirme con tanta premura de Carmela. Procuré ser delicada de la mano de otra mentira.

—Carmela, tengo que ir hacia allí. Yo también tengo a alguien sin localizar y quizá...

Su mirada irradiaba comprensión.

—Vaya y vuelva, que yo me quedo con Lolita.

—¿No te importa?

Negó, cabizbaja, mirando a donde estaban sus hijas.

—Total, una más.

Las niñas se habían aburrido de jugar a las tabas. La mayor cavaba un circuito en la arena para hacer una carrera de chapas o canicas mientras las más pequeñas, ya desnudas, se habían metido en el agua. Preocupada por la más pequeña, le gritó:

—¡Mari, como llegues al *agua tapá*, te doy! —La niña sin oírla continuó adentrándose en la mar. Carmela no pudo hacer otra cosa que levantarse malhumorada—. La *jartible* esta no me deja ni llorar a gusto.

Sonreí pensando que su hija, sin ser consciente de ello, había conseguido que aparcara su tristeza al menos por un rato.

Antes de marcharme, no pude hacer otra cosa que tenderle mi monedero. Sabía que normalmente se llevaba las sobras de la casa cuna para comer y ahora... ahora no tendría de dónde tirar.

—Toma. Coge lo que quieras y dales bien de comer en aquel chiringuito, que sorprendentemente está abierto. Intentaré volver lo antes posible.

Sin dudarle, me lo cogió; con sus gruesos dedos giró las dos bolitas del cierre y, al volcar el contenido en la palma de su mano, se le iluminó la cara. Carmela, aunque necesitada, no era mujer de pedir.

—¡Se van a poner púas! Dios la bendiga.

Me descalcé y comencé a andar por la orilla.

Aprovechando que la marea estaba baja, crucé hacia playa Victoria y hasta el lugar exacto donde se encontraba el cementerio.

Ni siquiera sabía si allí estaría Guillermo. Pero de una cosa estaba segura, si lo conseguía ver, me mantendría a una distancia prudencial para no importunarle. Por mucho que lo intentaba, no lograba borrar de mi memoria su expresión de dolor abrazado al cadáver de su hijo el día anterior.

Aun habiendo hecho las paces, aquella mirada de reproche que me dedicó todavía se mantenía clavada en mi estómago.

Anhelos de redención

20 de agosto de 1947

Amarrada a la costa como una clara nave,
Cádiz, la pobre y triste rosa de las cenizas,
azul, el mar o el cielo, algunos ojos,
rojo, el hibiscus, el geranio tímido,
y lo demás, paredes roídas, alma muerta.
PABLO NERUDA, «ELEGÍA A CÁDIZ»

Apenas tardé diez minutos en llegar al lugar exacto donde la arena de la playa se fundía con el ardiente asfalto de la carretera que bordeaba la tapia del cementerio de San José.

Curioso lugar aquel camposanto que casi lamía el mar. ¿Por qué elegirían un lugar tan hermoso para enterrar a sus muertos?

Las campanas dejaron de repicar y el repentino silencio hizo emerger en mí un miedo inusitado. Mis pies parecían anclados en la tierra. ¿Qué me pasaba? Por un lado, anhelaba ver de nuevo a Guillermo más que a nada en el mundo. Su perdón me daría la oportunidad de comenzar a redimir mis errores pasados. En él querría depositar todos mis anhelos de redención, pero me frenaba la idea de que aquel sueño fuese un imposible. El daño que le había ocasionado jamás podría ser perdonado por nadie, excepto por Dios.

Al alzar la vista al cielo topé con el dintel neoclásico de las tres puertas de entrada. Sobre el frontispicio de la principal había dos pináculos piramidales coronados por sendas bolas encaladas y en el centro una cruz de hierro forjado. Las letras pintadas en negro recordaban el año de su construcción, 1800.

—Señorita, o entra o sale, pero hágame el favor de no entorpecer.

A mi espalda, una pareja de la Guardia Civil abría paso a las autoridades que llegaban para asistir al sepelio.

Al darme la vuelta reconocí al general Varela. Apenas supo la noticia, salió de Tetuán y acababa de llegar. Aquel alto dignatario militar, testigo en primera fila de muchas atrocidades en la guerra, se mostraba desencajado como si jamás hubiese vivido una injusticia mayor.

Conociéndole, estaba segura de que, visto lo visto, habría dado gracias a Dios una y mil veces por que ni Casilda ni sus hijos habían estado allí el fatídico día.

Junto a él, el ministro de Marina; el vicealmirante Estrada; el alcalde Cossío y otras tantas autoridades, entre los que destacaban los uniformes blancos de los oficiales de Marina, se disponían a ocupar el lugar previamente establecido según el protocolo.

Me aparté para dejarles paso. Desde afuera, me hubiese gustado imaginar que aquel cementerio no era otra cosa que la burda imitación del escenario del teatro Falla con la tramoya de una tragicomedia decorando su centro, pero no pude. Allí, pasadas las tristezas no vendrían las risas, los aplausos o el cierre de los granates cortinajes. Allí, terminada esa función, tan solo quedaría un oscuro vacío enclavado en el alma de todos los presentes.

El caos de aquellos días apenas había permitido comprar una flor a los familiares de las víctimas para despedir a sus seres queridos. A excepción de las banderas de España cubriendo los féretros de los militares fallecidos y alguna que otra foto de aquellos que ya no estaban, poco más engalanaba el entorno.

Busqué a Guillermo, pero no lo encontré. Al frente de todo aquel pelotón de personalidades ilustres, como no podía dejar de ser, iba el obispo de Cádiz-Ceuta. Don Tomás Gutiérrez Díez esperaba a que cada uno estuviese en su lugar para comenzar el oficio. Con toda probabilidad, aquel sería el funeral más difícil de todos los que ya acumulaba sobre sus espaldas.

Intentando no pensar más, di un paso al frente, otro y otro hasta cruzar el arco de la portada principal y encontrarme al lado derecho de la puerta del cementerio. Ya estaba dentro.

En el centro de aquel alto círculo de nichos esperaban el comienzo del acto todos los familiares y amigos de las víctimas al frente de unos cuarenta ataúdes. Estremecía especialmente la cantidad de cajas blancas que había.

Las contadas coronas de flores marchitas por el insoportable calor parecían haberse mimetizado con los allí presentes.

A lo largo de toda la misa, el silencio de los asistentes se vio enturbiado nada más por los sollozos y el graznido de alguna gaviota sobrevolando nuestras

cabezas. Muchos fueron los que alzaron la vista al cielo al oírla. Si hubiese sido una paloma blanca, por lo menos habría sembrado sobre nosotros la esperanza de una simbólica paz.

Continué en la distancia buscando a Guillermo entre la multitud hasta que lo descubrí. Estaba justo en el lado opuesto a donde yo me encontraba, tambaleante frente a tres féretros blancos y otro un poco mayor. No pude evitar centrar mi mirada en la caja más pequeña, aquel bebé que se llevaba unas semanas con mi pequeña Lola y que ya no seguiría creciendo. Los ojos se me inundaron de lágrimas al ver a Guillermo desmoronarse de nuevo.

El inclemente sol se reflejaba en la blancura de su uniforme mientras otros dos oficiales de la Armada, compañeros de promoción, le servían de muletas para impedir su desplome.

La ceremonia se me hizo eterna. Al terminar, los familiares de las víctimas recogieron a sus muertos, se los cargaron sobre los hombros y, poco a poco, fueron diseminándose para desaparecer entre los múltiples corredores de aquella necrópolis en busca de sus propios nichos familiares. A cada grupo le acompañaba un sacerdote para rezar el último responso.

Dios sabe lo que me hubiese gustado acercarme, tomarle de la mano y servirle de sostén al igual que sus compañeros en aquel momento, pero me contuve. Tenía que ser cauta, por nada del mundo hubiese querido poner a Guillermo en un compromiso. A pesar de haber hecho las paces la noche anterior, quería seguir respetando su propio espacio para, entre otras cosas, evitar el más que probable riesgo de ser rechazada brutalmente de nuevo.

Los dos necesitábamos que el tiempo tamizase nuestros desasosiegos. Él su inconmensurable pérdida y yo mi aplastante cargo de conciencia.

Pero quizá si esperaba a que todo terminase...

«No, Ingrid —me dije a mí misma—. Este entierro forma parte de su otra vida, aquella de la que tú fuiste excluida, aquella por la que siempre os tuvisteis que mantener escondidos a los ojos de toda la sociedad. Deja ya de soñar y, si quieres hacerte y hacerle un favor, aléjate de él. Ya encontrarás otra manera de purgar tus pecados».

A punto estaba de marcharme cuando vi cómo las autoridades se dirigían a la esquina próxima al lugar que yo ocupaba.

Había estado tan absorta en lo que ocurría en el centro del camposanto que ni siquiera me había dado cuenta de que, en uno de sus extremos, a pocos metros

de mí, habían dispuesto varias mesas donde todavía yacían varios cuerpos aún insepultos a la espera de su identificación.

Tapados por sendas sábanas, un pequeño e improvisado toldo los salvaguardaba del justiciero sol. A pocos metros de distancia, Estrada sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se lo puso sobre la nariz.

—¡Cómo huele aquí a muerto!

El general Varela le miró con displicencia antes de contestarle indignado:

—¡Pues le aseguro que hace tan solo dos días esta gente olía a rosas!

Al salir del cementerio pasaron junto a mí. Enrique Varela me atravesó con la mirada ausente. Le hubiese saludado con un leve ademán, pero pareció no reconocerme. Al fin y al cabo, nos habíamos visto un par de veces nada más en los ágapes que organizaba Casilda, su mujer.

Sus pensamientos navegaban por lejanos derroteros. En su expresión se adivinaba una mezcla entre dolor y rabia. Quiso el destino que justo al pasar a mi vera se inclinase hacia su ayudante para mascullar mirando al vicealmirante Estrada con desprecio:

—Será cabrón.

Esperé a que, ya subidos en los coches oficiales, iniciasen la marcha para regresar. Me adentré en la playa de nuevo y, caminando descalza hacia donde había dejado a Carmela con las niñas, llegué a la conclusión de que lo mejor sería alejarme de Cádiz lo antes posible.

Mis sueños de un futuro junto a Guillermo eran meras quimeras y cuanto antes lo terminase de asimilar mejor sería para ambos.

Encontré a Carmela y a las niñas sentadas en el chiringuito tomándose un helado Topolino. Era el rey de los mantecados, como los llamaban allí. Los vendía un trabajador de una conocida heladería italiana que había en la calle Ancha y que aquel verano llevaban en una nevera a la playa. Los oscuros pensamientos que albergaba en el camino hacia allí se disiparon de inmediato ante aquella escena.

Los churretes de chocolate resbalando por el cucurucho de barquillo les pringaban hasta el ombligo e incluso Carmela había cambiado ese gesto de tristeza con la que la dejé por otro de suma satisfacción. No era para menos, ya que el mantel de papel de la mesa parecía el pódium de una alegre bacanal. Salpicado de pescado frito, salmorejo, paella y horchata, delataba que no se habían privado de nada.

—Veo que has dado buena cuenta de mis cuartos —le dije a Carmela, sonriendo.

Lolita, sentada en su regazo, al oírme, tiró el mendrugo de pan que mordisqueaba para calmar el dolor de encías y me tendió los brazos. Pensé que, con suerte, su primer diente le crecería en otro lugar. El faldón, originalmente blanco, ahora estaba teñido de un grisáceo sospechoso y apenas se le veían los ojos de todo el chocolate que tenía pegado a la cara.

Con sumo cuidado para no pringarme, la metí en el cochecito dispuesta a irme. Carmela se encogió de hombros. Con cara de disculpa sacudió el monedero.

—Ni una perra chica queda. Una cosa lleva a la otra y como llevábamos sin comer *na* desde muy de mañana...

—No te preocupes —la interrumpí—. Para eso te lo he dado. Me alegro de que ya estés mejor y te agradezco de verdad que te hayas quedado con la niña.

—Siempre que quiera ya sabe *aonde* me tiene *pa* servirla. ¿Encontró a quien buscaba? —se interesó Carmela.

—Quería despedirme antes de marcharme —afirmé.

La ayudante de la cocinera de la desaparecida casa cuna siempre me había demostrado su discreción, pero aquella vez no pudo contenerse.

—¡No me dirá que se va! ¿Adónde?

Ni yo misma lo sabía.

—Supongo que adonde me lleve la corriente.

Demasiado profundo para ella.

—*Pos* con Dios.

—Hasta luego, Carmela.

Prefería esa despedida a un adiós que cerraría una puerta para siempre. A ella era a la primera que se lo decía y la verdad es que, a excepción de Micaela y Guillermo, con pocos más lo compartiría.

A fin de cuentas, tampoco les costaría mucho hacerse a mi ausencia. Los gaditanos estaban acostumbrados desde tiempo inmemorial al constante transitar de un millón de gentes en sus puertos y la verdad era que yo ni siquiera había fondeado en él más de año y medio.

Como tantas otras veces, haría las maletas, recogería mis porcelanas dejando atrás las rotas, cerraría la tienda, entregaría las llaves a la casera y desaparecería para siempre de aquella Tacita de Plata convertida en cenizas.

Coronados lutos
29 de agosto de 1947

Fortalecido en la traición, el cuerpo
 contempla un día la frustrada huella
 de la felicidad, fuego engendrado
 en cautelosa nieve, donde solo
 perviven ya rescoldos, momentáneos
 delirios, rebeldías, simulacros
 de desnuda agresión. Estéril
 ya el olvido, toda la dicha cabe
 en una lágrima, toda la culpa
 en un recuerdo.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD,
 «Toda la dicha cabe en una lágrima»

Hacía once días de la catástrofe. Ya no quedaban cenizas en suspensión para posarse sobre los heridos que recibían el alta médica. Las lágrimas de los que lamentaban quebrantos fueron secándose. Los sollozos haciéndose más espaciados. Los clamores enmudecieron y, con ellos, las almas en pena optaron por esconder su dolor en lo más recóndito de los cuerpos que las albergaban.

Sorprendía el ansia de todos por aferrarse a un raudo renacimiento. Aquellas gentes estaban dispuestas a reconstruir todo lo perdido lo antes posible y, a falta de medios suficientes, habían comenzado por restablecer su siempre positivo estado de ánimo.

Desde el día del entierro de su familia, Guillermo no había vuelto a aparecer por casa. Quizá porque algún pariente se había empeñado en realojarle y velar por él. Pero, como en tiempos pasados, tampoco me había mandado una mísera nota dándome una excusa.

Sola y encerrada a cal y canto en casa, en lo único que pensaba ya era en marcar un punto en el mapa del mundo a donde mudarme. Prácticamente tenía

todo recogido. Tan solo me quedaba elegir qué piezas de la tienda me quedaría antes de llevar el resto a saldar a un chamarilero que conocía y no hacía ascos a nada.

A la derecha del mostrador coloqué aquellas —escasas— con cierta carga sentimental como mis preferidas. A la izquierda, las que adquirí únicamente para revender.

A pesar de que el comercio estaba cerrado, con la persiana a medio entornar, oí a alguien que la subió del tirón para entrar. La campanilla de la puerta me avisó de la entrada de un nuevo cliente. Sin mirar siquiera, gruñí.

—¿Es que no ha visto que está cerrado? —gruñí, sin mirar siquiera.

La voz de Micaela me espabiló de inmediato.

—Pero... ¿qué son todas estas cajas? ¿No estarás pensando en marcharte, por casualidad? Y si es así, ¿cuándo pensabas venir a despedirte? Serás desagradecida. ¡Con todo lo que aún queda para ayudar a recomponer este desaguizado! ¡Ingenua de mí, pensé que vendrías a colaborar! ¡Esto no puede ser! Mírate, con ese aire de cansancio sobre el mostrador y absorta en un *biscuit* que no es la bailarina que te traje de París. Por cierto... ¿dónde está? —Miró a las estanterías vacías. Aún quedaban restos de porcelanas rotas alfombrando el suelo. No había tenido ni ganas ni tiempo para barrer. Apenas paró un segundo para tomar aire antes de continuar—: ¿No se habrá roto?

Me limité a negar, aún concentrada en la estatuilla de Sèvres que salvé de la hecatombe en Colonia el día que todo lo perdí y que desde entonces me había acompañado a todos lados.

—No te preocupes —suspiré—, la tuya está ya embalada. Es la primera que empaqueté y guardé. Ahora me queda decidir sobre esta otra. No sé si llevármela o venderla. ¿La quieres? Si te gusta, te la regalo. —Durante años, aquella niña aletargada entre libros había sido mi pieza preferida por recordarme el verdadero amor familiar, aquel que me gustaría recomponer algún día—. Acércate, Micaela. Esta pequeña desnuda, adormilada y sentada en el regazo de las páginas en blanco de un libro, es como el alma de una escritora a la espera de la inspiración. ¿Sabes que dos veces se ha salvado de una explosión? La primera en Colonia, la segunda aquí. ¿Qué significará? De algún modo, es mi vivo reflejo. ¿No te parece que está frunciendo el ceño? Es como si, en cualquier momento, fuese a entreabrir sus pétreos párpados sobresaltada por la peor de sus pesadillas después de tanto tiempo anclada en el nirvana de los sueños.

—No cabe duda de te estás volviendo loca —resopló impaciente—.

¿Cuánto tiempo llevas aquí encerrada? Anda, deja todo esto y acompáñame. Te hará bien ayudar a los demás y dejar de pensar en ti misma. Dejaremos a Lola con Ambrosia, que está deseando verla.

Al intentar levantarme de un tirón, contraje todos mis músculos para impedirselo. Como siempre, no se dio por vencida.

—¡Mírate! Qué desperdicio. Tú aquí, adherida a tu silla habiendo aún tantos damnificados viviendo en las improvisadas tiendas de campaña a la espera de que el Gobierno les ofrezca una casa de auxilio social donde vivir y, mientras, necesitaban comer. ¡Tenemos que llevarles víveres!

Cansada, alcé la vista para mirarla directamente a los ojos. Habían pasado casi dos semanas y ella seguía vestida con aquel uniforme al que tanto cariño le había cogido. Seguía pareciéndome extraño verla con aquella sencilla indumentaria, acostumbrada a ser el maniquí gaditano del último grito de la moda parisina.

Incapaz de soportar un segundo más de silencio, continuó:

—Ahora no te puedes marchar. Hay ciertas decisiones que no se pueden tomar en caliente, cansada o triste, porque te equivocarás. —¡Parafraseaba a mi madre sin saberlo!—. Dicen que todo esto afectará a cada persona de una manera diferente y que cada uno necesita su tiempo para asimilarlo. Está claro que tú aún no lo has logrado. No te preocupes, porque aquí está tu amiga para echarte un capote. Anda, levántate y ven conmigo. —Afuera, el claxon del coche sonó dos veces—. Me esperan y no puedo demorarme más. Bueno, pues te dejo. Mañana vendré a ver cómo estás.

Dando un portazo, salió corriendo hacia la calle. Micaela era así, aparentemente frívola, pero en el fondo una mujer inteligente, generosa y tan positiva como imposible de tumbar por la adversidad.

Me levanté derrotada. La verdad es que necesitaba salir. El calor se había estancado entre los cuatro muros de mi casa y me agobiaba más incluso que la propia incertidumbre en la que andaba sumida sin saber bien adónde irme. Nada ni nadie me esperaban en ningún lugar.

¿Quizá a Baleares? Cualquier destino sería tan bueno como otro. Por lo que había oído, muchos de los alemanes, después de la contienda, se habían refugiado en aquellas islas perdidas del Mediterráneo.

Cogí a mi pequeña en brazos. En lugar de meterla en el coche, preferí colgármela en un inmenso pañuelo de igual manera que había visto a las gitanas hacer. Aquello me permitiría caminar más deprisa hacia cualquier lugar.

Necesitaba andar para pensar rápido y acertadamente. Aún tenía dinero para iniciar una nueva vida, y lo haría.

Me dirigí al puerto para ver qué barcos saldrían próximamente. Quizá aquello terminase por decidirme. En la taquilla me informaron de que, a principios de septiembre, partiría uno hacia Palma de Mallorca. Saqué el pasaje para Lola y para mí.

Dejándome llevar por el capricho de mis pasos al andar, me encontré frente a la iglesia de los dominicos. Entré para pedir a Dios que me perdonase una vez más. Desde el día de la explosión, aquella nueva costumbre era lo único que calmaba mi desasosiego. A pesar de no considerarme digna de su benevolencia, le imploraba con insistencia para que me guiase convenientemente por los desconocidos senderos que me disponía a transitar.

Por experiencia propia sabía que, aparte de haber tomado una decisión acertada o no, el incierto destino tendría que ir acompañado de una buena dosis de suerte. Al salir del templo, proseguí el paseo.

Cuando crucé Puerta de Tierra eludí pasar cerca de la zona devastada. Como en días anteriores, tomé el camino paralelo a la playa. La marea baja y el suave viento de poniente me permitirían descalzarme para caminar por la orilla.

Agradecí llevar a Lolita colgada en el pañuelo en vez de en aquel elegante coche infantil, que al día siguiente devolvería a Ambrosia para que lo guardase de nuevo en los trasteros del palacio de la calle Ancha.

Con la mirada ya en otro lugar, me dispuse a recorrer los dos kilómetros que me separaban de la fortaleza de Cortadura.

Sumida en mis pensamientos, se me hizo cortísimo el trayecto, así que una vez allí decidí continuar más allá de las construcciones. Aquella playa salvaje colmada de dunas me llevó al ventorrillo del Chato.

El mismo lugar donde hacía meses el comandante Abril me había entregado el reloj para la bomba. De alguna manera, allí era donde había empezado todo. ¿Podría alguna vez perdonarme a mí misma?

Sentada sobre una duna, dejé que mi mirada se perdiese en el horizonte, justo donde el mar se fundía con el cielo. Un pequeño velero navegaba a lo lejos. La playa estaba desierta y Lola dormía plácidamente arropada por el mismo pañuelo que le había servido de mochila hasta aquel idílico paraje.

A lo lejos vi la figura de un hombre avanzando hacia mí. Su perfil difuminado bailaba al son de los vapores que emanaban de la ardiente arena. Guillermo acudió una vez más a mi mente. Quizá porque la última vez que lo vi

en el cementerio, como aquella figura en lontananza, temblaba sin consuelo. ¿Podría ser su espejismo?

Intenté desviar ese triste pensamiento de mi mente para volver a concentrarme en el infinito de los mares abrigada por ese sentimiento de pérdida del tiempo. Atardecía y el cielo comenzó a teñirse de hermosos rojos, rosas, amarillos y azules, cuando alguien me tapó los ojos.

—Perdóname. Te llevo siguiendo todo el día, pero me faltaban fuerzas para alcanzarte. Por fin lo he logrado, y aquí estoy.

El espejismo no era tal. Por el rabillo del ojo lo vi agacharse para besar en la frente a Lola. Sin añadir más, se sentó a mi lado. En silencio comenzó a acariciar mi antebrazo.

Sin poder evitarlo le agarré con fuerza de la mano, me la llevé a la boca y se la besé para después posarla sobre mi pecho. Quería de una vez por todas descerrajar aquella puerta de desconsuelo y aquello fue lo que me salió del corazón.

Las palabras se me atragantaron:

—Me alegro de verte. Estos días que no te he visto he pensado mucho en nosotros y, después de meditarlo, he decidido marcharme hasta que todo se calme. Esta mañana he sacado unos billetes a Palma de Mallorca. Me mudo allí con Lola.

Empalideció. Me agarró fuertemente de la mano y, tras dos segundos de silencio, me suplicó:

—No me dejes. Ahora no. Espera al menos a que pueda seguirte. Sé que ha quedado vacante el puesto de comandante de Marina en Ibiza. Me postularé voluntario para ocuparlo, pero... entre la petición y la toma de posesión del cargo calculo que aún tendremos que esperar seis meses para podernos marchar. Devuelve los billetes hasta entonces, por favor. No puedes negarte ahora que soy yo el que te seguiré a ti.

Le besé la mano de nuevo.

—Lo siento, Guillermo. Es mejor así. No quiero equivocarme otra vez. No es un adiós sino un hasta luego. Si después de medio año seguimos queriendo estar juntos, siempre podremos reiniciar nuestra relación. Este plazo nos dará tiempo a los dos para pasar el duelo y no precipitarnos. La distancia nos ayudará a comprobar en frío si nuestro amor simplemente se sostiene por pura necesidad, por el vínculo que Lola ha creado entre nosotros o si de verdad es sincero.

El sol se ahogaba en el mar a la misma velocidad que todas nuestras

angustias.

—¡Espera al menos a que me entere de si de verdad fue un accidente o un sabotaje!

Se me paró el corazón.

—¿Un sabotaje de quién?

Su desconsuelo se cuajó de rabia.

—¡De quién va a ser! De los anarquistas. Es el vicealmirante Rafael Estrada, el capitán general del Departamento Marítimo de Cádiz, el que, sospechándolo, ha conseguido que los juzgados civiles se inhiban en la causa de la explosión en favor de nuestra jurisdicción. A partir de este momento, el encargado de instruir la será mi compañero el capitán de navío Faustino Ruiz González. ¡Buena papeleta le ha caído! Él me ha prometido informarme de todo lo que averigüe.

—Pero... ¿qué es lo que quiere descubrir? —balbuceé—. Y eso... a ti en qué te consuela. Fuese un accidente o un sabotaje, el mal ya está hecho y no se puede remediar.

—¿No lo entiendes, Ingrid? —negó con la cabeza—. Necesito saber la verdad porque, si lo que ocurrió fue un accidente debido a nuestra desidia al no haber trasladado las minas antes, el cargo de conciencia me perseguirá siempre.

—No es culpa tuya —le interrumpí—. Por lo que me dijiste, el informe que alertaba de las malas condiciones de esos explosivos estaba fechado hace cinco años, cuando tú no tenías nada que ver con ello. ¡Fue entonces cuando tenían que haber puesto remedio! Simplemente a ti te tocó la china.

Se encogió de hombros.

—La única manera que veo de liberarme un poco de esta carga es saber con certeza que fue un sabotaje y no un accidente. Así podré culpar a otros. —Negó de nuevo—. Aunque si así fuera, tampoco podremos hacerlo público porque, según aconsejan desde las altas esferas, reconocerlo sería como reconocer la victoria de nuestros enemigos.

Los resquicios que me quedaban de la espía que fui me impulsaron a seguir indagando.

—Sigo sin entender nada. ¿En qué se basan para suponer que fue un sabotaje?

—En la declaración de unos pescadores que al tiempo de la explosión estuvieron a punto de chocar con una embarcación que navegaba a toda prisa y sin una luz que la señalase —susurró entre dientes.

Pensé que no andaban desencaminados. Ningún avezado hombre de mar, a sabiendas de los traicioneros bajos que sembraban la bahía, se aventuraría a semejante dislate, excepto Frías. Continué escuchando.

—En la detención de un hombre en San Fernando dos días después de la explosión que se había registrado en un hotel con documentación falsa. —¡Pobre infeliz, aquel desdichado que tomaron por quien no era! Pensé. ¿Es que no sabían que cualquier saboteador lo primero que hace después de atentar es poner mucha tierra de por medio? Prosiguió—: Y, por último, hemos sabido por un informe de los servicios exteriores del Estado Mayor, que los anarquistas compraron en el mercado negro milanés seis relojes telefónicos para ser utilizados como dispositivos de retardo en sus bombas.

Ineludiblemente, miré al ventorrillo para recordar lo que el comandante Abril me había contado al entregarme aquel reloj. Me preocupé. ¿De verdad habría pasado el tiempo suficiente como para borrar cualquier huella que me incriminase?

—Siento contradecirte, pero me parecen pistas de lo más deslavazadas — intenté disuadirle—. Son endebles y no encuentro una sola conexión entre ellas. Un barco perdido en alta mar, un detenido sin más delito a sus espaldas que querer esconder su verdadera identidad y unas piezas adquiridas de estraperlo en Milán que ni siquiera se sabe cómo llegaron aquí. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Olvídalo, Guillermo, cualquier cosa que te traiga a la memoria esta calamidad nunca será buena.

El sol desapareció por completo en el horizonte. Él, inmerso en sus pensamientos, no parecía escucharme. Simplemente se levantó, se colgó a Lola de su espalda y cogidos de la mano desandamos el camino hasta donde la discreción nos lo permitió.

A nuestra espalda sonaba el parte de noticias en la radio del ventorrillo. En la plaza de toros de Linares un miura de nombre Islero había herido mortalmente a Manolete.

Epílogo

La certeza de una eterna incógnita *Plaza de San Severiano, 18 de agosto de 2012*

—El 6 de septiembre embarqué hacia Palma. Ese mismo día supe que en Alcalá de Henares había estallado otro polvorín matando a veinticuatro personas, hiriendo a otras tantas y destrozando una fábrica, un puente sobre el río y una vivienda cercana. La intuición me dijo que Frías había tenido mucho que ver en ello. Me preocupaba la idea de que le detuviesen. Conociéndole, sabía que no dudaría un segundo en implicarme si entre las torturas de un severo interrogatorio le brindaban la oportunidad de una rebaja de pena, pero no ocurrió.

»A la búsqueda de una nueva vida, di por concluidos mis tiempos de fingimiento y mentira, aún consciente de que siempre quedaría algún fleco suelto del que deshacerme. Respiré tranquila tres años y medio después cuando me enteré del sobreseimiento de la causa por el mismo Estrada ante la imposibilidad de probar el delito. Aun así, tendría que vivir con la amenaza de que alguien, cualquier día, descubriese algo nuevo que provocase su reapertura.

»Mi conciencia no consiguió apaciguarse del todo hasta que, treinta años después, leí en el *Diario de Cádiz* que las llamas de un devastador incendio habían devorado el Archivo Naval de San Fernando. Aquella calamidad transformó la incógnita de lo realmente sucedido en una certeza eterna».

Ingrid, enmudeció repentinamente. La mirada de la anciana, perdida desde hacía horas, regresó de pronto a aquella cafetería de la plaza de San Severiano para centrarse en mí.

Lola la miraba entre emocionada y desconcertada.

—Está claro que papá acabó reuniéndose con nosotros en Baleares, pero... ¿cuándo regresamos a Cádiz?

Su madre sonrió.

—Apenas cumpliste cinco años y terminó el destino que tu padre había pedido en la Comandancia de Marina de Ibiza. Por eso apenas te acuerdas.

Lola, aquella mañana, había descubierto los mil secretos de una apasionada madre.

Como yo, lo que probablemente no llegaba a comprender bien era el porqué de aquellas confesiones tan celosamente guardadas a una completa desconocida.

—Ahora, Lola, llévame a casa. Estoy agotada.

Sin rechistar, ella hizo caso a su madre. Yo aún intentaba asimilar lo escuchado. Me levanté para despedirlas.

—¿La escribirá? —me preguntó Ingrid, solícita.

No pude más que contestar parafraseándola.

—¿Aun a riesgo de romper la certeza eterna de aquella incógnita?

Asintió.

—Jamás la creerán. Aquí todos me conocen y nadie me cree capaz de semejantes dislates. El pasado carnaval me disfracé de la reina de los artificios y nadie me preguntó el porqué.

Curiosa metáfora para definir a una espía.

—Deme tiempo para asimilarlo. Después de lo que me ha contado, me va a costar regresar a mi casa sabiendo que está construida sobre el epicentro de tanto dolor.

Una sonrisa se dibujó en sus arrugados labios.

—Lo superará. Las palabras, como el transcurrir de los tiempos, todo acaban curándolo. Déjese mecer por los vientos que azotan esta ciudad y pronto se dará cuenta de que todo lo que ha renacido ha cuajado aferrándose a la esperanza de un mejor devenir. Mire a su alrededor. ¿No es todo júbilo? El sucio polvo se lo llevó el mar. A la vista está que tan solo la plata más pura de aquellas cenizas quiso abonar esta tierra para fundirse con su fulgente tacita.

Agradecimientos

Gracias a:

Fernando Caballero Echevarría, coronel del Ejército de Tierra, escritor, doctor en historia e ilustre artillero, que me dio las certeras claves de cómo fabricar un artefacto explosivo sencillo, efectivo y veraz.

Ignacio Casas de Ciria, cronista social de Cádiz, por llevarme de su mano a conocer los recovecos más secretos de la ciudad.

Rafael Fuertes-Rodríguez, a quien conocí en el acto a los caídos sentado en su silla de ruedas, niño sobreviviente de la explosión y que, al saber a lo que yo me dedicaba, me entregó una copia de todos los recortes sobre el tema que había recopilado a lo largo de su vida.

José María Otero Lacave (*Chotín*), coronel retirado del cuerpo jurídico militar, archivero y escritor, que, con gran diligencia, cuida de todos los ejemplares históricos del *Diario de Cádiz*, poniéndolos a disposición de los investigadores.

Al Archivo Naval de San Fernando y al Archivo Central del Cuartel General de la Armada, que me proporcionaron la poca documentación que aún conservaban del expediente, después del incendio del 2 de agosto de 1976 en San Fernando.

Dramatis personae

ÁFRICA DE LAS HERAS GAVILÁN, ALIAS PATRIA. El enlace que consigue convencer a la protagonista para participar en el sabotaje. Nacida en Ceuta el 26 de abril de 1909. Su padre, Julián Francisco de las Heras, fue alcalde de Ceuta y abogado. Estudió en Madrid y a los veintiún años se afilió al Partido Comunista. Participó en la Revolución de Octubre de 1934 en Asturias y en el treinta y seis, en Barcelona, estaba integrada en las Juventudes Socialistas Unificadas comandando una patrulla ciudadana. Al principio de la Guerra Civil viajó a la Unión Soviética. En Moscú se nacionalizó soviética al mismo tiempo que se adoctrinaba en enfermería, radiotelegrafía, etc., para ser espía en la KGB. Se ha especulado con la idea de que fuese Caridad Mercader, la madre de Ramón Mercader, el asesino de Trotski, su mentora. Participó en misiones en Noruega, Ucrania y norte de África, entre otras que se conozcan.

En 1946 se instaló en París, haciéndose pasar por una refugiada del régimen franquista. En esta ciudad se casó con el escritor uruguayo Felisberto Hernández. En el cuarenta y siete pasó por España antes de viajar a Uruguay con su marido. Fue entonces cuando pudo haber colaborado en la explosión de Cádiz. Murió en Moscú el 8 de marzo de 1988 por problemas cardíacos y fue enterrada con honores militares en el cementerio Jovánskoie (https://es.wikipedia.org/wiki/%C3%81frica_de_las_Heras).

BERNABÉ LÓPEZ CALLE, ALIAS COMANDANTE ABRIL. El anarquista que entrega a la protagonista una de las piezas fundamentales para construir la bomba. Había nacido en Montejaque, Málaga, el 30 de mayo de 1899.

Desde muy joven fue guardia civil, afiliado a la CNT durante la Segunda República y comandante en el bando republicano durante la Guerra Civil española. Terminada esta, como el anarquista que se consideraba, lideró activamente la guerrilla antifranquista en el sur de Andalucía en la sierra de Ronda, en la de Grazalema y camino de la costa hasta el Campo de Gibraltar.

Murió en un enfrentamiento con la Guardia Civil en el cerro de la Atalaya, Medina-Sidonia, el 30 de diciembre de 1949.

CARMELA. Ayudante de cocina de la casa cuna. Francisca, su jefa, es una de las fallecidas en aquel orfanato. Ella es la que hospedó a Frías en su propia casa suponiéndole aquel enamorado que años antes despidió al alistarse en la División Azul. Carmela existió, según la documentación encontrada, pero la autora se permite la licencia de colocarla como ayudante de cocina de la casa cuna para darle más protagonismo en la trama.

ENRIQUE VARELA IGLESIAS. General del Ejército de Tierra. Propietario de la casa donde transcurren varios episodios de esta historia. Nació en San Fernando (Cádiz), el 17 de abril de 1891. Casado con Casilda Ampuero, una de las amigas de Ingrid.

Veterano de las campañas de África. Fue de los contados generales condecorados dos veces con la cruz laureada de San Fernando. Participó en las conspiraciones contra la Segunda República. En la Guerra Civil mandó varias unidades del frente nacional. En la posguerra fue nombrado general y ministro del Ejército. Poco después obtuvo el cargo como alto comisario de España en Marruecos. Un puesto que ocupaba en los años en que transcurre la novela y hasta que falleció en Tánger el 24 de marzo de 1951. En sus archivos de Cádiz es donde apareció la famosa carta en la que se advertía de la posible implicación de una espía en el sabotaje de la explosión.

GUILLERMO CORBERA. Oficial de la Armada española destinado en la Base de Defensas Submarinas en Cádiz. Amante de Ingrid y padre de Lola, la hija de la protagonista. Es un nombre producto de la ficción de la autora debido a que, como el de la protagonista, es mencionado anónimamente en la carta dirigida al general Varela, advirtiéndole de un posible sabotaje. Enamorado de Ingrid pero al mismo tiempo casado. Es el hombre que ella utiliza para sus propósitos y que, sin intuirlo siquiera, le va abriendo puertas y dando la información que necesita. Un mero instrumento en manos de Ingrid.

INGRID. La protagonista de esta novela. Un personaje de ficción que, aunque existió, fue tan discreta en su actuación como espía, que incluso consiguió

ocultar su verdadero nombre a los anales de la historia. Todo es un secreto a su alrededor, excepto un documento que la menciona como peligrosa espía en el archivo del general Varela en Cádiz. Medio rusa, medio alemana. De aspecto totalmente ario. Nacida probablemente en Prusia y residente en Alemania. Una mujer sola, elegante, sociable como ninguna, sin escrúpulos a la hora de desplegar sus armas de seducción si la meta lo precisa, culta, políglota (seis idiomas) y espía alemana en principio pero que, como casi todos, acaba convirtiéndose en doble espía al enamorarse de Frías, un anarquista convencido que aparece y desaparece en la novela.

JOSÉ MORENO RODRÍGUEZ (PEPE). Es el personaje al que suplanta Frías o Manolo para pasar inadvertido. El verdadero José fue medalla individual colectiva de los requetés de Andalucía. Aquel a quien Frías robó su identidad para poder vivir en casa de Carmela por aquel entonces seguía en un campo de trabajo en Rusia después de haber caído en la Segunda Guerra Mundial preso de los rusos. José Moreno regresó a casa pasado el tiempo, demostrando que él nunca fue el hombre que apareció en casa de Carmela en el verano del 1947.

MANUEL SÁNCHEZ FRÍAS, ALIAS MANOLO, PEPE O FRÍAS. Uno de los amantes de la protagonista y colaboradores de la Resistencia con ella. Según la hemeroteca del periódico *ABC*, ya fue detenido el 17 de enero de 1933 y puesto en libertad en plena República por sus actividades delictivas. Como tantos otros españoles, debió de participar en la Guerra Civil en el bando republicano. Posteriormente y contrario al ideario de los vencedores, se exilió a los campos de refugiados de Argelès, en el sur de Francia, para luego terminar alistándose entre las filas de la Resistencia en París contra la Alemania invasora. Terminada la Segunda Guerra Mundial y liberado ya del campo de concentración donde fue internado, viajó a Toulouse para unirse a la facción activa de Federica Montseny, convirtiéndose en anarquista artificiero incapaz de pensar en otra cosa que en atentar contra el Gobierno de Franco.

MARÍA MOCOS. La gitana que guía a la protagonista por el laberinto de túneles de la ciudad. En realidad, es un personaje perteneciente a la leyenda gaditana. Representaba a una de las mujeres indigentes que por aquella época vivían en las

cuevas. La fábula cuenta que al principio se dedicaba a la cría de pavos para vender en el mercado y que el «moco de los animales» fue el origen de su apodo.

MERCEDES FORMICA. Aparece puntualmente en la novela. Amiga de Micaela. Fue escritora, abogada, feminista y firme defensora de los derechos de la mujer al conseguir que se reformasen sesenta y seis artículos del Código Civil. Murió en Málaga el 22 de abril de 2002.

MICAELA ARAMBURU PICARDO. Amiga inseparable de la protagonista. Perteneciente a la familia de banqueros de la alta aristocracia gaditana, introduce a Ingrid en estos círculos. Existe un cuadro de ella pintado por Zuloaga en el Museo de Cádiz. Culta como la que más, dominaba varios idiomas. Enferma de niña, se traslada a vivir con su abuela María Luisa Gómez al palacio de la calle Ancha mientras sus hermanos continúan residiendo en el palacio de la plaza de San Antonio. Fue enfermera en la guerra, vivió entre París y Cádiz y dedicó gran parte de su vida al cuidado de las obras de arte y porcelanas. Murió soltera y sin descendencia. Tras su muerte, su retrato fue cedido al museo.

Víctimas de la explosión de Cádiz

Quiero rendir un especial homenaje y recuerdo a las víctimas de la explosión reproduciendo sus nombres y edad. Sus historias fueron publicadas después de un ingente trabajo de investigación llevado a cabo por José Antonio Hidalgo Viaña y José Antonio Aparicio Florido en los libros que menciono en la bibliografía y la web www.laexplosiondecadiz.es.

1. Aldecoa Lacombe, María Felisa (c. 20 años).
2. Amillategui Gómez, Dolores (66 años).
3. Asencio González, Ana María (7 días).
4. Barea Amaya, José Hilario (2 años).
5. Barragán Ruiz, Isabel (78 años).
6. Batista Benítez, María (19 años).
7. Bauzada Barragán, Carmen (42 años).
8. Bedoya Mora-Figueroa, Fernando (4 años).
9. Bedoya Mora-Figueroa, Rosario (2 años).
10. Benavente Delgado, María Dolores (4 años).
11. Benavente Delgado, Mercedes (6 años).
12. Bermúdez Jurado, Antonia (18 años).
13. Blandino Jiménez, Encarnación (27 años).
14. Blasco Fabra, Juliana (40 años).
15. Blázquez González, Manuela (3 años).
16. Bonet Rodríguez, José (2 años).
17. Cama Moreno, Josefa (7 años).
18. Campos Rincón, Rosa (30 años).
19. Caña Hernández, Isabel (9 años).
20. Cebada Real, Manuela (80 años).
21. Cejudo Cebada, Ramón (36 años).
22. Cendán Seijas, Concepción (75 años).

23. Cerezo Rodríguez, Francisco (55 años).
24. Chamorro Álvarez, Juana (31 años).
25. Cintado Morera, José (36 años).
26. Collantes Cantero, Agustín (36 años).
27. Corbera Cepillo, Josefa (63 años).
28. Cruz Gutiérrez, Francisca (65 años).
29. Deudero Quevedo, Carmen (7 años).
30. Díaz Bayo, José (20 años).
31. Díaz Moreno, Juan (1 año).
32. Domínguez Permañe, María (59 años).
33. Doroteo García, Manuel (37 años).
34. Falcón Benítez, Sebastián (43 años).
35. Fernández de la Cruz, María Teresa (4 años).
36. Fernández de la Cruz, Rafael (8 años).
37. Fernández Gil, Luisa (9 años).
38. Fernández Muñoz, José Ramón (44 años).
39. Ferrera Gutiérrez, José María (2 años).
40. Flores Blanco, Irene (5 años).
41. Flores Sánchez, Antonio (66 años).
42. Frigolet Álvarez, Francisco (64 años).
43. Gálvez Ortega, Isabel (68 años).
44. Gálvez Pérez, Antonio (63 años).
45. García Camacho, Esteban (59 años).
46. García Dionisio, Francisco (33 años).
47. García García, Francisca (2 años).
48. García Vázquez, Lorenzo (50 años).
49. Gil Morales, María de las Nieves (3 años).
50. Goma Barahona, Alejandro (56 años).
51. Gómez Alcañiz, José (27 años).
52. Gómez Arroyo, Carmen (53 años).
53. Gómez Martínez, María Teresa (9 meses).
54. González González, Miguel (4 años).
55. González Massón, José María (16 años).
56. González Milán, Antonio (45 años).
57. González Montero, Francisco (31 años).
58. Guerrero Rendón, Ángel (48 años).

59. Gutiérrez Rodríguez, Calixto (28 años).
60. Hernandorena Ondarreta, Ángel (56 años).
61. Jiménez Armstrong, María (67 años).
62. Labio Caballero, José (6 meses).
63. Laboisse Doile, Elena (74 años).
64. Lara Secades, Francisca (64 años).
65. Lasala de Haro, María Luisa (47 años).
66. Linares de la Torre, Concepción (55 años).
67. López Noguera, Antonio (21 años).
68. López Osorio, Manuel (7 meses).
69. López Tudela, Francisco (21 años).
70. Loureiro López, Rosendo (22 años).
71. Louzán García, José (43 años).
72. Mancilla Cordón, Juan (67 años).
73. Marcano González, Victoria (38 años).
74. Marcano Guazo, Cirila (39 años).
75. Marín Rosa, José (1 año).
76. Martín Pérez, José Antonio (34 años).
77. Martínez Morales, José Luis (2 años).
78. Martínez Ortega, Caridad (31 años).
79. Martínez Rodríguez, Mercedes (5 meses).
80. Martos Álvarez, Antonia (3 años).
81. Mateo Collantes, Remedios (29 años).
82. Mateo Álvarez, María de los Santos (86 años).
83. Matos Figueira, Antonio (48 años).
84. Mesa Castillo, Francisco (2 meses).
85. Miret Márquez, Francisco (21 años).
86. Molins Ruiz, Guillermo (15 años).
87. Moreno Sánchez, Matilde (2 años).
88. Muñoz Tineo, Francisco (52 años).
89. Ortiz Gutiérrez, Miguel (49 años).
90. Osto Pardiña, Manuel (38 años).
91. Palacios Blasco, Inmaculada (5 años).
92. Palacios Blasco, Juan Carlos (7 días).
93. Palacios Blasco, Raimundo (3 años).
94. Palacios Pascual, Raimundo (41 años).

95. Palma Ruiz, Jesús Gabriel (20 años).
96. Paredes González, Petra (24 años).
97. Paredes Marcano, Milagros (9 años).
98. Paredes Marcano, María Josefa (1 año).
99. Paredes Marcano, María del Carmen (12 años).
100. Parra Sánchez, Enrique (2 años).
101. Peña Láinez, Juan (30 años).
102. Pereira Peña, María Dolores (22 años).
103. Pérez Capella, María Luisa (27 años).
104. Pérez del Río, José (48 años).
105. Pérez González, Gabriel (52 años).
106. Pérez Haro, José Antonio (2 años).
107. Pérez Ramírez, Petronila (37 años).
108. Pérez Roldán, José María (44 años).
109. Puchi Sánchez, Antonio (2 años).
110. Quevedo Rodríguez, Mercedes (39 años).
111. Ramírez Soto, Manuel (42 años).
112. Ramos Gómez, Francisca (19 años).
113. Reyes Almagro, Vicente (40 años).
114. Ríos Arenas, María del Carmen (2 años).
115. Ríos Coca, María (57 años).
116. Rodrigo Paredes, Ana (13 años).
117. Rodrigo Paredes, Pedro (10 años).
118. Rodrigo Sabalette, Pedro (43 años).
119. Rodríguez Sánchez, Concepción (26 años).
120. Román Pérez, Rita (36 años).
121. Romero Ambrojo, Miguel (37 años).
122. Rossi Sánchez, María (46 años).
123. Ruiz Jurado, Ana (20 años).
124. Ruiz Rossi, María Luisa (43 años).
125. Sáez Cabañas, Julia (25 años).
126. Sales Saunt, Manuel (20 años).
127. Sánchez Flores, Modesto (9 años).
128. Sánchez García, Juan Gabriel (1 año).
129. Sánchez Herrero, Diego (11 meses).
130. Sánchez López, Jesús (1 año).

131. Sánchez Orozco, Andrés (21 años).
132. Sánchez-Romate Cañas, María Dolores (4 años).
133. Santaló del Pozo, Concepción (74 años).
134. Saralegui Cuercun, Josefa (61 años).
135. Sevillano Utrera, Manuel (1 año).
136. Soria Bauzada, Victoria (2 años).
137. Squella Martorell, Gabriel (29 años).
138. Teruel Ruiz, Vicenta (?).
139. Tornell Martínez, Manuel (13 años).
140. Torres Muñoz, Juan (16 años).
141. Toscano de los Reyes, Antonio (16 años).
142. Tovar Jiménez, José (62 años).
143. Utrera Marín, Juana (38 años).
144. Varela Lamelas, Rogelio (22 años).
145. Vega Nieto, Francisco (9 meses).
146. Villar Rey, María América (42 años).
147. Zamborán Lapieza, Trinidad (30 años).
148. Zamorano Gómez, Francisca (37 años).

Fuentes

Libros y artículos:

- APARICIO FLORIDO, José Antonio, *La noche trágica de Cádiz*, Diputación de Cádiz, Cádiz, 2009.
- , *Cádiz la gran explosión*, Editorial Cazador de Ratas, Cádiz, 2017.
- AZANCOT, Leopoldo, *La noche española*, Cátedra, Madrid, 1981.
- BELGRANO, Eugenio, Consultados en diversas páginas webs sus conferencias y documentos al respecto (www.diariodecadiz.es/cadiz/leyenda-subterranea_0_1135986818.htm)
- COLLADO SEIDEL, Carlos, *España, refugio nazi*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.
- DEVESA, Manuel, *La noche que miramos al cielo*, Diversidad Literaria, 2017.
- ENRILE, José Nicolás, *Paseo histórico artístico por Cádiz*, Caro Raggio, Madrid, 2008.
- FORMICA, Mercedes, *Memorias 1931-1947*, Renacimiento (Biblioteca de la Memoria), Sevilla, 2013.
- GARCÍA DÍAZ, Miguel, «El divisionario azul», *Diario de Cádiz*, 18 de agosto de 2004.
- GARCÍA SANZ, Ricardo, *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014.
- HIDALGO VIAÑA, José Antonio, «Víctimas de la explosión de Cádiz», trabajo de investigación publicado en la página www.laexplosiondeCadiz.es.
- , José Antonio, *Cádiz, 1947. La explosión*, Federico Joly, Cádiz, 1997.
- KAST, Hermann y METZ, Ludwig, *Examen químico de las materias explosivas. Pólvoras, explosivos, iniciadores, materias pirotécnicas y fósforos*, Aguilar, Madrid, 1959.
- LÓPEZ MORENO, Miguel Ángel, *Hipótesis NC. 1947/Explosión de Cádiz. Notas para el origen de una explicación*, https://milan2.es/Polvoras/Hipotesis_NC.html
- NÚÑEZ, Jesús, «Una catástrofe anunciada», *Diario de Cádiz*, 18 de agosto de 2008.
- PASTOR PETIT, Domingo, *Espionaje: la Segunda Guerra Mundial y España*, Plaza y Janés, Barcelona, 1990.
- PAYÁN SOTOMAYOR, Pedro, *El habla de Cádiz*, Quórum Libros, Cádiz, 1996.
- PONCE ALBERCA, Julio, «Espionaje en Gibraltar y su campo (1936-1945)», *Revista Universitaria de Historia Militar (RUHM)*, vol. 4, 8, 2015, pp. 35-54.
- SERRANO TIRADO, Jesús, *Del cielo a Cádiz: corazones gaditanos más allá de la vida*, Punto Rojo Libros, Sevilla, 2015.
- VALLARINO, Raúl, *Mi nombre es Patria*, Suma de Letras, Madrid, 2008.

Otras fuentes:

ABC de 17 de enero de 1933. Se menciona por primera vez a Frías como detenido.

ABC de 20 de agosto de 1947. Amplias noticias de la catástrofe de Cádiz.

ABC de 22 de agosto de 1947. Noticias sobre inhumaciones, funerales, acogida de niños y cómo se vio la explosión desde el mar.

«Cádiz. La noble y fina ciudad andaluza bajo el peso de la tragedia», reportaje monográfico de la revista *Semana*, 20 de agosto de 1947 (a cargo de Martín Abizanda).

«Cádiz, la mártir», publicación monográfica editada por la Delegación Provincial de Educación Popular, 1948.

«La catástrofe de Cádiz. Documental gráfico y literario del siniestro», número monográfico de la revista *Brisas*, agosto de 1947.

«Número dedicado a la catástrofe de Cádiz», monográfico del semanario *Fotos*, 23 de agosto de 1947.

Informe confidencial del estado de los explosivos de la Base de Defensas Submarinas, fechado el 9 de julio de 1943.

Notas

- * Antes de ayer en gaditano.

** Una expresión de Cádiz que significaba a toda velocidad.

*** Música de Federico Chueca y Joaquín Valverde Durán y libreto de Javier de Burgos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Almudena de Arteaga del Alcázar, 2018

© La Esfera de los Libros, S.L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-9164-462-0 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.